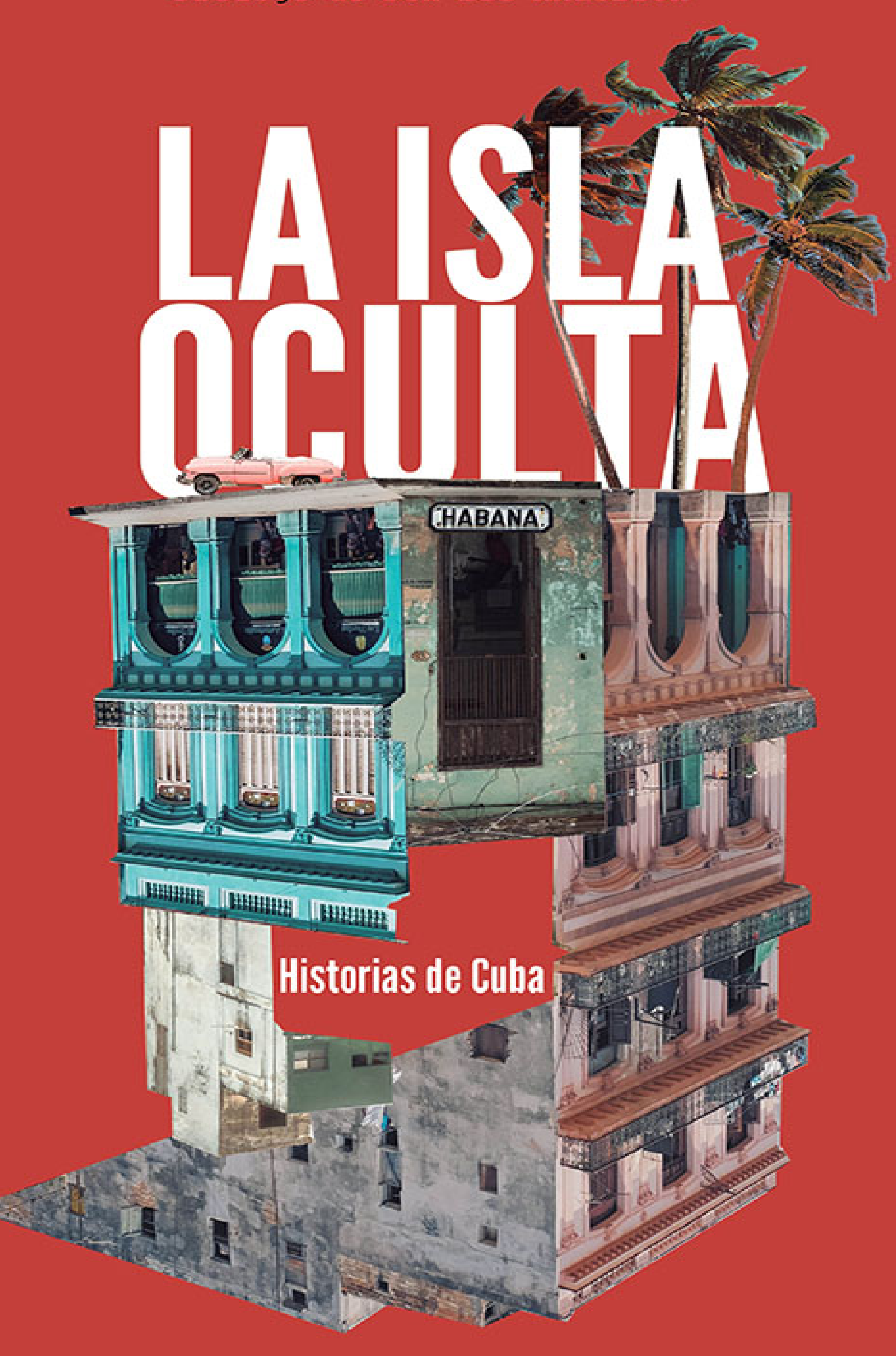
Abraham Jiménez Enoa

Prólogo de Jon Lee Anderson

LA ISLA OCULTA



Historias de Cuba

Libros del K.O.

Abraham Jiménez Enoa

LA ISLA OCULTA

Prólogo de Jon Lee Anderson



PRIMERA EDICIÓN: enero de 2023

Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511
28020 - Madrid

ISBN: 978-84-19119-25-4
CÓDIGO IBIC: DNJ, 1KJC
DISEÑO DE CUBIERTA: Patricia Bolinches
MAQUETACIÓN: María O'Shea
CORRECCIÓN: María Campos y Zaida Gómez



A Claudia y a Theo

PRÓLOGO
Jon Lee Anderson

Durante medio siglo, la imagen de Cuba en el mundo pendía de las palabras y quehaceres de su singular caudillo, Fidel Castro Ruz, el jefe máximo de su proclamada revolución socialista. Él ocupaba todo el poder político en Cuba y era el único narrador autorizado. Si querías saber sobre la globalización, el medioambiente, la historia de Cuba o de Estados Unidos, del Che o Camilo Cienfuegos; sobre la energía nuclear, el buceo submarino, la agricultura, el dengue, los versos de Martí o de béisbol, no tenías que ir más allá de Fidel. Lo sabía todo. Hasta con el proceso de producción de foie gras se obsesionó por un tiempo. En persona o en la televisión, donde hablaba por horas y horas, o a través de su infinidad de intervenciones públicas, que incluyó el discurso más largo jamás recordado en la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas o en las hagiografías compiladas por sus cortesanos en libros —«Fidel y religión», «Fidel y Angola», «Fidel y el Che»—, la fuente de sabiduría máxima estaba a la mano.

Cuando la prostitución volvió a florecer visiblemente en Cuba a principios de los años noventa, cuando la economía cubana se resquebrajó a consecuencia de la implosión de la URSS y el final de tres décadas de subsidios a su régimen, Fidel tenía la palabra final al respecto. Dijo en una ocasión que él no reconocía la existencia de la prostitución, pero en caso de que la hubiese, no tenía duda de que las cubanas eran las prostitutas más educadas y cultas en el mundo entero. Al oír esa cita supuestamente de Fidel en la época, pensé que sin duda era apócrifa, hasta que, un día, un ministro de su Gobierno me lo sacó en una conversación para salir de apuros cuando traje el tema a flote. «En cuanto a aquel fenómeno», dijo, «Fidel ha dicho…», y procedió a repetir la notoria cita.

Y así fue durante cinco largas décadas. Si Fidel no se había pronunciado sobre determinado tema, oficialmente no existía. Los temas sociales más incómodos o delicados, la delincuencia, el sida, el suicidio, el desempleo, el

desamparo, las drogas o la homosexualidad, o fueron dejados en silencio o puestos en la misma canasta de «lastres del capitalismo» que la Revolución no había podido borrar debido al llamado «bloqueo norteamericano», el embargo comercial impuesto sobre Cuba por el Gobierno estadounidense desde la ruptura de relaciones entre ambos países en 1961.

En las arengas de Fidel, el bloqueo vino a ser la explicación para todo lo que no era explicable dentro del marco de las bondades y virtudes de su revolución. Si había falta de abastecimiento de comida o de gasolina, era la culpa del bloqueo. Si había cubanos que querían huir de Cuba, también. Si había protestas por falta de libertades, era por la incitación de agentes del imperio, los mismos que habían impuesto el bloqueo.

La paradoja, claro, es que si este argumento servía para convencer a mucha gente —haciendo que el incómodo gris se convirtiera en un más entendible compuesto de blanco y negro—, también ayudaba a consolidar la idea de que Estados Unidos giraba alrededor de Cuba como el Sol alrededor de la Tierra, el gran planeta sin el cual Cuba no existiría ni tuviera casi razón de ser. Y si todo lo malo venía del norte —un viejo refrán cubano—, quería decir que todas las soluciones también. Con esta lógica, la mejora de la vida de los cubanos no dependía de la Revolución, sino de Estados Unidos. El nefasto «imperio», según Fidel, tenía la obligación de aumentar el número de cubanos que aceptaba en sus cuotas de inmigración anual; Cuba necesitaba esa válvula de escape, porque si no les permitía ir en aviones, irían en balsas por altamar.

En fin. Lo que quedó fuera de la narrativa de Cuba en las décadas de Fidel fue la historia de las vidas individuales de los cubanos, de las historias pequeñas de los millones de seres humanos que habitan esa isla tan conocida y tan desconocida a la vez, más allá del encuadre en el que los puso Fidel —los héroes estoicos que se quedaron y los gusanos y traidores y mafiosos que se fueron—. Desde hace rato, claro está, esas rígidas definiciones guerrafriístas han perdido mucho su credibilidad, y así como hay un creciente deseo de los cubanos de buscar sus propias narrativas para definirse, hay un creciente deseo del mundo afuera de Cuba de conocer a los cubanos por lo que realmente son.

A través de los años, han aparecido escritores y periodistas cubanos que intentaron ofrecer visiones más realistas y menos didácticas de su Cuba a través de crónicas y novelas, pero la mayoría, al final, o se tuvieron que ir o

se tuvieron que callar. Entre los nombres en esta letanía triste está Guillermo Cabrera Infante, Heberto Padilla, Virgilio Piñera, Reinaldo Arenas y Carlos Franqui, hasta Norberto Fuentes y Wendy Guerra. Algunos pocos han logrado zafarse. Surfeando los altos y bajos que significó la década del declive físico y la eventual muerte de Fidel, seguida por la década de relativa apertura en el poder de su hermano Raúl —y ahora la era incierta poscastrista de Díaz-Canel—, veteranos como Pedro Juan Gutiérrez y Leonardo Padura han logrado sobrevivir a pesar de ofrecer visiones más o menos cáusticas de la Revolución, pero sus ficciones son más leídas afuera que adentro de Cuba, y, cuando están en casa, cuidan lo que dicen.

Hay también una nueva generación de narradores, de la cual Abraham Jiménez Enoa, el autor de esta colección de crónicas, forma una parte destacada. Como él, todos tienen alrededor de los treinta años, o sea que nacieron cerca del final de la Guerra Fría. Esto significa que no crecieron durante la época dorada de la Revolución cubana —la de «Socialismo o Muerte, Venceremos»—, sino de su deterioro y eclipse de ilusiones. A mediados de la década pasada, Abraham Jiménez Enoa, hijo de una familia militar, se graduó de la Universidad de La Habana, donde había estudiado el periodismo. Coincidió con la relativa apertura cultural que se dio a raíz el acercamiento auspiciado por Barack Obama y Raúl Castro, que restauraron las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba después de medio siglo de congelamiento.

Alentados por el ambiente nuevo y la decisión del Gobierno cubano de ampliar el acceso ciudadano a internet, Abraham Jiménez Enoa y algunos amigos fundaron su propio medio digital. Lo llamaron *El Estornudo*, «una revista independiente de periodismo narrativo», que lo decía todo. Muy rápidamente se hizo popular entre los periodistas y curiosos hispanoparlantes del mundo, porque era algo totalmente nuevo. Ofrecía crónicas originales de envergadura, comentarios acérbicos y análisis agudos en torno a la sociedad cubana en un momento en que todo el mundo quería entenderlo, y, lo que es mejor, provenía desde la juventud, que antes apenas tenía una voz pública. Había otra gran diferencia con todo lo que había pasado en Cuba antes también: las historias eran escritas por chicos que todavía vivían en la isla, no en Miami o Madrid.

Pero la historia da vueltas y, al parecer, más que nunca en Cuba. Al final, el detente entre Cuba y Estados Unidos tuvo una vida corta, de apenas dos

años, porque en 2016 Donald Trump fue elegido sorpresivamente como presidente de Estados Unidos y, una vez instalado en la Casa Blanca, se empeñó en tirar para abajo todo que lo había hecho su predecesor Barack Obama, incluyendo la apertura con Cuba. La transición coincidió también con los misteriosos «ataques acústicos» que afectaron a diplomáticos y a oficiales de inteligencia destacados en la Embajada norteamericana en La Habana. Mientras tanto, la línea dura del oficialismo en Cuba aprovechó para frenar al aire de nuevas libertades que había empezado a respirarse en la isla. Entre una cosa y otra, casi todo se fue a pique a partir de 2017.

Hoy, *El Estornudo* sigue, pero la mayoría de sus fundadores, incluyendo Abraham Jiménez Enoa, están afuera, obligados a salir de su patria por el oficialismo —que, al final, no aguantó su lucidez y su humor mordaz ni sus críticas y análisis que escapa a los censores de los órganos oficiales donde, paradójicamente, muchos de los mismos estornudadores hicieron sus pasantías y prácticas periodistas posuniverstarias en medios oficiales como *Granma*, *Juventud Rebelde* o *Trabajadores*—.

El último de ellos en salir de Cuba fue Abraham Jiménez Enoa, quien había hecho sus prácticas en una oficina del Ministerio del Interior y, por esa razón, le fue prohibido salir de Cuba durante seis largos años. Ahí empezó otra fase en la vida de este joven cronista. Estuvo confinado por la fuerza en la isla, donde tuvo que buscar otras vías, naturalmente, para desahogarse. Allí, dio rienda suelta a sus pensamientos y frustraciones en una columna mensual para *The Washington Post*; escribió ocasionalmente para otros medios internacionales y siguió colaborando con *El Estornudo*. De vez en cuando fue detenido, interrogado y amenazado por los servicios cubanos de inteligencia, y fue puesto también bajo vigilancia.

Cuando, el año pasado, finalmente fue liberado de su «regulación migratoria», a Abraham Jiménez Enoa le entregaron su pasaporte y lo alentaron a irse de Cuba. Y, claro, se fue, como tantos otros cubanos se habían ido antes de él. Hoy día vive en Barcelona. Es padre de familia y tiene treinta y tres años. Ahora, suelto de ataduras, comparte libremente con nosotros esta magnífica colección de crónicas, *La isla oculta*, donde vemos a la sociedad cubana al desnudo, en todas sus penas y glorias. Acá lo está todo, desde el perfil memorable de una mujer boxeadora y otro de un gigoló hasta el de un trol de las redes sociales que trabaja al favor del régimen y de unos *homeless* y unos carretilleros que buscan la vida desde la madrugada

hasta la noche vendiendo fruta y viandas, sobreviviendo en un país que ya no es un paraíso socialista. En la última crónica del libro, el autor describe su desgarradora salida de Cuba y sus sensaciones de aturdimiento una vez llegado al mundo «afuera», donde no solamente hay todo lo que no hay en Cuba, sino donde todo es demasiado. «No es lo mismo salir de Cuba que salir de cualquier otro país por primera vez», escribe. «Salir de Cuba es caer en el mundo, comprobar que Cuba es una isla secuestrada por un sistema político que ha provocado que el país se encuentre aún en el siglo XX».

Además de escribir como Dios manda y de tener una sensibilidad social notable, Abraham Jiménez Enoa es cubano-africano —o sea, es negro— y sabe de lo que escribe cuando se trata de la discriminación no tan disimulada que existe dentro de su sociedad. Para los lectores de este libro indispensable: es un interlocutor privilegiado, un guía afectivo y sincero que nos conecta con esa Cuba tan bella, tan querida y tan injusta y triste a la vez.

LA REVOLUCIÓN DE LOS ACUÁTICOS

Los gritos de dolor estremecen la casa. Salen de una habitación separada por una cortina de tela que cae del techo de madera. La cortina se mece de vez en vez, no se sabe si por la brisa nocturna del verano —que corre a ratos— o por los gritos de dolor que cuartean la madrugada.

Detrás de la cortina y en algún lugar de esa trastocada habitación, por lo que se oye, por los altisonantes alaridos que salen y perturban el ambiente bucólico en la llanura de la Sierra del Infierno en el valle de Viñales, parecería haber una fiera herida que aguarda la muerte.

Afuera, en la sala, hay diez personas. Están sentadas en las dos mecedoras de madera, en las dos butacas, en los cuatro taburetes de la mesa y en un pequeñito sofá. Son los cinco hijos de Juanito y Victoria con sus respectivas esposas.

Todos miran algún punto fijo con la mirada perdida. Todos tienen los codos sobre las piernas y las palmas de las dos manos sujetándoles los rostros. Ninguno habla. Solo se escucha el zumbido insoportable de una manada de enormes mosquitos de patas blancas y el croar acompasado de las ranas que celebran la fina llovizna que cae.

Cada grito de dolor retumba en la madera mojada y el eco se clava como una daga afilada en el sufrimiento de los rostros famélicos de los familiares, efigies sin alma que hacen un gesto al unísono: las cejas bajan y se alargan, los pómulos se endurecen y las mandíbulas se comprimen con los dientes sobre los dientes.

Dentro de la habitación, Juanito, de ochenta y dos años, yace en una cama sin sábanas. A su lado, su esposa Victoria, de ochenta años, lo contempla con los ojos aguados y le pasa la mano por todo el torso sin decir nada. Llevan cincuenta y cuatro años de matrimonio. En el piso hay dos palanganas de metal con agua, una semivacía y otra llena. En ambas hay un jarro metálico sin asa y un trapo.

Juanito le pide a Victoria que lo ayude a incorporarse y, poco a poco, con las manos entrelazadas, ambos lo logran. Victoria levanta la palangana llena de agua y se la coloca en las piernas. Juanito introduce sus dos manos y cierra los ojos, balbucea algo que no se entiende, como un rezo.

Victoria llora también con los ojos cerrados. Juanito une sus dos manos en forma de recipiente, las carga con agua y se la echa encima, en la cabeza, en la espalda, en casi todo el cuerpo. Coge el trapo y se lo pasa mojado por la zona de los riñones, donde más dolor tiene. Y se vuelve a acostar.

Juanito empieza a sudar como si fuera un hielo que se descongela. Al rato, regresan los gestos de dolor, de desgarro. El rostro se desfigura: la boca se tuerce, los ojos suben y se viran, los dientes muerden y sostienen con temblor la poca carnosidad de los labios secos.

La casa, que está repleta de familiares, vuelve a estremecerse con los gritos. No hay un médico que pueda aplacar la amargura, ni ningún familiar podrá solicitarlo. Desde hace ochenta años, lo único que salva, cura y protege a Juanito es el agua.

*

Juanito nació en 1935 en los Cayos San Felipe, una comunidad intrincada en la occidental provincia de Pinar del Río, perteneciente a la cordillera de Guaniguanico, patrimonio natural de la humanidad declarado por la Unesco desde 1999.

Dos años después, en 1937, Juanito pesaba seis kilogramos. Desde el parto, fue un niño enfermizo, pues sus dos pulmones casi no funcionaban. Lo poco que sus padres cosechaban en la pequeña finca que poseían y los pocos animales que tenían para trabajar la tierra fueron cambiados por consultas y medicamentos que al final no mejoraron la salud del chico.

Los doctores y especialistas desistieron y recomendaron a los padres de Juanito que lo mejor para ellos era que no siguieran gastando sus pocos recursos, pues habían llegado a la conclusión de que los pulmones de su hijo no habían terminado de formarse debidamente durante los nueve meses de embarazo de la madre y al niño le quedaban pocos días de vida.

Pero un suceso cambió la historia de los Cayos San Felipe y de Juanito. Según la consulta en el archivo de la Biblioteca Nacional de varios recortes

de periódicos locales de la época y de la revista *Bohemia*, el 8 de enero de 1936 comenzó la historia de Antoñica Izquierdo y los acuáticos.

El largometraje cubano *Los días del agua,* producido por el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC) y dirigida por Manuel Octavio Gómez en 1971, está basado en la historia que aconteció en San Felipe y relata cómo ese día la señora Antoñica, madre de siete hijos, cayó en un hoyo de desesperación e impotencia cuando a su hijo menor, de dos años, contemporáneo con Juanito, lo comenzaron a atacar fiebres altísimas. Lo llamaban *calenturas* en aquel entonces.

Izquierdo y su marido no tenían dinero suficiente para salir del pedregoso y alejado campo donde vivían y acudir a una consulta pagada con algún doctor. Antoñica, desconsolada, dejó al niño encima de una cama de guano y se fue a su altar religioso a implorarle a Dios que la ayudara.

Su marido tomó al niño en los brazos y sintió cómo titiritaba, cómo los temblores lo estremecían a él. Horas después, Izquierdo regresó y le dijo: «La Virgen María me ha hablado, me ha dicho cómo salvar a nuestro hijo». Antoñica, como un relámpago, desnudó a su hijo, lo tapó con unos largos y harapientos trapos de tela blanca y se lo llevó en brazos a un arroyo cercano.

En la noche oscura del monte, lo introdujo en el agua y, pidiéndole con rezos a la Virgen, lo bañó. De regreso a la casa, la temperatura corporal del niño no pudo hacer otra cosa que bajar y obviamente, en ese instante, para Antoñica y su marido se consumó el deseado milagro: las fiebres desaparecieron.

Ni los historiadores ni la poca bibliografía que existe aclaran si el niño volvió a contraer fiebre después del baño frío. La historia, contada desde el misticismo, recoge que luego la señora Izquierdo tendría otra aparición en casa y diría ante su altar: «La Virgen María me ha designado protectora de los infelices de la tierra, para ayudarlos y curarlos sin interés alguno, sin cobrarles ni siquiera un centavo, sin medicinas y solo con agua».

Y eso terminó ocurriendo de 1936 a 1939, cuando los Cayos San Felipe dejó de ser un sitio embrollado entre los lomeríos inaccesibles y un fango tragón de tierra roja y sus matorrales se convirtieron en senderos definidos por el peregrinar incesante de personas que comenzaron a acudir en masa a la casa de Antoñica Izquierdo, la mujer que curaba con agua.

*

Un par de semanas antes de caer adolorido en cama, Juanito trabajaba como de costumbre en el campo. A sus ochenta y dos años, ya está acostumbrado al sol bravucón y le basta con salir a trabajar la tierra con un sombrero ancho de guano y con un pantalón y camisa verdeolivo de miliciano. Descalzo.

Juanito es un tipo gentil, que siempre ríe, aunque sus oídos han dejado de escuchar con nitidez y su ojo izquierdo se ha quedado sin visión. Un guajiro, al fin y al cabo, que tiene tallado en su cuerpo las heridas de guerra de la vida en el campo. Su pelo rubio mutó a castaño oscuro. Su piel blanca ahora es cobriza y arrugada. Sus manos y pies son láminas de acero puro.

A pesar de la edad y de sus limitaciones físicas, prefiere seguir saliendo con el primer cantío de gallo para ayudar a sus hijos en la vega de tabaco o en los sembrados de yuca, malanga, frijoles y maíz. Regresa pasadas las dos de la tarde, empapado en sudor y con los pies embarrados de fango.

«Yo estuve a punto de morir cuando era un niño y Antoñica me curó, los médicos no me dieron esperanza de vida y mírame aquí hoy, ochenta años después», dice Juanito, días antes de la agonía, en el portal de su casa después de regresar del campo.

En 1937, los padres de Juanito, asfixiados por la impotencia de ver el deterioro acelerado de su hijo, acudieron a la casa de la señora Izquierdo. Estuvieron un par de días haciendo una larga fila entre personas que se agolpaban en los alrededores de la mítica casa de guano para curarse con agua.

«Mis padres me dijeron que ella me miró fijo y que les dijo: “No le den más medicina a este niño, báñenlo durante nueve días en agua de manantial”», cuenta Juanito.

Antes de ver a Antoñica, los padres de Juanito habían hecho una promesa: si la curandera salvaba al niño con agua, ellos no pondrían más nunca los pies en una consulta médica.

Después de los baños, Juanito no solo se curó, sino que se volvió una persona saludable. Su padre murió a los noventa y dos; su madre, a los noventa y tres, después de sesenta años en los que solo el agua fue su

medicina. Se convirtieron así, ellos y Juanito, en una de las primeras familias acuáticas que existieron.

*

«Esto es una creencia sana que se basa en la fe que tenemos en el agua. Al final, el que está para morir se muere aunque tenga médicos alrededor», explica Juanito sobre la tradición.

Como el mismo Juanito abandonó su cuerpo de niño deshilachado y comenzó a tener una vida sana, otras miles de personas que también visitaron a la curandera de los Cayos San Felipe recibieron igualmente el beneficio de Antoñica y vieron cómo su salud mejoró.

La fama de la señora Izquierdo fue tal que uno de los políticos más encumbrados de la provincia de Pinar del Río a finales de la década del treinta del siglo pasado, el abogado Navarro, apoyó su campaña electoral regional —que después ganó por amplio margen sobre el senador Pedro Blanco— en sacar de prisión a la curandera.

Antoñica había sido desalojada de su hogar delante de una masa compacta de personas que aguardaban por sus servicios después de pasar a la intemperie noches bajo torrenciales aguaceros sin tener dónde guarecerse. Según *Los días del agua*, la razón por la cual las autoridades la encarcelaron y la llevaron a juicio fue la muerte de un señor que encontraron en estado de putrefacción junto a un arroyo.

Los médicos y políticos de la provincia aprovecharon la coyuntura para inculparla del fallecimiento. Los periódicos de la época describen la inconformidad de los trabajadores de la salud con la existencia de Antoñica. «Prefiero que me digan asesina antes que digan que Dios no cura y que no hace milagros a través de mi persona», dijo Antoñica en el juicio oral en el que quedaría absuelta con la ayuda de Navarro. Un servicio que a la larga le costaría la muerte.

La curandera regresó a su casa de guano y ayudó a los necesitados que acudieron ante ella. Pero su figura se volvió motivo de encono entre políticos y representantes de la sociedad, razón por la cual le pidió a sus fieles que quemaran sus cédulas de identidad, que abandonaran cualquier filiación política o social, que echaran a la basura las medicinas y más

nunca acudieran a un hospital, que los niños no fueran a las escuelas a estudiar y los adultos no acudieran a los centros laborales, y así, a partir de ese momento, ella, amén de velar por la salud de todos ellos con los poderes curativos del agua, pasaría a ser su guía y protectora espiritual.

Pero la zona de los Cayos San Felipe donde vivía Antoñica y donde empezaron a asentarse los primeros acuáticos pertenecía al senador Pedro Blanco, aquel que había perdido ante Navarro las elecciones regionales gracias a la ayuda de Izquierdo. Golpeado por la derrota, Blanco tomó represalias contra la señora y sus seguidores y a golpe de fuego los expulsó de sus tierras.

Fueron días de barbarie en los que muchos acuáticos murieron enfrentándose a las fuerzas del senador, otros pudieron emigrar. Antoñica fue apresada y enviada a Mazorra, un centro de atención psiquiátrica en La Habana del que más nunca pudo salir.

En 1945 murió ahogada de angustia en una habitación de paredes húmedas y mohosas a la que solo le entraba la luz del sol a través de una pequeña ventana de barrotes de hierro. El tiempo que pasó recluida en aquella mazmorra la aniquiló. Los especialistas determinaron que su desequilibrio mental era grave y que le provocaba visiones, por ello decidieron aislarla de toda interacción humana: una dosis de su propia medicina.

Los acuáticos que pudieron escapar del azote de los capataces de Blanco y de unos toros cebú, que soltaron para arrollar con todo lo que tuvieran delante, caminaron por toda la cordillera más occidental de Cuba como zombis a la deriva hasta llegar a una zona aún más intrincada: la Sierra del Infierno en el valle de Viñales.

Allí, para estar seguros de que la persecución había terminado, para poder asentarse y tener la tranquilidad plena de que nadie los importunara, primero derribaron un mogote enorme con dinamita y luego abrieron un trillo que daba inicio a una montaña empinada a la que solo se podía acceder a pie o a caballo.

En ese sitio levantaron una comunidad donde todos los habitantes eran acuáticos y se aislaron del mundo como les encomendó Antoñica. Pasaron los años y en 1959 Fidel Castro y los barbudos de su ejército de rebeldes tomaron el poder. Tiempo después, del llano llegó la noticia del cambio de régimen, pero en la inaccesible Sierra del Infierno poco importó.

Los acuáticos siguieron sin querer saber absolutamente nada de los

políticos y sus instituciones. En ese instante lo que más les preocupaba era cómo sacar de la montaña a los ancianos que morían y dónde enterrarlos. Estaban hastiados de recorrer los ocho kilómetros de montaña, en picada, con los ataúdes a cuestas.

*

Después de 1959, y de la posterior declaración de Fidel Castro del carácter socialista de la nación, la Sierra del Infierno y los acuáticos se volvieron, junto a la base militar norteamericana de Guantánamo, los únicos territorios dentro de los límites de la isla que la Revolución cubana no pudo allanar.

Setenta y cinco años después de la muerte de Antoñica Izquierdo, las familias acuáticas no acuden a consultas médicas ni a hospitales porque se curan con agua en sus casas. Siguen desligados del Estado cubano, no portan carnet de identidad ni pertenecen a ninguna organización y la mayoría de los niños solo aprenden a leer y a escribir y no van a la escuela por decisión de los padres.

La creencia ha perdurado por más de medio siglo y lo único que los ha puesto en jaque ha sido el paso del tiempo. Los que han conocido —sobre todo los más jóvenes— el llano y las bondades de la modernidad en su mayoría no han regresado a sus rústicas y perentorias vidas.

Después de emigrar de los Cayos San Felipe y asentarse en la Sierra del Infierno, la comunidad de acuáticos alcanzó las veintisiete familias. Hoy quedan ocho casas que pertenecen a dos de ellas. En el pueblo de Viñales también hay acuáticos, pero estos decidieron abandonar la vida en la montaña y mantener la creencia en el llano.

Otros se alejaron mucho más de la Sierra del Infierno e instauraron una nueva comunidad en la provincia de Artemisa, en la zona rural del municipio de San Cristóbal, que con mil acuáticos llegó a albergar la mayor población. Hoy quedan setenta familias y son alrededor de doscientas personas.

*

En la Sierra del Infierno hay tanta agua bajo tierra —corre por los

manantiales subterráneos— que el fango no le huye al sol, lo reta y lo derrota. Las herraduras de los caballos se atascan y chapotean granadas de lodo.

Subir a pie es posible, pero sería una tarea inclemente. Hay senderos que son de rocas húmedas y donde hasta los caballos tienen que andar fino. Hay senderos que son pequeños pantanos de fango rojo donde los caballos se arquean hacia delante y luego cabecean para poder avanzar.

Fuera de los senderos, la sierra no tiene nada de infierno, todo es paz. Lo único que se escucha es el trinar de los pájaros que revolotean entre las hojas verdísimas de los árboles mojados por el rocío mañanero y una brisa que pasa y mueve toda la cresta de la montaña, desde donde se puede contemplar el imponente valle de Viñales con sus mogotes.

A mitad de montaña hay una primera meseta, un primer descanso. Es la única parte del sendero que es rectilínea y en donde la tierra no es blanda. A ambos lados hay decenas de matas de mango, el olor se cuela en la nariz y juguetea.

De los arbustos salen unas gallinas negras a las que siguen unos diminutos pollitos veteados en amarillo y negro. Una pequeña manada de cerdos corre, detrás los persigue un perro de caza con la lengua afuera. Los conduce hacia dentro de un portón. El perro tiene las puntas de las orejas cortadas en forma triangular, un antídoto contra la sarna. A pocos metros de allí vive el matrimonio de acuáticos de Milagro y Berto.

Milagro es pequeña, gordita, blanca, lleva el pelo corto. Tiene cincuenta años y es escurridiza. Todo lo que huela a pregunta le hace fruncir el ceño y huir con alguna excusa. Cuando llega alguien que no es de la montaña, se siente sumamente incómoda. Berto también es chiquito y mulato, lleva espejuelos y sombrero alón, se mantiene atlético a sus cincuenta y un años. Es amable pero casi no habla, cuesta sacarle alguna frase de la boca.

Milagro y Berto casi nunca bajan de la montaña, salen de su cerco solo cuando van a ver a algún familiar enfermo o cuando necesitan alguna pieza electrónica para su ventilador, refrigerador o televisor. En casa, nada más reciben las visitas de sus familiares cuando suben del llano, las de su ayudante de trabajo todas las mañanas cuando les toca la puerta para empezar las labores del día y las de los turistas que trepan la montaña para disfrutar la placentera vista del valle desde lo alto o para saber cómo es la vida de los acuáticos.

«El turismo que llega hasta aquí es una ayuda, pero realmente vivimos de la tierra. La mayoría de lo que producimos es para nuestro consumo», dice Milagro.

Además de trabajar en los sembrados de maíz, yuca y malanga, todas las mañanas Milagro, Berto y su ayudante se sientan delante de tres tanquetas metálicas repletas hasta el tope de amarillitos mangos criollos y cada uno pela con un cuchillo de filo brillante cientos de ellos.

Cuando los mangos quedan sin cáscaras, los cortan en jugosas rodajas. La afilada lámina del cuchillo entra y se desliza sin pudor en el cuerpo macizo del mango y lo hace chorrear hilos de zumo que caminan por las palmas de las manos y se enredan entre los dedos dejando una incómoda sensación de engomado.

Luego, exprimen los mangos en un rodillo de madera y embotellan la pulpa espesa en recipientes de cristal y la ponen a fuego lento durante cuarenta minutos para evitar que se fermente. De ahí sale el jugo que les venden a los turistas a un dólar. También ofertan limonada al mismo precio.

La casa del matrimonio es de mampostería y la energía eléctrica les llega a través de un panel solar que tienen en el techo de la casa. Después de veintisiete años de obras, lograron levantar la vivienda. Durante todo ese tiempo tuvieron que subir en bueyes por los difíciles senderos de la montaña, los sacos de gravilla, el polvo de piedra, el cemento y los bloques.

Mientras, hicieron su vida en un bohío de guano que construyeron a un costado de la casa, bohío que han dejado en pie para el mal tiempo y la temporada de ciclones. «Aunque pienses que no, esa casita es más fuerte que la de mampostería, sobrevive a ciclones», afirma Berto.

En el año 2008 quedaban aún en la montaña cinco familias, pero el paso por territorio pinareño de los huracanes Gustav e Ike destrozó por completo la Sierra del Infierno, dejándola sin vegetación y devastada. «Casi todos nos quedamos sin techo y sin plantaciones y por eso tres de las cinco familias decidieron irse de la montaña».

Las tres familias que bajaron al llano luego de que los huracanes los dejaran sin viviendas, así como las otras que lo habían hecho antes, han mantenido la creencia. «Ellos se han ido por cómo es la vida de difícil aquí arriba, pero se llevaron el agua, han puesto una manguera que va directo del manantial a sus casas», comenta Milagro.

Milagro también cuenta que mucha gente enferma y que no cree en la

tradición llega hasta la montaña «a curarse o beber» agua de manantial, que ellos no tienen ningún documento legal que los identifique como ciudadanos cubanos y que si bajan por alguna casualidad al pueblo —cosa que rara vez sucede— y alguna autoridad los detiene y les piden identificación, ellos dicen que son acuáticos y los dejan seguir.

«En mi vida nunca he tomado pastilla ni ningún medicamento. Cuando me enfermo o me duele algo lo que hago es ponerme paños tibios con agua para los dolores», asevera Milagro.

Berto la apoya: «Es la fe que uno tenga. Hace poco un primo mío se partió un pie y se lo entablillé yo mismo con agua y ya está caminando. Lo que no tiene cura nada lo cura».

Los acuáticos lo resuelven todo así, a través del agua y por sus medios, incluso los partos de las mujeres, aun cuando desde la década de los ochenta el Gobierno cubano, a través de un plan especial del Ministerio de Salud Pública (MINSAP), mantiene un censo constante en la zona para ubicar a las embarazadas y seguir el proceso de gestación. Una vez que llega el momento de dar a luz, se resistan o no, son trasladadas de manera obligatoria a un hospital materno.

«Cuando ellos se enteran de que alguien está a punto de parir, vienen los doctores con la policía y se llevan a las embarazadas para el pueblo y las ingresan en algún hospital», explica Milagro con desdén, con la mirada pesada.

Milagro tiene dos hijos. La mayor es una hembra de veintiocho años que nació en un materno después de que las autoridades de la provincia se presentaran en la montaña por mediación de la policía y se la llevaran por la fuerza hacia el hospital ante la mirada atónita y los ojos llorosos de Berto.

«Te llevan a un lugar donde no quieres ir», señala Milagro y apunta que «desde que nació en ese hospital, mi niña ha sido la más enfermiza de mis dos hijos». El varón tiene veintiún años y nació en casa. Durante los nueve meses de embarazo, Milagro estuvo todo el tiempo escondiendo la barriga y huyendo de las enfermeras que acudían a la montaña a realizar su bojeo de rigor en la sierra.

Cuando la panza creció y era inevitable detectar a la criatura que venía en camino, Milagro se escondió en el monte profundo. «Cuando amanecía, me iba sola para adentro, donde no llega la gente, hasta que caía la noche y viraba», indica, y agrega que así fue como pudo escurrirse y tener a su bebé

en casa y darle su primer baño con agua de manantial.

«Intenté enseñarles a mis hijos la creencia, pero esto no es obligado», expresa Berto con voz cortada, resentido. Sus dos hijos con Milagro ya no están en casa ni quisieron ser acuáticos.

«Ellos se fueron, es su decisión. Por eso quedamos pocos ya», afirma Milagro.

*

«La gente deja la fe por el alumbramiento del mundo, pero Antoñica lo había anticipado, ella dijo que iba a pasar como en los tiempos de Noé, que iban a disminuir los creyentes», indica Bernardo, sobrino nieto de la señora Izquierdo, apoyado en el marco de una de las ventanas de casa de su tío.

Bernardo tiene cuarenta y nueve años, pero su figura es la de un anciano bien cuidado. Su rostro intimida cuando mira fijo o cuando habla. Sus dientes afilados de piraña sobresalen por encima de sus labios finos, su nariz curva, sus ojos grandes y ovalados, y sus cejas mitad negras y mitad blancas, al igual que el pelo de su cabeza entrecana.

Los Rodríguez son la otra familia de acuáticos que aún vive en la Sierra del Infierno. Su casa está mucho más arriba que la de Milagro y Berto. Bernardo, que vive en San Cristóbal, está de visita y vino cojeando porque hace alrededor de cincuenta días tuvo un accidente: mientras arreglaba el inodoro de su casa, tropezó, se cayó sobre él y se cortó los tendones del pie izquierdo.

La cicatriz se ve fresca y mal cuidada, tiene zonas en las que la carne aún no ha empezado a mudar la epidermis lastimada y la infección supura en pequeños volcanes de pus. Bernardo dice que lo único que ha hecho para curarse la herida es echarse agua y más agua. Y que la herida sola ha empezado a sanar.

«Nosotros seguimos a la naturaleza, que es lo que Dios creó. No tenemos carnet de identificación porque Antoñica dijo que iba a haber dos partidos en la tierra: el de Dios y el del mundo», comenta Bernardo.

Los únicos electrodomésticos que hay en casa de los Rodríguez son un radio y un refrigerador. Y no pueden tener mucho más. El panel solar que les otorgó el estado cubano —ubicado a un costado de la casa— solo les

suministra energía para abastecer a esos dos equipos y para alumbrar la casa en las noches.

Todos los Rodríguez nacieron en la sierra sin asistencia médica y aún mantienen la tradición en la familia. Antonio, el tío de Bernardo, tiene sesenta y dos años y en casa conserva aún un par de fotografías viejas en blanco y negro donde se puede ver a Antoñica sentada y rodeada de sus siete hijos.

El motivo de la visita de Bernardo era encontrarse con su tío. Antonio llevaba días sin levantarse de la cama por unos fortísimos dolores que le estaban azotando la zona de los riñones. «Recé y me puse unos paños tibios con agua y a los pocos días fui al baño y orinando solté una piedra. Después de eso se fue el dolor», cuenta Antonio con orgullo.

Detrás de la casa de los Rodríguez, en un hierbazal, Bernardo señala un majá de un metro y tanto sin cabeza, lo ha matado de un machetazo. «Aquí los ha habido mucho más grandes, no hay que tenerles miedo, el hombre lo puede todo si tiene fe», dice.

*

En el último peldaño de la Sierra del Infierno hay un sui géneris mirador turístico. Es una casa de madera con techo de guano donde venden agua fría, soda, cervezas cubanas para sentarse y disfrutar de una vista espectacular del valle de Viñales.

El mirador lo administran dos primos acuáticos que decidieron sacarle algo de provecho a la montaña, aunque ya no vivan en ella. «La religión es para los que la sienten de corazón. No importa si te vas de la montaña. No hay que firmar un papel», señala Juan Carlos, de veintisiete años.

De todos los acuáticos que viven alrededor de la sierra, Juan Carlos es el que menos lo aparenta. Su pelo es rubio y le llega por la cintura, no viste de campesino, no trabaja el campo y a simple vista no le faltan dientes, como a todos los demás. Se dedica a servir de guía turístico a los que por ahí asoman. Hace cinco años, en una de esas expediciones tuvo un romance con una portuguesa; tiempo después se casaría con ella. Dentro de unos meses se irá de Cuba.

Ni Juan Carlos ni su primo Félix, de cuarenta y tres años, fueron de niños

a la escuela, apenas saben leer y escribir. «Me siento bien así, el resto lo aprendes con la vida», apunta Félix sin remordimientos, pero añade: «Creo que esto se va a acabar porque los jóvenes ya no se suman. Mi hija tiene un novio que no es de la religión y seguro que en su momento sí irá al médico o hará cualquier otra cosa con la que nosotros los acuáticos no comulgamos».

La hija de Félix es adolescente y aprendió a leer y a escribir con Marcelino Collara Martínez, el maestro de cincuenta y un años que el Ministerio de Educación envió a la montaña para intentar instruir a los acuáticos.

Marcelino, dos veces a la semana, sale de su casa a primera hora de la mañana y toma su bicicleta. Pedalea desde el poblado de Viñales hasta la Sierra del Infierno durante cerca de diez kilómetros por un terreno lleno de piedras. Después, a pie, trepa por los senderos de la montaña para dar clases a los tres niños acuáticos —uno de tercer grado y dos de octavo— en un aula rústica e improvisada.

«Les doy lengua española y matemáticas. No admiten recibir ciencias naturales por su creencia y el tabú del sexo y del cuerpo humano, tampoco admiten la historia por la evolución del hombre. El ministerio permitió ese plan de clases, algo es algo», expresa Collara, que lleva diecisiete años haciendo esos tramos de ida y vuelta.

Marcelino es alto y flaco. Su figura es la de un fondista etíope que entrena en las montañas antes de ir a probar suerte a los maratones de las grandes ciudades. Sus extremidades son largas, su piel está quemada en exceso por el sol y lleva un mostacho grueso.

«No son inteligentes, no les interesa nada, los padres lo único que quieren es que sus hijos aprendan a leer y a escribir. Las clases están estimadas hasta noveno grado», apunta Collara.

Después de 1959, el Gobierno cubano intentó por todos los medios sacar del aislamiento a la comunidad de los acuáticos. Incluso les llegaron a construir en la propia sierra una escuela, pero los padres se negaron a mandar a sus hijos a las aulas a recibir las clases.

No fue hasta mediados de la década de los ochenta cuando algunas familias acuáticas aceptaron que sus niños al menos aprendieran a leer y a escribir. Pero la intención del Gobierno se volvió a ver interrumpida por uno de los primeros maestros que subió a la Sierra del Infierno.

«El profesor que estuvo antes que yo enamoró a la esposa de un acuático y

se la llevó con él a vivir al pueblo. Eso creó un mal precedente y ellos decidieron no aceptar a ningún profesor más hasta que llegué yo», cuenta Marcelino, quien cobra al mes 671 pesos cubanos, unos 30 dólares, por lo que cuando no anda pedaleando en la bicicleta por los terraplenes o cuando no está en el aula impartiendo clases, está recogiendo plásticos, latas, cartones y botellas por las calles para luego vender los kilogramos de material reciclable que pueda recopilar y así poder mantener a su familia.

*

Pedro Luis, vecino de Viñales, sin proponérselo, y sin serlo, ha estado casi toda su vida conviviendo entre acuáticos. A sus setenta años, sentado en la sala de su pequeña casita, no para de contar anécdotas y pasajes que ha presenciado junto a ellos en cooperativas agropecuarias, en una empresa forestal y en el propio barrio.

«A Alberto le dio de pronto un dolor de apendicitis en el surco y se desmayó. Hubo que salir corriendo y operarlo de urgencia. Después que lo habían operado nos acordamos de que era acuático. Alberto más nunca pudo virar a su casa, se tuvo que ir a hacer su vida a otro pueblo», cuenta Pedro Luis sobre un subordinado que tuvo en una cooperativa.

También recuerda que el administrador de la empresa forestal para la que trabajó a mediados de la década de los noventa era acuático: «Hoy el hombre casi no puede caminar porque en un accidente de trabajo le dieron un hachazo en el pie y quiso curarse con agua. Al final, la herida nunca sanó y ahora le dicen Antonio el cojo».

Una vecina de Pedro Luis contrajo matrimonio con un acuático y decidió ir a vivir a la montaña. «No sé sabe cómo se quemó todo el cuerpo, y en vez de llevarla a un servicio de urgencia de algún hospital la dejaron en una cama intentando curarla con agua. A los pocos días se la comieron los gusanos delante de todos», relata.

Pero de todos esos pasajes surrealistas, nada le provoca tanta repulsión a Pedro Luis como que a algún acuático le duela una muela: «Van y buscan un palo y lo parten por la mitad. Después lo viran bocabajo hasta que el tronco comienza a soltar gotas de una sustancia blanca y babosa y eso se lo echan en las muelas y en un rato el diente se les cuartea en pedazos, lo

escupen y se les quita el dolor».

*

Hay silencio en la Sierra del Infierno: los gritos de Juanito cesaron. Victoria sale de la habitación y mira al suelo con el rostro compungido. Lleva horas despierta y carga en cada mano una palangana metálica, vacías las dos. Camina hacia el patio para llenarlas. Por la puerta trasera, que está abierta, entra una luz rara y una brisa leve: la madrugada empieza a apagarse.

En la sala, la mayoría duermen incómodos, en unas posturas insospechadas. Uno de los cinco hijos del matrimonio de Juanito y Victoria se despierta al ver a su madre atravesar la cortina. La madre le dice: «Se quedó dormido, ha dejado de sangrar». Victoria habla de Juanito, de su hernia estrangulada y de la enorme infección en los riñones que lo tiene convaleciente en cama.

El hijo de Victoria que despertó se llama Juan. Tiene treinta y tres años y es el más apegado a sus padres. «Cuando nací, primero sacaron a mi hermano muerto y después a mí. Éramos mellizos, pero el parto se complicó porque fue en casa y sin médicos», expresa. Él y sus cuatro hermanos lamentan la infancia que tuvieron y la vida «de perro» que llevó su madre, producto de la tradición de los acuáticos.

«Ninguno de nosotros fue a la escuela y ninguno de nosotros sabe hacer otra cosa que no sea trabajar la tierra, eso fue lo que nos inculcó mi padre, pero nosotros no hemos hecho lo mismo con nuestros hijos», señala Juan con pena por su vida.

En el patio, Victoria llena las palanganas de agua, pero no podrá llevarlas de vuelta a la habitación para cuando Juanito despierte. Después de cuarenta y siete años sin asistencia médica, Victoria ni siquiera puede agacharse, su columna está destrozada y además sufre una cardiopatía crónica, tiene un fibroma, padece de tiroides y es hipertensa.

«Cuando vivía en la montaña, era costurera y tenía que bajar y subir la loma para poder vender las cosas que cosía. Iba con 110 libras de tela al hombro y eso acabó con mi salud. Llegué a tener 7 de hemoglobina y por eso dejé de ser acuática y bajé a vivir aquí abajo», cuenta Victoria.

La primera vez que Victoria enfermó con gravedad, hace doce años,

decidió ir a un hospital y toda la familia pensó que ese era el fin de su relación con Juanito. En las dos semanas que estuvo ingresada recibió la visita de sus hijos, pero no de su esposo. Cuando le dieron el alta médica y regresó a la Sierra del Infierno, Juanito la estaba esperando en la punta de la montaña para darle un abrazo. Días después bajaron a vivir al llano.

«Al principio, por miedo, escondía las medicinas donde Juanito no las viera y me las tomaba cuando él no estaba», explica Victoria.

Un gallo canta. El sol despierta y se eleva por detrás de un mogote. El chorro de agua suena estrepitosamente cuando sale del grifo y cae con violencia en el metal de las palanganas vacías.

Victoria recoge una cazuela vieja que está tirada bocabajo en la tierra mojada. La llena de granos de maíz y camina por el patio echándole comida a unas gallinas hambrientas. Se sienta en un pedazo de tronco debajo de un árbol a observarlas comer. El eco de un grito de Juanito espanta a las gallinas, que corren despavoridas hacia cualquier lugar.

EL HOMBRE PÁJARO

Los pájaros cantan en pajarístico,
pero los escuchamos en español.
(El español es una lengua opaca, con un gran número de palabras fantasmas;
el pajarístico es una lengua transparente y sin palabras).
Juan Luis Martínez

Tuvo que romper la masa de cuerpos encadenados que lo rodeaban. Meter un hombro, luego una pierna, contraer el abdomen, bajar la cabeza, simular el movimiento de una cobra para escurrirse entre cinturas y brazos ajenos y así poder avanzar. Lo hizo cientos de veces. Cada persona estaba precedida de otra, casi nadie tenía radio de movilidad alguno. Estaba sumido en un mar de desconocidos. Pidió permiso, nadie le escuchó. Tocó algunas de las espaldas de aquellos cuerpos, solo un par se voltearon con enfado. Vio de cerca rostros desdibujados por el alcohol y la madrugada. Rostros sin detalles, rostros de oscuridad. Estaban todos como poseídos, pegados por el sudor. Miles de personas que, codo a codo, se contoneaban y desgañitaban coreando las letras de Cándido Fabré.

Su pequeño y desgajado cuerpo no le alcanzaba para divisar el escenario. Estaba tan exhausto que a cada rato se detenía, se paraba en puntillas de pies y miraba hacia delante para saber cuánto le faltaba por recorrer. Mientras más avanzaba, más le costaba encontrar rendijas por donde colarse. Escuchó la voz ronca y aguardentosa de Fabré que decía «disciplina, disciplina». La orquesta detuvo la música y como una onda expansiva se abrió un hueco en la multitud. Dos hombres estaban enroscados en una pelea. Aprovechó ese instante para acercarse a la tribuna. Burló la seguridad del concierto mientras todos seguían pendientes del altercado. Subió por una de las escaleras traseras del escenario y se escondió detrás de un bafle enorme.

Estuvo allí varios minutos. Descubrió que la garganta la tenía seca. Después de atravesar la muchedumbre, con las nalgas en el suelo y la espalda apoyada en el bafle, una sensación de inseguridad le recorrió el

cuerpo. Las manos le temblaban, sudaba como si estuviese bajo el sol del mediodía y no bajo la luna escurridiza de mitad de la madrugada. Escuchó decir a dos hombres que debían ser utileros de la orquesta: «Hace años que Fabré no toca aquí en La Maya, es normal que se forme esta locura con su Dios».

Intentó repasar mentalmente lo que iba a hacer, pero su cabeza iba a toda velocidad. Montones de ideas iban y venían. Estaba aturdido. A lo lejos observó cómo varios policías esposaban a los dos hombres de la pelea y los subían a una misma patrulla. Imaginó que eso le podía pasar también a él. Estuvo a punto de abandonar el escenario y regresar al público. Quizás estaba forzando demasiado las cosas y aquello podría provocar una catástrofe mayor de la que ya era su vida. La orquesta volvió a tocar. Arrancaron los metales, le siguió la percusión y así.

En circunstancias de incertidumbre siempre le viene a la cabeza el brazo ahuesado de su mejor amigo que lleva tatuada la frase: «Sin riesgos no hay triunfos». Se puso de pie, soltó un buche de aire y caminó hacia la orquesta. No le temblaron las piernas cuando observó a miles de rostros preguntarse quién era.

*

La primera vez que lo hizo, se ganó un fuerte castigo de su profesora de segundo grado. Todos sus compañeros de curso se sorprendieron al descubrir que había sido él quien había interrumpido la clase con semejante broma. Tenía siete años, se sentaba al final del aula y era un niño solitario al que había que sacarle las palabras de la boca.

La profesora le dijo que se levantara y caminara hacia la pizarra. Sintió la mayor vergüenza de su vida cuando todos los alumnos lo miraron. «Ahora hazlo de nuevo delante de todos y no escondido», le exigió la profesora. Después de unos segundos de silencio en los que se preguntó por qué carajo había hecho aquello, se llevó dos dedos de su mano derecha a los labios, uno de la mano izquierda a la garganta, para sujetarse la nuez de Adán, y así imitó de nuevo el piar de los pollitos.

Todos rieron a carcajadas como había ocurrido minutos antes, todos, incluida la profesora, se burlaron de la imitación a pesar de que resultó un

sonido casi idéntico al de los pollos. Le lanzaron un par de pelotas de papel desde los pupitres. Se sintió como un payaso de circo sin gracia, como un desgraciado. La maestra decidió que ese día no tendría recreo. Estuvo media hora castigado, mientras sus compañeros se divertían en el patio. Pegó la frente a la pared y comenzó a darle pequeños toquecitos como si su cabeza fuera un martillo.

Al día siguiente llegó a la escuela de la mano de su madre, tal como la profesora le había ordenado por su falta. La madre pidió que, por favor, no le dañaran su expediente estudiantil. Se comprometió a que su hijo no lo haría más, dijo que ya había tomado todas las medidas pertinentes para que no volviese a pasar: «Le prohibí entrar al patio donde están las jaulas de los pollos y donde él pasa horas y horas imitando sus sonidos». Ya no podría continuar deleitándose con el canto de los gallos, el cacareo de las gallinas o el piar de los pollitos en casa. Por alguna razón desconocida aquellos sonidos le provocaban una atracción adictiva.

No fue una decisión fácil para sus padres quitarle el patio, era su mayor alegría. Del rostro le brotaba la felicidad cuando estaba entre los animales, a diferencia de la escuela o en casa, lugares donde se convertía en un niño introvertido, casi sin habla.

La casa en la que transcurrió su niñez, en las afueras de Palma Soriano, Santiago de Cuba, queda cerca del monte. Hoy, a sus treinta y siete años, sigue siendo su hogar. Es una choza de madera con piso de tierra, rodeada por dos grandes hierbazales que fueron convertidos por sus padres en patios para criar animales.

Creció en esos patios, correteando descalzo, jugando a atrapar gallinas, montando perros y cerdos como si fueran caballos, dándoles de comer a conejos y pollos. No tendría más ese espacio de felicidad, pero le quedaba todo un mundo por descubrir en el monte.

*

«Para llegar a la escuela tenía que atravesar una carretera peligrosa. Siempre los camiones y los carros me pitaban y me gritaban barbaridades porque iba por el borde de la carretera mirando hacia los postes de electricidad, que es donde se posan los pájaros. Caminaba oyéndolos cantar,

me atraía eso. Un día estuve a punto de que me arrollaran. Parece que caminaba más allá del borde y un carro me frenó delante. Era un carro antiguo, americano de esos. Cuando lo vi venir, me tiré de cabeza a la zanja. El chofer se bajó y no me vio. Debe haber pensado que me había matado porque salió y ya yo no estaba. Caí en la zanja y con la misma di unas vueltas y me levanté y salí corriendo. Después sentí que me gritó: "¡Chiquito desgraciado!". Ese día, después de las clases empecé a irme solo al monte en vez de volver a casa. Descubrí que en medio de todo aquello había un polígono militar abandonado. Allí me sentaba y me pasaba horas y horas escuchando cómo cantaban las aves y mirando el paisaje. Me gustaba estar tranquilo, solo, sin que nadie me molestara. El polígono estaba rodeado de árboles y llegaban palomas, carpinteros, sinsontes. Así fue como aprendí a cantar como ellos: escuchándolos en el monte. Después iba y ensayaba los cantos, sentado en la carretera o en el campo de béisbol del barrio. Una vez, imitando al cernícalo, vino uno y me atacó. Subía y bajaba desde la cresta de un árbol y me atacaba como un halcón, debía haber pensado que le había robado alguno de sus pichones porque tenía un nido cerca. De todos los pájaros, mi preferido es el sinsonte. Es muy inteligente, es el único que en Cuba imita el sonido de las demás aves, por eso tiene alrededor de treinta cantos. Yo logro hacer veinte. En el monte les cantaba a los sinsontes y ellos se callaban, parece que se extrañaban de mi sonido. Seguro se preguntaban: "¿Será un pájaro igual que yo?". Algunos sí me respondían y bajaban de los árboles y se me acercaban y cuando me veían, se iban. El canto del sinsonte es el que mejor me queda. El que más difícil se me hizo fue el del pitirre, aunque todo lo que hago es una imitación, los pájaros hacen cosas que yo no puedo hacer. Es como que yo me ponga a cantar como Cándido Fabré. Fabré es Fabré, como él no hay».

*

Los muchachos de más edad en el barrio, mientras jugaban todas las tardes al béisbol en el terreno, nunca se percataban de su presencia en las gradas. No existía para ellos, aunque ahí estaba cada vez que había partido. Era como si en el graderío no se sentara nadie a verlos jugar. Lo hacía con la intención de que alguno de ellos se brindara a preguntarle si deseaba

sumarse. La timidez lo ataba. Hasta que una tarde ensayó los cantos del monte. Ese día todo cambió. Los chicos abandonaron el terreno, subieron los escalones del graderío y se le acercaron. Después de algunas burlas, lo arroparon y le propusieron incorporarse al grupo. Se percataron de que con él podían ser más certeros cazando aves. Fue su oportunidad de hacer amigos.

Todos los fines de semana el grupo de muchachos iba al monte. Cada uno cargaba con un tirapiedras en el bolsillo, una especie de pequeño arco de madera que, con una tira de goma que empata sus extremidades, lanza objetos como proyectiles. Regresaban casi siempre sin la cantidad de presas que deseaban. Luego enjaulaban en sus casas las aves que lograban capturar vivas sin propiciarles demasiados daños, y las que atrapaban ya muertas, o las que quedaban muy heridas, las vendían a los santeros del pueblo para que las utilizaran en sus ceremonias religiosas.

Sucedió un trueque de intereses: ellos tendrían mejores opciones para ir al monte a cazar pájaros y él, por fin, tendría un grupo de amigos. Solo puso una condición. Irían al monte sin tirapiedras. Confíen, les dijo.

La noche antes de salir de caza por primera vez no durmió. En la tarde salió para recoger varias hojas de matas de coco y hierbas finas de higuereta. Pasó toda la madrugada haciendo jaulas y trampas. Al día siguiente, sus nuevos amigos se sorprendieron al verlo llegar con todos aquellos armatrostes. Desde ese día se hizo cargo de cada una de las expediciones del grupo. Pasó de ser el niño invisible a ser el niño líder.

Cada fin de semana dedicaba largas horas a rastrear pájaros. Él iba al frente del grupo. A pesar de ser el más pequeño, todos acataban sus indicaciones. Estableció dos estrategias principales. La primera: divisar donde hubiera aves, ubicar en las ramas más altas de los árboles algunas jaulas con comida, esconderse a varios metros de distancia y darle paso a él para que imitara el canto del pájaro que anduviera por esa zona. La segunda: introducirse en algún hierbazal que los tapase, esperar que apareciera alguna bandada y ponerles igualmente trampas y jaulas con alimentos para luego asustarlos e intentar que, con el rompimiento del grupo, alguna ave quedase atrapada.

Solo la primera estrategia fue efectiva. Cuando cantaba, los pájaros se acercaban a las trampas y veían pedacitos de pan o harina o surbano —una mata del Oriente de Cuba—. Entraban para comer y la jaula se cerraba.

Fueron muchos los pájaros que atraparon de esta manera durante varios meses. El grupo de muchachos no lo podía creer. Él, por su parte, se percató de que había perfeccionado sus imitaciones. «Era un don», se dijo a sí mismo. Y tenía que explotarlo.

*

«Ya estaba en la secundaria básica cuando llevé a casa varios pájaros. Los tenía en jaulas. Les cogí mucho cariño porque pasaba mucho tiempo con ellos. Los oía cantar y luego repetía sus cantos. Yo los seguía a ellos y ellos a mí. Fue cuando realmente aprendí a imitarlos. Todas las mañanas, todas las tardes, todas las noches, ponía un taburete delante de sus jaulas y después de darles comida nos poníamos a cantar. Varios se me empezaron a morir, me di cuenta de que era por rabia, porque estaban presos y habían perdido su libertad. Los que lograban seguir viviendo eran los que cogía directo de los nidos. Eso me conmovió, recuerdo un día en que uno se murió delante de mí. Llevaba días tristes, sin cantar, sin comer, y vi cómo cerró los ojos y las alas se le abrieron, quedó con el pico abierto. Esa imagen no se me borra. Me dolió en el pecho, eso me hizo cambiar. Ellos, como nosotros, tienen derecho a vivir, a ser libres. No fui más a cazar».

*

La comercialización de vida silvestre es el cuarto negocio ilícito del mundo, según World Wildlife Fund. Este tipo de comercio ilegal solo es superado por el narcotráfico, el tráfico de personas y la falsificación de productos.

En Cuba, el tráfico de aves es común, pues somos uno de los países con un crecimiento anual de su superficie boscosa, de acuerdo con datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). La zona verde de la isla representa el 30% de la tierra del país. En ese espacio conviven 394 especies de aves, según declaró el Centro de Estudios y Servicios Ambientales (CESAM). Entre esas especies, alrededor de treinta son autóctonas (no puede darse una cifra definitiva, pues no hay consenso; varias publicaciones manejan números diferentes).

Recientemente, un hombre fue descubierto por los oficiales de Aduanas y

Protección Fronteriza (CBP) del aeropuerto de Miami con dos tomeguines encerrados en un pomo de Vitamina C. Venía de Varadero. El frasco de plástico tenía varios agujeros para que las aves respiraran. No obstante, una murió. El hombre fue encarcelado y puesto a disposición de las autoridades norteamericanas.

Juventud Rebelde acostumbra a darle seguimiento al tráfico de aves en la isla. En 2010, el periódico reportó la detención de dos ciudadanos por llevar sesenta y dos aves muertas en el equipaje de viaje de un tren. Los pájaros estaban colocados en recipientes que contenían formol para evitar su descomposición. Los hombres declararon que tenían la intención de venderlos a santeros para fines religiosos. Después, en 2011, el periódico informó de que en San José de las Lajas, provincia de Mayabeque, un hombre cargaba en una mochila sesenta y cinco pájaros y murciélagos muertos. En ambos casos, los implicados fueron procesados por violar el decreto ley 268, en su artículo 7, inciso c, por lo cual les impusieron 750 pesos cubanos de multa, unos 30 dólares.

El propio medio oficialista afirma que «la fauna es el recurso natural más desprotegido desde el punto de vista legislativo en Cuba». Es por ello que los traficantes se lucran sin miedo a ser penados severamente. La ley prácticamente los exime.

*

«El último que tuve encerrado fue un sinsonte. Le puse Fabré. Estaba enamorado de ese pajarito, lo trataba como si fuese un niño chiquito. Lo cogí desde muy pequeño, a esa edad hay que embutirlos hasta que aprenden a comer solos. Con un palito le daba harina mojada, pero le ponía miel y azúcar para que aquello le supiese a dulcecito. Tenía que abrirle el pico yo mismo. A veces también le ponía un pedazo de hollejo de naranja y él se tomaba el juguito poco a poco. Estaba en mi cuarto y por las noches lo tapaba con un trapo para que no pasase frío ni lo picaran los mosquitos. Todos los días tenía que apagar la luz del cuarto bien temprano porque él estaba cantando hasta que se hacía de noche. Fabré aprendió a cantar por mí. De pichoncito le cantaba yo mismo sus trinos para que él fuera aprendiéndolos. Me grabé en un casete y se lo ponía dos o tres veces al día.

Cuando aprendió, hasta por la madrugada cantaba. Es que los pájaros también sueñan. Por el día lo colgaba en su jaula en el balcón y se ponía alegre, no se estaba quieto. Si salía a la calle, me lo llevaba conmigo para dejarlo un rato en los árboles del parque. Era como un hijo. Pero fui creciendo y cada vez tenía menos tiempo para atenderlo. Con el dolor de mi alma tuve que regalárselo a mi mejor amigo. Semanas después soñé con él. Soñé que estábamos en el monte, donde yo lo encontré, y ahí cantábamos los dos sentados en la rama de un árbol. El día del sueño fui a casa de mi amigo a darle una vuelta al pajarito. El pobre, no parecía él, estaba triste, casi no cantaba, se veía desganado. Le pregunté a mi amigo qué comida le estaba dando y me dijo que harina. Fabré no estaba acostumbrado a comer harina sola. Murió una semana después».

*

En realidad, su verdadera pasión es la música. Puede que de ahí le venga esa extraña atracción por el canto de las aves. En algún momento tocó algunos instrumentos musicales, aunque nunca cursó estudios para ello. Aprendió en su juventud, cuando en el barrio inventaron una orquesta con instrumentos musicales artesanales. Se llamaron Los chicos de los 2000.

Entrábamos en el nuevo siglo y Cuba padecía la resaca de una depresión económica mayúscula, luego de la drástica desaparición a comienzos de los noventa del bloque socialista del Este. En Palma Soriano, como en todo el país, las casas pasaban más tiempo sin electricidad que con ella, hubo grandes recortes laborales y la mayoría de las familias dormían sin saber qué comerían al día siguiente. Había poco en lo que entretenerse.

Los muchachos del barrio, entonces, se propusieron romper el aburrimiento para no pensar en el hambre. Convirtieron varios cubos plásticos en pailas. Con un pedazo de cuero y un cajón de madera inventaron una tumbadora. Pidieron prestada una guitarra en la Casa de la Cultura del municipio y así nació la orquesta. En una carretilla de metal cargaban aquellos trastes y se movían por los barrios cercanos para presentarse en los poblados. La gente les agradeció que les llevaran algo de alegría.

Inventar instrumentos musicales de manera artesanal lo llevó a desarrollar

también un oficio que lo ha acompañado el resto de su vida: constructor de bafles rústicos. Desde que era un estudiante de Cultura Física en un Politécnico de Palma Soriano hasta hoy construye pequeñas cajas de cartón a las que les introduce bocinas viejas desechadas en talleres de electrodomésticos o en basureros. A esos artefactos les incorpora un circuito eléctrico. En ocasiones, logra vender esa suerte de bocinas.

*

Se gradúa de Cultura Física en el Politécnico y lo nombran profesor de una escuela primaria en La Maya, un poblado enclavado a cuarenta kilómetros de su casa. Durante quince años estuvo impartiendo clases bajo el potente sol del Oriente cubano en un área deportiva con piso de cemento. Su carrera en el magisterio inició con un sueldo mensual de 150 pesos cubanos y terminó en 2018 con un salario de 500.

En esos años, su percha nunca pasó de dos pulóveres, un pantalón y un par de zapatos. Ni siquiera pudo comprarse unas chancletas con lo que ganaba por impartir a los niños ocho horas diarias de Educación Física. Los últimos meses como maestro le sirvieron para probar que su cambio de rumbo, más adelante, sería adecuado.

El 22 de diciembre de 2017, Día del Maestro en Cuba, salió contento de la escuela. Bebió más tragos de ron de los que acostumbra. Los alumnos se habían ido a sus casas a media tarde y los profesores de la escuela celebraron la fecha con una fiesta donde hubo música, comida y alcohol.

Camino a la parada de ómnibus que lo devolvería de La Maya a Palma Soriano, comenzó a percatarse de que las caras de las personas que se cruzaba en la calle le provocaban mucha gracia. Le parecían máscaras y no rostros, una realidad distópica ante sus ojos. No sabía por qué ni encontró explicación lógica. «Los tragos de ron de más que llevo encima», se dijo. Aquel sinsentido le provocó un cosquilleo incontrolable en su cuerpo, un ataque de risa que no pudo contener. La gente, al verlo reír a carcajadas, lo encaró como si fuese un demente.

Siguió de largo unos metros más. No quería acercarse a las personas en ese estado tan susceptible. Se sentó en una piedra. Con un pedazo de rama de árbol comenzó a dibujar figuras en la tierra. Sintió a su espalda el trino de

un gorrión. Se volteó para ubicarlo. Lo encontró posado en un cable de electricidad. Decidió imitarlo. Los que aguardaban en la parada lo vieron cantar por casi media hora hasta que su ómnibus llegó. Al subirse, dos señoras le dijeron: «Oye, muchacho, cantas mejor que los propios pájaros». Pasó los cuarenta kilómetros de regreso a casa pensando en aquella frase, con la cabeza apoyada en una ventanilla.

Bajó del ómnibus en el parque de su pueblo y caminó contrario a su casa. Luego tocó en la puerta de su mejor amigo y le pidió que le imprimiera en su computadora las imágenes de todas las aves cuyo canto él dominaba. El amigo encuadernó en plástico los diecisiete pájaros cubanos que pudo encontrar en la enciclopedia Encarta. A partir de la tarde siguiente, y durante cinco meses, empezó a salir a la calle en cada tiempo libre a imitar el canto de las aves como un juglar. No solo encontró placer en ello, sino que comenzó a ganar dinero.

Llegaba de la escuela, soltaba el maletín con los planes de clases, tomaba agua, se encasquetaba sus carteles encima y salía a la calle de lunes a viernes. Luego volvía alrededor de la medianoche con 100 o 200 pesos cubanos. Casi lo mismo, o más, de lo que en principio ganaba como profesor de Educación Física en todo un mes. La semana se le iba esperando el sábado y el domingo, sus días preferidos. Ahí, desde la mañana hasta la madrugada, buscaba cumpleaños, fiestas, actividades culturales o sencillamente un parque en el que ponerse a cantar.

*

«Al principio me dio pena, pero me adapté a que la gente me mirara. Es como cantar en un concierto, solo que en la calle, sin asientos. Poco a poco fui perdiendo el miedo escénico y me di cuenta de que esto me gustaba. Además, en un día ganaba el doble, el triple y hasta más de lo que ganaba en un mes como profesor. Siempre me va mejor donde está la gente reunida, por eso busco los parques o las fiestas o los carnavales. Los carnavales son lo mejor. Estoy en todo el país. Me paso el año viajando porque ahí es donde está el dinero, donde la gente gasta por cualquier cosa. Están alegres, borrachos, de fiesta. Cada mes llamo al 113 para preguntar en qué parte del país hay carnavales. Si me dicen Holguín, Pinar, Tunas, Matanzas, donde

sea, ahí voy. Me hago una mochilita con un calzoncillo, dos pulóveres, un desodorante, pasta de dientes, cepillo y salgo. Me paso semanas y semanas sin virar a la casa, por ahí, de carnaval en carnaval, durmiendo donde me coja la noche, lo mismo en un portal que en un alquiler. Casi siempre duermo al aire libre o no duermo, porque trabajo la madrugada entera. Camino con los carteles de pájaros y voy cantando, la gente se acerca y me deja lo que quiere. Hay algunos que sí me piden un pájaro específico, esos son los que más pagan. No les cobro ni a los niños ni a los ancianos. Si hubiese empezado a trabajar en esto desde que daba clases, ya me hubiese comprado una casa para mí. El día que menos hago son 200 pesos. En Matanzas fue donde más hice, 1000 pesos. Pero es muy duro esto, no es jamón, porque paso mucho tiempo fuera de mi casa y extraño a mi familia, a mi tierra. Además, tengo que sentirme bien para trabajar: silbar tanto me da mareo. Esto tiene que ser con calma, poner bien los labios, la lengua, los dientes, todo en su lugar, para que cuando la fuerza me venga del diafragma y el estómago, todo suene lindo. Mi cuerpo es como si fuera un instrumento de música. Es rico ganar dinero por lo que te gusta y no trabajar en algo que te haga sufrir. Quiero ser famoso, quiero salir en la televisión para que cuando camine por la calle la gente me reconozca y me pare y yo les firme autógrafos. Quiero ganar un récord Guinness como el hombre que hace como los pájaros. Quiero viajar, salir de Cuba. Me gustaría ser alguien en la vida, alguien grande, pero sé que a veces es imposible, porque uno llega hasta donde Dios te deja. Como los pájaros, que desde el cascarón uno sabe si van a ser buenos cantadores».

*

Las luces del escenario se le incrustaron en el rostro cuando pasó cerca de uno de los trompetistas. Hizo un gesto brusco con su cuerpo, para quitarse el golpe de luz. Sus pies resbalaron en la madera y cayó de rodillas. En ese instante volvieron las dudas, pero ya era muy tarde para retractarse. Estaba delante de miles de personas. Se levantó y dejó atrás al baterista, al hombre del guayo, a los tres coristas de la orquesta, hasta que chocó con la espalda de Cándido Fabré. Ya los hombres de seguridad lo encaraban, cuando le imploró al cantante. Solo quería presentarse ante al público. Con una sonrisa lastimera Fabré le entregó el micrófono. Sin levantar la vista, con

voz nerviosa, dijo: «Quiero que me conozcan. Mi nombre es Riober Molina, pero me llaman el Sinsonte. Soy el hombre que canta como las aves».

LOS HIJOS DE LA FORTUNA

A las 6:50 p. m. empieza a caer la noche en Santa Clara y Yasmany decide empezar a trabajar. Se levanta de la acera, sin camisa, y deja sentados en el contén a un grupo de amigos con los que acaba de jugar un partidillo de fútbol. Entra a su casa y el teléfono no para de sonar —ni lo hará hasta que sean las 8:00 p. m.—. Yasmany deja la sala atrás, atraviesa un pasillo estrecho y alargado desde donde se ven dos habitaciones contiguas, llega a la cocina y se sienta en una mesa de madera, al fondo de la casa.

La madre, recostada en una meseta, le cruza la vista por la espalda y le clava los ojos en la nuca. Se fuma un cigarro y observa minuciosamente lo que Yasmany escribe. Le alcanza un teléfono celular y una calculadora vieja. Yasmany empieza a sacar cuentas como un bólido, empuña un bolígrafo con su mano derecha e incrusta la punta de tinta azul contra las hojas de papel. Hace trazos sin mirar, como si fuese Michael Laudrup, mientras revisa la calculadora y los pequeños papelitos que tiene dispersos por toda la mesa. A cada rato, mira el reloj en la pantalla del celular.

Hasta el fondo de la casa llega un señor en evidente estado de embriaguez y le entrega en silencio, sin chistar, una lista con números y un billete de cinco pesos cubanos. También entra un adolescente sin camisa que lleva puesto un short de mezclilla deshilachado por los bordes y le dice que eso, el papel que le entrega, se lo manda su abuela. Una vecina saluda primero a su madre y luego se dirige a él para decirle que es un milagro que a esa hora esté todavía sacando cuentas. Yasmany contesta que nada más son la 7:18 p. m., que tiene tiempo de sobra para terminar y entregar el dinero antes de las 7:55 p. m.

Yasmany vuelve a la acera donde están sus amigos. La puerta de su casa permanece abierta el día entero. Es como la casa de todos, del barrio. Luego vuelve a entrar, habla algo con su madre. Se cambia la ropa sin quitarse de encima el sudor del fútbol. A las 7:32 p. m., se pone una camiseta sin

número del Barcelona y se atraviesa por el torso un pequeñito bolso negro donde mete un fajo de billetes y las listas. Toma la bicicleta y sale de la casa en chancletas con un bolígrafo en la boca. Antes de que sean las 8:00 p. m., hora en que dan a conocer los números ganadores de la noche en La Bolita, Yasmany tendrá que entregar todo el dinero clandestino que recogió durante el día.

*

El capítulo 13 del Código Penal de la República de Cuba, en su artículo 219, referido a los juegos prohibidos, plantea en primer lugar que «el banquero, colector, apuntador o promotor de juegos ilícitos es sancionado con privación de libertad de uno a tres años o multa de 300 a 1000 cuotas o ambas»; y en segundo lugar que «si el delito previsto en el apartado anterior se comete por dos o más personas, o utilizando menores de dieciséis años de edad, la sanción es de privación de libertad de tres a ocho años».

Pero en las calles de Cuba se juega más a La Bolita que al béisbol, el deporte nacional. «No hay ciudad, pueblo ni rincón de la isla hasta donde no se haya difundido este cáncer devorador: se juega desde la punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio», escribió en 1832 José Antonio Saco, intelectual cubano del siglo XVIII, en su célebre ensayo *Memoria sobre la vagancia en Cuba.*

El nombre de *bolita* viene del bolitero, que era el hombre encargado de vender unas pequeñas bolas con los números en los primeros años del siglo pasado, cuando Cuba era una neocolonia de Estados Unidos. Cada una de esas bolitas podía costar desde un quilo de centavo hasta un peso cubano. Los resultados de los números ganadores los anunciaban por la radio y la televisión nacional y de esta manera las personas menos adineradas tenían la posibilidad de también jugar, pues a la lotería oficial no podían acceder por su alto costo.

En 1959, el gobierno de Fidel Castro se enfocó en erradicar los problemas que tenía la sociedad cubana de aquellos años. El juego fue uno de los primeros, pero jamás se logró. Lo único que alcanzó fue hacerlo mutar, pues si bien pasó del libre esparcimiento a estar condenado por la ley, la gente no dejó nunca de apostar en las calles. Un cambio de etiqueta para sus

jugadores, que tuvieron que camuflar los modos de jugar y esconderse del Estado.

*

La Bolita o charada es, en esencia, la misma lotería del Cash 3 y el Play4 que se juegan en la Florida y en buena parte de Latinoamérica. Tres números del 1 al 100 que una bomba de aire lanza al azar dos veces al día, los dígitos salientes son premiados al entrar la tarde y al caer la noche. Los ganadores son los afortunados en haber predicho qué combinación de números saldría de antemano. Cada jugador apostará el monto que estime y en caso de salir su elección, ese monto será multiplicado por las tarifas del banco.

La única diferencia entre cómo se juega en Cuba y cómo se juega en el resto de los países donde existe esta lotería radica en la infraestructura del juego. En la isla, los que juegan se enteran por la señal de onda corta que emite la radio de Miami que llega a algunas zonas del país, por las ilegales antenas satelitales que transmiten las emisiones de televisoras extranjeras y a través de una nueva aplicación para teléfonos Android, a los que le llega un SMS diario con los números ganadores del día al pagar el equivalente en pesos cubanos a tres dólares mensuales.

La prohibición de La Bolita ha obligado a los jugadores y a los administradores del negocio a moverse de forma clandestina en redes excelentemente conformadas gracias a su ingenio. De ahí que hayan creado una sólida organización y distribución del juego, casi comparable a un cartel de drogas.

En lo más alto de la estructura del juego está el banquero, una especie de capo caribeño a quien le pertenece la mayoría de las ganancias. El banquero es quien pone el dinero de fondo para los pagos de premio y es quien paga los salarios fijos a los otros personajes de la red. Pero del banquero nadie sabe, nadie lo conoce, nadie tiene acceso a sus fuentes ni a sus finanzas para poder tener su identidad bajo llave y así mantener en pie el negocio.

«Los banqueros solo confían en su familia y en ellos, nadie más cuenta ni toca el dinero. En este negocio cualquiera te puede pasar gato por liebre», explica Yasmany.

En la cadena, debajo del banquero, se encuentra el mensajero —puede ser más de uno—. Él es el único que conoce al banquero, ya que se encarga diariamente de entregar el dinero recogido en la jornada; dinero que viene de manos del listero —también puede ser más de uno—.

El listero, por su parte, es el más sacrificado, el más expuesto, el que todos en el barrio conocen, el rostro del juego. Es él quien va de casa en casa —algunos jugadores van a la suya, lo que supone un riesgo mayor—, tocando puerta por puerta y recogiendo el dinero de los jugadores. Yasmany es listero y mensajero, está en el *inside* del asunto.

*

Una tarde lluviosa, en una cafetería que queda en los altos de uno de los costados del parque Vidal de Santa Clara, junto a un grupo de amigos, Yasmany relata: «Antes trabajé en una de las brigadas de chapeadores de los servicios comunales de Santa Clara. También fui custodio por un tiempo. Pero cuando la vida se puso dura, tuve que meterme en esto y salir a buscar el dinero como fuese. Después nació mi hijo y los salarios del Estado no sirven para nada. Seguí porque yo soy el sustento de él y de mi esposa».

Así Yasmany empezó en La Bolita. Sus últimos doce años de vida se los ha dedicado al juego. Con el dinero que ha ido ganando, construyó un pequeño cuarto cerca de su madre que aún está en obras. Yasmany ahorra y ahorra y todo lo que gana en La Bolita, ya sea con su sueldo o apostando, lo guarda para viajar a Panamá —o a algún país que no les exija visado de turista a los cubanos—, para ir y comprar ropa barata al por mayor y venderla luego en Cuba.

A sus treinta y dos años, es un fanático empedernido del fútbol. Me cuenta que le puso Messi a su hijo y que una vez estuvo en serios problemas por él. «Unos policías vestidos de civil me cayeron atrás porque sospecharon a la vista que yo andaba en algo raro. Me les di a la fuga y escapé. Pero en el corretaje se me cayeron unas listas con nombres y la *tablet* de Messi, que tenía fotos de él. Al momento me cogieron. Dije que yo solo jugaba y como no tenía dinero encima ni en la casa, solo tuve que pagar una multa».

Estamos los dos recostados sobre los codos en el balcón de la cafetería,

mirando cómo aterriza una manada de totíes que graznan antes de posarse en las ramas de los árboles del parque Vidal, y Yasmany me confiesa que, por precaución, nunca deja dinero del banco en su casa.

«Yo hago las dos cosas, lo mismo listero que mensajero. En la casa solo tengo de banco diez dólares por si se me tira la policía y me meten una revisión sorpresa. En Santa Clara yo conozco seis banqueros, pero debe haber al menos cuatro más», afirma.

Las nubes grises de agua encapotada han dado paso a unos nubarrones más oscuros. La tarde se retira y con ella Yasmany. Todos los días a la entrada de la noche comienza su persecución. A las 8:00 p. m. dan a conocer los segundos ganadores del día y él tiene que entregar, a las 7:55 p. m., las listas y el dinero de las personas que apostaron.

«Tenemos que entregar siempre cinco minutos antes de la tirada, antes de las 2:00 p. m. y de las 8:00 p. m. Eso es para que no haya trampas, porque si entrego las listas y el dinero pasada esa hora, el banquero no me recibe. Es tremenda responsabilidad, porque ya la gente apostó y si sale ese número y no entregué a tiempo, me busco tremendo lío. Y también está hecho así para que la gente no juegue después de ver los resultados».

Los listeros en Santa Clara se mueven en motos y bicicletas. Es una estrategia que han establecido para evitar que los policías los detecten y los paren. Además, todos los días cambian el lugar donde le entregan el dinero recaudado a los mensajeros. «Es una garantía, porque como no vas a pies, no llamas la atención. Nos ponemos de acuerdo el día anterior y cambiamos, nunca son lugares céntricos. Llevo doce años entregando cada día el dinero en un lugar distinto», señala.

Muchas veces, cuando se acerca la hora de la recogida, Yasmany se va del barrio. Su madre y su hermano le recogen el dinero de las personas que van a entregarlo por su cuenta. «Es una manera de no marcarme, en el barrio hay una pila de chivatones», apunta Yasmany unas cuadras antes de llegar a su casa.

Llegamos y nos quedamos sentados en el contén de la acera de siempre, conversando. Un vecino cercano le da un papel con los números a los que apostó y varios billetes que no logro distinguir. Yasmany se molesta, le dice al vecino en mala forma que entre y deje el dinero dentro de la casa. Luego, llega una anciana que sin decir ni una palabra le entrega su lista y diez pesos cubanos. No se hablan, no se miran. La operación la han realizado

con una sincronía espectacular. La mano que extiende el dinero y la mano que lo recibe. Sin ojos. Nada más hace falta.

El ambiente del barrio habla. Uno nota cuándo está cerca la hora de entrega. Los jugadores suelen entregar sus apuestas —por superstición— pegado al momento del cierre. La casa es un río de gentes, cada minuto llega una persona a entregar sus números. Seguimos sentados en el contén y llega un señor setentero bien vestido, entra, sale y hace un gesto sin aspavientos que deja claro que ha puesto lo suyo dentro.

El teléfono comienza un concierto insoportable. Una mujer entrada en años que maneja un Moskvitch rojo se estaciona delante de la casa y sin ningún tipo de pudor pregunta a los que estamos sentados en la acera qué números deben salir. Alguien le dice alguna combinación, ella arranca y sigue. No juega. Llega un estudiante universitario de Medicina con su bata blanca doblada en el antebrazo y entrega su lista. Una señora ama de casa, que camina despacio, trae una toallita en la mano, la desenfunda y aparece un papel a rayas y un billete de tres pesos cubanos con el Che Guevara en el centro.

«Hay personas que no vienen, yo paso por sus casas y les recojo los números y el dinero porque me queda de camino a casa del banquero. Entrego una lista de todos los que jugaron, pero me quedo con un doble para después comprobar quiénes fueron los ganadores, porque de los banqueros también tengo que cuidarme», comenta Yasmany debajo de un poste de luz, con las palmas de sus manos repletas de escrituras con cuentas matemáticas en tinta azul.

*

Norberto me habla como si yo fuese un número. Como si todo lo que le rodea formara parte de la resolución de una ecuación lógica. Fue profesor de Física de un preuniversitario en las afueras de Santa Clara, pero ya está jubilado. Tiene setenta años y desde los siete juega a La Bolita. Norberto es blanco gallego, obeso y lleva puesto unas gafas oscuras y un sombrero de guano porque está recién operado de cataratas.

Norberto juega, religiosamente, todos los días y me explica sentado en un sillón de madera en la sala de su casa que la primera charada en llegar a

Cuba fue la China, que se jugaba hasta el número 36, que después llegó la dominicana y la cubana, que se extendieron hasta el 100. Que existen varios métodos para jugar. Y que uno es la seguidilla de números, que son los números que salen alrededor de otros números. Que otro es la «cábula» o la superstición, que la gente lo asocia a los acontecimientos y al significado de los sueños. Y que el último método es la estadística de la historia de los números que han salido a lo largo del tiempo.

De pronto, me dice que lo espere un instante, que tiene que salir a cobrar un dinero que le deben de ayer y que de paso le apostará hoy al 89 y al 3. El primero porque significa lotería y yo he venido a hablarle de ella. Y el segundo porque llevo puesto un pulóver que en la manga izquierda tiene ese número. Una «cábula», según los métodos que me acaba de explicar.

«Hay personas videntes y todas las mañanas dicen el verso del día, que es por donde mucha gente se guía para jugar. Es una especie de lectura supersticiosa que habla de cosas y luego se asocia el significado de esas cosas a los números. Pero la charada ha evolucionado mucho y ya cada número tiene varios significados», señala Norberto.

A pesar de jugar todos los días y de aparentar una obsesión irascible hacia la charada, tiene bien claro las implicaciones que puede traer consigo vivir para el juego. «Hay que tener convicción y no dejarse manipular. El dinero de la casa y de la comida yo no lo toco», explica.

Hubo un día en el que soñó con una gallina rodeada de pollitos amarillos recién nacidos. Salió a la calle y vio por todos lados personas con pulóveres amarillos color pollito. Pasó una señora que juega a La Bolita y le dijo que pollito chiquito era el número 1. Empezó a llover y, en lo que se guarecía, por delante le pasó un carretón con girasoles que llevaba el número 1 escrito en la madera. Camino a apostar, se topó con un hombre que le ponía dinero todos los días al 1 y que esa vez le dijo que no iba a jugar. Norberto contó los pollitos del sueño: eran 9. Le apostó al 9 y al 1 con diez pesos a cada uno. Al otro día ganó 13.000 pesos.

«Esa es la parte buena», dice Norberto. Y después de ganar y ganar viene la obsesión con el triunfo. La ofuscación. «Y a esa es a la que hay que temerle».

Norberto rememora que un amigo suyo, que era administrador de un hotel en Quemado de Güines, no fallaba en sus predicciones. Número que le ponía el ojo, número que salía. Al punto que un día no tenía idea a qué

número apostarle y cuando llegó a su casa se fijó que el número de la puerta era el 33. A ese mismo le puso 500 pesos y se ganó unos cuantos miles. Pero después de aquello le llegó una mala racha y comenzó a vender las cosas valiosas de la casa y a tomar dinero prestado de la caja administradora del hotel.

Llegó a deber 300.000 pesos y no escarmentó. Buscó un garrotero para pedirle dinero y terminó endeudado y perdiendo la casa y dos carros. Su mujer se divorció de él y se fue con los dos hijos a vivir al Oriente del país. Luego de perder a la familia, una auditoría detectó el faltante de dinero en el hotel y fue entregado a la fiscalía. Lo condenaron a cuatro años de privación de libertad.

«El dinero te absorbe», afirma Norberto.

*

«Juego 200 pesos diarios. Antes lo hacía por cábula y ahora llevo estadísticas. Lo que sale en los sueños es válido hasta pasada una semana», apunta Omar, un negro panadero a quien le he tenido que montar guardia por varios días para poder conversar.

Omar tiene los dientes amarillos bañados en sarro. Por fin abrió su casa después de días y lo he podido encontrar con legañas en los ojos. Vive cerca del famoso tren que descarriló la tropa del Che Guevara en esta ciudad en 1958. Estamos sentados en un pequeñito parque de diversiones desde donde se ve uno de los vagones. El parque tiene tres columpios, un rehilete metálico al que llaman «tío vivo» y un par de aparatos ancestrales que solo deben existir en Cuba. No hay un solo niño en los alrededores.

«Cuando he dado algún paletazo bueno en La Bolita, he alquilado una guagua y me he llevado al barrio entero para la playa o alguna piscina en un hotel», dice Omar entre ademanes, y luego recuerda una anécdota legendaria del juego en la ciudad: «En un *Aló Presidente* —programa televisivo venezolano— que hicieron en la plaza de Santa Clara, Chávez le dijo a Fidel Castro delante de todo el pueblo que ese día el 66 estaba bueno, que lo iba a jugar porque era el número de la suerte de su padre. Después le pidió disculpas cuando se dio cuenta de que en Cuba la charada estaba prohibida».

«Empecé a jugar escondido en los noventa porque mi padre era del Partido Comunista. Desde ahí no he parado, un día juego 50 centavos y otro 500 pesos, pero nunca dejo de hacerlo. He llegado a tener una deuda de 15.000 pesos. Esto obsesiona y para dejar de jugar hay que romper los papeles. Tengo un ángel y un diablo en los hombros, uno me dice que lo deje y el otro me provoca», relata Omar en short y chancletas. Corre un poco de aire frío y sus piernas tiemblan. Los brazos le lucen cenizos.

Su esposa es doctora y está por cumplirse su tercer año de misión internacionalista en Venezuela. Con el dinero que ha ganado como cooperante pudo mejorar la casa. Pero Omar, para jugar, ha ido vendiendo poco a poco sin que su mujer sepa todo lo de la casa. Vendió el DVD, el televisor LCD, la lavadora y algunos muebles de la sala.

«Trataré de reponerlo antes que ella llegue de vacaciones», balbucea.

Tiempo atrás, Omar cayó en la llamada «racha mala». No tenía dinero, no tenía comida y se encomendó a una cartomántica para recobrar la fortuna. La señora, una anciana del barrio con buen pedigrí en leer el destino, le dijo: «En *La última cena* de Da Vinci hay un señor que no se nota su presencia, ese es el señor del buen despacho. Ponle un vaso de agua y una vela sin encender y pídele que salga el número que tú quieres y prométele que, si sale, le vas a encender la vela».

Omar hizo lo que le indicó la señora. En la tarde, cuando entró al baño, un vecino le gritó desde la ventana de al lado que había salido el 106. Salió desnudo, cubierto de jabón y le encendió la vela al «señor del buen despacho». Luego gritó: «¡Mi viejo apretaste!».

*

Yasmany amaneció enfermo. No pudo dormir en toda la noche por unos retorcijones insoportables en la boca del estómago. Apenas se podía levantar de la cama. Pero esto es un trabajo de todos los días, donde no existen vacaciones ni certificados médicos. Todos los boliteros saben que no hay descanso ni justificación, que estar dentro del negocio significa no fallar ni siquiera un día.

En estos casos, el hermano de Yasmany es su salvador. Le apodan Pancho y siempre sale al ruedo y toma la bicicleta china y el bolsito negro del

hermano. Los apostadores ya lo conocen, tiempo atrás él también fue listero; ahora ya está desligado de La Bolita.

Primero intenta recoger en las casas del barrio de Camacho, pero no le es posible porque tocaba fumigación en el vecindario y el jefe de la policía de ese sector andaba merodeando. Luego, pedalea rumbo a la Candonga, una zona de kioscos cuentapropistas que el Estado ha autorizado para la venta de comida y artículos variados.

Los que apuestan en la Candonga saben a la hora que pasa el listero. Ellos agolpan las listas en un kiosco determinado y así le facilitan el trabajo al recogedor. Pancho entra por la parte de atrás sin bajarse de la bicicleta. Fugaz. Se sienta en el kiosco determinado, saca su celular y busca la aplicación de la calculadora, saca cuenta sentado en un quicio y guarda los papeles en el bolsito negro. Todo dura menos de cinco minutos.

Ahora a Pancho solo le falta recoger una lista en la escuela primaria del vecindario. Dice que lo único malo de ese lugar es que lo expone mucho y por eso no le gusta, que su hermano sí va y recoge sin temor, pero que él no. Pancho tendrá que llegar y dejar la bicicleta afuera de la escuela, en alguna sombra. Deberá entrar y pasarle por al lado a un busto del apóstol nacional José Martí, encontrar el aula de la maestra que juega y asomar la cabeza. La maestra les dirá a los niños que esperen un instante, los dejará solos y saldrá a entregarle sus números del día.

*

En la sala de la casa de Yasmany hay dos muñecas: una blanca con un traje amarillo y otra negra vestida de azul. Son las santas Oshún y Yemayá. Encima de las dos muñecas hay un estante de madera con la Virgen de la Caridad y, a su costado, una botella de vino Soroa y una lata de cerveza Cristal. También hay una bandera de Argentina, una de España y una del Barcelona. En la casa hay dos religiones: la yoruba y el fútbol.

La casa está en obras. Yasmany se siente mejor del estómago y está ayudando a unos tíos a hacer una escalera de concreto. Llega Pancho y también se suma. De una de las habitaciones sale un potente reguetón que estremece una carretilla repleta de cemento, gravilla y polvo de piedra. Hay varias botellas de ron desperdigadas por el piso.

En La Bolita, escalera es el 23. Alguien pide un cuchillo y todos exclaman que cuchillo también es 23. Ese es el número preferido de Yasmany, que para mayor coincidencia mira la hora y son las 7:23 p. m. «Es mucha cábula, voy a jugarle algo hoy», dice Yasmany y se sienta a trabajar porque ya es hora de terminar de acumular las listas e ir a entregarlas.

Todo se paraliza en la casa. No se hace nada más que mirar hacia la mesa donde está sentado. Un bombillo amarillo cae del techo y es sujetado por un cable con telarañas. La penumbra deja ver las salpicaduras de cemento en el cuerpo de Yasmany. El teléfono chilla sin piedad. Llega una mujer y se le acerca al oído, le pide por favor que le deje jugar un número gratis y que al otro día le pagará sin falta.

A las 7:33 p. m. Yasmany se levanta de la mesa, se pone una gorra, se cruza de arriba hacia abajo la carterita negra y se deja caer un pulóver en el hombro derecho. Coge la bicicleta y camina hacia la puerta. Antes de marcharse, desde la sala, le grita a su madre: «Acuérdate de grabarle los muñequitos a Messi».

FANGO

A sus ochenta y nueve años, José sabe dónde está todo. Al menos, lo imprescindible. Sabe que al costado de su cama húmeda encontrará un fósil de ventilador que aún gira y simula echar aire. Sabe que sobre la mesa destartalada y sucia en la que reposa el ventilador está su fiel escudero: un viejo radio. También sabe que cuando sus pies se afinquen en el suelo fangoso tendrá que evadir las cuevas de cangrejos que inundan la casa. Cuando José se baña no puede ver su cuerpo de carbón enjabonado. Calienta el agua en una calderita de metal que coloca en la hornilla eléctrica. Cocina, friega, lava y tiende, guiado apenas por el tacto. José vive solo, en el Fanguito, uno de los barrios más indigentes de La Habana. Y tiene la suerte de no ver lo que le rodea.

*

El Fanguito, enclavado en los límites del elegante Vedado, es parte de esa otra isla. Islote en tierra, paraje del que solo salen y entran sus propios habitantes. Un lugar al que no hay que ir a buscar nada, salvo si se quiere ver de cerca el estado de putrefacción del río Almendares o, durante los lunes, algún que otro ensayo de la orquesta de música popular Charanga Habanera.

En el Fanguito hay apenas una calle. El resto son recovecos que nacen de esa vía central y que se tuercen para enlazarse y formar pequeños pasajes internos, comunicados unos con otros. Laberintos de madera podrida y zinc oxidados que han sido levantados como viviendas y se abrazan tendidamente. También hay casas de mampostería: las pocas, las privilegiadas.

30, la única calle de El Fanguito, es, en realidad, el cerco, la franja que

marca el verdadero límite del Vedado. De 30 hacia adentro, como quien busca el apacible olor a río, todo concluye. De 30 hacia afuera, como quien busca el humo citadino, todo comienza.

Con delicadeza uno pudiera meter la mano en una maqueta y rasgar el Fanguito, levantarlo en peso. Su hacinamiento lo permite. Está tan aislado, tan volcado sobre sí mismo, tan envuelto en mugre, que lo único que lo salva es el Almendares. Aunque quizás sea ese su castigo: despertar, vivir y morir a la orilla del río.

*

En 2009, José se percató de que su ojo izquierdo no era el mismo de antes. Cuando enfocaba, solo veía imágenes borrosas, siluetas grises a medias. Una catarata comenzó a taparle la visión y tuvo que operarse de inmediato. Seis meses después, se operó también el ojo derecho.

Los doctores le habían recomendado reposo absoluto, pero la única compañía de José es una gata mariposa de tres colores, por lo que tuvo —tiene— que cargar el agua desde el patio hasta el baño en una tanqueta plástica de veinte litros. Tuvo que apuntalar, más de una vez, su endeble casa de madera en tiempos de huracán para evacuarse en un albergue con todos sus vecinos. Tuvo que regresar tras el huracán —más de una vez— y encontrar la casa sin techo y treparse con maderas sobre los hombros para volver a construirla. Tuvo —tiene— que ir y venir de la bodega con una jaba repleta de frijoles, arroz, y azúcar prieta y blanca.

José no pudo —no puede— reposar un instante, pero no fue la miseria, sino la soledad, lo que terminará cegándolo.

—Mi mujer y mi hijo se cansaron de vivir con un viejo y se fueron a Santiago de Cuba —dice con tono de reproche, sin aclarar el verdadero motivo de tan intempestiva fuga.

José vive en el Fanguito desde hace treinta y tres años y siempre las casas se han besado unas con otras, sin pudor. Aquí la privacidad no existe. En el barrio solo hay dos o tres propiedades independientes que escapan del reguetón y los toques folclóricos; melodías pegajosas que se cuelan entre las paredes de madera y zinc.

La inmensa mayoría de las casas de este barrio son las «llega y pon».

Armatrostes nacidos del ingenio que impone la precariedad. El «llega y pon» es la esencia de la carestía, el estandarte de los inmigrantes cubanos que abandonan sus provincias para instaurarse en La Habana en busca de un respiro para sus vidas. Escasos metros cuadrados y un poco de techo que solo sirve para no verle las estrellas a la noche.

—Hace veintiocho años que construí mi casa. Me demoré dos meses y un día —dice.

A José podríamos creerle si hubiese dicho que la construyó hace una semana.

—Trabajé en una microbrigada de la construcción y pude resolver algunos recursos. El edificio que hacíamos iba a demorar veinte años en terminarse. No podía aguantar todo ese tiempo para tener lo mío.

Lo que José llama «resolver» es robar, es lo que en Cuba llaman «la lucha» o, llevado a la acción, «luchar». Los salarios de los trabajos estatales en la isla no alcanzan para tener una vida digna, por tanto, la mayoría de los cubanos valoran los puestos laborales por lo que puedan sacar de ellos de manera ilegal, por lo que puedan «resolver».

Así nació el domicilio de José, una cueva en penumbras donde no existe la luz eléctrica y que solo se ilumina en las mañanas y las tardes, cuando el sol se cuela entre los orificios de las paredes y el techo de madera podrida. Y alumbra, el sol, lo que ya José no puede ver: una cama con un colchón putrefacto por la humedad, cualquier cantidad de objetos inservibles desperdigados por el suelo fangoso, largos trozos de nailon colocados por aquí y por allá y que sin embargo no alcanzan para contener la lluvia que penetra sin clemencia y deja todo derruido, con un hedor insoportable.

*

Justo frente a la casa de José hay un vertedero —unos cuantos metros cuadrados de hierba mala— que bien pudiera ser el punto cero del Fanguito. En ese pasto verde, donde a veces husmea un rebaño de carneros, las familias cuyas casas no tienen baño arrojan bolsas y jabas repletas de heces. Prefieren no lanzarlas al ya contaminado Almendares, donde algunos niños se bañan en las tardes de fin de semana.

—Hace poco murió un muchacho porque se infestó en el río. Tenía una

herida en un pie y no duró tres días en el hospital —dice Nilda.

Nilda tiene cincuenta años y toda su familia nació en el Fanguito. Es una mulata bonachona, con mística y sendos collares de los santos Oshún y Obatalá. Tiene aires de cacique y todos la conocen porque entre 2005 y 2009 fue delegada del Poder Popular, el primer escalón del sistema político cubano.

En las afueras de su casa, a toda hora, bajo una frondosa ceiba, se reúnen muchos de los vecinos a conversar. La gente se acomoda entre las raíces del árbol o en el suelo, y Nilda en una silla plástica.

—Aquí la población vive en condiciones precarias. La mayoría son personas adultas y su única entrada de dinero es la chequera de jubilación. Antes, el Estado nos ayudaba con donaciones, eso ya no existe. Nadie viene a ver qué comemos, cómo vivimos, cómo nos penetra el río.

Se estima que los censos de población y viviendas que realiza el Estado cubano para supervisar a los ciudadanos y sus correspondientes condiciones de vida sean quinquenales. El último se realizó en 2012 y el Fanguito no fue tomado en cuenta, probablemente porque el censo anterior, en 2005, delató que de las 199 viviendas censadas solo una estaba debidamente legalizada.

—Esto es un barrio atípico. Nadie tiene la propiedad de sus casas, pero el Estado nos exige pagar la electricidad, el gas manufacturado, el agua. En los papeles del Gobierno estamos inscritos como barrio con tendencia a desaparecer, por eso nunca nos dieron propiedad de nada. Aparecemos como personas que están albergadas desde el triunfo de la Revolución —dice Nilda.

Del 2005 a la fecha, la densidad poblacional del Fanguito aumentó notablemente, las condiciones de vida de sus habitantes siguen siendo pésimas y aún no hay una respuesta gubernamental. Hace décadas hubo un atisbo de ilusión. Los pobladores del vecindario, apoyados por el gobierno municipal, se enrolaron en brigadas de construcción para edificar sus propios apartamentos en el Vedado y, aunque tomó más de veinte años, lograron terminar cinco edificios.

Unas 110 personas escaparon del Fanguito.

—Fue un alivio más bien emocional. La gente vio cómo después de tanto esfuerzo por fin tenían lo suyo. Pero todo siguió igual. Fue tanta la demora que en esos veinte años las mismas familias se ampliaron y tuvieron que dejar a otros familiares en las casas de aquí, con las mismas malas

condiciones.

En 2007, pareció llegar la verdadera salvación. A Nilda le informaron que una comisión gubernamental encabezada por Carlos Lage —por aquellos días secretario del Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros y vicepresidente del Consejo de Estado— se encargaría de llevar a cabo un proyecto denominado *Fanguito,* el cual remodelaría las inmediaciones de la ciudadela.

El proyecto comprendía el embellecimiento de la zona y la donación de materiales de la construcción a las familias necesitadas, así como el saneamiento del río Almendares. Según Nilda, «lo principal era darle una estructura al barrio».

Se pensaba asfaltar las calles y parcelar la tierra en los descampados. A la orilla del río —la zona más crítica— se levantaría un muro, como un pequeño malecón, para separar las viviendas del agua, y en las zonas adyacentes se construirían especies de miniparques con bancos y árboles frutales que se encadenarían con el parque Metropolitano de La Habana, además de crear muelles y varaderos para las pequeñas embarcaciones de los pobladores de la comunidad.

Al final, nada se concretó. En 2009, tres años y medio después de que Fidel Castro se postrara en cama por una enfermedad intestinal y le cediera todos sus poderes políticos a su hermano menor Raúl Castro, este llevó a cabo su primera acción política de envergadura: la destitución de once de sus ministros y altos dirigentes. Entre ellos se encontraban el canciller Felipe Pérez Roque y Carlos Lage, quienes abandonaron la cúpula directiva del país por la puerta de atrás.

Al salir de la escena política, Fidel Castro se dedicó a escribir artículos en la prensa oficial cubana a los que llamó «reflexiones». En uno de ellos acuñó sobre Lage y Pérez Roque: «La miel del poder por el cual no conocieron sacrificio alguno despertó en ellos ambiciones que los condujeron a un papel indigno». Un golpe al mentón a los habitantes del Fanguito.

—Se fue Lage —dice Nilda— y más nada se hizo. Todo fracasó. Dejé de ser la delegada.

Ya nadie habla del proyecto Fanguito, pero Nilda aún conserva los papeles, como quien guarda una reliquia sabiendo que la reliquia no vale nada, solo el recuerdo de lo que fue.

—Le hemos pedido terrenos inutilizados a Planificación Física. Y como nunca nos han respondido, hemos decidido construir sin permiso, pero siempre viene la policía y nos desaloja.

Varias veces, Nilda y otros vecinos han tenido que acudir a la estación policial de Zapata y C, en Vedado, por intentar levantar paredes de bloques en la zona del vertedero.

La resolución 123 de la Ley General de la Vivienda, emitida por *La Gaceta de Cuba* el 6 de enero del 2014, plantea que todas aquellas personas que viven en condiciones precarias y zonas de peligro de inundación serán priorizadas por el Estado conforme a la legislación vigente. Resolución que no se cumple.

—Desde que salió la resolución, hemos entregado solicitudes al director de Planificación Física y todavía estamos en espera de una respuesta. Ni siquiera nos han dado un subsidio para construir porque no somos propietarios legales de nuestras viviendas —dice Nilda con roña.

Como fiel hija de Oshún, hasta hace bien poco Nilda vivía en la orilla del río. Pero se cansó de que la casa fuera una costra de humedad y no quiso seguir supeditándose al Almendares, que, cuando le viene en gana, se desborda y secuestra a los que viven en sus márgenes.

—Hace unos años el agua no subía tanto. Ahora esto es una locura, cada vez sube más. La situación es alarmante porque se ha vuelto diaria.

Cuando el Almendares se precipita, penetra en el vecindario como un inmigrante más que busca cobijo. Cuando se retira, todo lo que deja es fango, casas que se mecen sobre un pantano. El agua puede llegar hasta las rodillas y los niños dejan de ir a la escuela. Aunque, si la situación no es demasiado grave y el fango no los cubre, los niños se remangan el pantalón, levantan las mochilas de libros por encima de sus cabezas y avanzan descalzos, con un trapo viejo en los bolsillos para, una vez fuera, limpiarse los pies, ponerse las medias y los zapatos e ir a estudiar.

—Las noches son las peores, se han visto cocodrilos y clarias enormes —dice Nilda, ya mudada—. Prefiero estar prácticamente al aire libre que estar cerca del río. Ahora no me mojo por abajo, me mojo por arriba.

La nueva casa de Nilda casi no tiene techo. Es una casa descapotable.

*

En el Fanguito, muy pocos trabajan para el Estado. A cualquier hora del día la gente va y viene por sus calles o descansa en los contenes de las aceras. Los adolescentes viven trepados en los techos atendiendo sus palomares. Criar palomas es el deporte nacional de la ciudadela. Los perros vagabundos deambulan y te miran fijo a los ojos.

El consumo del gas manufacturado es uno de los problemas más serios del vecindario. El Estado le asigna un galón metálico —le llaman «balita»— de 30 libras a los núcleos familiares que no cuentan con instalación de gas y el alquiler mensual cuesta 400 pesos cubanos, más 120 por el embotellamiento.

Por lo general, los núcleos familiares son de diez personas. Tres, cuatro y hasta cinco cuartuchos a los que el gas no les alcanza.

—La gente compra las balitas por fuera de lo establecido o a personas que viven solas y necesitan una entrada de dinero —dice Nilda—. Casi todo el mundo cocina en hornillas eléctricas o de luz brillante —querosén—. Hubo un tiempo en que esto era un polvorín. Como las casas están pegadas, cuando a alguien se le volaba la luz brillante, el barrio entero se incendiaba.

José es uno de los que vende su balita a otras familias. Cambia la potencia del gas por el calor lento y suave de las cocinas eléctricas, un poco de comodidad por algo de dinero. Un paliativo al bolsillo, un apoyo a los 192 pesos de pensión —el equivalente a unos 8 dólares— que todos los meses le entregan y que alcanzan para casi nada.

Hace más de un año que los trabajadores sociales de la Dirección Municipal de Trabajo y Seguridad Social no le tocan la puerta. Han ido a visitarlo, han tomado sus datos, pero la situación de José no ha variado. Le prometieron un crédito bancario para comprar materiales de construcción y reparar la casa. Nunca llegó. Le asignaron un trabajador social para que de ocho de la mañana a cinco de la tarde lo ayudara en las labores de la casa. Nunca fue.

—La última vez que me dieron algo fue hace dos meses —dice—. Diez jabones de lavar y tres de baño.

En Trabajo y Seguridad Social de plaza de la Revolución —entidad encargada del Fanguito— hay noventa plazas para trabajadores sociales y solo cincuenta y seis están ocupadas. Cada trabajador social atiende cuatro

circunscripciones, que suman más de dos mil personas, y significa, a su vez, que un trabajador social pasa y no vuelve hasta los tres meses.

—No hay prioridad en la atención, todos los lugares son importantes — dice Yaima Fáez, subdirectora del Departamento de Asistencia Social, quien atiende tanto a los núcleos de vivienda con bajos ingresos económicos como a los individuos sin ningún tipo de ayuda familiar.

El Departamento de Asistencia Social cuenta con un presupuesto asignado para ciertas compras.

—No es un módulo que tenga una frecuencia fija de entrega ni tampoco se le otorga siempre a las mismas personas. Lo que está establecido entregar es inmobiliario (cama, colchón, cuna, sábanas) y ropa y zapatos.

El Estado dicta que cada trabajador social debe encargarse de más de seiscientas familias, pero la falta de personal disponible atenta contra esa cifra. No hay manera, pues, de garantizar la ayuda necesaria a los asistenciados. Según Fáez, las causas están en que «el salario es muy bajo, un trabajador social gana 335 pesos cubanos —unos 14 dólares—. Si cambiamos la perspectiva, los trabajadores sociales son los que más trabajo pasan, por eso es que duran en sus puestos tres o cuatro meses a lo sumo».

*

José solo puede tomar agua fría al mediodía, cuando, bastón en mano, sortea baches y charcos hasta el comedor de asistenciados El Río*,* unidad básica de gastronomía que pertenece al sistema de Atención a la Familia.

En el comedor hay cuatro mesas de hierro, cada una con cuatro sillas, y un televisor pantalla plana que reproduce música romántica. El calor ambiental se mezcla con el vapor y el humo de unas enormes calderas expuestas al fuego.

Desde hace diez años, El Río le brinda almuerzo y comida a cincuenta y un ancianos del Fanguito. Veinte están registrados como asistenciados de la comunidad, por lo que abonan veinte centavos en cada visita. El resto paga un peso.

—La nueva administración ha mejorado mucho la comida. Antes no se veía la grasa, todo era hervido y salcochado. El pollo era un picotillo lleno de huesos. Un 26 de julio —Día de la Rebeldía Nacional—, el

administrador se robó los dos puercos que nos dieron. Todo el mundo tiene necesidad, todo el mundo tiene que raspar, pero que se lleve un pedazo, una pierna, no dos puercos enteros —dice José.

Desde que los ancianos llegan al comedor no paran de quejarse. El bullicio no cede. José bebe su agua fría en vaso de cerámica, degusta un pan desabrido y come los alimentos específicos del día. Después de almorzar, José se marcha. No tropieza con nada, sabe dónde hay un desnivel en la acera, dónde está el poste de luz inclinado y dónde los tanques de basura se desbordan y le impiden el paso.

—Nunca me he caído. Siempre ando solo, con mi bastón que me dieron en la iglesia, ese es mi guía.

José llega incluso hasta Paseo y Línea —banco donde cobra la pensión—, a casi dos kilómetros del Fanguito.

Su único entretenimiento es cazar cangrejos dentro de su propia casa. En el piso, de un fango endurecido con el tiempo, los cangrejos han encontrado una cómoda madriguera para instaurarse. En el Fanguito solo hay que cavar treinta centímetros de tierra para toparse con el agua del río. Sitio idóneo para que los cangrejos procreen y se esparzan en miles de cuevas.

José se guía por el chasqueo de las muelas de los cangrejos y los persigue escoba en mano.

—Arman conciertos, a cada rato tengo que callarlos. Una vez hicieron una cueva en la que me cabía el pie y tuve que emparejar la tierra con una pala. Calenté una ollita con agua y se la zumbé. De ahí no salió un cangrejo más.

Contra los ratones también tiene un antídoto: su gata Misun.

—Es una vampira, no deja que los ratones me mortifiquen. Ella siempre quiere salir conmigo, pero no la dejo, me da miedo; aquí hay muchos perros.

Del cuello de José cuelga un trapo rojo con dos llaves: una de la puerta de su casucha, y otra de un candado con óxido que finge seguridad.

—¿Qué me van a robar? —se pregunta.

Y tiene razón. Cuando José entra o sale, sus dedos turbados se enrolan en una batalla campal donde la victoria pasa por hallar la cerradura. Pero es, al final, un gesto de paz consigo mismo. A sus ochenta y nueve, con una casa que no es casa, José vive en todos y en ningún lugar.

EL CAZADOR

Llovía a cántaros en Viñales y Ernesto tenía a la italiana desnuda y trepada en la meseta de la cocina en una casa de alquiler cuando su iPhone comenzó a vibrar. Era la francesa. Después del almuerzo, mientras la italiana fregaba, Ernesto se le había aparecido por detrás, le había pegado toda su musculatura, todos sus pectorales desnudos, y había comenzado a besarle suavemente el cuello, los hombros, la espalda, hasta virarla y quitarle la ropa. Se le había olvidado que un día antes la francesa le había confirmado por mail que llegaría esa misma mañana y que ya había hablado con su familia cubana para presentarlo en casa. Ernesto se las ingenió para dejar sola por unos segundos encima de la meseta a la italiana, que burbujeaba de excitación, e ir al baño y contestar la llamada de la francesa.

—*Salut, mon amour. Est-ce que tu est arrivée bien?*

—Sí, *mon amour*. ¿Cuándo llegas a La Habana?

—*Aujourd'hui, ma chérie.*

La italiana se marchaba a su país recién al día siguiente, en la tarde, y eso era un problema. Después de regresar del baño y hacer como si nada hubiera pasado, Ernesto se arrodilló en el piso de la cocina y empezó a subir a besos por las piernas de la italiana, hasta regresar a su rostro y tener sexo por cuarta vez en el día.

—Dice mi hermana que mi madre se ha vuelto a enfermar. Voy a tener que irme ahora a Baracoa.

Eran las dos de la tarde cuando terminaron, extenuados, envueltos en una nata de sudor, y la italiana se estiró saciada de placer sobre las sartenes y los cubiertos como si estuviera sobre un colchón de agua.

*

Conocí a Ernesto en agosto de 2015 en las arenas tristes y duras de Guanabo, una de las playas del este de La Habana. Esta era la segunda vez que la francesa Fadih venía a Cuba, cuatro meses antes se habían conocido cuando ella visitó la isla para la boda de una de sus primas cubanas. Coincidimos en una casa veraniega con piscina alquilada por la suegra de un amigo mío que estaba de vacaciones en Cuba. La suegra de mi amigo viene una vez al año a ver a sus dos hijas y a su madre. Está casada con un congolés de familia francesa desde hace más de dos décadas y vive entre el Congo, Francia y Miami. Una de las sobrinas de ese señor congolés es quien llamaba a Ernesto. Fadih nació en el Congo Brazzaville; es gordísima, debe pesar unos 130 kilogramos. Su piel es negra como el carbón. A los treinta y tres años usa espejuelos y su familia no le conocía ningún enamorado hasta que apareció Ernesto.

—A Fadih la capturé en el aeropuerto cuando fui a despedir a una española. Llegaba por primera vez a Cuba y se topó conmigo nada más salir por la puerta. Una señal, ¿no? Todo nos va bien —me contó Ernesto cuando nos conocimos en la casa de la playa. Luego, se zambulló con estilo en el agua de Guanabo, con un short de nailon corto, ajustado a los muslos, de un amarillo fluorescente.

El viaje de Fadih a la boda de su prima iba a ser solo de cinco días y terminó siendo una estancia de dos meses en la isla. Su encuentro con Ernesto en la puerta de salida número 4 del aeropuerto internacional José Martí de La Habana terminó por cambiarle el destino del viaje.

—En esto hay que ser una fiera. La vi media perdida y le fui encima. Rápido me eché en el bolsillo la dirección donde se iba a quedar y el número del teléfono fijo de la casa. Y claro, siempre saqué mi cara de seductor para ver si la enganchaba.

Luego, durante todas las noches de esa semana, la llamaba por teléfono o se le aparecía en los bajos del edificio de la familia y la invitaba a sentarse en el Malecón. Fadih tomaba cerveza y él jugo de frutas.

—Dio la casualidad de que en ese tiempo no tenía a ninguna jeva aquí y entonces pude dedicarle bastante tiempo para convencerla —dice Ernesto con aire de triunfo.

Fadih finalmente cambió su pasaje de regreso y se fue a conocer Cuba con él. Fueron a Viñales, a Trinidad, a Pesquero en Holguín y terminaron en Baracoa, donde conoció a la madre de Ernesto.

—Con todo ese tiempo pa mí, no hay mujer que se me resista. Mueren. Cuando la llevé a mi casa fue un punto a mi favor. Yo sé trabajar a las yumas, le metí por la boca pa adentro la belleza de Cuba más mi sabrosura y ahí se convenció de que yo solo no quería vacacionar, que estaba pa una talla formal.

*

A principios de la década de los noventa del siglo pasado, con el derrumbe del campo socialista y la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), Cuba vivió la peor de sus épocas. De pronto, la economía nacional dejó de recibir las prebendas mercantiles que llegaban en toneladas industriales de las naciones hermanas para abastecer al país y la isla se hundió en un pantano insospechado hasta para los peores augurios.

La crisis económica comenzó a tragarse, poco a poco, los escasos logros sociales que quedaban de «la Revolución» de 1959. La sociedad cubana empezó a experimentar una metamorfosis.

El hambre, el descontento y la escasez provocados por la contracción de un 36% del producto interno bruto (PIB) nacional y la consiguiente pérdida de cada cubano adulto de un 5% a 25% de su peso corporal durante el período 1990 a 1995 (según datos del Centro de Estudios Económicos de Cuba) propiciaron el desenfreno y la ebullición de perversiones que permanecían ocultas en lo interno del escudo moral del país. La prostitución quedó enquistada en la sociedad como salida de emergencia a la crisis.

Los cubanos se vieron en un callejón sin salida y entraron en una dura etapa nombrada por Fidel Castro «período especial». Unos decidieron aguantar el temporal a fuerza de convicciones. Otros se lanzaron a la lucha por la supervivencia. Así, en esa etapa de salvajismo social, donde todo era válido para sobrevivir, y sin respuesta gubernamental, nació «el jineterismo» en Cuba.

*

El período especial arrasó en casa de Ernesto. Su madre, que tenía un puesto en el Estado, perdió su trabajo por uno de los recortes masivos que

se ejecutó por entonces, y su padre falleció repentinamente de un infarto cuando él tenía solo once años. No le quedó otra que salir a ganarse la vida siendo un niño, y así fue como se juntó con los muchachones del barrio que se iban a la zona más turística de Baracoa a pedir dinero a los extranjeros. Dejó la escuela, pero al principio no le dijo nada a su madre. Dejó que ella lo despertara todas las mañanas a las 6:30 a. m. y lo vistiera de pionerito de pañoleta roja. Salía con su mochila repleta de libros, pero, en vez de ir a la escuela, escondía la mochila en una casa de dos plantas que estaba abandonada por peligro de derrumbe, se quitaba la pañoleta, se sacaba la camisa blanca por fuera y salía corriendo para la zona de los hoteles y la parte histórica de la ciudad.

—*Man*, mami se dio cuenta porque yo llegaba mascando chicles y le daba una jaba con panes con jamón y queso y refrescos de latas y monedas de dólares. ¿De dónde yo iba a sacar eso? Ella no me podía decir nada, porque si yo no llevaba esas cosas pa la casa, nos moríamos de hambre —dice Ernesto, y es la primera vez que deja de reírse desde que lo conozco.

Un mes después de conocerlo en Guanabo, Ernesto me avisó que andaba de nuevo por la capital de la isla y nos encontramos para conversar. Nos sentamos en el café Mamainés, en el Vedado, casi en el corazón de La Habana. Fadih estaba en París y él acababa de llegar de Varadero, donde había despachado a una alemana que se hacía llamar Judith y que regresó a su país. Al día siguiente tenía que recoger en el aeropuerto de La Habana a una inglesa. Esa tarde me contó que esa noche dormiría solo en una habitación de alquiler en el barrio de Miramar y que a la mañana siguiente saldría rumbo a un hotel en Varadero con la inglesa, el mismo del que había salido con la alemana menos de veinticuatro horas antes.

*

Ernesto solo pudo graduarse del nivel de secundaria básica, pero a la altura de los catorce años ya sabía comunicarse en inglés e italiano. Había pasado de cazar los ómnibus que transportan a los turistas para pedirles chicles y sándwiches a estar en el casco histórico para recomendarles restaurantes y ganarse algo de comisión. Pasó de limosnear monedas de 25 y 50 centavos o de un dólar a vender los billetes cubanos de José Martí y el Che Guevara.

Hasta que se percató de que eso era mendigar, y que lo que podía darle mejores dividendos era enamorar a mujeres extranjeras. «A fin de cuentas, ellas vienen buscándonos», me contó recién conociéndonos en el borde de la piscina de la casa en la playa de Guanabo, dándole la espalda a la familia cubana de su francesa.

Se volvió un políglota de tanto interactuar con extranjeros y a su repertorio sumó el alemán, el portugués y el francés. Empezó a hacer ejercicios físicos y se montó una fachada de universitario: decía que estaba cursando la carrera de Cultura Física.

—*Man*, yo sé que estoy bonito y bueno, que tengo el color que vienen buscando las yumas, pero a nadie le gusta estar con un burro. Fíjate que a veces leo el periódico *Granma* y veo el noticiero de la televisión pa poder hablar del mundo también.

Un día se decidió y empezó a desayunar sistemáticamente en los cafés caros de la ciudad, a los que acuden los turistas, en los *lobbies* y las cafeterías de los hoteles. Pero eso no tuvo más resultado que producirle pérdidas económicas.

—Me di cuenta de que ese no era el lugar, que para poder conquistar a las yumas tendría que lucir como cubano: ron en la mano, mover la cintura y las caderas y piropear. Y eso solo se logra en algún lugar donde se baile de noche.

*

La carestía imperante tras el paso del «período especial» hizo que los cubanos vieran en los turistas a verdaderas minas de oro. Los visitantes extranjeros empezaron a ser, ante todo, una fuente de ingresos, una mercancía a la que se le podía sacar jugo. El castrismo intentó, por todos los medios, evitar la proliferación de esas malas conductas asociadas al turismo foráneo. Así, durante años, el Gobierno de Cuba impidió por ley a sus ciudadanos acceder a los hoteles y a los centros turísticos del país, un blindaje autoritario digno de preescolar: como los cubanos no saben comportarse en público ante las visitas, pues entonces no podrán relacionarse con estas. No fue hasta el 2008 que una serie de nuevas legislaciones promovidas por Raúl Castro permitió a los cubanos disfrutar

de muchos de esos derechos que tenían los extranjeros, pero aun así no se pudo eliminar ese roce crispado entre los que llegan de fuera a disfrutar de las cosas a las que no pueden acceder los de dentro. Sin percatarse, la misma «Revolución cubana» se pegó un disparo en el pie: enclaustró a los cubanos, pero convirtió a los extranjeros en seres superiores, en extraterrestres. De ahí que sea muy común ver, en cualquier sitio, parejas de cubanos y extranjeros descompensadas en amor y sustentadas en el interés económico. Parejas a las que solo hay que ponerle un ojo encima para saber que uno de los dos bolsillos, el de la mujer o el del hombre, son el único atractivo.

Señoras mayores que intentan vestir a la moda y pasean de la mano exhibiendo su última captura: el moreno fortachón caribeño, veinteañero, carismático, de buen bailar, que lleva *dreadlocks* o trenzas. O el señor entrado en canas que no para de fumarse su puro cubano mientras le habla a la morenita delgada de pelo rizado y labios gruesos.

Los jineteros están por todas partes, sobre todo en las zonas turísticas y en los bares de moda, que proliferan en los últimos tiempos. Son verdaderos escuadrones armados a base de labia que han convertido su identidad cubana en una daga punzante que entierran en la carne de los extranjeros que aterrizan aquí en busca de ese a veces ansiado dolor.

*

Ernesto hace más de un año que no va a su casa en Baracoa, Guantánamo. Dice que cuando vuelva será para despedirse de la familia y los amigos y no regresar más al país. Que no aguanta vivir más en la miseria. Ernesto es un nómada, vive por toda la isla, de un extremo al otro, por donde sea, no tiene paradero fijo, se la pasa de casa de alquiler en casa de alquiler, de hotel en hotel o en casa de los amigos de sus clientas. Su estancia siempre corre a cargo de ellas. De ahí sale el dinero que todos los meses religiosamente le manda a su madre, una remesa que nunca deja de cumplir. La madre de Ernesto tiene setenta y seis años, una salud de hierro, y el dinero que le manda su hijo lo utiliza para su negocio de dulce de coco rallado en Baracoa.

*

—Yo soy un profesional y este es mi trabajo —dice sonriente Ernesto, y me explica en el café Mamainés que para triunfar y abrirse paso en este mercado tan grande tuvo que enfocarse y marcar la diferencia—. Hay mucha competencia, mucha gente que se dedica a lo mismo que yo. Como sin grasas, si hay que beber prefiero el ron y el whisky, y por todos los medios trato de evitar la cerveza, la tomo solo cuando es necesario y la clienta lo amerita, beso la esquinita del vaso sin tragar mucha levadura, solo me mojo los labios de espuma y eso me ayuda a ir excitando a las jevas. No soy vegetariano, pero priorizo las verduras y los vegetales. Hay que mantener la forma.

Cuando no tiene clientas que atender, trata de dedicarle tiempo a los ejercicios físicos. No hace pesas, prefiere las planchas, la barra y la paralela combinándolo con varios tipos de abdominales. También sale a correr unos pocos kilómetros, sin excederse para no adelgazar mucho. A sus treinta y cuatro años, tiene el físico de un gimnasta. Cero grasa, todo músculo, pero sin exageraciones. Sabe que tiene que estar abierto a todos los gustos: vive para servir y es un maniquí en exposición permanente. Su objetivo es llamar la atención de cualquier extranjera: rubia, trigueña, negra, china, gorda, flaca, enana, alta. Buscar que le claven los ojos y, a partir de eso, pasar unos días de disfrute, comiendo en restaurantes, en paladares, yendo a la playa y durmiendo en aire acondicionado, para después rasparles a las extranjeras algo de dinero bajo la forma de las comisiones que cobra en los lugares a donde las lleva o gracias a jugarretas varias (les vende tabaco, ron o cualquier otra mercancía a un precio más alto que el normal). Cuando los días de ensueño llegan a su fin, cualquier prenda de vestir u objeto también sirven de pago. Un convenio sutil, casi intangible, que las extranjeras cumplen, pero que nunca se menciona.

—De eso no se habla, pero la mayoría de ellas lo conocen muy bien, no es necesario firmar un contrato. Hay otras, las pobres, que no se dan cuenta y se desayunan el cuento ya cuando están cogidas por el jamo.

Desde unas chancletas hasta un iPhone sirven como paga. No hay tarifas. Solo prebendas. Y si la clienta ha quedado satisfecha con el goce y el buen desempeño del servicio brindado, y si el amorío sigue floreciendo vía

internet, hay posibilidad de que todo termine en boda, con Ernesto fuera de la isla. En el país que sea. Eso da igual.

*

El cuerpo de Ernesto parece hecho a mano. De la cabeza a los pies es una estatua romana. Su piel es color pardo. Tiene los ojos achinados y el pelo largo, en rizos, que le cae apenas sobre los hombros firmes. Su abdomen está marcado y en la parte izquierda tiene un tajo que le hicieron con una cuchara afilada durante una pelea en la cárcel.

Dice que la última vez que probó pan fue hace más de quince años y que ahora hasta verlo le produce repulsión.

—*Man*, la última vez que devoré esa cosa ácida fue en prisión, cuando estuve tres años preso en Santiago de Cuba por «prostitución y asedio al turismo». —Delitos del Código Penal.

Vivió tres años en la cárcel de Boniato, en Santiago, junto a hombres encarcelados por delinquir en la calle. En verano, tumbado en una litera, sintió que se derretía con el calor que desprendían las paredes angostas. En invierno sufrió la humedad y extrañó la luz clara y el viento.

—En Baracoa la policía me tenía advertido por estar cerca de los turistas, pero yo no les temía. Hasta un día que me confié y saliendo de la Casa de la Música con un grupo de brasileños, me pararon y me metieron pa la patrulla, *man*, sin hablar. Juicio y tres años por la cabeza. Perdí esa brasileñita, que la tenía loca, estaba frita conmigo. *Man*, imagínate hombres malos, malos de verdad, luchando por la supervivencia. Y yo era un chama, tenía veintiún años cuando aquello, tuve que ponerme duro, y así y todo llevo esta marca en el cuerpo para toda la vida. Quisieron hasta violarme entre dos.

—¿Pero no escarmentaste?

—*Man*, todo lo contrario. Yo salí de ahí con más fuerzas, con más ganas de irle pa arriba a todas las yumas que me pasaran por al lado, pa ver si me sacaban de este país de mierda.

*

Aquel día, Ernesto dejó a la italiana en Viñales y salió en busca de la francesa.

—En definitiva, ya se iba al otro día y esa solo viene a fiestear. Ahí no tengo opciones de casarme ni que me saque del país.

Fue hasta la casa en la playa de Guanabo y, cuando abrió la puerta, encontró que toda la familia de la francesa estaba reunida allí. Pero era una familia cubana, y ese era un público al que Ernesto no estaba acostumbrado: él siempre monta sus obras para los extranjeros. Antes de entrar, tuvo algo de temor. La idea de que su fachada podía quedar al desnudo ante los cubanos le rondó la cabeza.

—Los cubanos saben distinguir perfectamente a un jinetero, pero yo no tengo lío con eso. En este pecho no hay miedo, ellos solitos me hicieron sacar mi repertorio de lujo.

Aquel día, la familia cubana de Fadih no entendía cómo su sobrina no se percataba del talaje de Ernesto. A sus espaldas y a un costado mío, la tía decía: «Déjala, que si lo saca de Cuba nada más a dar un paseo, ahí mismo lo pierde». La prima respondía: «Mami, ¿dónde ella va a encontrar un mangón así?». Mientras, Fadih tenía marcado el placer en el rostro, como quien está viviendo uno de los instantes sublimes de su vida. Ernesto se le acercó y le susurró algo al oído. Ella sonrió y le hizo un ademán que terminó en caricia alrededor del cuello.

Las miradas incrédulas seguían a Ernesto a todas partes: lo seguían cuando se levantaba para ir al baño, cuando se llevaba comida a la boca, cuando se quitó la camiseta y se lanzó a la piscina, cuando se le acercaba a Fadih y le hablaba bajito.

—Ese gardeo de la familia es normal porque son cubanos y saben oler. Pero no hay miedo. Cuando uno hace bien la pincha, el resto importa poco, ya esa jeva está enamorada, esto no empezó ni ayer ni hoy.

*

Entrevisté a Ernesto durante todo el 2016, año que, según el Ministerio del Turismo en Cuba, arribaron a la isla unos cuatro millones de visitantes extranjeros. Una cifra récord que Ernesto aprovechó al máximo. Las veces que conversamos no dejó de lado su teléfono móvil. Su lista de contactos es

inmensa. «Son muchos años trabajando. Tengo que revisar el correo y Facebook a diario para planificarme y que las yumas no me caigan juntas. Ya yo no salgo a cazar mucho, tengo lo mío garantizado y no compito con los demás, tengo mis piezas aseguradas. Para eso llevo años en esto», dijo sosteniendo su iPhone 4 y mostrándome todas las caritas femeninas de su chat de WhatsApp.

—Al principio me costó trabajo porque yo era un tipo tímido, pero mi timidez era verde y se la comió un chivo, *man* —dice Ernesto en el café Mamainés antes de empezar a explicar con lujo de detalles todo el *modus operandi* que tiene montado para ser efectivo en el terreno de juego.

Lo primero que hace es «atacar con la mirada, taladrar fuerte con la vista para después ir al diálogo con base, con menos tierra por recorrer. Si una yuma te mira y te sostiene la mirada, y luego en cuestión de segundos vuelve por tus ojos, es presa fácil, ya me la puedes ir anotando. Hay que ser bondadoso y empezar delante en la cuenta. Si ella acepta el diálogo, hay que invitar primero, sacar ventaja para luego uno pedir y pedir y pedir y pedir y cuando venga el papel del consumo, tener suficiente confianza encima para dejar las manos abajo y no pagar ni un centavo».

Una vez que Ernesto encandiló a su chica, llega la verdadera exigencia.

—El trabajo es en la cama. Lo otro es protocolo, un rigor que hay que cumplir.

Dice que muchas de las yumas vienen buscando el calor del Caribe y ese calor significa buenas dosis de sexo. Sin clemencia, sin piedad. En la noche, en la mañana, antes del almuerzo, después del almuerzo, en el baño, en la cocina, en la cama, en el piso, detrás de un árbol frondoso, de un arbusto, en una escalera.

—*Man*, hay que volverlas locas: seis, siete, ocho veces al día y se enganchan facilito. Nadie en el mundo hace eso, nada más los cubanos. ¿Que cómo puedo? A mente, *man*, me enfoco, me concentro. Yo estoy teniendo sexo, pero no estoy pensando ni mirando sus tetas, sino en lo que ese cuerpo me va a reportar cuando ya no esté debajo de mí. Profesionalismo, *man*, profesionalismo. Lo poco que yo tengo se lo debo a mi pinga, a más nadie, *man*, a más nadie.

Ninguna de las extranjeras de la larga lista de Ernesto imagina cómo el hombre se volvió un experto en el arte del sexo.

—Después que uno coge una gallina y la clava hasta que cacaree bien alto,

después que uno sofoca a una puerca o una chiva, ya uno está listo pa'l combate, *man*. Eso nada más se aprende de chama en Oriente, en el campo. Los animales la tienen más caliente que las mujeres y ahí es cuando uno aprende a controlarse y a no venirse rápido.

—¿Llevas la cuenta de la cantidad de extranjeras con las que te has acostado?

—No, *man*, ojalá. Siempre me arrepiento de eso. El otro día un socio me preguntó eso mismo y no supe decirle. Pero el numerito debe estar bien alto porque no escatimo, todo lo que huela a yuma me la fumo y mientras más fea y más gorda mejor, esas son las que más faltas de cariño están.

*

Antes que se acabara el verano de 2016, Ernesto viajó solo a Baracoa y estuvo una semana en su casa. Cuenta su madre que no salió ni siquiera una noche, y que cuando lo hizo fue solo para ir a conectarse a internet en la wifi del parque del casco histórico. Pasó esos siete días sentado en el butacón de la sala, pensando en su padre y mirando por la ventana, dándole vueltas a una alianza de oro que llevaba en el dedo anular de la mano derecha.

—Me dijo que venía a despedirse, que se había casado y que se iba del país con aquella francesa que me había presentado hace un año atrás. Yo realmente no recuerdo cuál de las francesas era.

LA HABANA NO ES PARA TODOS LOS CUBANOS

La llamada solo vino a confirmar el mal presagio que le había traído la noche. Si su esposo no estaba en casa, pensó Gretchen, algo le tenía que haber sucedido. Cuando sonó el teléfono, sujetó fuerte el sillón con la mano que le quedaba libre y escuchó:

—Soy yo, tu cuñado. Mira, ayer al mediodía se llevaron preso a Junior. Pero estate tranquila, él no hizo nada, estaba conmigo almorzando en el portal de la casa de Alfredo y una patrulla de policía parqueó delante de nosotros y nos pidió el carnet de identidad. Vieron que él era de Santiago y lo detuvieron.

Esa misma noche de lunes, Junior Medina, treinta y cuatro años, fue trasladado de la estación de policía de La Habana Vieja a la prisión del Vivac.

*

A primera hora del martes, Gretchen, veintinueve años, sale de su casa en el Diezmero con sus tres hijos: dos niñas —once y siete años— y con el varoncito de un mes y medio —hijo único de Junior—. Toma el transporte público hasta la casa de su madre, quien le cuida a los niños, en el Canal del Cerro, y luego sigue al Vivac con su cuñado.

Para llegar al Vivac hay que salir del centro de la urbe y alcanzar la estrechísima y transitada calzada de Bejucal, en las afueras de La Habana. Después del tercer entronque, a la derecha, hay coches de caballos que alquilan su servicio hasta el centro penitenciario.

La carretera es áspera, de una tierra amarillosa que ha teñido las piedras del camino. Los coches no paran de estremecerse en el terraplén. Bajo la única sombra que asomaba en los alrededores, debajo de una ceiba que

crece al costado del Vivac, encontré a Gretchen: derritiéndose de calor junto al hermano de Junior y otra señora que debía esperar hasta las dos de la tarde para ver a su hijo, encarcelado por portar un machete en la vía pública.

A esa altura, a Gretchen ya le habían comunicado que, efectivamente, Junior estaba tras las rejas desde el día anterior, que podría pasar a verlo y, además, le dijeron que no había marcha atrás: Junior no tiene residencia temporal ni transitoria en La Habana y, por lo tanto, pasadas las setenta y dos horas de estancia en la capital, como dicta el artículo 8 del decreto ley 217 de 1997, del Consejo de Ministros, sería deportado hacia su ciudad natal por no tener reconocido el derecho legal de permanecer en la capital del país.

*

Dice el decreto ley 217:

> —Pagará una multa de 300 pesos —13 dólares—: el individuo que haya nacido fuera de La Habana y resida de carácter permanente en la ciudad sin que se le haya reconocido ese derecho legal.
>
> —Pagará una multa de 200 pesos: el individuo que haya nacido fuera de La Habana y resida de carácter permanente en la ciudad y no se inscriba en la oficina nacional del carnet de identidad.
>
> —Pagará una multa de 500 pesos: el titular de la vivienda que permita que radique en ella algún individuo que haya nacido fuera de La Habana y no haya realizado los trámites legales —si la vivienda reside en los municipios Habana Vieja, Centro Habana, Cerro o 10 de Octubre, la multa a pagar ascenderá a 1000 pesos—.
>
> —Los migrantes en caso de ser detectados por las autoridades tendrán la obligación de regresar a su lugar de residencia legal.

*

Entre el mediodía y las dos de la tarde, el policía que custodia la entrada de la prisión tiene mucho trabajo. Primero, un Hyundai con chapa de renta de autos gira en U delante de las rejas y levanta una polvareda inmensa. Se bajan cuatro hombres que intentan infructuosamente pasarle algo de comida a algún familiar preso por intento de salida ilegal del país por vía marítima.

El auto arranca y se marcha. Deja aún más polvo en el aire, como para hacer saber su disgusto.

Luego, llega una mujer y, mediante otro policía, logra pasarle una caja de cigarros y un pulóver limpio al esposo, quien también será deportado dentro de unos días por vender en la calle palos de escobas sin licencia. Después, se acercan dos mujeres que llevan de la mano a un niño pequeño. Hablan con el policía y este busca algún nombre en una lista y les indica que esperen un instante. No pasan cinco minutos y otros dos tipos con acento oriental también se acercan a las rejas y dialogan. El policía juguetea verbalmente con ellos, parecen conocerse de visitas anteriores.

El policía no parece un policía. No lleva pistola ni tonfa ni espray ni esposas en el cinto. La camisa ajustada al cuerpo y el pantalón ancho. Pasa más tiempo sin gorra que con ella, a pesar del picante sol. Cuando no hay nadie para atender, cuando no tiene que escuchar nombres y buscar en la lista de detenidos, saca su celular de carcasa rosada y se pone a trastearlo.

Olvidando su propio acento oriental, me dice tras unos balaustres blancos: «Para aquí traen a todos los orientales que van a deportar, todos los orientales que andan en La Habana sin permiso. Todos los viernes sacamos dos guaguas de cuarenta y cinco asientos. Además, al principio y al final de cada mes un vagón del tren hacia Santiago de Cuba va lleno con gente que nosotros mandamos deportada».

Justo al lado de la terminal de ferrocarriles La Coubre se encuentra la unidad de la policía ferroviaria, que es la encargada de velar por la tranquilidad ciudadana dentro de los vehículos y de transportar a los deportados hacia sus provincias.

El mayor Febles, jefe de la policía ferroviaria de La Habana, dice: «La mayoría de estos individuos son detenidos por fechorías que ya se han investigado. Hay un extremo control en cada uno de los barrios. A nosotros nos los entregan cuando van a montarse y nosotros los volvemos a entregar una vez llegado su destino, nosotros no sabemos por qué han llegado aquí ni qué es lo que sucede antes. Ellos no pueden salir de su vagón, pero no van esposados ni son maltratados en el trayecto».

Sobre las condiciones de la prisión del Vivac, el policía de la entrada dice: «Esto es un hotelito, está mejor que muchas casas de la gente que traen. Son naves alargadas divididas en calabozos pero que tienen colchón de esponja, televisor plasma y agua todo el día. Los detenidos tienen derecho a una

visita de diez minutos cada siete días».

*

Finalmente, a las dos de la tarde, el policía sale de la sombra y manda pasar a todos los familiares que esperan la visita fugaz de diez minutos. Los llevan a un local y ahí esperan a los detenidos.

Llegan esposados de dos en dos, un envoltijo circense. Cuatro manos entrelazadas en metal, cruzadas por arriba y por abajo entre las cadenas sueltas que cuelgan. Cuando caminan hacia sus familiares, el silencio estremece. Solo se oyen pasos. Los pasos acompasados de los detenidos que miden sus zancadas para evitar que sus rodillas choquen y caigan al suelo. Lo otro que se escucha es el estridente chirrido metálico de las esposas cuando aprietan las muñecas y rozan entre ellas.

Les sueltan las manos y el reloj empieza a correr. Incluso antes de saludar a Gretchen, Junior pregunta por su hijo. Gretchen le cuenta. A Junior se le aguan los ojos. Llevan solo cuatro años de matrimonio y ya han tenido que pasar pruebas muy duras.

Hace un año atrás, Gretchen y Junior perdieron un bebé de un año. El niño jugaba descalzo en el piso de la sala y agarró el cable pelado de un ventilador. El artefacto hizo un corte y el bebé se electrocutó. (Más adelante, a Junior le permitirán otra visita extra antes de ser deportado hacia Santiago para que pueda ver a su hijo de un mes y medio de nacido).

En diez minutos, Junior no puede tomarse todo el café que hubiese querido ni puede probar el arroz congrí y la carne de cerdo que Gretchen y el hermano le han traído en un pote plástico. El policía nunca se aparta de su lado. Antes de marcharse, Junior le dice a Gretchen: «Ah, también debo pagar una multa de 3000 pesos en Santiago por carretillar —vender verduras en una carretilla— sin licencia aquí en La Habana».

*

Desde hace un par de décadas, La Habana comenzó a superpoblarse. El superior desarrollo económico y social de la ciudad comparado con el del resto de las provincias del país provocó un éxodo sustancial de las zonas

rurales a la urbe. Al punto de que, según la Oficina Nacional de Estadísticas, en La Habana se reúnen el 41% del total de inmigrantes de toda la nación y de la zona oriental proviene el 57% de los emigrantes que se dispersan por el resto del país.

De ahí viene el florecimiento de los barrios insalubres, como el Fanguito, que han surgido en la capital, en gran medida poblados por migrantes. El último censo de población y viviendas realizado en 2012 indicó que más de 518.000 personas nacidas en otras provincias se encontraban en La Habana.

Según la Oficina Nacional de Estadísticas, de la década del noventa a la fecha, La Habana aumentó de 1 millón de habitantes a 2.1 millones.

*

Como cada viernes, rayando las nueve de la mañana se abre el portón de la prisión del Vivac para dar entrada a los dos ómnibus que transportarán a los detenidos de la semana. A la distancia, tras los balaustres de la puerta uno puede divisar cómo un policía, lista en mano, va nombrando a los detenidos y, según son enunciados, estos suben a la guagua. Los ubican por provincia, en orden inverso al trayecto. Los primeros que suben bajan de último.

Junior Medina va en el primero de los ómnibus y tiene la suerte de alcanzar ventanilla. El viaje será largo: 765 kilómetros. Todos los santiagueros van al final de la guagua y a la izquierda. Les tocó el lado del sol en la mañana, en la tarde les tocará la sombra de la carretera.

*

Junto a Junior viaja Pacho, un negro de treinta y siete años con rastas y muelas de oro. Pacho nunca se quita su gorro —ni en los cinco días que estuvo en el Vivac, ni durante el viaje, ni en su casa en el barrio Camino de la isla, en la periferia de Santiago de Cuba—, un gorro con los colores de la bandera jamaicana que le acomoda su enorme pelambre de años.

Pacho vive en una casa de madera jorobada, como la Torre de Pisa. Pacho anda en chancletas, con una media sí y otra no. Hace unos meses, Pacho tropezó con una piedra y se lastimó uno de sus dedos. La herida se le complicó por exceso de nicotina en el organismo y le tuvieron que extirpar

uno.

—Yo vendía sillones de cuerdas por la calle Monte y la cuerda sola también. En la fábrica me las vendían por detrás del telón y les sacaba el doble de lo que invertía. Por las noches, me iba a Alamar y le pagaba a un custodio diez pesos por dejarme dormir en uno de los carros hasta las cuatro de la madrugada, porque no tenía donde quedarme.

Esta es la segunda vez que deportan a Pacho. Dice que no piensa volver a «luchar» a La Habana porque no se siente bien de salud. La vez anterior lo regresaron en tren, Pacho llegó a Santiago de Cuba a las dos de la madrugada. Fue a su casa, le dio un beso a su madre, y a las cinco de la madrugada ya estaba de regreso a la capital en un ómnibus de la terminal provincial.

*

Detrás de Junior, en el ómnibus, va sentado Piquirí. Negro, delgado, de treinta y un años. Su piel es un periódico. Por todos lados tiene tatuajes a los que se le notan el poco rigor en el trazo y la mala calidad de la tinta. Una hoja de marihuana en el hombro derecho, una palabra en inglés que no logro descifrar y que le cruza el estómago, frases en los antebrazos, en la nuca, en los muslos y en sus dos bíceps femorales.

Piquirí vive cerca de casa de Pacho, a un par de cuadras de distancia. De ahí que en La Habana se dedicaran a lo mismo: la venta de sillones.

—Los Castro son unos chantajistas —dice—. ¿Tú sabes lo que es ser un ilegal en tu propio país? Uno no puede estar en la capital de su país, tenemos que andar con miedo, los policías viven para identificar a los que no son habaneros y ellos son orientales igual que nosotros. A mí me recogieron por el Capitolio en un operativo de la policía, andaban en un camión echando gente para arriba como unos locos. Ese día a todo el que veían con pinta de oriental, lo paraban y, si no tenías la dirección de La Habana, te cargaban.

Antes de que lo deportaran, Piquirí comenzó una relación con una muchacha habanera, pero por el tema de su estatus legal ve muy difícil que lleguen a algo.

—Para vivir allá tendría que casarme con ella y solo llevamos un mes.

Con eso ella no tiene potestad en su casa para inscribirme en la vivienda.

*

En la misma fila de Junior, pero al final, en el último asiento doble y sin compañía, va Luis Sarmiento, de cincuenta y cinco años. Luis está tan ebrio que casi no habla y lo poco que habla no se le entiende. Tiene el rostro estrujado, repleto de arrugas que parecen montañas en su cutis ambarino.

En el barrio del plan Novoa, en Santiago, a Luis todos lo conocen como Luis el Borracho. Lleva tiempo yendo y viniendo a La Habana para ganarse la vida.

—Lo que estaba haciendo antes de que me deportaran era vender viandas, pero bueno, pasó y ya. No soy un criminal por eso. No es la primera vez que me deportan, ya perdí la cuenta. Yo creo que llevo más de veinte años en esto.

Mientras toma ron en una acera con otros amigos del barrio, Luis corta la conversación. Dice que no quiere decirme más nada y que no me llevará a su casa como me había prometido minutos antes.

—Yo estuve preso ya por esto y no quiero virar para allá adentro por tu culpa.

*

En los primeros asientos de la banda izquierda del ómnibus va sentada Glenda, de veintiséis años. Alta, negra, de cara alargada y trenzas postizas que le caen por toda la espalda. Esta es la segunda vez que la deportan. Dice que le han puesto una carta de advertencia y que, si la vuelven a detener, irá a prisión por cuatro años.

Junior me cuenta que Glenda, durante el viaje, habló poco con la gente, que estuvo todo el tiempo mirando por la ventanilla, como buscando algo o a alguien.

A Glenda la deportan por prostituirse. Por caminar en las noches y pararse en avenidas céntricas de la ciudad y hacerles señas a los choferes de autos o esperar que algún interesado requiera su servicio durante un tiempo que negociarán previamente.

Glenda ya trabaja sola. La primera vez que fue a La Habana no sabía que terminaría en lo que ha terminado.

—Era más niña y me guie por una amiga que ahora está presa. No encontré trabajo y tuve que meterme en esto. Al principio fue más duro porque entré en esa mierda de Monte y Cienfuegos y no cobraba casi nada, todo lo que hacía se lo llevaba mi novio —recuerda.

El novio de Glenda no era su novio, era su proxeneta. El de ella y el de otras diez muchachas que también habían llegado a La Habana a ganarse la vida con su cuerpo. Desde que caía la noche, todas se tenían que reunir en uno de los tantos solares que alrededor de las calles Monte y Cienfuegos fungen como posadas.

Dice Glenda que había días que no venía nadie, y como no se acostaba con ningún tipo no cobraba y no tenía qué comer. Otros días, venían los tipos y no tenía suerte y no la escogían. Pero también había días que estaba con más de cuatro en menos de tres horas.

Monte y Cienfuegos funciona de la siguiente manera: los propios proxenetas caminan buscando quienes quieran acostarse con *sus* chicas, se pasean pregonándolas en voz baja como si estuvieran vendiendo cucuruchos de maní tostado; los más vagos y rudos ni siquiera se levantan. Aguardan en la propia posada y tienen gente que busca clientes por ellos.

Cuando aparece alguno, lo hacen pasar por un pasillo estrecho lleno de habitaciones con puertas de madera o cortinas de tela. Dentro, camas cubiertas con sabanas empercudidas. En el medio del pasillo, aguardan sentadas todas las chicas que en ese momento no tienen trabajo. Cuando el proxeneta llega con el cliente, todas se ponen de pie como un resorte, como si hubiese llegado un general y ellas fueran soldados rasos. Atacan al cliente con la mirada, lo sonsacan con gestos, se meten los dedos en la boca, se viran de costado y empiezan a provocar con frases hechas.

El cliente escoge con quien querrá irse a alguna habitación, pero antes tendrá que pagar cinco dólares al «novio», de los que solo dos serán para la chica escogida.

Glenda es una de las hijas jimaguas de la enfermera del consultorio médico del barrio del plan Novoa. Ya no vive con su madre ni con su hermana. Han dividido la casa y Glenda vive con su hija de un año y siete meses.

*

En el ómnibus, delante de Junior Medina va Ever, un mulato intranquilo de treinta y cuatro años que no para de hablar. Ever tiene la cara cortada y se cree un desdichado por cómo le va la vida. Ever no esconde las cosas, no se anda con máscaras, confiesa que es un jinetero como si la profesión existiera en las universidades y él fuera doctor *honoris causa*.

Ever vive en Santa Elena, una ciudadela pobre de Santiago de Cuba. En Santa Elena las calles no están asfaltadas, los niños juegan descalzos y es más fácil fumarse un porro de marihuana que encontrar algún sitio donde vendan un pomo de agua natural.

Hace años que la familia de Ever no tiene casa. El huracán Sandy, que arrasó con la provincia, dejó caer una palma encima del techo de su antiguo hogar y lo hizo añicos. El Gobierno nunca les dio albergue ni otro techo donde guarecerse y desde entonces viven en una carpintería que ocuparon. La carpintería no tiene baño y no tiene la mitad del techo. Es decir, Ever y su familia viven a la intemperie.

—El sueldo en Cuba no te alcanza ni para comprarte un par de chancletas. Por eso me voy para Santa Lucía, Pesquero, Varadero, y me busco la vida, porque si vienes a La Habana te pasa lo que me acaba de pasar: santiaguero y deportado. Lo mío es la playa, la arena.

Ever nunca va a La Habana y ahora que lo hizo le fue mal. Pretendía comprar mercancías con un dinero que sacó de las arenas de Varadero y luego venderlas en Santiago.

—Entro a la arena sobre las 9:30 a. m. y empiezo a caminar. No llevo nada, pero les voy proponiendo a los turistas desde un tabaco hasta una mujer. Yo hablo italiano y algo de francés, lo aprendí en la calle trabajando en esto mismo. Para entrar la mercancía a la arena con los pedidos hay que vigilar siempre, porque los guardias están a la viva.

Cuando está trabajando, Ever se pone un short de mezclilla ripiado, unas chancletas gastadas y algún pulóver viejo. Una imagen que le vale para decirle a los extranjeros que «en Cuba se vive mal, que pasamos trabajo, y así intento que ellos me den algo de ropa, lo que sea. También les digo que tengo dos chamacos, que tengo a la *pura* —madre— jodida».

Ever no tiene hijos, solo un sobrino. Y su madre, a pesar de no tener techo en su casa, goza de perfecta salud.

—En Varadero me quedaba a dormir en la playa hasta el amanecer en unos cartones que tiraba en la arena. Para comer, les daba un dólar a los trabajadores de los hoteles y me sacaban una lata de comida de las mesas bufet o le pedía a los turistas que me dieran un sándwich o cualquier otra cosa que pudieran.

En temporada alta, con la playa cargada de policías, Ever no puede dormir en la arena. Va por la noche a algún edificio chiquito y le explica su situación al custodio, le deja algo de dinero, su carnet de identidad para que vea que no tiene intenciones de robar y sube y se acuesta en el piso de la última planta.

*

En el barrio El Canal del municipio Cerro, muy cerca de la casa de la madre de Gretchen, arrancan los tambores de un toque de santo. La calle está congestionada, la gente no cabe en la acera ni en la casa donde le rinden pleitesía a la deidad de turno. Hay hombres y mujeres tomando ron y cerveza, vestidos con trajes de colores de la religión yoruba. Hay un niño que baila. Hay dos perros que pelean en la otra esquina.

En el barrio no hay electricidad desde las ocho de la mañana y ya casi cae la noche. Para llegar a la casa de Bárbara, madre de Gretchen, hay que subir una escalera de caracol. En la azotea, huyéndole al calor de la mampostería, el padre de Gretchen intenta dormir a su nieto de mes y medio.

Dentro de la casa, Bárbara, Gretchen, el hermano de Junior y unos amigos de la familia celebran la noticia: Junior llamó de Santiago para decir que ya estaba en la calle, que su otro hermano había pagado la multa de 3000 pesos y después de algunas horas lo habían puesto en libertad.

Esa misma noche, Bárbara, que es espiritista, tiene un sueño, y en el sueño sus muertos le hablan de varias cosas, que ella asocia con los números de la charada. Al otro día juega dos números y se saca la lotería. Uno de los números es el 41. Significa prisión.

LA ODISEA DE LAS FARMACIAS

El despertador suena a las 3:45 a. m. y ya Ramiro lleva un par de minutos con los ojos abiertos. Ramiro se levanta de la cama y sale de su habitación, va a la cocina y se sirve una taza de café, se fuma un cigarro con la vista puesta entre las persianas de una ventana de madera que da a la calle y ve cómo afuera la luz eléctrica de un poste parpadea.

Son las primeras horas de un martes cualquiera y Ramiro pretende ser uno de los primeros en la fila de la farmacia estatal de su vecindario para comprar los medicamentos del mes de su familia, un ritual que ha tenido que incorporar de manera forzosa a sus setenta años, pues desde 2016 el sistema de salud cubano ha venido presentado una notoria inestabilidad en el abastecimiento de fármacos a la población.

Después del café y el cigarro, Ramiro se asea, se viste, vuelve a su cuarto y le da un beso en la frente a su mujer, de setenta y seis años, que padece de cardiopatía y duerme enrollada en una sábana. Cierra la puerta y va a la habitación contigua, le da vuelta a la cerradura y echa un vistazo fugaz. Dentro, su hijo de cuarenta y dos años también duerme, hace más de veinte que contrajo el VIH.

Ramiro sale a la madrugada. Camina unas seis cuadras a oscuras por la calle número 16 del barrio del Vedado, La Habana; prende otro cigarro y se entretiene en detectar los ojos brillosos de los gatos que se esconden debajo de los autos estacionados.

Cuando llega a la farmacia, a las 4:05 a. m., catorce personas ya arman una fila considerable. Una fila que aún no tiene estructura definida, pues las puertas abrirán sobre las 8 a. m. La gente llega, pregunta quién es el último, marca y se sienta en algún sitio cualquiera, esperando que pasen las horas.

Un montón de gente se va agolpando en los alrededores de la farmacia, montones de ancianos desparramados por el suelo encima de trapos y cartones, con los rostros agrietados, desencajados por el mal dormir.

También hay jóvenes, adolescentes, y entre todos una mujer joven, de treinta y cuatro años, que se coloca detrás de Ramiro en la fila. La muchacha llega con un niño en brazos, pese a que tiene siete años.

A la mujer se le nota el cansancio y el esfuerzo que ha tenido que hacer para llegar hasta aquí. Alguien se levanta de uno de las decenas de cartones que hay desparramados por el suelo y le dice que coloque al niño allí. La muchacha da las gracias y accede. Su nombre es Alba.

El niño abre los ojos unos segundos y mira a su alrededor, debe haberse preguntado qué hacía en ese sitio desconocido si hacía tan solo unos instantes estaba en su cama, quiénes son todas aquellas personas extrañas que lo miran con clemencia y que están a esta hora, todavía no ha salido sol, sentados en la calle. Pero el sueño lo vence y rápidamente se vuelve a dormir.

La madre y el hijo quedan uno al lado del otro. La imagen es desconcertante: un niño que duerme vestido de pionero —pantalón corto rojo, camisa blanca y pañoleta azul— encima de un cartón y su madre que le pasa la mano por la cabeza en plena madrugada en las afueras de una farmacia.

Alba es divorciada y tanto ella como el niño son asmáticos crónicos. Cuando le hacen falta los medicamentos tiene que hacer esto: madrugar y llevárselo consigo, porque el niño sentiría mucho miedo y empezaría a llorar si llegara a despertarse y ella no estuviera en casa. Dice además que en un rato ya será de día y lo podrá llevar a la escuela y que podrá terminar con la angustia de los medicamentos sin tener que preocuparse de dos cosas al mismo tiempo: el niño y la fila.

Ramiro, que escucha todo, tira un cigarro por la mitad al suelo y lo escacha con la suela del zapato de su pie derecho.

*

La salud pública es uno de los estandartes de Cuba. Desde 1959 se convirtió en uno de los logros más preciados de Fidel Castro y su Revolución al instaurar un sistema de servicios públicos en la isla y brindar ayuda médica a través de brigadas internacionalistas a naciones subdesarrolladas o en estado de emergencia ante catástrofes naturales.

También, por su prestigio alcanzado a lo largo de los años, la medicina cubana es utilizada como moneda de cambio o de pago en convenios intergubernamentales.

Pero después de la década de los noventa y la llamada crisis del «período especial» en Cuba, el sistema de salud comenzó a deteriorarse como todo el aparato institucional. Desde ese entonces, las instalaciones hospitalarias y los servicios acusan un notable deterioro.

Si bien la atención médica sigue siendo gratuita y hasta cierto punto efectiva, y cada ciudadano tiene la posibilidad de acceder mensualmente a fármacos a través de una libreta de racionamiento, el sistema de salud muestra síntomas de una nueva crisis.

Meses atrás, el estado acordó que en cada consulta u operación se le entregara a la población un documento con las cifras estimadas del precio que costaría el servicio brindado. Una decisión que levantó sospechas en los cubanos, pues temieron que fuera el primer paso de la desaparición de la salud universal y pública en el país, pero el Gobierno aclaró que era solo una campaña desarrollada por el MINSAP (Ministerio de Salud Pública) para crear conciencia de los gastos que realiza la nación en ese sector.

Ahora, con la drástica reducción de las importaciones del petróleo venezolano a la isla, la crisis del sistema de salud se refleja en la falta de medicamentos.

La crisis impactó en la industria farmacéutica cubana y provocó que se decretara el paro de varias plantas productoras de fármacos ante la falta de recursos productivos.

Según le dijo al periódico *Granma* Cristina Lara Bastanzuri, jefa de Planificación y Análisis de Medicamentos del MINSAP, las «afectaciones en la industria repercuten directamente en la red de farmacias». Además, Lara agregó que «nuestra industria tampoco está ajena a las afectaciones del bloqueo norteamericano, que provoca elevados gastos por la no utilización del dólar en las transacciones y tiene que adquirir las materias primas en mercados muy lejanos con largos períodos de entregas, donde los fletes muchas veces son aéreos, lo cual provoca tener que erogar más divisas de lo que cualquier otro país gastaría para poder obtenerlas».

La industria farmacéutica cubana produce el 63% de los 801 medicamentos que conforman el cuadro básico de fármacos, el restante 37% es importado por el MINSAP y el 47% del cuadro básico está

destinado por el Gobierno a la red de farmacias.

Rita María García Almaguer, directora de Operaciones del Grupo de las Industrias Biotecnológica y Farmacéutica, explicó a *Granma* que «la causa fundamental de la inestabilidad en las entregas de medicamentos por parte de la industria al sistema de salud es la falta de financiamiento oportuna para pagar a los proveedores con los cuales se negocia la adquisición de las materias primas, materiales de envases e insumos».

*

Desde que la crisis de medicamentos comenzara, cada una de las 2148 farmacias del país reservó un día de la semana para la venta de los pocos fármacos suministrados por el MINSAP.

La farmacia de Ramiro, por ejemplo, determinó que ese día fuera el martes. Por tanto, desde el lunes los vecinos están pendientes del camión que llega a descargar los medicamentos de turno. El gran problema consiste en que nadie sabe las medicinas que estarán a la venta en la semana y no queda más remedio que ir y hacer durante horas una gigantesca fila sin la certeza de que vaya a servir de algo.

«Hay que estar aquí sea como sea, porque son muy pocos los medicamentos y no alcanzan para todos», expresa Ofelia, la señora puntera de la fila. Ha llegado catorce horas antes del horario de apertura. Ofelia es negra, tiene cincuenta y nueve años y es jubilada.

Ofelia explica: «Hoy tuve que estar más tiempo porque mi esposo está para provincia y tuve que venir yo sola. Normalmente, lo que hacemos es dividirnos el día. Yo marco y siempre soy la primera porque vengo desde el lunes por la tarde, luego él me releva por la noche y se pasa la madrugada. Y al final, ya por la mañana, vuelvo yo y compro y él se va para su trabajo».

Ofelia trajo una manta para cubrirse del frío de la madrugada, una sábana vieja para tender en el piso de vez en vez y tomar un descanso, y una mochila de campaña militar que fue propiedad de su hijo. Dentro de la mochila tiene un termo con café, dos potes de comida que ya están vacíos, dos pomos de agua, uno con agua hervida para beber y otro con agua del grifo para enjuagar los cubiertos de la comida y para echarse en la cara y despabilarse en cuanto amanezca.

«Ojalá estuviera en mi casa ahora durmiendo, pero hay que estar aquí, no queda otra», dice Ofelia.

*

Magalys, veintinueve años, es una de las dependientes de la farmacia a la que pertenece Ramiro. Lleva trabajando aquí un año, justo cuando comenzó la crisis de los medicamentos.

A través de una ventanilla de cristal, a un costado de la farmacia, Magalys dice que «la cosa ya no está como antes, ha ido mejorando, pero tengo la impresión de que los cubanos son hipocondríacos, ellos mismos se automedican y siempre quieren estar comprando medicamentos como si fuera comida, para guardar, sobre todo, dipirona. La dipirona es la reina de las casas cubanas».

Según cifras del MINSAP, se requieren más de mil millones de tabletas del analgésico dipirona al año para satisfacer las necesidades de la población. La industria farmacéutica debe producir entre 84 y 86 millones de tabletas mensuales para cubrir la demanda.

«La cobertura de este producto ha sido muy inestable, pues nuestras plantas no tienen capacidad para producir ese volumen», dijo García Almaguer a *Granma*, y añadió que «las deudas con los proveedores hicieron que se atrasaran las entregas y está prevista ya la cantidad necesaria».

Magalys masca chicle, viste un uniforme blanco ajustado al cuerpo y una bata de enfermera.

«La población piensa que nosotros tenemos la culpa, pero nada de eso. Nosotros somos los últimos en la escalera, eso tiene que ver con la fábrica, aquí en la farmacia solo vendemos», dice en tono defensivo.

Las dependientas en la farmacia de Ramiro trabajan dos días y luego descansan otros dos. Además, tienen un turno de guardia de veinticuatro horas ininterrumpidas una vez a la semana.

Magalys, precisamente ahora, está de guardia. Tiene ojeras y está algo despeinada.

«No me gusta que la guardia me caiga de lunes para martes, porque tengo que presenciar todo este panorama: la gente madrugando, la gente vuelta

loca por las medicinas. Ojalá ya todo se acabe de estabilizar», dice.
«¿Y qué les dicen los directivos a ustedes?», le pregunto.
«Eso, que va a mejorar», responde.
«¿Pero hubo un momento peor que este?».
«Hubo un momento en que en los estantes solo había jarabe para el catarro y condones», concluye.

*

A las 8:00 a. m., una de las dependientas de la farmacia abre las puertas y un bullicio retumba en la calle. La gente se desorbita, los que están delante se empujan y los que están detrás piden un poco de control. La dependienta grita: «Suave, suave, suavecito pa que se les dé».
Debe haber alrededor de cien personas reunidas. La mayoría se puso de pie como si fuesen un ejército y hubieran tocado una alarma de combate.
La dependienta comienza a entregar unos tickets que garantizan un mayor orden en la fila, la cual ya dobla la esquina.
Un hombre, a mitad de camino de la fila, me comenta que «a veces ni con los tickets uno garantiza comprar lo que busca. Yo he estado dos meses sin tomar mis medicamentos de la presión arterial».
A un costado de la farmacia hay una hilera de cuatro teléfonos públicos y debajo hay un alargado tubo de hierro que sirve de asiento para los recién llegados.
Una señora le dice a otra: «Hoy ya es por gusto coger algo aquí, tenemos que madrugar para no morirnos, esto en este país era impensado». Su interlocutora le contesta: «No hay manera que uno pueda entender que en las farmacias no haya medicinas y que uno las encuentre en el mercado negro».
Según el MINSAP, una auditoría nacional detectó en las farmacias hechos de corrupción asociados en su mayoría a la venta ilícita de medicamentos y al uso indebido de cuños y recetas.

*

Ramiro ya está cerca de entrar. Solo le quedan un par de personas por

delante en la fila. Hay tanta bulla y tanta algarabía que ni podemos hablar. Ramiro me mira con complicidad a cada tanto.

Yo me aparto del tumulto para esperar a que llegue su turno. Ramiro aprovecha y prende un cigarro. Me toma del brazo y me dice, casi susurrando y mirando hacia sus costados para cerciorarse de que nadie lo escucha: «Yo vengo porque mi pensión no me da para comprar por fuera las pastillas y mi mujer está jodida del corazón, y si no vengo se me muere. Así y todo, siempre en el mes le falta alguna medicina. Por suerte, a mi hijo, que tiene VIH, no le faltan, él es un priorizado por el país».

«¿Y cuando más en peligro él estuvo tampoco le faltaron los medicamentos?», digo.

«No, te digo que con eso el estado sí es fino. A ellos no les falta nada», responde.

Meses atrás, en el periódico *Granma,* García Almaguer explicaba que el país había priorizado a los pacientes más graves y a los que requieren un tratamiento sostenido. «Se ha ido trabajando en el programa de VIH y atención al grave, así como de oncología, en los cuales se ha logrado mantener la cobertura y entrega estable de medicamentos», sostuvo.

Finalmente me alejo del gentío. A unos metros observo cómo Ramiro entrega su ticket y se introduce en la farmacia. Demora siete minutos. Al salir me busca con la mirada y no me encuentra. Le hago una seña con la mano. Me dice que dos de las tabletas que debía comprar para su esposa ya se han agotado.

Luego se queda mirando la avenida Línea como quien mira al vacío. Un ómnibus le corta el hilo visual y termina con una confesión: «No me gusta lo que está pasando en Cuba, pero yo no cuelgo los guantes por mi mujer».

ARGELIA FELLOVE ES UNA DURA

Alberto está a medio vestir. Tiene aún los labios pintados con un creyón carmesí, el cinto desabrochado, la camisa por fuera, el rostro sin maquillar. Olvidó en casa el espejo de mano y eso lo ha retrasado. No le queda otra que ir del baño de los hombres al de las mujeres para terminar de alistarse. Porque en el baño de los hombres hay un solo espejo y ya está América maquillándose. Y porque en el Club Tikoa, uno de los clubes subterráneos de la céntrica calle 23 del barrio del Vedado en La Habana, no hay camerinos, los artistas se acicalan en los lavabos.

Mientras espera que el baño de mujeres esté desocupado, Alberto va adelantando, a ciegas, lo que puede. Parado en el pasillo que separa los dos lavabos, saca una carterita pequeña donde guarda su kit de maquillaje. Primero se echa base en el rostro, después se pone un reloj con manilla de cuero en la muñeca derecha y luego se cuelga una cadena de oro falso.

Al baño de mujeres han entrado dos señoras. Hasta que no salgan, Alberto no acabará de vestirse. Debajo de la camisa tiene puesta una faja. «Ayer la lavé tarde y hoy me la he tenido que poner húmeda», dice con molestia. Gotas de sudor le empiezan a correr por la piel. No hay ventanas. Sacude una toalla pequeña para echarse aire y refrescarse.

Cuando las señoras salen, Alberto entra de inmediato, cierra la puerta. El baño está en penumbras. El fuerte olor a orina repugna. El espejo, colgado en una de las paredes, es ancho, con un marco de madera recién pintado. Alberto observa su cuerpo del abdomen hacia arriba. En silencio, mientras se maquilla, mientras delinea y pinta sus cejas, mientras riega en su cara las tortas de base que antes se había untado sin mirar, mientras se estira el pelo y se hace un moño corto, Alberto entierra una vida anterior para emprender un nuevo viaje.

Cada trazo de maquillaje cura un poco y cicatriza las heridas del pasado, son un grito de desahogo. Con el polvo, la mascarilla, las cremas no solo se

transfigura, sino que encuentra la puerta de salida hacia la libertad. Finalmente, sale de la oscuridad y camina bajo el sol.

Alberto tiene rapada la cabeza de la mitad hacia abajo. Esos pelos no han ido a parar al cesto de basura, los guarda en un recipiente de plástico, y luego, poco a poco, los va colocando en la barbilla con una especie de pegamento. Más tarde toma una cuchilla y define los contornos de su barba postiza. «Un día tuve que hacerme los cortes con el carnet de identidad porque la cuchilla se me cayó en la taza del baño», cuenta.

El público entra mientras Alberto y América terminan de prepararse para salir al escenario. Se supone que a las tres de la tarde comienza el espectáculo «Sabadazo» en el Tikoa.

El Tikoa es un antro. Oscuro, tremebundo, un refugio de la ciudad. Detrás de la barra está de pie la única muchacha joven de la tarde. Viste de negro, es negra. La joven tiene los pómulos muertos, parece una mujer marchita, al igual que la nevera del lugar es un cadáver en descomposición: no congela del todo, guarda apenas un par de refrescos enlatados de sabor naranja y solo se puede cerrar con un candado oxidado. De más está decir que no hay cerveza ni hielo, ron es lo que hay.

La entrada cuesta diez pesos cubanos y la velada dura hasta las siete de la noche. A las tres de la tarde, el sol de agosto en La Habana es inclemente, la temperatura puede sobrepasar los 35 grados, pero dentro del Tikoa hace frío. Un enorme aire acondicionado, que gotea y ronronea, hace que la mayoría de las personas tiriten sentados en sus mesas y sillas. Luces fluorescentes, figuritas indescifrables. Todos, sin excepción, pasan los cincuenta años.

El director artístico de la peña entra al baño para ver qué falta. Alberto ya está listo y toma un trago de vino tinto. Luce como un señor de la década del cuarenta: camisa y sombrero blanco, saco beige de rayas finas, cinto y zapatos puntiagudos de color carmelita. América, un señor de más de sesenta años, aún está en blúmer y medias pantis. Estirándose las cejas, frente al espejo del baño de los hombres, hace un chiste: «El mundo está al revés, las mujeres andan de hombre y los hombres de mujeres. ¿Verdad, Argelia?», le pregunta a Alberto.

*

A sus cincuenta y dos años, Argelia Fellove Hernández no sabe de dónde ni cómo sacó fuerzas para no quebrarse en el camino. Piensa que pudo haberse quitado la vida. Si no lo hizo fue porque, sin darse cuenta, los acontecimientos en contra la volvieron una coraza a prueba de balas y ahora no hace más que avanzar.

Para 2005 no la estaba pasando bien, vivía en un estado de represión interna, deprimida, sin ganas de nada, ni siquiera quería hablar. Sin esperarlo, de pronto, la vida le dio un vuelco cuando decidió declararse lesbiana, aunque no encontraba la manera de asumirse como tal en una sociedad ampliamente homofóbica.

La Cuba de 2005 era todavía el país que gobernaba Fidel Castro, una isla sin internet, sin que sus ciudadanos pudieran viajar al extranjero o se pudieran comprar una casa o un carro o pudieran pasar unas vacaciones en hoteles. La propiedad privada apenas existía y era aún más demonizada que hoy.

Con el traspaso de poderes ocurrido entre 2006 y 2008, y ya con Raúl Castro como presidente, la sexóloga Mariela Castro, una de sus hijas, logró impulsar la agenda del Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX), una institución que aún dirige en la actualidad y que, desde su fundación en 1989, aboga por defender los derechos de las minorías sexuales.

En ese entonces, una amiga le recomendó a Argelia Fellove acudir al CENESEX. Le comentó que había un grupo de mujeres lesbianas y bisexuales, casi todas intelectuales, que se reunían para intercambiar experiencias personales y ayudarse unas a otras. El espacio no solo comprendía el trabajo en grupo, sino que también, allí, recibían talleres, cursos y conferencias magistrales que las ayudaban a afrontar, con dignidad y mayores herramientas, el juicio de la sociedad en la que vivían. El grupo se nombra Oremi, que significa «amiga de confianza» en una lengua religiosa nigeriana.

«Luego de mi primer día, de escuchar a aquellas mujeres hablar de sus vidas y de ver que estaban pasando por lo mismo que yo, me fortalecí y comencé a desprejuiciarme», cuenta catorce años después. Cuando salió de ese encuentro, caminó por primera vez al lado de una mujer masculinizada en apariencia sin sentirse apenada por ello.

Argelia se hizo fija en Oremi, los talleres y charlas que recibió le fortalecieron el alma. Comenzó a crecer dentro de ella una necesidad de vomitar en seco y expulsar el pasado que tenía atorado en la garganta. «Me ayudaron a empoderarme y a romper mi silencio», asevera. Se volvió una líder, hizo de su propia vida un espejo público, donde cualquier mujer pudiera venir a mirarse, a tomar fuerza con su imagen.

Negra, de un metro y ochenta centímetros de estatura, sin haber cursado estudios universitarios, Argelia Fellove se volvió la coordinadora en La Habana de la Red de Mujeres Lesbianas y Bisexuales.

«El objetivo de la red es visibilizarnos, promover la salud sexual integral y la prevención de las enfermedades de transmisión sexual y el VIH/sida; darles a las muchachas las herramientas y recursos para conocer nuestros derechos sexuales dentro de la Carta de los Derechos Humanos. Reconocernos como mujeres íntegras en la sociedad e insertarnos en ella. Nosotras luchamos contra la violencia hacia las mujeres y niñas», declara como un mantra.

La red tiene una sede en cada provincia de Cuba y Argelia es la coordinadora en La Habana desde hace catorce años. Una vez al mes, se reúnen para charlar y auparse. Al encuentro, Argelia lo llamó «la caldosa diversa», una especie de ajiaco donde lo mezclan todo y le sacan provecho, dice. Cada quien un poco de sazón.

Oremi fue un alumbramiento para Argelia Fellove. Una revelación que, quizás, sea la más importante en sus cincuenta y dos años. Todo lo que es Argelia hoy se lo debe al hallazgo de Oremi. Pero se trata, a la vez, de un proyecto institucional que se rige por políticas estatales, de ahí que en 2016 Argelia sintiera la necesidad de tener algo propio, algo con su desenfado, sus intenciones, sus maneras de proyectarse.

Desde 2007, sin percatarse, dio los primeros pasos hacia ese terreno suyo, cuando comenzó a amenizar los encuentros de Oremi con presentaciones mínimas. Les añadió a las charlas, las tertulias, las conferencias y las mesas redondas una dosis de relajación para liberar las tensiones que se generaban al interior de los encuentros. Argelia comenzó a declamar y a leer poemas disfrazada de hombre.

«Antes yo era más cómica, ya no me sale esa veta. Debe ser que tengo muchas cosas en la cabeza ahora», recuerda. Por aquellos años, Argelia Fellove imitaba a Luis Carbonell, a Alden Knight, todo era un hobby para

ella. «Me aprendía más rápido una canción que un poema, entonces empecé a montarlas».

Memorizó las letras de cuatro baladas románticas pop del momento: «Es por amor», de Alezandre Pires; «Amiga mía», de Alejandro Sanz; «Me dediqué a perderte», de Alejandro Fernández; y «A puro dolor», de DLG, en versión balada y en versión salsa. Le pidió prestada una muda de ropa a uno de sus cuñados. El hombre pertenecía a la Sociedad Secreta Abakuá, una secta religiosa exclusivamente de hombres que se fraguó en Cuba en el siglo XIX. Primero, como es de suponer, se negó, pero luego Argelia lo convenció con plegarias. Con ese juego de camisa y pantalón se presentó las primeras veces en Oremi y en las peñas culturales del CENESEX.

Argelia llevaba las canciones en un CD y las doblaba mientras se desplegaba en el escenario. Era tan contagiosa y potente la imagen que Argelia ofrecía que la gente, en cada presentación, se olvidaba que detrás de aquel personaje había una mujer. Sin su consentimiento, le empezaron a llamar Alberto. Se le quedó acuñado.

«En esa época había tanta discriminación y había tan pocos transformistas en el país que, por falta de espacios donde presentarme y por exclusión, decidí abandonar aquella idea de empezar una carrera artística en serio en el transformismo», rememora Argelia.

Casi diez años después volvió al ruedo. El contexto cívico cubano había cambiado un tanto y las personas de la comunidad LGTBI, autorización gubernamental mediante, comenzaron a tener espacios de legitimación. La coyuntura favorable posibilitó que, a través del proyecto Oremi, el CENESEX diera luz verde a una idea de Argelia Fellove: una peña educativa cultural desde el transformismo masculino.

Una vez al mes, en el Cine Acapulco de La Habana, Argelia abrió un espacio que aún hoy sigue vivo. Con la peña en sus hombros, el retorno de Alberto no se hizo esperar. «El cuerpo me lo pedía, regresé hasta con un repertorio nuevo de canciones», dice. En poco tiempo, la peña sirvió para incentivar el transformismo masculino en la capital de la isla. En un abrir y cerrar de ojos, a Alberto lo acompañaron también siete transformistas. Así surgió el movimiento de transformismo masculino en Cuba.

La nueva versión de Alberto estaba pensada para hacer bailar. Sin desechar las baladas románticas de antaño, su nuevo repertorio intentaba generar empatía e interacción, que todos se pararan de sus sillas. La rumba y la

salsa cubana se convirtieron en su carta de presentación. El público no tardó en apodarlo «el Salsero».

Argelia Fellove modificó esta vez el apodo: «el Salcero». Sin cambiarlo del todo, le añadió un mensaje: cero discriminación, cero violencia, cero todas las segregaciones.

*

Para el 11 de mayo de 2019 se había programado la acostumbrada conga contra la homofobia, el evento cumbre dentro de la jornada nacional que realiza el CENESEX para celebrar el Día Internacional del Orgullo Gay. Pero, a diferencia de los doce años anteriores, esta vez la conga fue suspendida por el Gobierno. Los miembros de la comunidad LGTBI, que decidieron salir a la calle a reclamar sus derechos, terminaron sometidos a una brutal represión policial.

El CENESEX, en un comunicado de prensa cargado de ambigüedad, dijo que la cancelación se debía a «la actual coyuntura que está viviendo el país» y «determinadas circunstancias que no ayudan a su desarrollo exitoso». De esta manera, la comunidad LGTBI se quedaba sin su día de fiesta. Pero esta vez decidieron no acatar la orden central y celebrar a cualquier precio.

Rostros ensangrentados, policías vestidos de civiles estrangulando a manifestantes, personas cargadas en peso entre tres o cuatros represores, gente encarcelada. Esas fueron algunas de las postales que dejó la pacífica marcha de reclamo.

«Es un evento que sucede una sola vez al año, por eso todas las coordinadoras provinciales de la red nos habíamos puesto de acuerdo para aglutinar a los miembros y participar. Era una marcha pacífica. Si pasó lo que pasó es porque estaba premeditado», opina Fellove, a quien, un día antes de la manifestación, una miembro de Oremi le notificó que habían llamado del CENESEX para advertirles que no acudieran.

*

«Ahora no hay UMAP, pero la sociedad cubana es homofóbica, patriarcal, machista, heterosexista, misógina y racista». Argelia se refiere a las

llamadas Unidades Militares de Apoyo a la Producción (UMAP), especies de campo de trabajo forzado que entre 1965 y 1968 Fidel Castro instauró en la provincia de Camagüey para supuestamente reeducar a homosexuales, prostitutas, religiosos, proxenetas, delincuentes y desafectos del régimen.

No hay consenso alrededor de las cifras de cubanos que padecieron esa experiencia, aunque la mayoría de los datos apuntan a 25.000 personas en tres años. Raúl Castro, en ese entonces ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), declaró en un discurso de abril de 1966: «Se incluyeron a algunos jóvenes que no habían tenido la mejor conducta ante la vida, jóvenes que por la mala formación e influencia del medio habían tomado una senda equivocada ante la sociedad y han sido incorporados con el fin de ayudarlos para que puedan encontrar un camino acertado que les permita incorporarse a la sociedad plenamente».

*

Argelia quiso desarrollar también un proyecto independiente a Oremi y al CENESEX, flexible e itinerante, más inclusivo. Así nació Afrodiverso, «dirigido a mujeres lesbianas, negras y afrodescendientes. Un proyecto para empoderarlas desde su propia historia y su origen, reidentificando sus esencias como mujeres desde el arte inclusivo del transformismo masculino», afirma.

El último censo de población y viviendas se realizó en Cuba en 2012. La composición racial de los 11.2 millones de habitantes fue identificada de la siguiente manera: 64.1% blancos, 26.6% mestizos, 9.3% negros. Incluso los expertos de la Oficina Nacional de Estadísticas e Información (ONEI) apuntan que estos resultados son poco fiables, pues provienen de valoraciones de los propios ciudadanos, quienes, en su mayoría, no se reconocen como afrodescendientes.

En cambio, en 2018, el Centro Nacional de Genética Médica desarrolló un estudio que determinó que todos los cubanos son mestizos, independientemente del color de la piel. El estudio declaró los orígenes de la población cubana y los identificó de esta forma: 2% chinos, 8% aborígenes de las poblaciones mesoamericanas y sudamericanas, 20% africanos (principalmente de Benín, Nigeria, Camerún, Gabón y Angola) y

70% europeos (predominantemente España y algunas zonas de Italia).

Argelia Fellove pensó Afrodiverso no solamente como una punta de lanza para combatir la discriminación racial de las mujeres lesbianas y bisexuales en Cuba. El proyecto va más allá, es un saco donde ella va echando todo lo que, desde al arte del transformismo masculino, le parezca que puede mejorar la vida de las personas en comunidades más vulnerables.

Por eso se fue hasta Barrio Azul en Santa Amalia, un suburbio intrincado en la periferia de La Habana, y fundó un grupo de baile para niñas que nombró «Las oremisas del futuro». Y por eso, también, el Día de la Infancia viajó hasta el municipio Melena del Sur de la provincia de Mayabeque y realizó un concurso infantil de cuentos que terminó en una gran fiesta con regalos para todos los participantes.

Argelia no cobra un solo peso por todo lo que hace. «Mi ganancia es sencillamente espiritual», dice. Con sus propios medios mantiene Afrodiverso en pie, gracias sobre todo al apoyo de amigos que donan materiales con bastante frecuencia. Las donaciones van desde lápices de colores, crayolas, juguetes, pedazos de tela y galleticas hasta ropa y zapatos usados que Argelia vende y, con el dinero recaudado, adquiere lo que necesita.

*

Durante las primeras décadas del siglo XX, la abuela materna de Argelia Fellove, Matilde Hernández, fue por años una de las criadas de José Arrechea, patrón de una de las familias más acaudaladas de la ciudad de Trinidad, Sancti Spíritus. Arrechea mantenía en secreto una relación con aquella criolla hermosa, la tenía como su complaciente.

Matilde quedó embarazada una de esas tardes en que Arrechea se escapaba de su familia y se metía a algún cañaveral o a algún cuartucho dentro de su propia finca y la obligaba a tener sexo con él. Ahí nació Trinidad Margarita Hernández, madre de Argelia.

Trinidad creció en los cuartos de criados, la cocina y los patios de la finca de los Arrechea. Su padre, José, nunca la reconoció y lo único que hizo por su hija, de vez en cuando, fue dejarla entrar a la sala de la casa para que jugase con sus desconocidas hermanas blancas. Trinidad aún está viva,

padece de alzhéimer a sus ochenta y seis años y tiene una paraplejia en la parte izquierda de su cuerpo. Matilde falleció en 1974.

El apellido Fellove le viene a Argelia de su padre, un habanero descendiente de una familia del Congo que había emigrado a Francia y desde allí a Cuba. El padre de Argelia conoció a Trinidad Margarita y vinieron juntos a La Habana. Tuvieron ocho hijos, tres hembras y cinco varones. Argelia nació en 1967, pero no la inscribieron en el Registro Civil hasta 1970, año en que su padre murió de un infarto.

El padre de Argelia era un obrero soldador y solo pudo dejar como herencia una pensión de 180 pesos cubanos. Trinidad Margarita, que no podía trabajar por su discapacidad, tuvo que criar a sus ocho hijos con ese dinero. La familia vivía en el reparto La Construcción, en el municipio de Boyeros. Lo que le llaman un barrio «caliente»: broncas, robos, ron y mesa de dominó en las esquinas, música y ruido hasta altas horas de la noche. En esa cotidianeidad crecieron los niños.

«Mi mamá en casa nos daba mucho golpe, mucho golpe, mucho golpe», dice Argelia hasta la saciedad. Reconstruir su pasado es un viaje tenebroso a lo peor de su vida. El rostro se le contrae, la voz sale como un látigo.

La crianza de ocho hijos con tan poco dinero, con tanta carestía y viviendo casi en la miseria, una casucha hecha añicos, sobrepasó a Trinidad Margarita, que perdió los estribos y no encontró otro método de crianza que no fuera la brutalidad desmedida como escarmiento.

Si los niños la molestaban con algún ruido, por hambre o con alguna pregunta cualquiera, Trinidad buscaba un cable de electricidad, les decía que se pusieran todos, los ocho, con las manos y las rodillas en el suelo, en cuatro, con las nalgas para ella, y los azotaba hasta verlos llorar. A las tres hembras, a veces, les pellizcaba los senos.

Crecer entre golpes generó que los muchachos se volvieran unas pequeñas bestias agresivas. Toda la infancia transcurrió en casa de los Fellove como si estuvieran en una batalla campal. A diario, unos a otros se lanzaban cazuelas de cocina, piedras, se perseguían con palos o bates. Todo ocurría delante de los ojos de la madre, a quien aquello le parecía un comportamiento normal y observaba tranquila semejantes escenas. Trinidad Margarita, mientras uno de sus hijos le rompía la cabeza a otro de un mazazo, bien podía quedarse sentada en un butacón arreglándose las uñas o salir a la calle a caminar sin más.

«Uno de mis hermanos tenía una esquizofrenia adictiva al golpe. Cuando estaba aburrido, bajaba y le escupía a la cara a un policía para fajarse. Después que la policía lo molía a golpes, regresaba al otro día tranquilito a casa», recuerda Argelia.

Todos los días Argelia Fellove iba a la escuela primaria con el uniforme escolar sucio y estrujado. Alternaba con uno de sus hermanos unas botas de hombre, un día él, un día ella. Cuando no le tocaba el turno de las botas, llegaba a clases con unas chancletas rotas amarradas con una cuerda de saltar. Como en casa no podía estudiar, sus notas académicas eran malas.

Según ella, ser negra, pobre y con bajo rendimiento escolar la condenó. «Los niños de la escuela y del barrio me hacían mucho bullying, no paraban de darme golpes», dice y repasa un pasaje que le viene a la cabeza: «Una vez, cuatro o cinco niños me llevaron para la parte de atrás de la escuela y me manosearon a la fuerza, por detrás y por delante, con ropa».

Los profesores de las escuelas del reparto La Construcción también estaban marcados por la violencia. Probablemente habían nacido en esa zona y padecieron las mismas complicaciones intrafamiliares de Argelia o similares. De lo contrario, uno no se explica cómo, para imponer la disciplina en clases, les pegaban con reglas metálicas a los estudiantes o los mandaban a una esquina del aula y los ponían de rodillas por portarse mal. Antes de poner las rodillas en el piso, les colocaban debajo chícharos o tapitas de botellas de los refrescos de la merienda.

Los ocho niños estaban anémicos. La pensión del padre fallecido no alcanzaba para ponerle todos los días a cada uno un plato en la mesa. Una bondadosa vecina intentaba ayudar a la familia, en algunas ocasiones, ofreciéndoles un poco de comida. Argelia iba con una cantina metálica, pero muchas veces regresaba con la cantina vacía. «El hijo de ella me esperaba en la escalera de su casa para masturbarse y yo no subía», confiesa.

Pero lo más traumático de la infancia de Argelia Fellove no fue eso. En las noches, los hermanos dormían en un colchón relleno con paja del que salían pulgas y otros insectos. Para que cupiesen la mayor cantidad de niños, la madre les ordenaba acostarse de forma transversal. De todas maneras, el espacio era demasiado pequeño para que cupiesen los ocho. Siempre alguno quedaba fuera. Ese era el más perjudicado.

«Mi hermano mayor lo sacaba y se lo llevaba al baño para hacer sus

fechorías», cuenta Argelia. Dámaso Fellove, el mayor de todos, ya con catorce años medía cerca de dos metros. En las madrugadas, despertaba no solo al hermano que quedaba esa noche fuera del colchón, sino a otro más, hembra o varón, no importaba el género. Iba con ambos al baño y llevaba también una silla y una soga. Allí preparaba su diabólica violación.

Al hermano que escogía primero, lo subía en la silla y luego le ponía la soga al cuello como para ahorcarlo. Al otro, le daba una punta de la soga y le indicaba que, cuando penetrara al hermano escogido, si este gritaba, inmediatamente tirara de la soga para estrangularlo hasta que dejase de chirriar. Así no se despertaban los demás. Después los cambiaba uno por otro y repetía las mismas macabras indicaciones.

«Nos obligaba a tener sexo oral, nos teníamos que tragar su semen y su orine», asevera Argelia Fellove con los ojos aguados y la voz entrecortada. Regresar a esas imágenes la lacera, la hacen temblar.

Mientras, Trinidad Margarita dormía a pierna suelta en el cuarto contiguo. No era que no supiera del abuso y la violación que su hijo mayor cometía en las noches, era que se hacía la desentendida por miedo. Dámaso la tenía amenazada, era capaz de molerla a golpes si tomaba partido en el asunto. Las noches de infancia de los Fellove eran el infierno.

«Estuve ingresada gravísima en el hospital con gastroenteritis, por poco me muero», dice de tajo Argelia, después de tomar aire. Su cuerpo de niña pequeña —tenía entre cuatro y siete años cuando esto ocurrió— no pudo soportar tanto abuso y estuvo a punto de quebrarse.

La situación de abuso y violación era tan extrema que un día Argelia y los hermanos más pequeños jugaban a los escondites cuando, por puro azar, la niña entró corriendo al cuarto de su abuela para esconderse allí y la imagen que encontró la marcó para siempre: la abuela Matilde estaba boca abajo, desnuda, casi desmayada, sobre unas sábanas embarradas de heces, y encima Dámaso abusaba de ella.

Gertrudis, la mayor de las hermanas hembras, era la única que se le enfrentaba a Dámaso y denunciaba ante su madre los atropellos de su hermano. «Mi madre le daba golpes cuando le reclamaba algo. Estábamos indefensos», sentencia Argelia. A Gertrudis le llegó el preuniversitario, que era un internado, y se fue de la casa. «Nos jodimos. Mi otra hermana, Griselda, tuvo que hacerse novia de Dámaso para quitárnoslo de encima por un tiempo».

Con el noviazgo de los hermanos, los abusos de Dámaso menguaron, aunque, a cada rato, hacía de las suyas. «Un día pasé por delante de él en la sala de la casa y quiso forzarme, salí corriendo, pero fue tras de mí y me tiró un poco de alcohol y fósforo en las piernas. Logré escapar», cuenta Argelia, que volvió a ingresar en el hospital por las quemaduras que le provocó aquel incidente.

*

Al entrar a la secundaria básica, Argelia Fellove escapó de casa. Vio la posibilidad de internarse en una escuela y lo hizo. Eso le garantizaba independencia, alejarse del caos familiar y, muy importante, un plato de comida diario.

Su intención, una vez pasado el preuniversitario, era estudiar Cultura Física, ya que no había podido convertirse en atleta. La habían captado para una escuela de deportes por sus condiciones físicas y su madre nunca aprobó el permiso de matrícula, no se presentó a firmar.

Cuando se graduó de bachiller, sus notas no le alcanzaron para entrar a la universidad. Tuvo que conformarse con un curso de técnico-medio de Estadísticas de Salud. Aprendió a llevar los índices y los indicadores que inciden en las tasas de mortalidad infantil, nacidos-vivos y enfermedades. Trabajó en varios policlínicos del barrio Lawton.

En 1988, un hombre de apellido Santos la detuvo en la calle. Le dijo que estaba captando muchachas jóvenes para que pasaran un curso de arbitraje de atletismo; que, si ella estaba interesada, podía inscribirse. Suerte divina la de encontrarse a aquel señor. Pudo cumplir su sueño y vincularse al deporte.

Argelia Fellove se convirtió en árbitro. Comenzó a participar en eventos nacionales. Sus resultados fueron tan buenos que quedó entre los jueces seleccionados para fungir en los Juegos Panamericanos de 1991 y en la Copa del Mundo de Atletismo de 1992, ambos eventos celebrados en La Habana. Hoy guarda en casa con celo un recorte añejo y amarillo de la revista *Bohemia* donde se le ve como jueza de meta en una de las carreras por la medalla de oro de los Panamericanos.

Por su buen desempeño, para estimularla, los directivos políticos del

deporte en La Habana le hicieron un regalo: podía matricular en la carrera de Cultura Física. Argelia no lo pensó dos veces. Pero a la altura del cuarto año tuvo que abandonar los estudios. Los problemas familiares continuaban.

Varios de sus hermanos estaban presos, unos por robos con violencia y otros por disturbios públicos. En la casa, la convivencia empeoró aún más. Con el tiempo llegaron a vivir también las novias y novios de sus hermanos y hermanas, y nacieron sobrinos. Tres habitaciones no bastaban para ocho parejas con sus respectivas familias. Las peleas y agresiones físicas sobrepasaron todos los límites en casa de los Fellove.

«No podía concentrarme, tenía problemas de memoria, no me presenté a las pruebas de cuarto año y perdí la carrera», dice Argelia.

La única persona de la familia que iba cada mes a llevarles algo de comida a los hermanos presos era Argelia. Lo hacía porque Trinidad Margarita se lo imploraba. Gertrudis estaba en contra de la actitud de su hermana. Le recriminaba que fuera tan buena con su madre. El 10 de febrero, en el trigésimo tercer cumpleaños de Argelia Fellove, Gertrudis, entre cervezas, le contó el porqué de su recriminación.

«Eras muy pequeña para acordarte, pero cuando Dámaso cayó preso la primera vez, mamá nos llevaba a la prisión para que abusara allí de nosotros», dijo la hermana. Argelia asegura que su hermana le contó cómo Trinidad Margarita vigilaba a los instructores de la prisión, en las visitas, para que su hijo violentara a sus hermanos.

Después de la confesión, Gertrudis le pidió un abrazo a su hermana. «Fue la primera vez que la abracé. Nosotros no tenemos educación afectiva, lo de nosotros es caernos a piñazos».

Argelia Fellove dejó de hablarle a su madre durante cinco meses. Luego, una noticia intempestiva hizo que volviera a buscarla: Dámaso había fallecido.

El hermano mayor fue uno de los 125.000 cubanos que se largaron de la isla en 1980. Ante una inminente crisis migratoria, luego de que un autobús cargado de personas rompiera previamente el cerco de la Embajada del Perú en La Habana, Fidel Castro decretó ese año la apertura del puerto del Mariel para los ciudadanos que quisieran emigrar por mar hacia Estados Unidos, permitiendo la entrada de las embarcaciones norteamericanas que venían a recoger a sus familiares. Pero Castro añadió a las embarcaciones

un peso extra obligatorio: homosexuales, pacientes psiquiátricos y parte de la población carcelaria de la isla.

Dámaso Fellove viajó por esa vía junto a un novio de la prisión. Estuvo libre solo cinco años. En 1985, fue condenado a cuarenta y ocho años de cárcel por delitos de drogas. En Estados Unidos, pese a su pasado, se hizo pastor de una iglesia cristiana y rompió con su pareja, que estaba en libertad, para casarse con la pastora que predicaba en su prisión.

«Ese superabusador, ese hombre podrido, nos mandó las fotos de su boda con la Biblia en la mano», rememora una Argelia enfadada.

Unas semanas antes de su muerte, Dámaso Fellove llamó por teléfono a casa. Un cáncer de pulmón lo estaba consumiendo y quería dejarle una herencia a su madre, más allá de todo lo que ya había dejado: había ahorrado 5000 dólares que pensaba mandar a Cuba. El dinero lo enviaría con su antigua pareja gay, pues se había divorciado de la pastora.

Dámaso falleció a los sesenta y tres años. Antes de morir, decidió que lo enterraran en Cuba. Incinerar su cuerpo costaba 5000 dólares. «Tocaron a la puerta, era su pareja, me entregó cien dólares y sus cenizas», cuenta Argelia.

La expareja de Dámaso entregó el encargo y se largó. Antes de despedirse dijo: «Denle una cristiana sepultura».

*

Argelia Fellove le agarró odio a los hombres. El drama familiar la traumatizó y, sin percatarse, comenzó a exteriorizar toda aquella catástrofe vivida.

Si iba en bicicleta y un hombre al volante de un auto le pitaba, Argelia le gritaba «hijo de puta». Si sentía el llanto de un niño a lo lejos, no podía quedarse tranquila, tenía que saber de dónde venía. Se asomaba en las ventanas de las casas ajenas, en los portales. Si un hombre caminaba solo con un niño de manos, ella lo seguía, escondida, la distancia que fuese, hasta cerciorarse de que la criatura no corría peligro. No comprendía cómo una madre podía dejar a un hijo solo en casa con un padrastro, ni a los padres que sentaban a los niños en sus piernas, ni a los que los besaban en la boca o les daban nalgaditas. Todo eso le provocaba un salto en el pecho,

la estrujaba.
«Me quedó un trauma que ya se me ha ido quitando, aunque me incomoda saber que hay un montón de depredadores sueltos y que las condenas son muy pasivas», dice Argelia, para después reflexionar: «Te portas bien y te sueltan, te portas bien porque quieres salir a hacer lo mismo. En Cuba no hay un seguimiento psiquiátrico ni psicológico para esa gente, el padre que violó regresa a la misma casa después de su sanción».

*

Hace unos años atrás, por fin, Argelia Fellove logró independizarse de su familia. Se fue a vivir a Párraga, un barrio del municipio Arroyo Naranjo, a nueve kilómetros al sur de La Habana. La zona es un asentamiento rural que se caracteriza por la práctica de las religiones afrocubanas: santería, palo monte, Sociedad Secreta Abakuá.

Allí, levantó un cuartucho en ruinas. Ella misma fundió la meseta de la cocina, le puso azulejos al baño y cableó la electricidad de la que hoy es su casa. Colocó banderas del orgullo gay por todas partes, pegó en la puerta montones de CD usados, encima del refrigerador puso una botella embarrada en cera como si fuera nieve, colgó en la pared una linterna y en el marco de la ventana, que da a la calle, ubicó una plancha que pintó de rojo.

«Cuando llegué, vi mucha violencia, sonaban tiros en las noches, la gente vivía tomando ron en los contenes», afirma. Argelia cambió de hogar, pero no de contexto. No hay diferencias entre La Construcción y Párraga, para nada la nueva comunidad le resultó extraña. El jolgorio a toda hora, las peleas callejeras y los rostros descompuestos se repetían. Solo notó un detalle distinto: había demasiados niños con las caras largas, deambulando por las calles desbordadas de basura, sin nada que hacer. Niños a la deriva el día entero, en el abismo de la marginalidad.

No fue una apreciación errada la de Argelia Fellove. Según el Atlas de la Infancia y la Adolescencia en Cuba, a cargo de Unicef, en Arroyo Naranjo hay 12.651 niños y adolescentes. Es el cuarto municipio del país con un índice (30.53%) más bajo de niños y adolescentes que viven con sus padres y el tercer municipio con índice más alto (19.98%) de los que viven sin

ellos.

Ahí regresaron los recuerdos traumáticos de su infancia. Era como si se contemplara a sí misma caminando por el polvo de las calles sin asfaltar, sucia, desgreñada, huyendo de los gritos y los golpes de casa. No pudo más.

A media cuadra de su cuartucho, había un parquecillo abandonado. Tomó un machete y comenzó a chapear la mala hierba que lo inundaba. Recopiló latas de refrescos botadas en la calle, las picó por la mitad, las abrió para hacerles unos cortes a la boquilla y las entrelazó con cintas de casetes de video o de audio. Luego colgó esas latas al flamboyán que se levanta en el medio del parque, quería que simularan unas pequeñas arecas. Pintó y levantó de nuevo la cerca que estaba oxidada en el suelo. Puso un farol. En la entrada afincó una piedra enorme y le escribió a relieve: Afrodiverso. Pintó con cal parte del tronco del flamboyán y entre sus ramas colgó una tapa metálica de un tanque de agua. Con letras a colores, grabó una versión de la estrofa de una de las canciones para niños de Teresita Fernández: «Vamos, amiguitxs a cantar / Porque tenemos el corazón feliz».

Argelia Fellove se propuso cambiarles el rostro a los niños del barrio. Su proyecto Afrodiverso lo llevó también a Párraga. Comenzó a impartir talleres donde los niños aprenden a trabajar el papel maché, la cerámica, el dibujo, el corte y costura, el canto. Además, los fines de semana pone música en las tardes con una bocina portátil para que bailen y luego, en las noches, llega el turno de Alberto, quien, desde el transformismo, ofrece un espectáculo cultural con invitados.

«Todo esto tiene que ver con la niñez, la adolescencia y la juventud que no tuve; con mi silenciada y limitada infancia. Estos niños están necesitados de amor, Afrodiverso es lo único que tienen, no hay más opción en sus vidas. Sin eso, no les queda otra que correr de aquí para allá y de allá para acá, tirar piedras, recoger cosas de la basura, jugar bolas al dinero, ir a las fincas cercanas a trabajar como hombres para ganarse unos quilos», dice Argelia.

La iniciativa tuvo tanto impacto en la comunidad que el núcleo zonal número 107 del Partido Comunista de Arroyo Naranjo fue a ver a Argelia. Le agradecieron por su labor y le brindaron apoyo. Así, aportaron dos cestos de basura, tres bancos, un columpio, una escalerilla, un tiovivo y una militante retirada para que fungiese de guardaparque.

Nancy Fuentes es la militante enviada. Tiene cincuenta y ocho años, el pelo veteado de canas, la piel quemada. Cuando Argelia decidió reformar el

parque, ella fue la única que ofreció ayuda junto a otros dos vecinos. El resto del barrio siguió en lo suyo: tomando ron bajo la sombra, vendiendo aguacates en los portales, escuchando reguetón a todo volumen. Absolutamente nadie les tendió una mano.

«Cuando estábamos trabajando, la gente nos pasaba por al lado y ni nos miraba», cuenta Nancy. La indiferencia no era casual. En un barrio como Párraga, la gente se tomó como un atrevimiento que una lesbiana decidiera interactuar de esa forma no ya con la comunidad, sino con los niños.

Nancy intenta explicarlo: «Aquí la gente es muy inculta, eso yo lo he oído toda la vida por el televisor, por la radio. Cada cual es como quiera ser. Ninguno de nosotros está facultado para criticar a nadie, cada cual que elija la vida que quiera. Yo me llevo con todas las personas, aunque tengan las desviaciones que tengan. Hay padres que rechazan a los hijos por esas cosas, esos padres no son padres, porque los hijos se aceptan como quieran que sean». Ella nació y creció en Párraga: «No tengo problemas con que la gente me vea saludando y dándole un beso a Argelia, aunque me vean trabajando al lado de ella, en su casa y ella en la mía».

Echar adelante un proyecto de este tipo ha sido en extremo difícil para Argelia. Al inicio, los políticos de la zona le decían: «¡Mire a ver usted y ese transformismo y los niños!». Ella respondía: «¿Cuál es el problema con el transformismo, si en las escuelas disfrazan a los niños de soldaditos y de Fidel y el Che?».

*

Un rayo de sol pega con potencia en el filo de la tijera y le rebota directo a los ojos. Argelia Fellove mueve la cabeza, molesta. Siempre llega media hora antes de la acordada para que, cuando arriben los niños, todo esté preparado. Hoy toca clase de costura. Está sentada en un banco de madera. A sus pies, sobre cartones, los utensilios para el taller: tijeras, trozos de tela, rollos de hilo, papel y lápices. Luce cómoda: zapatillas deportivas, short, una camiseta que lleva el letrero «Escuelas sin homofobia y transfobia», una gorra con la bandera del orgullo gay, un chalequito y un canguro abrochado a la cintura. En una bocina portátil suena un reguetón suave.

En una esquina del parque, Argelia puso sobre la tierra unos cartones que

recogió en las bodegas del barrio. Luego, a una altura prudencial, ubicó unos sacos de nailon zurcidos con hilo de coser para que sirvieran de techo. En ese pequeño campamento improvisado imparte sus talleres.

Las primeras clases fueron una locura. Mientras Argelia daba instrucciones, los niños hacían cualquier cosa menos atender: cazaban lagartijas y se las tiraban unos a los otros, no paraban de conversar, jugaban a darse golpes y a lanzarse tierra. «Lo primero que tuve que hacer fue inculcarles modales, que dijeran "buenos días", "gracias", que se respetaran, enseñarles lo que es el colectivismo, porque eran muy individualistas. Si alguien traía un pan o un pomo de agua, no le brindaba a los demás», recuerda.

Argelia Fellove perdió su nombre. Ahora todos los niños le llaman «profe», estén en el taller o en la calle. Lazarito, diez años, llega y dice: «Buenos días, profe». Flavia, ocho años: «¿Cómo durmió, profe?». Alejandrito, cinco años: «¿Hoy qué toca, profe?». Y así, también asisten Eddiel, de tres años, y Luisito, Barbarito y Yankiel, todos de diez.

—¿Te gusta lo que haces? —le pregunto a Luisito.

—No —me responde con sequedad.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque estoy aburrido.

—¿Qué te gusta hacer entonces?

—Nada.

A media mañana ya Luisito está cansado. A su corta edad, y de vacaciones, el niño ha madrugado. Dice Argelia que, de vez en cuando, su tío se lo lleva consigo a una finca cercana para que lo ayude a recoger hojas de maíz. En esa finca hacen tamales para vender. Le pregunto a Luisito si eso es cierto. Me confiesa que sí, pero que no le gusta que su tío le pague, que él va siempre porque le gusta el campo y, a veces, hay caballos sueltos y lo dejan montar.

Lazarito, que está escuchando la conversación, dice: «A mí sí me gusta coser, aunque lo que más me gusta es dibujar». Le pregunto si es bueno dibujando. «Pregúntale a la profe para que veas, mis dibujos son los mejores: el de la mujer barriendo la calle llena de basura y el del basurero de la esquina de mi casa», responde con emoción.

«Profe, ¿para qué sirve esto?», pregunta Barbarito, que tiene puesto un arete en cada oreja, lleva una gorra de camuflaje, una manilla y una cadena

de oro falso. Las instrucciones son las siguientes: sobre un pedazo de tela hay que hacer una cruz a lápiz, luego, con puntadas, colocar tiras de otras telas por encima de lo marcado. «Eso es un tapiz, lo pueden poner delante del refrigerador o del baño o de la cama para que apoyen los pies», le contesta Argelia.

Flavia es la primera en terminar. Se pone de gorro su tapiz y me dice: «A mí lo que me gusta es el reguetón, mi abuela oye «La guantanamera» en el radio y yo le digo que quite eso, que eso no se usa porque es viejo».

A media cuadra del parque hay un mulato sentado en el portón de su casa. No lleva camisa, tiene el torso lleno de tatuajes y dos de sus colmillos son de oro. El hombre dice: «Mira este barrio, esto es el submundo, aquí los padres tienen que darles las gracias a Argelia por alegrarles a los niños».

Un día que Argelia Fellove no está en Párraga es un día de imágenes tristes. La mayoría de los niños varones del barrio se amontonan a jugar a las bolas a pocos metros de un basurero. Las canicas ruedan por encima de alimentos descompuestos, culeros con estiércol, escombros de obras, ratas muertas. Las moscas no dejan de revolotear.

«Aquí se juega a la verdad, no a las mentiritas», me dice Luisito. Tiene un billete de cinco pesos cubanos que acaba de ganar vendiendo bolas. «La verdad» significa que el que pierda tiene que entregar su canica. Cinco de ellas valen un peso.

El juego les dura poco. Después de media hora ya se han aburrido. Se despiden de mí. Dicen que se van «a robar aguacates para vender en la esquina». Les digo que mañana le voy a contar a Argelia. «No, no, no, ya. Vamos a jugar fútbol al frente de la escuela, no le digas nada a la profe, porque si se entera nos regaña», dice Lazarito, que habla por todos.

A unas cuadras del basurero está la escuela. Se llama República Socialista de Vietnam.

*

Argelia Fellove arrastra con una mano una mochila de ruedas por toda la acera. En la otra mano lleva un porrón con cinco litros de té frío. En la espalda carga una bolsa con paquetes de palomitas y chicharrones de viento. Está sudada, caminó cinco cuadras bajo un sol abrasador. Es su primer día

en el espacio «Rompiendo la rutina» de la Casa Comunitaria de Párraga.

Pasa la puerta, hay seis mujeres, la convocatoria falló. «Las tropas están diezmadas, pero no importa. Así mismo vamos a empezar», dice en alta voz.

«Rompiendo la rutina» era un sueño de Argelia. Cuando se mudó a Párraga no solo la perturbó la situación de los niños, el machismo que oprimía a las mujeres del barrio también le movió el piso. Verlas solo en roles de ama de casa, de sirvientas, «le encendió la sangre». Por eso se presentó con sus ideas a la dirección de la Casa Comunitaria, una institución que pocos conocen en Párraga y que se dedica a la promoción de la cultura barrial. En conjunto lanzaron la convocatoria.

«Este espacio va a ser para que dejen de planchar, de lavar, de cocinar; para que salgan de la esclavitud de la casa y sus familias aprendan a compartir las responsabilidades» es la primera frase que les expresa Argelia, con una dosis de solemnidad, a las señoras que se inscribieron. La convocatoria del taller es para mujeres mayores de cincuenta años, aunque eso no impide que interesadas menores puedan participar. El espacio es una rama más de Afrodiverso.

«Con poco se puede hacer mucho. La celebración y la alegría ayuda a la calidad de vida. Este espacio es para eso, para sonreír, podemos hablar de cualquier cosa, cantar, bailar, chismear», les declara Argelia a las señoras.

Su idea es sacar a estas mujeres de sus casas a la hora en que supuestamente «tienen que hacer las cosas», de ahí que la hora de comienzo sea a media mañana. «Vístanse y díganle a sus maridos e hijos que ustedes tienen cosas que hacer igualmente que ellos, que se las arreglen mientras ustedes no están», les aconseja. De vuelta recibe rostros de asombro.

Luego, se pone de ejemplo. Argelia les cuenta que ella es su propio sostén, que esas maripositas y esos chicharrones de viento y ese té frío que les ha traído gratis para amenizar el encuentro es su verdadero trabajo, con lo que vive. Que todos los días se levanta a las seis de la mañana y sale a venderlos a la calle. Son su única entrada, pero que ella misma se la lucha. No tiene que esperar que alguien la mantenga.

El testimonio genera el debate. Es lo que buscaba Argelia. Las seis señoras están sentadas y comienzan a hablar.

«A mi edad necesito sentirme motivada, ya no puedo más, por eso vine», comenta Beatriz, de cincuenta y tres años. Miriam, absorta en lo que acaba

de escuchar, pide la palabra y plantea: «Me siento muy impactada, no salgo del asombro. Es una maravilla que esto ocurra en esta etapa de la vida en la que estamos, porque mientras haya vida, hay esperanzas». Por su parte, Lázara, cincuenta y ocho años, dice: «Llevo años enclaustrada en una burbuja. Cuando las mujeres nos jubilamos quedamos para servir y no puede ser, la familia es muy egoísta, no podemos dejarnos aislar».

Argelia vuelve a tomar la palabra. Les advierte que «el espacio tiene el fin último de empoderarlas, de desarrollar un discurso en contra de la violencia de la mujer, porque hay muchas cosas que no se canalizan, ya están asumidas, pero que todo el taller se hará desde el transformismo masculino». La respuesta ahora es el silencio. Las señoras se miran entre ellas, algunas ríen de nerviosismo.

«Alberto empodera más a Argelia, le da más valía. Demuestra que un hombre puede pasar por la vida de una mujer sin lacerarla, sin bajarle la autoestima. Hay que cultivar a estas mujeres porque, cuando Alberto me conoció a mí, ya yo sabía carpintería, plomería y electricidad», dirá en otro momento Argelia Fellove.

«Permítanme un segundo para ir al baño», les dice Argelia a las señoras, y sale del salón. Unos minutos después, sin avisar, llega un señor. Viste un blue jean ajustado, zapatillas altas, camisa en colores, gorra y cadena al cuello. Dice llamarse Alberto. Anuncia que va a cantar el tema preferido de Argelia: «Hoy tengo ganas de ti», de Alejandro Fernández. En un momento la letra reza: «No hay nada más triste que el silencio y el dolor».

PESCA CON CONDONES

Alberto ya no tiene la agilidad para apoyar sus dos manos en el muro del Malecón de La Habana y treparse en él con un salto. Ahora le deja eso a Luis, su hijo de dieciocho años, que es ágil como un gato y que le dice: «Papá, quédate allá abajo preparando los carretes e inflando los condones que yo me ocupo de lo otro acá arriba».

Luis, trepado en el muro, toma la vara de pescar y comienza a tensar la pita. Alberto, a sus cincuenta y cinco años, lo mira, saca una jaba de nailon y de ella tres cajas de condones. Las abre y deja los preservativos a la intemperie.

Luis se tira de un brinco del muro y sus chancletas suenan como bomba. Saca de un cubo plástico con agua una diminuta picúa del día anterior y comienza a desguazarla minuciosamente. La abre al medio con un cuchillo de Rambo y la pica en pedazos.

A su lado, Alberto ya infla el primer condón y se lo enreda en un dedo. Luego otro y luego otro hasta tener las manos y la boca brillosa de lubricante y levantar con la mano izquierda un yaquis[1] inflable de seis puntas, que se lo pasa a Luis y este lo enrolla en el hilo de pescar antes de lanzarlo a la negrura del mar.

Son las 3:39 de la madrugada en el Malecón habanero. Lo único que se escucha en la ciudad son los bramidos del mar cuando abraza los arrecifes.

Alberto y Luis, padre e hijo, han cambiado la noche por el día.

*

Alberto y Luis viven en una casita pequeña a varios kilómetros del Malecón en el municipio del Cerro y desde hace dos años y medio vienen todos los días a pescar. No fallan.

Antes de salir de casa, sobre las diez de la noche, van al cuarto, corren la cortina de tela y Alberto besa a su esposa, la madre de Luis. Mercedes, que es como se llama la señora, está gravemente enferma y una de las pocas cosas que puede comer es pescado fresco. Los médicos no le dan mucho tiempo de vida.

—La vida suele ser cruel. Mercedes era supersana y de un día para otro se enfermó y todo cambió. Tuve que dejar el trabajo para cuidarla y para que el niño pudiera terminar el politécnico y tuviera un título —dice Alberto con la espalda recostada al muro.

—Yo no sabía nada de la pesca, pero no podía dejar a mi papá que saliera todas las noches a buscarle el pescado a mi mamá. Al final, me quedaba en casa y ni estudiaba ni dormía pensando en mi papá y mirando a mami. Después que me gradué, papi me enseñó y me quedé en esto con él —dice Luis, de pie en el muro, con la vara en la mano.

Luis agarra un pedazo de poliespuma. Por un lado le hace un nudo marinero con la pita, que deja flotando en el aire el anzuelo con la carnada; y por el otro le enrosca la estrella de condones que le pasa su padre.

Hay viento y esto impide hacer un buen lanzamiento hacia el mar. Luis levanta al vuelo la pita que aún está corta y eleva los condones buscando ubicar el viento. En un *impasse*, los condones se empinan y se levantan. El viento cesó. Es el momento idóneo para comenzar.

—Para eso también sirven los condones. Ellos nos dicen si hay aire y para dónde está —dice Alberto.

—Sin los condones, pescar aquí sería más difícil. El Malecón este es muy oscuro y no deja ver —dice Luis alistando la vara para lanzar la carnada.

—Pero lo más importante es que sirven de boya. Con ellos uno sabe dónde está el anzuelo y los puede localizar. Son como barquitos. Cuando los condones flotan en el agua sobre la pita, eso hace que el anzuelo no llegue al fondo y así la carnada queda meneándose entre la profundidad y la superficie y eso atrae a los peces —dice Alberto señalando la pita estirada que va alejándose después que Luis la ha lanzado.

A lo largo del muro, se ven más condones que revoletean como papalotes en el aire o que se achantan a lo lejos en la nata negra de mar. Hay como escuadrones de pescadores, unos al lado de los otros.

—Desde que papi me enseñó, a mí me gusta estar solo. Sin nadie al lado, nada más que él. A veces, ni conversamos en horas. Es como si el único que

hablara fuera el mar. Por la madrugada, él canta y nosotros lo oímos —dice Luis.

—Es que nosotros la tenemos difícil. Además de pescar para ganarnos la vida, tenemos la presión de Mercedes. Yo y mi hijo tenemos un pacto: el mejor pescado y el más grande que cojamos en el día, ese es para ella. Los otros los vendemos en el barrio.

*

—Yo no sabría pescar sin los condones, así papi me enseñó y no sé hacerlo de otra manera. Por eso cuando hace más de un año los condones desaparecieron de las farmacias, casi que tuvimos que dejar de pescar —dice Luis.

Según datos de la Oficina Nacional de Estadísticas e Información, la demanda de condones en Cuba ha aumentado de forma progresiva en los últimos diez años, con un consumo promedio mensual de entre cinco y seis millones de unidades.

La ausencia de los preservativos en los establecimientos públicos fue tan notoria que incluso hasta el periódico *Granma* reconoció la escasez.

Por su parte, el periódico provincial de Villa Clara, *El Vanguardia,* le sugeriría a los villaclareños que prestaran atención a los métodos de protección alternativos y les aconsejó que «ante la escasez, valen todas las iniciativas», valiéndose del argumento histórico de que «los antiguos egipcios usaban una tripa de animales anudada en un extremo para protegerse».

En Cuba, una cajita de tres condones cuesta un peso cubano —cinco centavos de dólar—.

Según declaraciones del Gobierno cubano, la isla asignó 300.000 dólares para la importación de condones de la empresa india HLL Lifecare Ltd; una cifra que duplica el monto destinado por el MINSAP en los últimos años para dicha inversión.

*

—Cuando papi me trajo por primera vez al Malecón, me daba asco

embarrarme los dedos y la boca con los condones. Pensaba que los condones no eran imprescindibles para pescar, pero ya sé que sí —dice Luis.

Luis le entrega la vara a su padre para que se la sostenga. Segundos después saca de la mochila tres carretes con los que hará el mismo proceso de la vara, pero, esta vez, los condones los inflará él.

—Nosotros los compramos por cajas grandes que traen a su vez veinticuatro cajitas y así no tenemos que ir todos los días a la farmacia —dice Alberto, que salta de un susto en el lugar. A Luis se le han explotado, como tiros de revólver, dos condones consecutivos.

*

—Nosotros somos de Las Tunas, en Oriente. Y aquí en La Habana no tenemos familia ni muchos amigos. No salimos casi de la casa, solo cuando vamos a pescar. Todo el tiempo estamos con mami. A la fiestecita nada más fueron dos amigos pescadores de acá del Malecón y una vecina —dice Luis.

—Nadie se dio cuenta que los globos eran condones. Ni mi mujer, ni los mismos pescadores —dice Alberto.

Mercedes cumplió cincuenta y dos años y su esposo e hijo quisieron darle una sorpresa para alegrarla. Desde principios de años se propusieron ir más temprano a pescar e irse a casa más tarde.

Intentaron además salir del Malecón e ir a pescar en balsa a la playa del Chivo los fines de semana y pidieron prestados dos veces a la semana un pequeño barquito de madera a unos amigos para separarse de la costa y entrar más en altamar y capturar peces más grandes.

La estrategia les resultó.

—En un mes pescamos lo que no habíamos pescado antes en todo el tiempo que llevábamos en el Malecón —dice Luis.

—En embarcaciones no se hace tan necesario los condones, pero igual pescábamos así. Ese es nuestro amuleto. Todo es muy oscuro, nosotros no somos tan duchos y nos asustábamos. Imagínate mirar para un lado y todo negro, para el otro y negro. Lo hicimos por Mercedes, pero al final viramos al muro —dice Alberto entre ademanes.

El día del cumpleaños de Mercedes, Alberto y Luis llegaron de pescar a

las nueve de la mañana. La felicitaron y le dijeron que tenían que salir. Mercedes no estaba al tanto de lo que sucedería unas horas después.

—Teníamos preparada una comida sencilla desde el día anterior que nos guardó en su casa la vecina. Y ella misma, que es profesora de primer grado, nos regaló las acuarelas —dice Alberto.

Luis fue a la farmacia y compró varias cajitas de condones para no utilizar los de la pesca. Alberto se había quedado en casa de la vecina uniendo las cadenetas hechas con el papel del periódico *Granma* y ayudando a la vecina a terminar de alistar la comida.

Cuando Luis regresó de la farmacia, cogió cuatro pomos plásticos y los picó por la mitad, los llenó de agua y diluyó en ellos las acuarelas de color azul, rojo, amarillo y verde para formar una pasta colorante.

—La idea fue de mi papá: cogimos los condones sin inflar y los metimos en cada acuarela de color. Más o menos a la media hora los sacamos y esperamos a que se secaran. No sabíamos si iba a funcionar. Pero cuando mi papá infló el primero, que era verde, nos dimos cuenta que funcionaba. Papi empezó a llorar —dice Luis también con los ojos aguados y mirando al mar.

En un rato estaban los tres andando por la acera camino a darle la sorpresa a Mercedes. La vecina llevaba los platos de comida en dos jabas de tela. Alberto y Luis llevaban en cada mano dos estrellas infladas de condones de colores, con el cuerpo y la ropa pintoreteada de pintura.

—La gente debería pensar que éramos payasos. Recuerdo que se nos acercaron dos niñitos y nos pidieron unos condones pensando que eran globos. Les regalamos uno —dice Alberto.

En la tarde llegaron los invitados. Mercedes se emocionó cuando entre todos le cantaron las felicidades. Estuvieron compartiendo hasta entrada la noche. Cuando los dos pescadores y la vecina se retiraron, Alberto y Luis recogieron todo y acostaron a Mercedes en la cama.

—Antes de dormirse, mami me dijo: «Luisi, ¿y dónde compraron los globos?» —dice Luis.

Una hora después, en el Malecón de La Habana, Alberto y Luis ya estaban con la boca y las yemas de los dedos de las manos embarradas de lubricante, esperando que el hilo de pescar se moviera para halar con fuerza el anzuelo.

[1] Juego muy popular en América Latina. Consta de unas piezas (entre diez y doce) con forma de estrellas de seis puntas llamadas yaquis, jackses o matatenas, según el país o región, y una pelota de goma, de pequeño tamaño.

EL INFIERNO DE ARIEL RUIZ URQUIOLA

Nada es azaroso en Ariel Ruiz Urquiola. A sus cuarenta y tres años, no alberga un ápice de ambigüedad, su enseña es la intransigencia. Nunca ha sido un problema encontrar su camino.

De niño quiso ser veterinario. Cazaba cucarachas y abejorros y les quitaba las antenas para examinarlas; luego, alimentaba con ellas a las lagartijas y a estas, a veces, les abría la barriga con un bisturí para observarlas por dentro. En la playa, mientras su hermana Omara construía castillos de arena, Ariel recolectaba algas y otras especies marinas. Un barquito portugués le explotó una vez en las manos y le irritó los ojos.

Luego aprendió a distinguir, gracias a su madre, Isabel Urquiola, ahora de setenta y un años, entre la Veterinaria y la Biología. Isabel, por entonces jefa de cátedra de esta última materia en una escuela primaria del municipio Playa, lo complació alternando las salidas de fin de semana entre cuatro lugares de La Habana: el Museo de Ciencias Naturales, el zoológico, el acuario y el jardín botánico.

Omara muchas veces prefirió quedarse en casa y pronto, a pedido de ella, la familia comenzó a visitar con regularidad el Museo de Bellas Artes. Ariel se molestaba cuando su hermana, apenas quince meses mayor, falseaba la realidad pintando un león de color verde o rosado.

En la década de los setenta, los hermanos Ruiz Urquiola, y el resto de los cubanos que no pasaban de doce años, recibían, una vez al año, tres juguetes racionados. Cada niño tenía derecho a un cupón que era sorteado mediante un bombo en cada barrio; luego, padres e hijos podían dirigirse a la juguetería para comprar el artículo ganado en suerte.

El Gobierno clasificó esos juguetes en «básico», que era el más costoso, por ejemplo, una bicicleta o una carriola; «no básico», que podía ser una muñeca o un carrito; y «dirigido», lo mismo un trompo que un paquete de soldados plásticos o un juego de yaquis. No era lo mismo obtener el cupón

1 que el 63, porque los juguetes, importados desde la URSS, llegaban en cantidades dispares y los niños con más suerte eran quienes podían alcanzar los regalos más deseados.

Ariel siempre tuvo más suerte que su hermana, el bombo a menudo le deparaba números bajos. Pero en algún punto decidió obviar los juguetes más sofisticados y comenzó a pedir, si estaban disponibles, los elementos para una granja campesina.

La granja, desplegada en el dormitorio, creció año tras año. Tenía decenas de vacas, gansos, caballos, varias casitas y, por supuesto, campesinos. Al paisaje también se le añadió un tren que se desplazaba por toda la finca: un regalo de su tío Armando Urquiola Cruz, fundador del jardín botánico de Pinar del Río.

Finalizado el curso escolar, los hermanos solían viajar al municipio pinareño de Mantua a pasar las vacaciones en casa del abuelo. Ariel y un primo suyo acompañaban a su tío por los pinares cercanos para recolectar especies botánicas. Durante la aventura, los muchachos no paraban de hacer preguntas. Antes de los diez años, Ariel Ruiz Urquiola realizó su primer herbario.

*

«Ariel es protestón, cuando era estudiante lo era mucho más que ahora», afirma Elier Fonseca, biólogo de campo y profesor de la Universidad de La Habana.

Fonseca y Ruiz Urquiola son amigos. Se conocieron hace más de dos décadas, cuando ambos ingresaron a la Facultad de Biología como estudiantes universitarios. Desde entonces han trabajado juntos en varias ocasiones.

Recuerda Fonseca que, en segundo año de carrera, durante un trabajo evaluativo de Ecología, un profesor propuso sacrificar lagartijas en cantidades desproporcionadas. Ruiz Urquiola se levantó del asiento y dijo que la metodología diseñada para el estudio era incorrecta, poco profesional, una aberración. Alumno y profesor sostuvieron un careo fuera de tono ante las miradas atónitas de los demás estudiantes. Una discusión que culminó con Ruiz Urquiola zanjando: «Profesor, esa investigación es

mediocre».

«Lo que quiso decirle Ariel era sencillamente que se estaba quedando a medias. Mediocre en el sentido literal, no despectivo. Muchos de sus problemas vienen por ahí, porque la gente no entiende su lenguaje», explica Fonseca.

Tras aquel y otros encontronazos durante la carrera, Ruiz Urquiola se graduó en 1999 de Biología por la Universidad de La Habana. Le fue otorgado un diploma de oro y fue seleccionado el estudiante más destacado de su curso en la categoría de Investigación.

Sus primeros pasos como científico fueron en el Centro de Investigaciones Marinas, una institución adscrita a la Universidad de La Habana, donde se especializó en el estudio de las tortugas.

«La profesora Georgina Espinosa me dijo que mi conocimiento del tema era vasto y que era suficiente para desarrollar una tesis doctoral», cuenta Ruiz Urquiola. Entonces decidió realizar su investigación sobre las tortugas carey en Cuba, y lo primero que descubrió fue que los especialistas del ya desaparecido Ministerio de la Industria Pesquera autorizaban la pesca de esta especie, protegida por la Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de la Fauna y Flora Silvestre (CITES, por sus siglas en inglés).

Las autoridades cubanas exportaban las conchas de carey a Australia, Inglaterra, Francia, Países Bajos, los países nórdicos y Japón valiéndose de un amparo legal sobre el supuesto patrimonio genético de la especie.

Japón era el destino predilecto para la exportación de carey. Los nipones tienen la industria manufacturera más antigua y lujosa del planeta. El carey, obtenido del carapacho de las tortugas, se utiliza para la confección de prendas tradicionales de esa cultura oriental: peinetas, cintillos, pendientes, entre otras.

«Encontramos muchas mentiras», dice Ruiz Urquiola. Por ejemplo: más del 70% de las tortugas pescadas en Cuba no pertenecían al patrimonio genético de la isla.

El biólogo se percató de que, en Nuevitas, ciudad portuaria de la provincia de Camagüey, el Centro de Investigaciones del Ministerio de la Industria Pesquera adulteraba los estudios genéticos de la especie. «Iban a una playa de anidación, mataban a una tortuga y le tomaban la cantidad de muestras de carne que necesitaban. Las mandaban a nuestro laboratorio, pero todas

pertenecían al mismo individuo. Obviamente, eso decía que todo lo que Cuba pescaba era nacido aquí», explica Ruiz Urquiola.

El biólogo señaló al Estado cubano como gran beneficiario de la explotación de la tortuga carey. Amén de las violaciones asociadas a la pesca y exportación de una especie en peligro de extinción, se incumplía una disposición ministerial de la propia industria pesquera que declaraba la carne de esas tortugas, exclusivamente, como alimento prioritario para niños y ancianos. La investigación demostró, con datos y entrevistas, que ningún círculo infantil, ningún policlínico, ninguna escuela y ningún hogar de ancianos había recibido, siquiera una vez, un trozo de carne de tortuga.

Ruiz Urquiola y su grupo de trabajo expusieron estos y otros resultados en un congreso internacional celebrado en Baja California, México, sobre la conservación y la biología de las tortugas marinas. Presentaron además una campaña de bien público para salvaguardar la especie, la primera iniciativa de su tipo en la isla después de 1959.

Los miembros de la comunidad científica que participaron en el congreso quedaron consternados. La reacción de varias organizaciones internacionales fue inmediata. Dos días más tarde, Cuba se vio obligada a declarar el cese total de la pesquería legal de tortugas marinas en la isla.

Tras el congreso, a Ruiz Urquiola le esperaba una sanción laboral que impedía la defensa de su doctorado. Una apelación ante la Comisión Nacional de Grado Científico salvó su investigación.

Finalmente, en 2008, Ariel Ruiz Urquiola se acreditó como doctor en Ciencias Biológicas. Uno de los exergos de su tesis dice: «A las causas de los imposibles». Otro reza: «La diversidad genética significa para las poblaciones silvestres lo mismo que la libertad para el *Homo sapiens*. Un *H. sapiens* sin pensamiento es víctima de las circunstancias y con pensamiento lo es de sí mismo, es más libre».

En una reunión le comunicaron que podría continuar laborando en el Centro de Investigaciones Marinas, pero que se le vetaba la posibilidad de volver a trabajar con alguna especie de importancia pesquera para el país.

A Ruiz Urquiola no le quedó otra alternativa que girar su lupa. Generó así otro proyecto investigativo, esta vez sobre la genética de los moluscos en la Sierra del Infierno, Viñales, con el que ganó una beca en la Universidad de Humboldt, Alemania. Creó nuevamente un tándem con la profesora Georgina Espinosa y juntos impulsaron una plataforma colaborativa entre la

Universidad de La Habana y el Consorcio de Ciencias Leibniz.

Pero, al parecer, la burocracia cubana no olvidó lo ocurrido en Baja California y una vez más puso trabas que imposibilitaron el desarrollo del proyecto, el cual terminó diluyéndose. Desde su primera estadía en Europa, Ruiz Urquiola se ganó con su trabajo el respeto y la estima profesional de los científicos alemanes, lo que le valió para seguir adscrito al grupo de investigadores de aquella institución europea.

«A Ariel le ofrecieron muchas veces contratos en Alemania que le hubieran permitido radicarse aquí y prefirió siempre volver a Cuba», dice el Dr. Alexandro Rodríguez, biólogo y profesor de la Universidad Libre de Berlín.

Rodríguez pertenece a la misma generación de biólogos de Ruiz Urquiola, aquellos graduados a finales de los noventa en Cuba. Pero Rodríguez decidió pronto ir a hacer ciencia a Europa y allá se reencontraron.

«Cuando Ariel estaba en Alemania, vivía con una frugalidad extrema, ahorraba cada euro que podía para levantar su finca en Viñales», asegura Rodríguez, quien a menudo llevó en su auto a Ruiz Urquiola hasta el aeropuerto cuando este regresaba a Cuba. El vehículo transitaba por las calles de la capital alemana atestado de equipaje. Las maletas iban cargadas de herramientas de trabajo.

«Todo eso era a costa de un sacrificio personal que yo siempre le reprochaba, pero a la vez admiraba. Su equipaje difería bastante del de cualquier otro cubano que regresa», dice Rodríguez.

*

Durante la temporada de exámenes finales en la escuela primaria, Isabel Urquiola se percató de que la piel de su hijo, su tez blanca, se hacía cada vez más bronceada, como si tomara el sol en la playa.

Un día, sin avisar, se presentó en la escuela. Se asomó al aula y todos los alumnos estaban en sus pupitres, hacían un examen, pero no vio allí a su hijo.

«Ariel estaba en la terraza, castigado bajo el sol. Hacía su prueba solo, en su pupitre de madera. Él estaba en contra del fraude de las profesoras, que les soplaban las respuestas a los estudiantes, y esa fue la medida que ellas

tomaron para que él no las increpara por semejante actitud», cuenta Isabel.

En quinto grado de primaria, Ruiz Urquiola ya tenía tatuadas en su conciencia una serie de lecciones éticas impartidas por su abuelo. Todo empezó cuando, con seis años, quiso irse a trabajar con el padre de su madre a Mantua, Pinar del Río. La idea era darle una mano sembrando arroz y frijoles, enyugando bueyes.

Su madre accedió. La única preocupación de Isabel era la preparación docente de sus dos hijos. En casa les dio todas las libertades y solo exigía buenos resultados académicos.

«Nuestro abuelo —dice Omara— era masón y nunca comulgó con los extremismos de este Gobierno. No lo verbalizaba, pero su actitud tan recta en la vida y su intransigencia contra la corrupción y el abuso influyeron en nuestra forma de pensar. Fue un horcón moral en la familia y eso a mi hermano lo marcó».

En una ocasión, el padre de Isabel Urquiola debió cumplir un año de privación de libertad. Un hermano de masonería se presentó en su finca y le pidió un favor: necesitaba dos caballos, uno para él y otro para un amigo que lo acompañaba. Los hombres querían llegar hasta la costa más occidental de la isla para marcharse en algún artefacto marítimo. El Gobierno cubano estaba detrás de sus pasos. Uno de ellos formaba parte del movimiento insurreccional que tras el triunfo de la Revolución se alzó en las montañas del Escambray con la intención de derrocar a Fidel Castro. Años después, el hombre buscado regresó de visita a Cuba procedente de Estados Unidos. Lo detuvieron y, en el interrogatorio, mencionó el nombre del abuelo Urquiola, quien fue procesado por delito de conspiración.

Otro pasaje que también marcó la niñez de los hermanos Ruiz Urquiola fue la condena de su padre, Máximo Omar Ruiz Matoses, a diecisiete años y tres meses de prisión.

«Conocimos la prisión política a través de mi padre. Hemos tenido que pagar una cuota de culpa por ser hijos de él», confiesa Omara.

Ruiz Matoses, setenta y un años, vive hoy en España y es un ex alto oficial del ejército cubano. Ingeniero especializado en radares y telecomunicaciones, obtuvo el rango de teniente coronel y lideró el Grupo de Desarrollo Técnico del Ministerio del Interior. «Él era —afirma Omara — quien compraba desde los somatones hasta los walkie-talkies. Todo el equipamiento y la técnica que necesitaba Cuba para espiar. Fue quien

interceptó la señal de Radio y Televisión Martí que desde Estados Unidos se emitía».

Al final de su carrera militar, Ruiz Matoses se convirtió prácticamente en un disidente dentro de las filas del Ministerio del Interior. En reuniones del Partido Comunista comenzó a fustigar la conducta de la alta dirigencia del país. Por entonces, las fuerzas armadas cubanas estaban enfrascadas en el célebre caso del general de división Arnaldo Ochoa, fusilado en el verano de 1989 junto a otros tres militares por cargos de alta traición y narcotráfico internacional.

«Mi padre estaba absolutamente decepcionado y pidió su jubilación. Antes había solicitado un despacho con Raúl Castro para hablarle del desvío de recursos», explica Omara.

A Ruiz Matoses lo enviaron a esperar su retiro en una unidad de tropas guardafronteras. Días después fue arrestado y procesado bajo acusaciones de salida ilegal del país, desacato, conducta deshonrosa, espionaje y deserción.

«Mi papá salía con millones de dólares en la maleta a comprar tecnología a Japón. Si de verdad hubiera querido irse del país, lo hubiera hecho. Lo acusaron sin pruebas», dice Omara, y agrega: «Él no tiene nada que ver con Ochoa. Cuando han querido hacernos daño a nosotros siempre nos achacan que él estuvo en la causa de Ochoa, pero eso es mentira».

Después de salir de prisión, Ruiz Matoses solicitó asilo político en Estados Unidos, pero le fue denegado.

*

Omara Ruiz Urquiola tiene cuarenta y cinco años y es profesora del Instituto Superior de Diseño de La Habana (ISDI). Hace ya bastante tiempo que está luchando por su salud.

En 2004, Omara empezó a sentir una molestia en la mama derecha. Su hermano, a través de unas amistades, le resolvió una consulta en el Instituto Nacional de Oncología y Radiología (INOR).

A Omara la examinaron físicamente una doctora y dos estudiantes de Medicina. Le realizaron además una biopsia y un ultrasonido. Los imagenólogos dijeron: «No tienes problemas si se acaba el agua en tu casa;

todo lo que tú tienes son quistes de agua».

Un año después, las molestias no habían desaparecido. Cada vez que Omara tomaba café o comía chocolates, aparecía el dolor. Los supuestos quistes de agua habían crecido y la mama comenzó a drenar un líquido ambarino, sangre. Cuando salía a la calle, Omara tenía que ponerse dentro del sostén un puñado de algodón.

Su hermano se percató de la gravedad del caso e hizo una nueva gestión para que lo evaluara otro doctor.

En el Centro de Investigaciones Médico Quirúrgicas (Cimeq), le realizaron a Omara una extracción de líquido de la mama y el Dr. Catalá, jefe de quimioterapia, le informó que al día siguiente le colocarían «unos sueritos preventivos».

Al otro día fue Ariel quien entró a la consulta y conversó a solas con el Dr. Catalá mientras Omara se quedaba afuera, sentada junto a mujeres que ya habían perdido el cabello. Cuando se abrió la puerta, ella se puso en pie. Observó a su hermano en el umbral.

—¿Tú estás dispuesta a luchar? —preguntó él.

«Ahí me percaté de que tenía cáncer», recuerda Omara, pasados más de doce años.

—No te voy a dejar sola, pero me tienes que dar la completa seguridad de que vas a luchar. Lo que viene es duro —dijo el biólogo.

Los «sueritos» que habían anunciado a Omara eran el primer ciclo de citostáticos.

Ariel Ruiz Urquiola comenzó a estudiar la enfermedad de su hermana. Los resultados de una tomografía axial computarizada y una mamografía declararon que los demás órganos de Omara estaban limpios, así que había esperanza.

«Mi hermano luchó mucho. Se levantaba todos los días a las 5:00 a. m. para sentarme en la cama y darme el desayuno antes de irse al trabajo. Después me llamaba todo el tiempo para que no me volara los turnos de alimentación y por la noche me traía la comida. Yo tenía que estar fuerte para aguantar los seis ciclos de tratamiento», recapitula Omara.

Una noche, Ruiz Urquiola recordó una conferencia de cuando era estudiante. El conferencista aseguraba que en la Amazonia habían identificado un árbol de cuya corteza se extraía un medicamento citostático extremadamente eficiente. Según informes, los indígenas de la zona donde

crece ese árbol prácticamente no contraían cáncer.

El biólogo habló al Dr. Catalá sobre el descubrimiento de los taxanes y este respondió que tales medicamentos eran muy caros y que no existían en Cuba. Una vez más gracias a gestiones personales, Ruiz Urquiola consiguió dos ciclos de taxanes para su hermana. Se presentaron en la consulta dispuestos a comenzar el tratamiento, pero el Dr. Catalá se negó a aplicarlo.

«Nos dijo —sostiene Omara— que no me los iba a poner porque no valía la pena gastar unos medicamentos tan caros en alguien que nada más iba a durar tres meses, que lo que mi caso llevaba era un ciclo de cuidados paliativos para mejorar la calidad de vida hasta que muriera».

Al escuchar la posición del galeno, Ruiz Urquiola se levantó de su silla y espetó: «Bajo mi responsabilidad de doctor en Ciencias Biológicas me llevo a la paciente de aquí».

—Tú no eres médico —dijo el Dr. Catalá.

—Y usted tampoco —dijo Ruiz Urquiola.

En el INOR los hermanos lograron comenzar otro tratamiento. A Omara le aplicaron una inmunoterapia con paclitaxel y, más tarde, radiaciones de cobalto, lo que finalmente permitió la aparición de margen quirúrgico. Los nuevos doctores les comunicaron que había solo un problema: no habría turnos para entrar al salón de cirugía hasta tres meses más tarde.

Ruiz Urquiola, desesperado, buscó al Dr. Miguel Fleites, quien los recibió en su casa y examinó a Omara. Les dijo que sí, efectivamente, existía el margen quirúrgico, pero que no se podía esperar, porque desaparecería en breve.

En ese momento, el Dr. Fleites no se encontraba activo en el Ministerio de Salud Pública; había sido expulsado de su cargo de jefe de cirugía del INOR por criticar irregularidades en los tratamientos médicos de la institución.

A través de un amigo logró que le prestaran durante nueve horas un salón de operaciones en el Hospital Manuel Fajardo, donde intervino la mama derecha de Omara. Cinco meses después, en un salón del hospital nacional, conseguido también de favor, le operó la mama izquierda.

En 2016, la compañía farmacéutica suiza Roche vendió a MediCuba, empresa cubana importadora y exportadora de medicamentos, un lote del fármaco Trastuzumab con fecha de caducidad casi inmediata. Cuando los medicamentos fueron entregados al INOR, el hospital se quejó de la

negligencia y rechazó los fármacos exigiendo la readquisición con garantías de vencimiento. La inmunoterapia de Omara y del resto de las pacientes del INOR se interrumpió por dos ciclos continuos como consecuencia de la falta de Trastuzumab. Durante dos meses los pacientes estuvieron sin el medicamento. Omara comenzó a sufrir derrames cancerosos en la piel y en sus dos reconstrucciones mamarias.

Después de reclamos sin respuesta, Ruiz Urquiola decidió comenzar una huelga de hambre y sed frente al INOR a favor de la obtención del Trastuzumab para los pacientes enfermos.

Una tarde, después de impartir una conferencia en el ISDI, Omara llegó a casa y se encontró una nota que decía: «Omi, esta ha sido mi solución ante la indolencia y la frustración. Comenzaré una huelga de hambre y sed frente al INOR, entrada de quimioterapia, hasta que te vea con el tratamiento en la mano. No sé cuánto pueda durar este proceso y espero ver la luz. No quiero a nadie de nuestro cerca de mí. La meta será el Trastuzumab»[2].

La policía golpeó a Ruiz Urquiola, lo encerró en un calabozo y luego lo liberó. Una sucesión de hechos que se produjo otras dos veces sin que el científico ofreciera ninguna resistencia física. Poco después arribó el medicamento a Cuba.

«Ahora de nuevo está en falta, pero para mí lo hay. Las demás pacientes no tienen, pero el mío lo guardan aparte», dice Omara.

Oscar Casanella fue bioquímico del INOR y es amigo de la familia Urquiola. Sobre la enfermedad de Omara apunta: «De la única cosa que se arrepiente Ariel en la vida es de aceptar un trato para que le trajeran los medicamentos a su hermana. Él tendría que callarse la boca porque los medicamentos solo serían para su hermana y no para el resto de los pacientes».

*

Cuando amanece, El Infierno queda encima de las nubes. Desde allí, una neblina espesa se escurre a todo lo largo y ancho del valle de Viñales. Los mogotes asoman solo sus cimas como si fueran arrecifes que sobresalen del mar. Los gallos cantan y el resto de los animales despiertan.

El Infierno es la finca de Ruiz Urquiola. Y el irónico nombre responde a su

ubicación geográfica: Sierra del Infierno, en la Sierra de los Órganos, provincia de Pinar del Río.

Allí, en 2015, el doctor en Ciencias Biológicas compró una casa a 300 metros sobre el nivel del mar y solicitó tierras en usufructo para desarrollar una finca agroecológica. El Estado cubano tardó un año en entregarle la propiedad.

El proyecto está enclavado en el Parque Nacional de Viñales, declarado Patrimonio Natural de la Humanidad por la Unesco, y Ruiz Urquiola lo diseñó con el objetivo de repoblar de flora y fauna la zona mediante un vivero inteligente. Toda la biogranja sería también una estación ecológica y filogeográfica.

El mismo año en que abrió sus puertas El Infierno, el científico fue expulsado definitivamente del Centro de Investigaciones Marinas de la Universidad de La Habana. Motivo declarado: «Fraude interinstitucional por el incumplimiento del plan de trabajo mientras Ruiz Urquiola cumplía una estancia laboral en Alemania».

La postura contestataria e intransigente y sus investigaciones enjuiciadoras habrían condenado a Ruiz Urquiola. Con un argumento a todas luces obtuso se intentó disimular el ajuste de cuentas gubernamental.

«La seguridad del Estado necesita penalizar a las personas que tengan ese perfil. Un Ariel es muy peligroso, imagínate varios Arieles», opina Oscar Casanella.

Fuera de la institucionalidad, el biólogo y su familia se consagraron al proyecto de la biogranja. «Desde que llegó ha hecho un trabajo increíble. Yo, que nací en la Sierra, no me atrevo a hacer todo eso. Sembró frutales, café, crio animales, y todo eso sin fuerza de trabajo», comenta Yosvani Chávez, vecino de la Sierra del Infierno.

Ruiz Urquiola asumió unas tierras que llevaban veinte años sin que nadie las trabajara, un paraje silvestre, y lo convirtió en poco tiempo en un paraíso donde caballos y vacas se asoman a la casa sin puertas —literal— de su dueño y roban comida de la cocina, o lo que se les antoje.

Gansos, patos, gallos y gallinas, ocas, guineos viven sueltos y huyen revoloteando de quien camina por los alrededores. El tocororo, escurridiza ave nacional, se posa en las ramas del pinar que se eleva frente a la finca.

Hay sembradas allí diecisiete variedades de plátanos, kingrás morado y verde, naranja blanca y roja, naranja Valencia, frutabomba amarilla, caña

balila, mamey, café caturra rojo y amarillo, café robusta y variedades de caoba antillana junto a los frutales injertados.

Ruiz Urquiola, además, comenzó a combatir las ilegalidades y las violaciones ecológicas que se cometen en el parque nacional del Valle de Viñales. Denunció la caza furtiva de aves y otras especies, así como el turismo salvaje. En un solo día recogió ochenta y dos jaulas para cazar jutías. Pero nunca recibió respuesta ni ayuda de las autoridades, sino todo lo contrario.

Su activismo medioambiental puso en jaque a varios campesinos y a las instituciones de la zona. Entonces, la persecución al científico llegó hasta El Infierno.

Antes, puercos asilvestrados de una finca colindante empezaron a invadir los límites de la biogranja, destrozaron los cultivos y contaminaron el agua de un arroyo natural. Un cazador de jutías lo amenazó con una escopeta cuando Ruiz Urquiola le salió al paso. Grupos de turistas robaron sus frutas. Cuatro vacas fueron asesinadas. Una yegua fue encontrada con cortes pronunciados en cada una de sus patas delanteras y con heridas sangrantes en el lomo. El Infierno quedó excluido del plan de electrificación de la sierra y por eso aún hoy solo cuenta con un panel solar para abastecerse de energía.

Una mañana, Ruiz Urquiola trabajaba junto a su ayudante Joseilis Varela. Terminaban de apuntalar la cerca perimetral de la finca cuando dos oficiales del cuerpo de guardabosques del Ministerio del Interior llegaron allí para verificar los documentos que autorizaban dicha actividad y la tenencia de los instrumentos de trabajo.

Ruiz Urquiola les pidió que lo acompañaran a su casa para mostrarles los papeles en regla. En el camino discutieron. El biólogo increpó a los oficiales argumentando que, cuando él había denunciado ilegalidades, ellos nunca se presentaron en el lugar. Uno de los guardabosques se sacó el pene y comenzó a orinar en pleno altercado. Ruiz Urquiola se exaltó aún más y, mientras grababa un audio con su teléfono, les exigió que se identificaran. El científico utilizó el término «guardia rural» para referirse a los oficiales y estos se sintieron ofendidos. Previo a 1959, así se le llamaba a la policía represiva de los campos de Cuba.

Sirilo Seara Carrasco y Alexander Blanco Calzadilla, los guardabosques, acusaron a Ruiz Urquiola de desacato a la autoridad. Ese mismo día, en la

tarde, fue detenido y llevado a un calabozo de la unidad de la policía de Viñales.

Luego de cinco días, durante los cuales estuvo privado de comunicación con su familia, le dijeron que lo sacarían de la celda para que se entrevistara con su abogado, Amaury Delgado. Solo un par de horas después se celebraba un juicio sumario.

«Sin bañarme, sin lavarme los dientes, me montan en una patrulla, esposado, y me llevan al tribunal», relata.

Antes de la vista oral, el abogado tampoco tuvo acceso al expediente del acusado.

«Todo fue un espectáculo montado, sin pruebas, absurdo, surrealista», asevera el biólogo Elier Fonseca, quien asistió al proceso.

Ariel Ruiz Urquiola, doctor en Ciencias Biológicas, fue condenado por el Tribunal Municipal de Viñales a un año de privación de libertad por el delito de desacato a la autoridad y fue recluido en la prisión provincial de Pinar del Río.

Cuando el caso trascendió las fronteras de la isla, Amnistía Internacional declaró a Ruiz Urquiola «prisionero de conciencia». Heather Nauert, portavoz del Departamento de Estado norteamericano, expresó preocupación y exigió su liberación al Gobierno de Cuba. Luis Almagro, secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA), se pronunció en términos similares. Al reclamo también se sumaron representantes de la Iglesia católica cubana.

Un mes y algunos días después de su encarcelamiento, Ruiz Urquiola fue trasladado al campamento penal Cayo Largo, donde le negaron su derecho al trabajo.

Por ello se declaró en huelga de hambre y sed. El día de su cuadragésimo quinto cumpleaños, Omara recibió la llamada de otro preso y este le leyó por teléfono una nota de su hermano. Una de las frases escritas por el científico fue: «La liberación o el nirvana».

Ruiz Urquiola estuvo dieciséis días sin beber agua y sin comer. Lo sacaron del campamento y lo llevaron de vuelta a la prisión provincial de Pinar del Río, pero no a una de sus barracas colectivas, sino a una celda aislada, de castigo. Un calabozo inclemente, sin luz, sin agua, con ratas y donde solo podía tenderse en posición diagonal.

Al sexto día de huelga, le pusieron unas esposas y lo trasladaron a la sala

K, cama 26, del Hospital Provincial Abel Santamaría de Pinar del Río. Allí le pusieron sueros de rehidratación. Las enfermeras eran amables, pero los militares lo tentaban con el olor de los alimentos, lo amenazaron con un violento regreso a la prisión y le impidieron recibir visitas de sus amigos y familiares.

Ruiz Urquiola enfrentó todo con su única arma: la meditación vipassana. Y siguió su intransigente huelga. Dos meses después de entrar en prisión, la Comisión de Aptitud para Regímenes Penitenciarios de la Comisión Médica Militar de Pinar del Río, adscrita a los servicios médicos del Ministerio del Interior, le otorgó una licencia extrapenal que, desde luego, no anuló la condena, pero consintió su cumplimiento en libertad.

*

«Estaba buscando algo que mitigara el dolor», recuerda un Ruiz Urquiola con la piel pegada a los huesos.

Ha logrado salir de la prisión y su cabeza está rapada. Habla y tose a la vez; por supuesto que se le ve débil después de dieciséis días sin ingerir alimentos ni beber agua. Pasa las horas en el cuarto de su hermana Omara, sobre un colchón que le han acomodado en el suelo. Cuando va a trasladarse, se auxilia de un bastón porque aún no sostiene el equilibrio.

«Tenía un problema: a veces cojeaba. Nadie sabe por qué, fui a ver a ortopédicos, a fisiatras, pero nunca encontraron ninguna dificultad. Me dolía la cadera y me di fisioterapia, electroterapia, pero no mejoré», dice el biólogo, que, antes de eso, en Cuba, en Alemania, luego de cada jornada laboral salía a correr diez kilómetros.

Hace cuatro años, buscando en internet, encontró la meditación vipassana. «La definían como una técnica para disminuir el sufrimiento y que no costaba nada aprenderla».

En Alemania, Ruiz Urquiola y su primo Armando, los mismos que de chicos atravesaban juntos los pinares de Mantua para recolectar especies botánicas, se inscribieron en un curso de esa técnica.

Cuando llegaron allí, les explicaron que duraría diez días, que en ese tiempo no podrían hablar absolutamente nada con nadie, que el curso era una especie de claustro, que solo en momentos determinados tendrían

alguna interacción con el maestro.

También les advirtieron que solo comerían alimentos ligeros, comidas a las que la mayoría de las personas no están adaptadas, y que en condiciones normales aquello sería pasar hambre. Solo vegetales, frutas, líquidos; no carnes, no quesos.

«El curso se basa —explica— en concentrarse en el ritmo respiratorio. Es veinticuatro horas por veinticuatro horas. Los primeros tres días te ponen una grabación de un gran meditador y al principio te distraes en tu propio pensamiento; la mente comienza a irse hacia cualquier sitio; es un proceso de abstracción total durante el cual te vienen imágenes de cuando eras niño, imágenes más sentidas, menos sentidas…».

Ruiz Urquiola enseña la postura de meditación: se sienta, cruza las piernas y las abre en posición de mariposa; se yergue, coloca el cuerpo lo más recto posible, sobre un mismo eje, relaja la pelvis y mira hacia el frente.

«Mucha gente aborta y abandona el curso. En mi cubículo éramos cuatro personas y se fueron tres. Solo se duerme de 11:00 p. m. a 5:00 a. m., el resto del tiempo es meditando en un salón donde todos los alumnos están sobre esteras. Al mediodía puedes caminar por un bosque, te encuentras a gente, pero no puedes hablar con ellos».

Al quinto día del curso, Ruiz Urquiola entró en una crisis de sensibilidad, explotó. Las sensaciones fueron tan fuertes que desataron en el biólogo un llanto incontrolable. «Lloraba y lloraba sin parar —dice—, no tenía ninguna imagen en la cabeza, rompí la meditación, el equilibrio». La profesora se acercó entonces al científico e hizo una pregunta: «¿De qué país eres?». «Cuba», respondió él. «A partir de hoy vas a recibir una ración extra de comida», dijo ella.

El último día del curso, los alumnos que quedaban se reunieron y compartieron sus experiencias. Durante la sesión, la profesora se acercó a Ruiz Urquiola y le presentó a una muchacha judía. Le comentó que ella había enfrentado los mismos padecimientos a partir del quinto día. La profesora explicó: «Hay personas que, debido a su procedencia, llegan aquí con un historial de sufrimiento mucho más grave que el de otros, que vienen por desamor, por rechazo, los conflictos más comunes en Alemania».

Ruiz Urquiola se dirigió luego a su compañera: «¿Qué te preguntó cuándo te vio llorando?». «¿De qué país eres?», respondió la chica de Israel.

*

Los regresos son siempre angustiosos. El retorno es siempre un reto porque es preciso asumirlo sabiendo que ya nada será igual. Quizá por ello, Ruiz Urquiola esté algo nervioso, como en suspenso. Sus ademanes tal vez no sean los acostumbrados.

Después del calvario vivido, el biólogo regresa a Viñales. Vamos en el asiento trasero de un taxi amarillo, junto a su hermana Omara; delante, nos acompaña su madre, Isabel. Salimos de La Habana, donde Ruiz Urquiola estuvo recuperándose tras su liberación, y ahora rodamos sobre la carretera. Durante un rato, reina el silencio. Los Urquiola parecen viajar al pasado.

La madre se consagró a sus dos hijos. En 1980 se divorció del padre, el oficial Ruiz Matoses, y decidió no ponerles jamás un padrastro a los muchachos.

«Mi hermano era un niño muy demandante de tiempo. No era un niño que parqueabas delante del televisor y resolvías el asunto», me contó, alguna vez, Omara.

Sin embargo, Ruiz Urquiola asumió pronto la responsabilidad de ser el eje de la familia. Siendo un chico, fue el hombre de la casa. Fue albañil, plomero, carpintero, hizo viajes interprovinciales, en un mismo día, para matar animales en la finca de su abuelo y regresar a casa con algo de comida. Por su parte, Isabel alternó la docencia con el fogón. Tuvo que hacer dulces y croquetas para vender en la calle; también tuvo que coser y limpiar casas ajenas.

El ambientalista perdió un año de universidad. En los noventa, cuando las cosas no iban bien, abandonó la carrera de Biología para ganar un sueldo y ayudar a su madre y a su hermana. Trabajó durante un año en el Zoológico Nacional. Pasado ese tiempo, una profesora lo fue a buscar para que continuara sus estudios. Le había resuelto una beca.

«Somos una tríada, un triángulo, y mi hermano se siente responsable por nosotras dos», me ha dicho Omara.

El taxista rompe el silencio. Dice que es pinareño y que justo la semana pasada estuvo en Viñales. Va muy a menudo a cazar pájaros: «Negritos sobre todo».

Ruiz Urquiola, con el rostro transfigurado, contesta: «Mira, ese pájaro que tú llamas negrito es el *Melopyrrha nigra* y es nativo de Cuba y de Gran Caimán. Yo tengo una finca, y si te veo cazando en ella, te saco a palos de allí». Luego sonríe.

El biólogo va junto a una ventanilla. Mira el paisaje en fuga y parece que no repara en un enorme cartel propagandístico: «Eficientes y comprometidos». Ruiz Urquiola dice: «Esas que están ahí son las palmas barrigonas. Donde único las hay en el mundo es en el Occidente de Cuba, pero han cortado las más gordas para hacer muebles y vasijas de agua, por eso ya las únicas que quedan son esas flaquitas; una barbaridad lo que han hecho…».

«Unidad y Victoria», se lee en otra valla a un lado de la carretera. El científico se dirige al taxista: «¿Sabes? El negrito no es el pájaro más bonito en el valle de Viñales. Allá arriba, en mi finca, hay uno que me encanta, el arriero; y el totí, que es negro igual y se llama *Ptiloxena atroviolacea*. Es un gran pájaro, pero los cubanos lo discriminan; es endémico de aquí».

«Patria o muerte. Venceremos»; aparece la consigna más enigmática de Fidel Castro y su Revolución. Junto a la carretera hay árboles caídos, con las raíces afuera. Ariel Ruiz Urquiola, doctor en Ciencias Biológicas, comenta: «Esos árboles son tecas. Se ve que estaban taladrados por el comején; por aquí pasó un rabo de nube».

[2] Con el icono, Ruiz Urquiola se refiere al triángulo formado por los dos hermanos y la madre.

LOS CIBERCOMBATIENTES

Es sábado en la tarde y Rodríguez está en la sala de su casa en short y sin camisa. Tiene un trago de ron en la mano. Ve el partido de la liga española de fútbol entre el Barcelona y la Real Sociedad que transmite la televisión cubana. Está junto a su primo y dos vecinos. A un par de metros del televisor hay una mesa de madera, en ella, una botella Havana Club tres años con varios vasos de cristal, una lata de refresco de cola y un plato de plástico con chicharrones. También hay dos cajas de cigarros Popular, una de ellas con filtros.

Messi anota un gol para el Barcelona. Minutos después, la mesa retumba. Es el celular de Rodríguez que vibra y hace menear con cada timbre a la botella y los vasos de cristal. El plato con chicharrones ni se inmuta.

Rodríguez toma el celular y le mira la pantalla. Su rostro cambia. Se va al balcón y habla unas pocas palabras. Cuando termina la llamada, se va directo al cuarto. Sale con pantalón y pulóver puestos. «¿A dónde vas?», le pregunta el primo. «Tengo que ir a trabajar, publicaron un artículo sobre Cuba en internet y habla mal de Fidel», le contesta Rodríguez.

*

Rodríguez no se llama Rodríguez y es un oficial del Ministerio del Interior, aunque siempre viste de civil. Trabaja en un departamento de esa institución que prefiere no decir, pero que según él «se dedica a velar el ciberespacio cubano».

«Nosotros no atacamos ni hackeamos las cuentas en las redes sociales ni los sitios web, solo estamos pendientes de lo que se publica sobre Cuba en internet. Lo que hacemos es revisar continuamente las matrices de opinión y, en caso de que sean negativas, ripostamos con los cibercombatientes»,

explica Rodríguez.

Diariamente, Rodríguez y su tropa se encargan de navegar y buscar las publicaciones más polémicas y «subversivas» relacionadas con Cuba. Cuentan con una lista que agrupa a los blogs, las agencias y medios de prensa extranjeros, los sitios web de la prensa no estatal y los de la oposición, así como las personas naturales de interés en las redes sociales que son «más insidiosas».

Rodríguez tiene tres perfiles en Facebook. El real, donde no publica casi nada y que solo utiliza para no perder el vínculo con sus amigos que se han ido del país; y dos falsos, «con ellos defendemos las posturas de Cuba a quienes intentan denigrar la imagen de la Revolución», dice el oficial.

En un debate en el Parlamento cubano, Maimir Mesa, ministro de Comunicación, deslizó algo sobre el tema cuando dijo ante el plenario: «El desarrollo del sector debe convertirse en un arma para la defensa de la Revolución y para garantizar la ciberseguridad frente a los riesgos y amenazas de todo tipo».

Luego añadió: «Para lograrlo deberán implementarse un grupo de acciones, como instrumentar el sistema nacional de seguridad y perfeccionar los mecanismos de gestión».

Según Rodríguez, denigrar la Revolución es «desde un post que critique alguna medida del Gobierno, como por ejemplo la situación del transporte urbano, o el enjuiciamiento público de alguna de las figuras del Gobierno cubano o cualquier comentario a favor de los Estados Unidos».

Rodríguez, además, tiene dos cuentas falsas en Twitter, otra falsa en Instagram y una en Google+, pero esta última nunca la ha usado. «Yo no tengo tanta actividad en las redes sociales, pero mis subordinados sí. La mayoría de ellos tienen varias cuentas en cada red y están constantemente posteando. No se trata solo de responder, sino también de mostrar lo que es Cuba, dar a conocer nuestros logros, no hay que esperar a que nos den para dar», dice Rodríguez y se niega a contabilizar la cantidad exacta de cibercombatientes que dirige.

Lázaro Benítez, oficial de la Dirección Técnica y de Servicios del Ministerio del Interior, me declaró: «Los cibercombatientes es hoy una de las principales misiones del país. Internet es un campo de batalla más y ahí tampoco podemos dejar que nos penetren».

*

Los «guardianes» del ciberespacio cubano no solo existen en el Ministerio del Interior. La mayoría de las instituciones estatales cubanas también realizan la misma labor añadiéndole al objeto social de sus trabajadores la misión de «combatir» en internet.

Sonia Cot trabajó durante dos años en el Tribunal Supremo Popular de Cuba y fue una de las fundadoras de la brigada de cibercombatientes de esa institución.

«Todo comenzó con una reunión donde escogieron a las personas más capacitadas políticamente y a los que tenían el conocimiento adecuado para poder limpiar la imagen de la justicia y los tribunales cubanos en internet», dice Sonia.

Cot también cuenta que los primeros escogidos fueron los jueces y que luego se fueron sumando algunos jóvenes, que los informáticos le facilitaron el acceso a internet a los seleccionados y que después les entregaron unas listas con los medios de comunicación que más trataban el tema.

«Teníamos que hacer informes de lo que habíamos encontrado negativo en internet y de cómo habíamos respondido. Me di cuenta de que se dicen muchas mentiras de Cuba», dice Sonia.

En el MINSAP sucede igual. Ricardo Gálvez es anestesiólogo del Hospital Calixto García y dice que desde principios de año «a todos los trabajadores de la institución nos han dicho que el Estado cubano pide nuestra colaboración para combatir en internet a los contrarrevolucionarios».

Gálvez se refiere a una resolución interna de su Ministerio emitida y que se filtró a la prensa internacional. Alfredo Rodríguez Díaz, director de informática y comunicaciones del MINSAP, es el firmante del documento que en una de sus líneas dice: «Es misión de los activistas y cibercombatientes estar alerta ante la divulgación de noticias que puedan afectar a la Revolución».

Otro de los objetivos de los cibercombatientes es insertarse en los debates de las redes sociales y desde allí posicionar mensajes alegóricos a la Revolución. «No se trata solo de rebatir lo malo, sino de aportar y ayudar a

los ciudadanos a no desvirtuarse, se trata de evitar por todos los medios de no mostrar al enemigo nuestro lado flaco», dice el oficial Rodríguez, que, a diferencia de las redes sociales, sí mantiene actualizado con periodicidad un par de blogs en los que por ningún lado sale su verdadero nombre.

«Entre nosotros y el resto de las instituciones que trabajamos en conjunto en esta tarea del país tenemos decenas y decenas de blogueros insertados en la blogosfera», dice Rodríguez.

*

En pleno verano en Cuba, Rodríguez siempre lleva un abrigo. O amarrado a su cintura o cruzado por todo el torso con un nudo en las mangas. Donde sea que trabaje, debe arreciar el frío. Dice que «todo se hace en una sala de navegación» y agrega que «no es la única del país».

Raiko Hernández, quien formó parte de las brigadas de cibercombatientes de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), lo confirma. Graduado en 2012 de la Universidad de las Ciencias Informáticas (UCI), academia fundada por Fidel Castro en 2002 como parte de una campaña política denominada «Batalla de ideas», Raiko dice que «trolear era parte de nuestra universidad; no una asignatura, pero sí un pedido de la dirección».

Alina Entenza se graduó en la UCI y decidió quedarse impartiendo clases en la propia universidad. Lleva cuatro años trabajando en uno de los claustros de profesores. «Hoy en internet se libra una de las batallas más importantes de nuestros tiempos y nosotros en la UCI tenemos esa responsabilidad. Los cibercombatientes no son más que los nuevos revolucionarios cubanos», dice Entenza.

Cuando Hernández cursó sus cinco años de carrera, la UCI no era la ciudad escolar deteriorada que es hoy. «Teníamos todas las condiciones, comida, tecnología, buenos dormitorios y estábamos descubriendo internet. Lo que nos pidieran, lo íbamos a hacer. Nos dieron una PC, conexión y nos dijeron: “Esto es una operación y cada dos días, al menos durante una hora, hablen bien de Cuba y fájense con los que hablan mal”. Para nosotros eso era un juego», dice Raiko.

La UCI es una universidad diseñada para que sus 10.000 estudiantes produzcan softwares y servicios informáticos a partir de la vinculación de la

docencia y el trabajo como modelo de formación. De ahí que cuente con decenas de laboratorios repletos de computadoras conectadas a internet.

«Había algunos laboratorios a los que no teníamos acceso y a los que solo iban profesores y gente del Partido Comunista. Oí a varias personas decir que de esos laboratorios salían las directrices que el Ministerio de Comunicaciones ponía en práctica con la ciberpolicía», dice Raiko.

Meses atrás, el cantautor Silvio Rodríguez sufrió un percance y publicó en su cuenta de Facebook: «Desde ayer en la tarde no tengo servicio de internet personal. Coincidentemente, han llamado a Ojalá —su sello discográfico— del Ministerio de Comunicaciones para informarnos que hemos sido seleccionados para una inspección. Nos han comunicado que además vendrán con la ORI (nos aclaran que es una suerte de policía informática). Espero continuar el blog en breve».

Más tarde agregó: «La interrupción de mi internet personal fue un cable roto que ya me arreglaron. Veremos en qué consiste la inspección a Ojalá y qué nos dice la policía del ciberespacio…».

*

En un debate sobre la tecnología y la informatización del país en la Asamblea Nacional, el presidente Miguel Díaz-Canel, cuando era primer vicepresidente del Consejo de Estado y de Ministros, dijo: «Los enemigos de la Revolución desarrollan una hostil campaña para presentar a Cuba como un país desconectado».

Una declaración desfasada y, evidentemente, permeada por la retórica impostada y ancestral que históricamente ha embarrado de fango a los políticos cubanos. En ese entonces, los datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) demostraron que Cuba —isla de 11.2 millones de habitantes— sí era aún un país desconectado porque solamente accedían a internet de manera legal cerca de 4 millones de usuarios en la nación, además de que alrededor de solo el 7.1% de los hogares estaban conectados a la red.

No obstante, Díaz-Canel aseveró que «la nación tuvo un crecimiento considerable en la penetración de internet de un 346%, lo que expresa la voluntad política del Gobierno para avanzar en esta esfera, en un contexto

complejo».

Con esas cifras, el hoy presidente de la república no engañó a nadie. Sus números estaban sustentados por la puesta en función de más de 630 salas de navegación y más de 370 sitios públicos con conexión inalámbrica wifi. Pero lo que Díaz-Canel no dijo y todos sabemos es que ese salto cualitativo es una obviedad, cálculos que contemplan el inicio de un período donde no había nada y ahora hay un buchito. Y, por supuesto, si se sacan cuentas al inicio de un proceso de alumbramiento, los resultados siempre serán los astronómicos números que solo apuntan en sus agendas y luego memorizan los asesores de los señores que gobiernan Cuba.

*

En una nación donde el salario promedio estatal de un ciudadano es de aproximadamente 740 pesos cubanos —equivalente a 30 dólares mensuales — y una hora de internet cuesta un dólar en las zonas wifi, cada mes Rodríguez tiene que informarles a sus superiores de las personas naturales y los medios de prensa que más daño le están haciendo a la imagen de Cuba y los temas que tienen que intentar posicionar en las redes sociales con las distintas brigadas de sus cibercombatientes.

«Siempre la etiqueta de #Cuba es *trending topic* y está bien respaldada en las redes, ese es nuestro trabajo», comenta el oficial Rodríguez, sin aclarar que su vigilia, «su batalla en internet», es con el fusil potente que le ha otorgado gratis el Estado para acribillar sin piedad a la libertad y a los desguarnecidos que separan cada céntimo de salario para comer, bañarse y ahora conectarse.

EL HUECO

—¿Dónde tú vives? —le dijo el policía.

—Allá abajo —respondió Raudel, un jovenzuelo de diecinueve años, señalando las casuchas que destacaban en el matorral.

—Pero tú sabes que no puedes estar aquí arriba, que hay turistas a esta hora —dijo el segundo policía.

—Pero yo vivo aquí —volvió a responder Raudel, que antes se había levantado de una piedra ovalada y alta y había soltado el palito de madera con el que dibujaba círculos y círculos en la tierra húmeda.

—¡Enséñame tu carnet de identidad! —dijo el primer policía que había hablado.

—No lo tengo aquí. Además, mi barrio no tiene calles ni nombre. Nosotros le decimos «el hueco», pero así le decimos nada más la gente de aquí.

—Bueno, es la segunda vez que te decimos que no puedes estar aquí, tendrás que acompañarnos a la estación.

El sol radiante pegaba en el techo blanco de la patrulla policial. Algunas nubes dejaron de moverse, tranquilas en el cielorraso. El carro arrancó. Raudel, solo en el asiento trasero, volteó la cabeza y, más allá de las ventanillas, su mirada se topó con la enorme figura de bronce de veintiún pies del Che Guevara. Debajo de la efigie, la frase más antológica de Fidel Castro: «Hasta la victoria siempre».

*

«El hueco» es «el hueco» solo para los que viven en «el hueco». Para el resto de las personas no existe, ni siquiera tiene nombre. El mapa de la Asamblea Provincial del Poder Popular de Villa Clara, que muestra el territorio dividido en municipios, no lo contempla.

El barrio es un caserío pobre e indigente ubicado a solo unos metros de la plaza de la Revolución de Santa Clara. Una manzana, no más, envuelta en un arrabal de matas y árboles que crecen en un fango escamoso. No hay calles, solo un trillo de tierra que se desmarca de la hierba alta y va de puerta en puerta, de casa en casa, de choza en choza.

Los carteros no entregan los correos postales porque no hay direcciones. La empresa Comunales no pasa a recoger la basura ni poda los árboles y por eso siempre los pocos cables que hay en el barrio viven enredándose con las ramas y generando cortes eléctricos que durante días dejan sin electricidad a las pocas casuchas que gozan del privilegio de oír la radio o ver la televisión.

La empresa eléctrica no puede ir a un lugar que, legalmente, no existe. Y como, legalmente, no existe, las personas del barrio sin nombre tampoco pueden levantar casas o construirlas de mamposterías. El artículo 73 del Código Penal referido al estado peligroso de las conductas antisociales les impide, incluso, asomarse en la plaza de la Revolución. Por eso, a unos metros de su casa, la policía se llevó a Raudel bajo un supuesto cargo de asedio al turismo.

*

En 1987, la desgracia cayó sobre el barrio. Es el año en el que se construyó la plaza de la Revolución de Santa Clara y en el que el Gobierno provincial declaró los alrededores del sitio como «zona vedada».

La mayoría de las más de 300 personas que viven aquí son ilegales. Los únicos hogares autorizados son los que estaban construidos antes de la fecha. Que son tres casas, las únicas de mampostería; el resto, las ilegales, son de madera y cartón mojado.

Según Remberto Suárez, funcionario del Ministerio de la Construcción, el Estado cubano considera un hecho fuera de la ley «el asentamiento, la estancia y la convivencia de ciudadanos en las zonas declaradas inhabitables y vedadas».

Según la Oficina Nacional de Estadísticas e Información, en el último censo de Población y Vivienda que realizó el país en el año 2012 los habitantes de este barrio quedaron fuera del conteo final que declaró que en

Villa Clara residían 833.424 personas y, de ellas, 210.220 en Santa Clara, la capital provincial.

*

«Nosotros estamos incomunicados. Del camino de la plaza hacia dentro no hay teléfonos. Aquí la gente vive a timbales», dice el gordo Carlos desde un taburete viejo.

Su casa es la más confortable de todo el barrio. Es de ladrillos, y eso ya es un lujo; es grande y con varias habitaciones. Cuando hay mal tiempo y la lluvia arrecia y las casas de madera o cartón se hunden en el fango tragón, cuando hay ciclones y huracanes, Carlos le abre las puertas al vecindario y allí se amontonan todos hasta que pase la tempestad.

Carlos es como el patrón de la zona. Tiene un puesto de vianda. Eso aquí basta para que todos lo vean como un rey.

*

En tiempo de huracanes, los primeros que siempre llegan a casa de Carlos son Teresa, de sesenta años, y su hijo de veintinueve. Teresa, postrada en su sillón de ruedas; el hijo, con los ojos perdidos, balbuceando algo que no se entiende.

Teresa no tiene agua en la casa, no confía en los pedazos de madera podrida del techo y, además, ella y su hijo se han quedado solos en la vida. A Teresa le falta un riñón y tiene el otro enfermo, una insuficiencia renal la ha disminuido, cada vez más ausente, más débil, hablando bajito.

El hijo nació con alguna malformación congénita por la que no he querido preguntar. A su edad, apenas puede encadenar tres palabras con esfuerzo, pero cruza todos los días la ciudad para ir a la escuela donde trabajaba su padre como custodio y así buscarle la comida a su madre.

También atraviesa Santa Clara al timón de la silla de ruedas de Teresa cuando Teresa se pone mal o cuando tiene algún turno médico de rigor. Más de dos kilómetros separan el barrio sin nombre del hospital, en los que el hijo de Teresa tendrá que empujarla a todo gas.

Antes de caerse de una mata de cocos y fallecer en 2004, el esposo de

Teresa le pidió al Estado un subsidio para construir una casa con mejores condiciones. El Estado los atendió, pero aún no le han dado respuesta a la familia. Solo les han mandado un trabajador social que los visita dos veces al mes.

«Yo no soy maga, yo hago lo que pueda según los recursos del Estado. Ellos están en una situación crítica, pero recuerda que son ilegales», dice Yusmary Alcántara, la trabajadora social que atiende a Teresa y su hijo.

Ambos viven con los 242 pesos cubanos —casi 11 dólares— que les deja la pensión del fallecido.

*

El negro no quiere decir su nombre porque estuvo preso y dice que eso lo puede complicar de nuevo. El negro me dice que pase y me explica, mirando a su alrededor, que intentan acumular nailon por todas partes para que, cuando llueva, no llueva adentro de la casa también.

De sus cuarenta y nueve años, lleva cuarenta en el barrio. «Esto era un monte y tuve que chapearlo para levantar la casa para mi mujer y mi hijo. Pero así y todo se me ha caído dos veces», dice.

Hace unos días, al negro le dieron la buena noticia de que el Estado le iba a otorgar un terreno de 8×20 metros y un subsidio de 1875 pesos cubanos —78 dólares a pagar en 70 días— para que pudiera levantar otra vivienda.

Como su estatus es ilegal, la mujer del negro no tiene trabajo y él lo único que ha podido encontrar, tras salir de prisión, es una brigada de chapeadores. Ahí le pagan poco, no me dice cuánto. El tiempo pasa y es su mayor enemigo.

Afuera de su casa hay dos perras recién paridas. Tiene varios palomares en el techo.

*

«Por culpa de ese señor que está ahí parado, a todas estas casas que están a su alrededor las han querido tumbar», dice Ramón mirando la estatua del Che Guevara, mientras saca un clavo de una madera en la entrada de tierra de su casa.

Ramón, de cincuenta y cinco años, vive con su mujer Gladys. Lleva un reloj Seiko en su mano izquierda. A su derecha le faltan los dedos índice y anular. Gladys, de cuarenta y uno, está llena de bisuterías baratas de arriba abajo.

Además de los jarros para hervir agua y los sartenes para cocinar, en casa de Ramón y Gladys los únicos objetos con cierto valor son una vieja grabadora Sharp y un televisor Atec-Panda con un palo de caña brava como antena.

«Ya no voy a las reuniones. Allá arriba lo que hay es mucha mentira», dice Ramón refiriéndose a su antigua militancia en el Partido Comunista. «Pero mis ideas nadie me las quita, no me voy a meter en esa mierda de la oposición», agrega.

Ramón es granitero de profesión. Ha trabajado toda su vida puliendo losas y mosaicos de pisos. Cuando comenzaron a construir la plaza de la Revolución de Santa Clara, a principios de la década del ochenta, Ramón fue uno de sus obreros.

Hoy dice: «¿Quién nos iba a decir que esa plaza nos iba a poner en esta situación? Aquí no llega el agua del acueducto, nos enfermamos y los carros no entran, no hay comunicación, no nos dejan pararnos en la plaza por asedio al turismo y además el Gobierno dice que no puede invertir en nosotros porque esto es una zona de afectación».

Ramón, mientras se enrosca en una batalla contra una tabla de madera, canta una canción mexicana: «Tenía un chorro de voz y ahora queda solo un chisguete».

GAME OVER O EL EXTENUANTE JUEGO DE LOS CARRETILLEROS

A las 3:35 de la madrugada, José y Leo no tienen sueño. Han dormido lo suficiente para emprender el día. Visten un pulóver sucio de días anteriores —o alguno limpio y raído, que, entrada la noche, ya será el pulóver sucio de los días posteriores—, pantalón verde olivo de las fuerzas armadas y un par de botas. Las de José son cortas, de cuero, y le cubren los tobillos. Las de Leo son de agua, plásticas y altas hasta las rodillas. Abren la puerta del apartamento, bostezan, bajan tres pisos por una escalera sinuosa de un edificio colonial de La Habana Vieja y salen en busca de su carretilla para vender viandas, vegetales y frutas durante las siguientes dieciséis horas del día.

Parecen dos soldadillos de plomo que caminan juntos por las calles desoladas. A esa hora, La Habana es una ciudad sonámbula, distinta a la ciudad que estamos acostumbrados a reconocer. Un sitio raro, desierto, que asusta. Hay sombras y murmullos que no se sabe de dónde provienen. El bulevar de San Rafael es el lugar idóneo para confirmar el contraste. Lo que en pocas horas será un chorro incesante de personas yendo y viniendo, vendiendo y comprando, ahora es un pasillo largo y ancho al que se le pueden ver las caries, las grietas.

En las afueras del bulevar hay un gato manoseando a un pollo muerto, envuelto en una bolsa de nailon. Hay tres mujeres, dos bicitaxis estacionados, algunos autos antiguos de alquiler en el cierre de su jornada de trabajo y una patrulla de policía que se desliza suavemente por el Prado.

José y Leo atraviesan la calle Bernaza, cruzan Teniente Rey y avanzan un par de cuadras hasta llegar al parqueo de autos donde se guardan algunos bicitaxis y carretillas. Un anciano les abre la reja. Le pagan cinco pesos cubanos y le agradecen por cuidarle otra noche la carretilla. El chirrido insoportable de las ruedas oxidadas rompe el silencio de la madrugada.

Todo lo que José y Leo hagan de ahora en adelante, en cuanto avance el

día, lo harán acompañados de la carretilla. Desayunarán, en las cafeterías más baratas, pan seco con picadillo desabrido o, en el mejor de los casos, con una minúscula lasca de queso fundido. Almorzarán en sendos pozuelos la comida que diariamente les prepara la novia de José. Tomarán agua en las botellas plásticas, embarradas de tierra, que guardan en una de las cajas de madera de la mercancía. Pedirán permiso en cualquier centro de trabajo para ocupar el baño y volverán a casa a las ocho de la noche, después de haber recorrido alrededor de seis kilómetros empujando 600 libras. No harán más que bañarse, comer y acostarse para volver a empezar.

Play. Level 1.

Veinticinco minutos después, a las cuatro de la madrugada, José y Leo regresan por Bernaza, pasan Muralla y llegan al agromercado de la calle Egido, que es donde la mayoría de los carretilleros de La Habana Vieja cargan la mercancía que luego venderán.

El agromercado de Egido no está autorizado legalmente por el Estado a comercializar productos a carretilleros ni a cualquier persona que cargue mercancía al por mayor, esa función solamente la podía ejercer en La Habana, hasta hace muy poco, el mercado concentrador mayorista El Trigal.

Pero a las 4:00 a. m., Egido es una feria de productos agrícolas. Un hormiguero insaciable de personas manejando fajos de billetes en la oscuridad, entre las columnas, con linternas y celulares que, junto a las luces amarillas de los camiones de mercancías, azoran la oscuridad.

Una muchedumbre se aglomera alrededor de cada camión, alrededor de los magnates que, con las cartucheras atravesadas de costado en el pecho, dictan el precio de las cajas y sacos de sus productos. Hay dos policías que miran el espectáculo pero que son eso, simples espectadores. José me aclara que «simplemente asoman su cabeza para intimidar y llevarse alguna tajada de la escena».

Los camiones hacen fila para entrar por una rampa hasta el fondo del mercado, y en esa ordenada espera, comienzan a bajar y a vender la mercancía. Todo es oscuro, nada se ve, parecen mineros trabajando con sus linternas. La mayoría de las personas tienen el acento característico de los nacidos en el Oriente del país. Hay un pequeño pasillo que es por donde único se puede transitar de un camión a otro, de la entrada al fondo, un pasillo estrechísimo repleto de estibadores que se ganan la vida en la madrugada transportando la mercancía de adentro del mercado hacia las

carretillas.

José, que es el dueño del negocio, entra y compra los productos. Leo aguarda afuera del mercado echándole un ojo a la carretilla y organizando las cosas a medida que los estibadores van dejando las cajas y los sacos. Cuando la compra está completa, nos marchamos. En el camino nos cruzamos con más carretilleros que van dispuestos a la misma operación.

Pause.

En el 2010 el Estado cubano aprobó una lista de actividades para el trabajo por cuenta propia y uno de esos renglones estuvo destinado a los carretilleros o vendedores ambulantes de productos agrícolas. La aprobación de esta licencia tenía como fin acercar los productos a la población, evitando la necesidad de ir a un mercado, así como facilitar una oferta durante cualquier hora del día.

Según la Oficina Nacional de Actividad Tributaria (ONAT), se contabilizaron 1777 carretilleros legales en las calles de La Habana. Otros tantos trabajan sin licencias.

José sacó su licencia en 2011 para trabajar como ayudante de un amigo que a la postre terminaría abandonando. «Era muy dormilón y no aguantaba las madrugadas», comenta. Entonces quiso tener su propio negocio y comenzó a armar su carretilla. Buscó unos palos y unos listones de madera en una carpintería cercana, le zafó unas gomas a un sidecar viejo de una moto soviética y armó su medio de producción. «Mi carretilla es de las mejores de la zona. La he ido transformando, tiene buen rodamiento y eso me ayuda a no pasar tanto trabajo con el peso. Hay algunas por ahí que son un Frankenstein andante», dice.

Leo no tiene licencia.

Start.

La vuelta a los bajos de casa de José en Bernaza es mucho más lenta, la carretilla ya no avanza con facilidad, hay que empujarla con fuerza; incluso a veces hay que hacerlo entre dos personas para que pueda rodar sin contratiempo. Aun así, la mole de metal y madera, con más de 600 libras de viandas, vegetales y frutas encima, camina a regañadientes, quejándose.

Ya son las cinco. Bajan del tercer piso los productos que quedaron del día anterior y suben los que compraron para vender mañana. Limpian la mercancía, sobre todo el boniato y la malanga, barnizados de tierra. Le colocan las divisiones a la carretilla para separar el tomate del ají, las

guayabas que valen dos pesos cubanos de las de tres, el plátano macho del burro, la berenjena del pepino, la cebolla del cebollino. Enganchan las jabitas de nailon a un costado de la carretilla para que los clientes las compren. Valen un peso.

A Leo no le gusta quitarle la tierra al boniato, dice que se embarra el pulóver y como único se cae esa tierra es con agua. José dice que hay que hacerlo, que hay que cuidar a los clientes.

A las 6:02 a. m. llega el primer comprador del día. Es una señora de unos cuarenta y tantos años que se dirige a su trabajo, económica de una empresa estatal. Está comenzando una dieta y compra unas guayabas. En cuanto la señora se marcha, un cubo de agua gris cae en la calle. No se sabe de cuál ventana salió. La Habana Vieja se está despertando.

Level 2.

Las sombras desaparecieron. El sol se cuela entre los edificios viejos con matas en los balcones. Las personas caminan en todas las direcciones, el sonido ambiente de la ciudad va subiendo poco a poco.

Es el inicio de las dos jornadas de trabajo en una, de las dieciséis horas ininterrumpidas, sin descanso. La madrugada es el calentamiento. A las 8:23 a. m., después de desayunar, comienza el juego, la verdadera exigencia. «En esto se puede invertir un tiempo de la vida, no mucho más, es demasiado esfuerzo y las ganancias son mínimas», dice José.

La gente pasa en su apurillo cotidiano y siempre miran hacia la carretilla, torciendo el cuello en la marcha, acercándose sin detener el paso doble, no importa si no le hace falta nada de lo que se oferta, si en casa el viandero y el refrigerador están llenos. Los cubanos han pasado la suficiente hambre en sus vidas y no hay cosa que los atraiga más que la comida. Los cubanos trabajamos para comer, vivimos para comer y soñamos con la comida. No existe un minuto que no se piense en garantizar el plato diario de la mesa.

Llega un señor y pregunta por el precio de las guayabas. Leo le dice. El señor toma una de tres pesos, la mira, la manosea, levanta la vista y tira la guayaba contra el suelo, que explota como una granada y me embarra los pies.

—¡Hasta cuándo va a ser este descaro, qué se piensan ustedes! —grita irritado el señor.

Leo le va encima, se encaran. José interviene, no pasa nada.

—¡Todo esto es culpa de Fidel! —vuelve a gritar el señor y se marcha.

Todas las personas, las que compran y las que no, se quejan de los precios de José y Leo. Los tildan en su rostro de «careros», «abusadores», «de querer enriquecerse a costilla del pueblo». A esto, José me contesta:

—Los entiendo, de verdad que tirando los precios de los alimentos contra los salarios salen bien altos, pero la culpa es del Estado. Soy un simple intermediario que compra la mercancía a un valor y le pone algo mínimo por encima para ganar. Todo negocio es para ganar, no para perder. Si el Estado tuviera más ofertas, la gente no se quejaría conmigo.

José está acostumbrado a las ofensas, Leo no tanto, lleva poco tiempo trabajando. José es más sosegado, más flemático. Leo todo lo contrario, hiperactivo, con poca paciencia para lidiar con los clientes.

Carretillear por toda La Habana Vieja, lugar extremadamente turístico, los ha llevado a desarrollar otras dotes para ganarse la vida, hacen cualquier cosa para ingresar un peso más durante la jornada. Lo mismo cobran una comisión por cuidar el auto rentado de algún extranjero que por sugerirles restaurantes a los turistas extraviados y ensimismados con la belleza empedrada de esta parte de la ciudad.

José pone en práctica su inglés de la calle y a todos los extranjeros que pasan les dice «hola, hola, hola, *where are you from?*» para convidarlos a comprar. Su cartuchera, colgada delante del abdomen, tiene una partición con monedas de varias nacionalidades: tres pesos cubanos con el rostro brilloso del Che Guevara, un billete austriaco de 1914. Todos los intenta vender o cambiar, los que más salida tienen son los del Che, que los cambia por un dólar.

Se acerca una mujer y pregunta los precios del tomate y la cebolla, valora y, evidentemente, por los gestos de su rostro, le parecen muy altos. La mujer, de pronto, de la nada, dispara una monserga sobre el valor del quilo, que en Cuba ya no existe, y que el quilo es necesario porque hay cosas que en otros países valen 9.99, que si ellos no tienen cambio para fraccionar los centavos en quilos y que, si no tienen en cuenta eso, no saben nada de la vida, que son unos ineptos y que en el capitalismo se morirían porque nadie les compraría absolutamente nada.

Leo la encara. José vuelve a intervenir para que la mujer termine su perorata. La señora da la espalda y se larga.

Pause.

José quiso ser universitario, pero solo llegó a graduarse de bachiller en un

instituto pedagógico. «Llegué hasta ahí porque mis padres no tenían cómo comprarme un par de zapatos para ir a la universidad ni dinero para mantenerme esos gastos». Antes de sacar su licencia de carretillero, trabajó en la construcción como ayudante albañil y de informático arreglando computadoras en el barrio. «Había semanas que no tenía trabajo y andaba sin dinero. No podía aportar nada en la casa, por eso me metí a carretillero».

José le paga cuatro dólares diarios a Leo por ser su ayudante. Leo, que es de Manzanillo, provincia Granma, quiere algo mejor, un trabajo más conveniente. No quiere dormir más en la sala de la casa de José y salir de madrugada a cargar sacos y cajas de productos agrícolas para ganarse la vida. «No quiero sentirme como un esclavo», dice.

A sus veintiséis años, Leo abandona Manzanillo siete u ocho meses al año para hacer algo de dinero en La Habana. Cuando tenía solo seis meses de nacido sus padres se divorciaron y, en esa fractura, el padre de Leo recogió la cama donde dormía su madre y la cuna donde dormía él y se largó. Leo más nunca ha visto a su padre. «Se vengó porque mi mamá ya no quería estar con él», cuenta. Tiempo después su madre encontró un nuevo hombre con casa en La Habana y se mudaron. Pero cuando Leo cumplió quince años, el padrastro lo echó a la calle sin que su madre se percatara.

Tuvo que volver solo a Manzanillo. Matriculó en un técnico medio en Economía y pasó esos tres años comiendo, única y exclusivamente, un pan diario y una comida a la semana gracias a un vecino que los domingos le servía un plato con algo, cualquier cosa. Cada vez que llegaba de la escuela tenía que ponerse a trabajar, a cargar arena o escombros, para poder tener dinero y pagarse al día siguiente el transporte público y la merienda.

Leo recuerda que «el día de la graduación todos los alumnos estaban con sus padres, alegres. Fui el tercer expediente del curso y cuando me llamaron para darme el título, el único que me felicitó fue el rector, no había ningún familiar mío».

Luego trabajó de custodio, después se puso con un amigo a hacer losas y terminó de jardinero antes de regresar a La Habana a probar fortuna. «Tengo que hacer esto, nadie puede vivir del sueldo que paga el Estado». Leo me confiesa que ha querido suicidarse, pero que no tiene valor, que quisiera tomarse algo bien fuerte que no le produzca dolor, algo que le cierre los ojos sin sufrimiento y le ponga un punto final a su «desgraciada vida».

En una misma semana, Leo tuvo que ser operado de urgencia porque sufrió una hernia y un ataque de apendicitis. «No puedo hacer fuerza, pero tengo que ganarme el dinero para vivir». Pero eso no es lo que más le preocupa, lo que realmente no puede soportar es andar el día entero con tierra encima. «Con esta pinta ninguna habanera me va a mirar».

No hay mujer que pase cerca de la carretilla a la que Leo no le piropee.

Start.

Casi al filo del mediodía, cuando la venta va cayendo, José saca su arsenal de pregones e intenta seducir a los clientes. «Mire, señora, este tomatico está exquisito, dice Calviño que vale la pena». «Venga, puro, lo que usted quiera, el cliente siempre tiene la razón». «¿Qué hay, mi tía? ¿Cómo anda la Gente de Zona?».

Ya han caminado unas cuantas cuadras, se han movido bastante escondiéndose del sol y de los inspectores. A esta hora, la estrategia idónea es encontrar una zona de bastante tráfico de personas. Antes de almorzar, sin percatarse, terminan estacionados justo delante de la casa donde nació Manuel Sanguily, patriota cubano de la guerra de independencia del siglo XIX.

Level 3.

Los carretilleros viven bajo el fuego cruzado de los inspectores estatales. Una porfía que se libra en cualquier esquina, en cualquier entrecalle. Una cruzada pensada desde el Parlamento cubano, sin camuflaje, con la intención de rectificar algo de la actualización del nuevo modelo económico de la nación. Los carretilleros, pequeño eslabón de la cadena alimenticia, intermediarios de poca monta, están pagando las consecuencias de la absurda gestión agrícola de la isla.

Pareciera que el Estado cubano está arrepentido de haberles dado vida, de haber aprobado su licencia en los lineamientos de la política económica y social, y ahora, buscando un chivo expiatorio en el que recaiga la culpa del desabastecimiento de los agromercados y los elevadísimos precios, la han emprendido contra ellos. La cadena siempre se rompe por el eslabón más débil.

Cuando corrían las sesiones del Parlamento cubano, en pleno debate, Raúl Castro se dirigió a Marino Murillo, ministro de Economía y Planificación, para expresarle que «hay que acabar de ponerle fin al problema de los precios de los alimentos y de los intermediarios». Murillo respondió:

«Presidente, comenzaremos a resolver todo».

De ahí que el cielo se les encapotara a los carretilleros. El Estado decidió no otorgar más licencias, el pago mensual para mantenerlas subió de 70 pesos cubanos a 150 y el día a día se convirtió en un infierno, policías e inspectores se volcaron mancomunadamente a la calle para controlarlos. Hubo decomisos de carretillas y mercancías por doquier, hubo pequeñas manifestaciones en contra del asedio, hubo encontronazos fortísimos entre el Estado y los cuentapropistas, hubo un nuevo desfase entre las políticas gubernamentales y la población.

Los inspectores con el látigo en la mano y los carretilleros a la fuga. Un juego de videoconsola, de buenos y malos. «Esto es un juego de Atari. Aunque tengas todo en orden te pueden multar por cualquier invento. Es increíble que una licencia no te valga, que te tengas que esconder por las esquinas constantemente para poder vender. Es como si jugaras un juego en el que si te cogen pierdes las vidas, en este caso, tu dinero», dice José, a quien un día lo pararon tres veces.

«Me tiraron por la planta para ver si debía multas, una locura. El Estado en vez de darte facilidades te golpea para quitarte fuerza y que te rindas. Por cansancio, mucha gente de la vieja guardia ha desistido», sentencia.

*

A y B son esposos, fueron carretilleros y prefieren no revelar sus nombres. Ahora solo venden unos pocos productos agrícolas, clandestinamente, en la puerta de su casa para mantener a la madre de A, a la que le falta un riñón, y a su esposo —padrastro de A—, que vive postrado en una cama. A y B desistieron de seguir carretilleando después de que en un mismo mes les impusieran dos multas consecutivas de más de mil pesos por estar vendiendo estacionados y no ambulando.

«El trato de los inspectores con nosotros es malísimo. Tienen una mafia, a los que no tienen licencia les ponen las mismas multas que a los que tienen. Cobran impuestos ilegales y los carretilleros, para poder seguir con el negocio, les dan jabitas con cosas y dinero», vocifera B, manoteando.

Pause.

En la intersección de las calles Sol y Cuba, al lado de un gimnasio

fisiculturista de La Habana Vieja, se encuentra la sede de los supervisores y los inspectores estatales de ese municipio. Es un lugar oscuro a plena luz del día, sin recepcionista que te guíe. Uno llega, asoma la cabeza, pasa y nadie le detiene. A la izquierda, en un patio angosto, hay decenas de carretillas decomisadas, casi listas para leña. A la derecha, en las oficinas, están los inspectores escribiendo en sus burós.

Hay un solo hombre entre las dos oficinas, un mulato que no habla; el resto son mujeres, negras. Todos, absolutamente todos, llevan en sus muñecas manillas de santería, en sus cuellos cadenas de oro y una muchacha, la más joven, la que me atiende, también tiene una muela de oro.

Se llama Yeney y no quiso decir su apellido. Eso fue lo único que me pude llevar del lugar junto con un par de fotos al decreto ley 315 de la Gaceta Oficial de Cuba donde se explican todas las regularidades del trabajo por cuenta propia, pues no quisieron dar estadísticas de las multas impuestas, no quisieron hablar sobre el trato a los carretilleros, sobre las disposiciones orientadas ni las carretillas decomisadas que escuchaban la conversación. No quisieron hablar de nada.

El inspector Miguel Sánchez sí habla. Sentado en el bulevar de San Rafael, explica que «todos los meses tenemos planes de multas que cumplir y en función de eso trabajamos. Si no cumplimos con esas cifras, no nos dan una estimulación al final del mes». Sobre la cruzada contra los carretilleros dice: «A principios de año bajó una indicación para terminar con los carretilleros, no importaba si tuvieran licencia o no, bajó esa directiva y nosotros la cumplimos, el problema es que el 50% de los carretilleros trabaja sin licencia».

Los inspectores laboran en pareja y todas las semanas son ubicados en lugares distintos para evitar que se corrompan. Al final del mes, cambian de pareja. «Hay algunos compañeros que no hacen bien su trabajo, pero yo no puedo decir que hay corrupción, yo hablo por mí», dice el inspector Sánchez.

Start.

Avanzada la tarde, José y Leo se cruzan en la marcha con otro carretillero. Es un vendedor ambulante sui géneris, muy particular, no lleva botas puestas, no está embarrado de tierra ni carga muchos productos en su carretilla. Tiene una gorra de rapero que encaja sobre el pelo, lleva unas enormes gafas oscuras que le cubren todo el rostro y unas cadenas de acero-

níquel que le guindan del cuello. De los inspectores dice: «Lo mío es el jineteo en la carretilla, venderle los platanitos a uno o a dos fulas —dólar— a los yumas. Mi zona es el casco histórico, ahí no hay inspectores, eso es zona de yumas nada más».

*

Alfredo Wilson es peruano y vive en Cuba desde 1991. Trabaja en una cooperativa agropecuaria en Caimito y está en contra de la existencia de los carretilleros. Dice que no les importa la calidad de la venta, que solo les interesa ganar dinero y que por eso en ocasiones venden productos podridos. En la pasada temporada de aguacate, Wilson estuvo durante tres meses dándoles a sus puercos los aguacates que produjo. Prefirió dárselos a ellos que vendérselos a bajo precio a los intermediarios.

Él, campesino, productor, trabajador directo con la tierra, es el que menos ganancias saca. «Vendo el tomate a dos y tres pesos y cuando voy de visita a la ciudad me los encuentro a diez», dice Alfredo, que quiso hacer su cooperativa primero en Mali, pero una vez llegada la guerra a ese país tuvo que retirarse. A la distancia, Wilson creyó que Cuba tenía el marco legal idóneo para desarrollar su negocio, pero definitivamente se equivocó.

«Hay una ruptura entre el campo y la ciudad. La comida no puede ir directo a la ciudad sin pasar por el campo, que es al final quien produce. La gente que siembra la naranja no puede tomarse un vaso de jugo. Por eso es que la gente no quiere producir y lo poco que hay tiene precios altísimos. Esto es un modelo medieval», afirma.

Alfredo Wilson trabaja para la ONU como observador de procesos electorales. Ha estado en Libia, Siria, Nicaragua, Francia y Mali, entre otros países. Pero a este peruano no le encomendaron analizar las elecciones en Cuba, él vino a trabajar la tierra por su cuenta. Alfredo Wilson también vivió en Miami, justo al lado de la casa de la familia de Elián González, el niño que naufragó entre las costas de la Florida y las de Cuba y que provocó una querella política entre los dos países.

Level 4.

La noche va llegando y José y Leo boquean encima de la carretilla. Ya casi cumplen las dieciséis horas de trabajo del día. Han visto a la misma gente ir

y venir por las mismas calles, han visto cómo La Habana Vieja ronca, se despierta, conversa y cómo vuelve a su estado lacónico. Han jugado a los escondidos con los inspectores y los han vencido. Han vendido muchas frutas, un poco de vegetales y algo de vianda. Ya es hora de ir terminando, el sol ha comenzado a esconderse en el puerto.

Las apretadas calles son un pasadizo sin fin que te llevan al Capitolio o te llevan al mar. La gente se mueve como hormigas por las aceras, en medio de la calle, en los balcones. A las 7:47 p. m., ya han desaparecido los juglares, los mimos y las negras pintorescas que fuman tabacos con sus largas sayas de colores. Las palomas abandonaron las plazas y se amontonan, unas al lado de las otras, en las cornisas de las iglesias y los edificios derruidos.

José y Leo arrastran los pies mientras empujan la carreta. Ya no pesa las 600 libras, quizás menos de la mitad, pero ellos sienten el doble del peso. Van de regreso. Las ruedas chillan como un animal herido y, a lo lejos, el aullido se mezcla con un legendario son montuno que tres viejitos tocan a guitarra limpia en un intricado bar para turistas.

NI UN DÍA MÁS

A media mañana, Elia Felipe aún no había visto a su hijo, Arturo Martínez-Escobar. Caminó hacia su habitación y tocó a la puerta. No escuchó respuesta. Intentó abrir, pero se percató de que el pestillo estaba pasado por dentro. Decidió salir al patio para llamar por una ventana y el silencio volvió a responderle. A partir de ese instante no pudo mantener la ecuanimidad. «¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Auxilio!», escuchó en la casa contigua un antiguo vecino recién llegado de Estados Unidos.

Raulito —así lo llama Elia Felipe— llevaba unos días de vacaciones en La Habana, pero no había podido saludar a su amigo de la infancia. Dos o tres veces fue a visitarlo sin suerte. Sin abandonar la habitación, Arturito le había indicado a su madre: «Dile que no quiero verlo, ni a él ni a nadie». Aquella mañana, Raúl escuchó los gritos y fue a donde Elia.

—Tienes que ayudarme porque Arturito no me abre y pienso lo peor —imploró ella. Después de forzar la puerta, Raúl encontró sin vida a Arturo Martínez-Escobar, de cincuenta y un años, que pendía de una soga atada a su cuello.

«No lo vi. No quería verlo así. A veces me pesa porque creo que debí haberlo visto. No tuve valor; soy valiente, pero no para tanto», dice en voz baja Elia Felipe, de ochenta y tres años, en la cocina de su casa de Quinta Avenida y calle 86, en el municipio Playa, siete años después de que su único hijo se suicidara.

*

Cada cuarenta segundos una persona se suicida en el mundo, por lo que unas 800.000 personas se quitan la vida cada año, según la Organización Mundial de la Salud (OMS). El 75% de los suicidios ocurren en países de

ingresos bajos y medianos. Las mayores tasas —suicidios por cada 100.000 habitantes— se encuentran en naciones que antiguamente conformaron la URSS: Lituania, con 31.9; Rusia, con 31; y Bielorrusia, con 26.2.

En Cuba, los suicidios constituyen la décima causa de muerte. El Anuario Estadístico del Ministerio de Salud Pública de 2018 muestra una tasa de fallecimientos por «lesiones autoinfligidas intencionalmente» de 13.3 por cada 100.000 habitantes. El informe declara que ese año se suicidaron en total 1493 personas en la isla; de ellas, 1186 hombres y 307 mujeres. Las provincias donde más suicidios ocurrieron fueron La Habana (181), Holguín (173) y Villa Clara (164).

Las tasas más altas por provincia corresponden a Villa Clara (21), Sancti Spíritus (18.2), Artemisa (17.3) y Matanzas (17.3). El suicidio es, además, la tercera causa de muerte en Cuba entre diez y diecinueve años —por detrás de los accidentes y los tumores malignos—, aun cuando la tasa en este rango etario es de apenas 1.8. Entre quince y cuarenta y nueve años, constituye la cuarta causa de muerte (8.5) por detrás de los tumores malignos, las enfermedades del corazón y los accidentes.

*

«Una persona puede ser normal hasta que un día hay algo que desencadena una catástrofe», dice Elia Felipe. Vive sola. Todo lo que le ha dejado la vida a estas alturas son tres perros, un gato, algunos viejos amigos del barrio y un hogar dividido por la mitad. Elia tiene la piel arrugada, un par de lunares en el rostro, el pelo corto y lleva un bastón para apuntalar sus pasos.

Cuenta que en la década del setenta su hijo Arturo ingresó a la carrera de Ingeniería Electrónica. A finales de su primer año, cuando terminaba uno de los exámenes, un compañero de aula le pidió ayuda. Él decidió pasarle una pelota de papel con las respuestas de la prueba. Días después ambos alumnos fueron llamados a contar: sus exámenes eran idénticos y el claustro de profesores tomó la decisión no solo de suspenderlos, sino de expulsarlos de la carrera.

Aquel pasaje cambió la vida de Arturo Martínez-Escobar. Elia Felipe llegó a casa en la tarde, después del trabajo. La puerta de la habitación de su hijo estaba entreabierta y siguió de largo; a la vuelta asomó la cabeza y se

encontró a su hijo derramado en el suelo, sangraba y había perdido el conocimiento. Arturito se había cortado las venas. Con la ayuda de unos vecinos llegaron a tiempo al hospital.

«Se traumatizó con aquello, estaba en primer año. A cualquiera no le hubiera pasado, pero él no lo soportó. Cualquier otra cosa lo hubiera afectado igual. Al otro muchacho no le importó que lo expulsaran, estaba campante», dice Elia Felipe.

A partir de ese día, la vida de Elia Felipe se volvió un suplicio; vivió solo para intentar hacer feliz a su hijo. El Ministerio de Educación le dio la posibilidad a Arturo de que matriculara otra carrera, pero no quiso hacerlo. Estuvo seis meses sin salir de casa. Se hundió en una horrible depresión que su familia intentó atajar con tratamiento psiquiátrico.

Elia Felipe también habló con una amiga que trabajaba en el Instituto Superior de Artes (ISA) para que fuera a convencer a su hijo de matricular en la carrera de Teatrología. Arturito se embulló. Se presentó a los exámenes y los aprobó. Durante dos semanas asistió a clases con normalidad; todo parecía encauzarse, pero el paso de un huracán por la isla hizo que las clases quedaran suspendidas unos días. Al reanudarse, Arturo no quiso volver.

«Evidentemente, él estaba encaprichado en la otra cosa. Se sentía culpable de haberse buscado su desgracia», dice Elia Felipe.

Para sacar a su hijo del pozo, ella decidió complacerlo en todo. Una vida sin responsabilidades que se encargaba de sostener la madre. Elia Felipe asumió económicamente, incluso, la vida en común de Arturito y la novia con que llegó a casarse. El matrimonio duró diez años, y —según Elia Felipe— todo ese tiempo ella y su esposo lo mantuvieron en pie.

Mario, el esposo de Elia Felipe, llegó a la vida de Arturo cuando este era apenas un crío. Falleció en 1997.

Arturo había perdido a su padre a los siete años. Era militar y se voló los sesos con un disparo en la boca.

*

«El suicidio es una muerte evitable», asevera el doctor Sergio Pérez, sentado en un butacón de su casa en la oriental ciudad de Bayamo. Pérez,

de sesenta y seis años, es una autoridad internacional en el tema: fundador de la Red Mundial de Suiciodólogos y miembro de la sección de Suicidiología de la Asociación Mundial de Psiquiatría.

En la puerta de su casa, el Dr. Pérez tiene tres pegatinas idénticas que dicen: «No al suicidio. Sí a la vida». Sobre el fenómeno, aclara: «Es una causa de muerte más, como lo es el accidente de tránsito, lo que la gente lo ve de una manera diferente. Los motivos siempre son los mismos: problemas personales, fundamentalmente amorosos y familiares. La gente se mata según su cultura».

Dice que para salvar a alguien que quiere suicidarse, sobre todas las cosas, hay que detectar la intención, no el porqué. La clave está en hacer a tiempo lo que él llama «la pregunta salvadora»: «¿Te quieres matar?».

Según su método, luego se intenta detectar el grado de planificación: «Cómo, cuándo, dónde, por qué y para qué. Si lo tienes bien planificado, me las respondes todas», sostiene.

Explica el doctor que su objetivo siempre es saber si la idea del suicidio va mermando, mantener a la persona con vida hasta que pase la crisis. «Porque la crisis es breve. Nadie puede estar tanto tiempo con una pistola en la sien, o la baja o la dispara», dice.

Sobre el rol de los psiquiatras plantea: «No puedes creerte Dios. Siempre se te va a matar gente. Por eso hay que capacitar a las familias. Es imposible que alguien se suicide y no tenga a nadie alrededor; siempre hay un amigo, un primo, alguien».

Hoy, el Dr. Sergio Pérez está jubilado. «No consulto, el que me quiera ver, que venga a casa o que me escriba por Messenger», aclara el doctor. La decisión de colgar su bata blanca le vino a raíz de una sucesión de hechos que colmó su paciencia.

Una muchacha llegó a la consulta y le comentó que su madre estaba deprimida.

—Tráemela, que mañana puede ser ya tarde —dijo el doctor.

Al otro día Pérez la diagnosticó de grave y la mandó a ingresar en el hospital. Una semana después, en la calle, se encontró con la hija de la paciente. Ella le contó sobre su madre:

—Doctor, se mató ayer. No había cama para dejarla en el hospital y nos mandaron para la casa. Salí un momento a comprar carne y, cuando regresé, se había ahorcado.

Otro día, un hombre con trastorno de personalidad severo se presentó donde el doctor. Estaba en crisis porque su mujer había roto definitivamente con él. Pérez lo remitió para hospitalización inmediata. Casualmente, el doctor se topó poco después con la ex del paciente y le comentó su decisión de hospitalizarlo. La mujer dijo: «Lo sé, doctor. Lo dejaron esa noche en observación. Al otro día le dieron el alta médica porque consideraron que ya estaba bien. Salió, compró todos los medicamentos y se empastilló».

*

Cuba tuvo la tasa más alta de suicidios en todo el mundo hacia 1850. Así lo señala el Programa Nacional de Prevención y Atención a la Conducta Suicida. Ese año se registraron en la isla 340 suicidios por millón de habitantes.

En la década del sesenta del siglo XX, el índice de personas que se quitaron la vida fue de 15.4 por cada 100.000 habitantes. En los setenta, la tasa llegó a ser de 19. Durante la década siguiente, la cifra se mantuvo superior a los 20 suicidios por 100.000 habitantes, y en 1982 se produjo un pico de 23.2, lo que representó el 4% de las defunciones ocurridas ese año en el país.

Las cifras alarmantes pusieron en alerta al Gobierno. El Ministerio de Salud Pública realizó una investigación y como resultado se elaboró el Programa Nacional de Prevención de la Conducta Suicida, que comenzó a desarrollarse en 1989. Su diseño apuntaba a definir los individuos y grupos poblacionales en riesgo.

En 1995, las entidades de salud pública modificaron el documento rector; y para inicios de este siglo se presentó un nuevo programa —vigente en la actualidad— cuya característica fundamental, según indica el propio documento, es un enfoque comunitario.

*

«Arturito, cuando era niño, no supo que su padre se había suicidado; solo sabía que estaba muerto. Cuando creció alguien le dijo la verdad. No fui yo», dice Elia Felipe.

Tras diez años de matrimonio con Arturo Martínez-Escobar (padre), Elia

Felipe nunca pudo imaginarse que le fueran a tocar la puerta para darle la noticia de que su esposo se había quitado la vida con un tiro en la boca. El hombre tenía treinta años y era teniente del Grupo de Operaciones Especiales del Ministerio del Interior (GOE).

«La puerta estaba abierta. Se paró un compañero de trabajo en la reja y me lo dijo. Fue bien duro», recuerda.

Según Elia, el GOE era una entidad secreta. Arturo Martínez-Escobar era uno de los especialistas en «ejército enemigo», y eran compañeros suyos, entre otros, los hermanos Patricio y Antonio de la Guardia, ambos condenados años después por «alta traición a la Patria»: el primero, a treinta años de cárcel (ya cumplidos); y, el segundo, a pena de muerte (fusilado).

Dice Elia que una de las operaciones que llevó a cabo el grupo fue aprovisionar de personal y armas al Che Guevara en su fallida incursión latinoamericana de los años sesenta.

El padre de Arturo fue castigado por alguna indisciplina que Elia Felipe desconoce. Lo enviaron a una unidad correccional para militares. Durante ese tiempo sus compañeros siguieron realizando operaciones encubiertas y ejercicios de entrenamiento. Escuchar las historias de sus compañeros y verse suspendido lo afectó emocionalmente. Decidió terminar con aquella angustia volándose los sesos.

«El padre era distante con Arturito. Venía a casa cada quince días, nunca jugó con él», cuenta ella. Esa distancia entre padre e hijo hizo que el niño no sufriera la partida de su progenitor. La ausencia lo llevó a inventarse una relación paternal con un vecino. «Recuerdo que un día le dijo a César: "Tendrás que llevarme a la barbería y a jugar pelota porque mi padre se murió"».

Elia Felipe se había enamorado a sus veintiún años de quien sería el padre de su hijo. Enseguida se hicieron novios. Pero tenían un problema: tanto en casa de ella como en el hogar de los Martínez-Escobar odiaban a Fidel Castro, y Arturo era ya un militar fiel. A la pareja no le quedó más remedio que irse de ambas casas.

Entonces, Elia Felipe marchó en busca de su padre, a quien nunca había visto en persona, y le pidió pasar una temporada con él.

«No me habían dejado conocer a mi padre», cuenta. «Él era para mi familia el peor malhechor del mundo. Mi madre se casó con él cuando tenía quince años y pronto quedó embarazada. Después que nací, mi padre le

confesó que no le gustaban las mujeres, que se había casado con ella para esconderse de la sociedad. Cuando mi tía se enteró, obligó a mi madre a divorciarse; ella más nunca tuvo novio en su vida. Me impidieron ver a mi padre durante veintiún años».

No obstante, la joven conocía su paradero. Sabía que era contador de una fábrica de productos de belleza para hombres. Ante la urgencia, lo llamó por teléfono. El padre, sin pensarlo un segundo, asintió a la petición.

«Gracias a eso no caí presa, porque mi tía, a fines de 1959, tenía escondidos en casa a unos muchachos con armas y equipos de radio que querían alzarse en contra de Fidel Castro. La policía los atrapó. A mi tía la condenaron a treinta años y mi madre estuvo seis meses en prisión bajo investigación, pero finalmente quedó absuelta».

El día que Elia Felipe dio a luz a Arturito estaba sola en el hospital. Su marido andaba en una operación, la suegra nunca había aprobado la relación entre ambos, a su padre le había tocado trabajar ese día y su madre había ido a llevarle comida a su tía a una cárcel en Baracoa, Guantánamo. Elia salió con el recién nacido en brazos, sin que nadie la ayudara a tomar un taxi o le preparara algo de comer en casa.

«La única persona que siempre estuvo a mi lado fue mi abuelo materno y, por desgracia, fue el primero que se suicidó en mi familia», dice Elia.

*

Los hospitales de día son uno de los escalones fundamentales dentro de la pirámide de servicios de salud mental del Ministerio de Salud Pública de Cuba. A estos acuden sobre todo pacientes neuróticos, conscientes de su propia enfermedad. Un equipo multidisciplinario —psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales, psicoterapeutas, enfermeros— se ocupa de dar terapias ocupacionales, individuales y grupales.

Conseguí visitar uno de esos hospitales en La Habana, a razón de dos veces por semana durante un mes, para observar su funcionamiento. El Ministerio de Salud Pública prohíbe a sus miembros el contacto con la prensa independiente. Por ello, y a solicitud del propio personal, no se identificará aquí el centro hospitalario y se mantendrán bajo anonimato las fuentes recabadas en esa institución.

«De lunes a viernes, en el horario de 8:00 a. m. a 2:00 p. m., los pacientes ingresan al hospital. Estas personas vienen remitidas de cualquier otro servicio médico de la ciudad. El ingreso es voluntario. La mayoría lo que necesitan es recuperar sus mecanismos psicológicos. Diariamente se les toma asistencia. Si faltan, se les llama. Si no vienen más, se les cierra la historia clínica», explica una de las psiquiatras del hospital.

Sentado en el salón central, un paciente de cincuenta y dos años que ha intentado suicidarse en un par de ocasiones brinda su testimonio.

«Yo tengo un problemón, pero no estoy loco. Si no lo resuelvo, sí que voy a enloquecer. Mi familia se aprovechó un día que estaba empastillado y me hicieron firmar la donación de mi casa. Rompí con ellos y me fui a casa de una amiga. Me quedé solo en la vida, ya nada tiene sentido. Mi amiga salió de viaje y comencé a depauperarme: no comía, no me bañaba, me rascaba y se hacían unas montañitas de polvo en mi piel. Cerré las ventanas de la habitación y no las abrí en semanas. Cuando llegaba la noche era que salía a la sala para ver la televisión. Cuando salía el sol, regresaba a la habitación. Quería que mi cuerpo colapsara. Me cagué encima y me meé, ya estaba al borde de la muerte. Cogí el teléfono, llamé a otra amiga y le dije: «Me rendí». Luego cogí un bisturí y me lo puse en el cuello. Cuando sentí el frío del metal, dije: «Ño, pinga, cojones». No tuve valor. Después me ingresaron en el Hospital Calixto García. Fue lo mismo. No comía, me levantaba de la cama y me caía al suelo. Cogí valor de nuevo y fui para el baño después de enrollar una sábana en mi mano. Cuando estaba preparando el nudo, una enfermera me vio. Yo lo que quiero es salir de este problema que tengo en la cabeza. Aquí en el hospital me han ayudado porque ya entendí que mi vida sí tiene sentido; el sentido de mi vida es mejorar mi propia vida. Aquí somos cerca de veinticinco pacientes. Estamos de lunes a viernes en las terapias y los miércoles salimos en grupo a alguna actividad cultural que organiza el centro. Hacemos gimnasia matutina, jugamos ajedrez, parchís o dominó para socializar. Tenemos además las terapias en grupo: tomamos a uno de nosotros como ejemplo y entre todos opinamos para ayudarlo con su problema. Esto nos ayuda a entender los poderes que hay que tener para enfrentar la vida».

Otra de las psiquiatras del hospital de día es además profesora de la carrera de Medicina. Entra a su oficina y se sienta delante de una laptop. Da un par de clics hasta encontrar la conferencia sobre suicidio que hace unos días

impartió a sus alumnos. Antes de explicar las primeras diapositivas dice: «El cubano es muy sanguíneo, es nuestra idiosincrasia y eso ha marcado la historia del país». Luego explica: «Por cada suicidio consumado, hay alrededor de diez intentos suicidas», y sobre el índice de suicidios en Cuba opina: «Está muy relacionado con el aumento del consumo de sustancia a edades tempranas. El alcohol, por ejemplo, no te permite que razones como un ser humano. Por otro lado, la marihuana, aunque hay muchos países que están aprobando su despenalización, es la sustancia más asociada a los procesos de enfermedades mentales; además de ser la más asociada a la esquizofrenia, que es el cáncer de la Psicología».

Según la profesora, «una vez que se deja de estar en el mundo real, aumentan la conducta suicida y la depresión. Esta última es la enfermedad del siglo XXI. Se habla de que cada persona tendrá al menos un episodio importante en su vida».

*

El Calixto García es quizás el hospital más céntrico de La Habana, de ahí que sea el sitio al que muchos habaneros acuden ante emergencias médicas. En uno de sus primeros pabellones tiene una clínica de salud mental donde se ofrecen servicios de Psiquiatría y Psicología. Su jefe es el Dr. Israel Fagundo.

La clínica tiene una unidad de intervención en crisis que se encarga de atender, entre otros, a personas que atentan contra su propia vida. Para ello cuentan con una sala de diez camas donde los psiquiatras observan el comportamiento de los pacientes durante al menos veinticuatro horas. «Si es una situación de conflicto, puede ser que la persona se descompresione, pase el ofuscamiento y deje de tener la idea de matarse», dice el doctor Fagundo.

También hay dos salas para casos agudos donde se atiende a quienes requieren hospitalización por enfermedades no crónicas. Estas personas pueden estar ingresadas el tiempo que necesiten.

De acuerdo con el doctor, la mayoría de los casos que llegan a la clínica son «casos de esquizofrenia, trastornos bipolares, adicciones de todo tipo, alcohol, drogas, trastornos delirantes, enfermedades que llevan a intentar el

suicidio producto de alucinaciones, delirios, desespero que los conduce a la sintomatología, que les ordena que se maten, por la misma condición psicótica, por la ruptura de la realidad…».

Antes de llegar a ser el jefe de la unidad de intervención en crisis, el Dr. Israel Fagundo fue «consultante de Psiquiatría de enlace» en el Calixto García. Su misión era moverse por las salas de las distintas especialidades y valorar los intentos de suicidio. Por ejemplo, si alguien se incendiaba el cuerpo y lo atendían en Quemados, luego de los primeros auxilios y las demás atenciones correspondientes los doctores de esa sala llamaban a Fagundo para que se ocupara del caso.

Como enlace estuvo seis meses. Luego la dirección del hospital le pidió que asumiera la unidad. Nada más asumir el cargo, Fagundo hizo algunos cambios.

«Instauré el sistema de comunidad terapéutica. Esta es una manera de trabajo que surgió en los años cincuenta en hospitales públicos de Inglaterra, donde las personas tenían que convivir. La idea es hacer una vez por semana una asamblea que rijan los propios pacientes. Toman parte pacientes, familiares, equipo médico, todos los involucrados en la unidad. Con técnicas participativas y con psicoterapias de grupo instruimos el espacio para que los pacientes se acepten como tales y, a la vez, sean más solidarios los unos con los otros. La comunidad terapéutica es en igualdad de condiciones. Los pacientes tienen la potestad de criticarnos, de exigirnos. El objetivo es construir, darles participación en las cuestiones administrativas, darles el derecho de quejarse. Al final, ellos son los dueños de este lugar y necesitan autonomía, participación y empoderamiento».

Las asambleas son grabadas por algún paciente o por el propio doctor. Un par de días después Fagundo se sienta y revisa con detenimiento lo acontecido: «Analizo a los pacientes, sus comportamientos, sus gestos, lo que dicen; también a los doctores, en el trato. Revisarse a uno mismo es la mejor manera de mejorar».

Justo al frente del Hospital Calixto García se encuentra el estadio de la Universidad de La Habana. Otra de las ideas del doctor Fagundo consiste en que cada jueves el grupo de ingresados cruce la calle para hacer deportes y así cambiar de actividad. Ese mismo día, al regresar, les espera una peña de trova que conduce un expaciente.

«Aquí uno siente presión. Estás en una situación límite. La persona que

quiere dejar de vivir y uno que trabaja para tratar de recuperar el deseo de vivir. Siempre hay circunstancias a favor para ello. Solo hay que trabajar para que la persona se vaya del hospital con deseos de vivir», asegura.

Sobre los factores que más inciden en los suicidas cubanos, el Dr. Fagundo opina: «El suicidio no tiene una causa única. Tiene mucho que ver con las personalidades del ser humano: las personalidades histriónicas, la impulsividad, el bajo nivel de tolerancia a la frustración. La conducta suicida no se hereda, pero sí se heredan enfermedades que propician cuadros clínicos que llevan a la depresión. Un ejemplo es el trastorno bipolar, una enfermedad con una carga genética muy importante. Otras causas pueden ser la soledad, medios disfuncionales, criarse en medio de adicciones como el alcoholismo o las drogas, las vivencias agresivas, haber sufrido algún tipo de violencia».

El doctor hizo la especialidad de Psiquiatría en Holguín, su provincia natal. Por aquel entonces tenía veintiséis años y se había comprado un auto soviético con el dinero que el Ministerio de Salud Pública le pagó por brindar servicios en Nicaragua.

El auto no le salió muy bueno a Fagundo y, de vez en cuando, algo le fallaba. El doctor siempre llamaba a un mecánico que terminó por volverse su amigo. El hombre acudía al auxilio donde quiera que estuviese varado el carro. El mecánico tenía treinta y cinco años; tenía esposa y dos hijos.

Una noche, el Dr. Fagundo llegó a casa después del trabajo. Mientras se cambiaba de ropa, le dieron un recado:

—Te llamó la hermana del mecánico.

El doctor miró la hora, las 11:00 p. m. Era tarde. Le pareció imprudente devolver la llamada. Al día siguiente se fue a trabajar como de costumbre. A su regreso a casa, le dijeron:

—Llamaron de parte de la familia del mecánico. Se dio un tiro.

El hombre era plantilla de un taller militar.

«Me hundí. ¿Por qué ese comemierda no me dijo nada? ¿Por qué hizo eso?», se preguntó Israel Fagundo cientos de veces mientras caminaba de un lado a otro en su casa.

El mayor de los hijos del mecánico tenía catorce años. Mientras no había nadie en casa, le había robado una suma importante de dinero al esposo de su tía —hermana del mecánico—. La jugada fue descubierta por la familia, pero el muchacho ya había gastado el dinero y su padre no tenía cómo

devolverlo. Después de algunos días de estrés y discusiones, el mecánico llamó a unos parientes en el campo y les dijo que necesitaba hablar con ellos, que pasaría a verlos.

Al día siguiente salió en el carro en compañía del muchacho. Llegaron a la casa de sus familiares, saludaron y dijeron que iban a dar una vuelta por la finca. Se alejaron un poco. El mecánico le clavó una bala en la cabeza a su hijo y luego se pegó un tiro.

«Ahora tengo palpitaciones», dice el Dr. Fagundo, con la voz cortada. Toma aire y sigue: «Me estaban llamando porque algo se olían. No era un enfermo mental ni padecía de depresión. Era una persona estable. La impulsividad es uno de los factores de riesgo más peligrosos. Debe haber sido el ofuscamiento lo que lo llevó a aquello porque él era muy musical. Lo movió la vergüenza y el no poder reponer el dinero. Cuando las personas construyen ese plan, lo que los mueve es solo el plan. Fue muy doloroso para mí llegar a la funeraria. Siempre queda un sentimiento de culpa para todos los demás. Es inentendible para los seres humanos cómo el hombre que nace para vivir es capaz de quitarse la vida».

*

En el barrio de Punta Brava, en las afueras de La Habana, vivía de niña Elia Felipe. La casa tenía un patio de tierra enorme y en una de sus esquinas la familia levantó un cuartucho de madera para que fungiera como baño. Pero años después aquel espacio terminó siendo un local para guardar los instrumentos de limpieza.

Una tarde, después de barrer el portal, Elia caminó escoba en mano hacia el cuartucho. Al llegar le llamó la atención que estaba entreabierto. Cuando movió la puerta, se encontró a su abuelo materno colgado de una soga. La niña tenía catorce años y fue su primer encuentro con la muerte.

El viejo dejó una carta encima de la mesa que decía: «No culpen a nadie de mi muerte porque estoy aburrido de la vida».

La madre y la tía de Elia estaban hastiadas de vivir en una zona rural, estaban desesperadas por mudarse a la ciudad. El abuelo de Elia, a sus sesenta y cuatro años, se negaba a moverse del sitio donde había vivido toda su vida. Cada día el debate crispaba el ambiente familiar.

«Mi abuelo era la persona más importante que existía, era el que más me entendía en la casa, tenía mucha comunicación con él, era quien me llevaba a la escuela y me traía. Su muerte fue desgarradora. Parece que decidió morirse para que sus hijas pudieran mudarse», dice Elia Felipe.

Casi siete décadas después de aquella dolorosa pérdida, Elia recuerda una escena de una novela que leyó por aquellos días: «Una mujer escribe desde su muerte. Ella ve y describe todo lo que sucede a su alrededor mientras no está. Hay un pasaje en el que el esposo se acerca al ataúd donde ella está y le dice: "Cómo me descansa tu muerte"».

El abuelo de Elia vivía en una agonía. Una vez que murió, sus dos hijas y su nieta se mudaron de inmediato a La Habana. La niña no pudo imaginar que aquel suicidio fuera solo el primero en su vida. «Han sido tres personas que eran clave para mí. No sé cómo he hecho para sobreponerme. Son episodios que debían haberme liquidado», dice.

Después de cada muerte, a Elia siempre le viene encima una sensación horrible de desgana. Ha sentido cómo el cuerpo se le paraliza: no come, no lee, no sale a la calle, no ve la televisión, todo lo material le repugna. «Eso luego va pasando poco a poco», dice.

A pesar de las tragedias sufridas, Elia Felipe dice que no se siente sola, que nunca le ha pedido a ningún muerto que la acompañe en su vida: «De alguna manera, con las muertes viene un descanso».

*

Elia Felipe tuvo algo de tranquilidad mientras su hijo estuvo casado. Al cabo de diez años de matrimonio hubo una fractura en la relación que trajo nuevos tiempos de crisis en la familia. La esposa de Arturo quería tener un hijo y él se negaba: decía que su enfermedad mental era hereditaria. Se divorciaron. Poco tiempo después la muchacha encontró otra pareja y salió embarazada. Aquello condenó a Arturo.

Contra la voluntad de su madre, vendió la mitad de la casa para tener dinero. Se mudó al garaje y comenzó a salir: con el tiempo, el alcohol y las drogas lo despedazaron.

Sus últimos meses los pasó tirado en las esquinas de las calles en estado de embriaguez o drogado en algún parque, en algún pasadizo. Elia Felipe tenía

que salir a buscarlo por el vecindario. Muchas veces los amigos lo recogieron y lo llevaron a casa en hombros.

«No quería estar vivo. Le pesaba la vida. No quería ser como era. Quiso haber construido su vida de otra manera. Se dio cuenta de que empezó a envejecer y no tenía un proyecto de vida a los cincuenta años. Le comenzaron a dar momentos de furia incontenibles. Padeció epilepsia por tomarse a la vez las drogas, el alcohol y sus medicamentos. Estaba disgustado por ser como era y no poder evitarlo. Ni siquiera resultaron los tratamientos de los psiquiatras y los psicólogos que lo vieron», dice Elia Felipe.

De pronto, Arturito dejó las salidas y se trancó en su habitación. No quiso ver a nadie durante diez días. Solo salía de su cuarto en las mañanas para decirle a Elia Felipe:

—Mami, otro día más.

«Quería morirse y al final lo logró. No creo que sea fácil la vida cuando es un acto de desesperación. Le hizo mucho daño no estudiar. Esa fue su verdadera desgracia. Se veía como un ser despreciable», dice Elia Felipe.

El cadáver de Arturito fue cremado. Se llegó a la costa, donde ella y su hijo solían bañarse con los perros en las mañanas, y echó las cenizas al mar. En esas aguas Elia Felipe se sigue sumergiendo a diario.

Un año después de la muerte de Arturo, regresó mojada del baño en la costa. Cuando se quitó la trusa, notó que tenía una pelotica de carne en la mama derecha. Al otro día fue al hospital CIMEQ de La Habana. Una oncóloga le examinó y le preguntó:

—¿Usted ha perdido a algún hijo?

Algunos doctores creen que la muerte de un hijo genera cáncer en el seno derecho. A Elia Felipe le diagnosticaron la enfermedad. Unos meses después le realizaron una operación radical de mama.

—El suicidio no es cosa de uno solo: es de él y de los más allegados —le dijo una doctora.

Hace poco en la televisión cubana pasaron el filme *El jardín de los Finzi-Contini*. Elia Felipe se sentó a verlo. Uno de los personajes es un niño que se nombra Hugo Finzi. El niño muere. La película recrea el triste momento del entierro. El último plano de esa escena es la lápida de Hugo. Elia Felipe leyó: «Tus padres se prepararon para verte crecer, no para verte morir». No lloró.

UN HOGAR PARA AFRIK3 REINA

Yenisleydis tiene treinta años y un hijo de tres. Es soltera, negra, poeta, rapera y solo su familia la llama Yenisleydis. El resto de Cuba la conoce por su nombre artístico: Afrik3 Reina.

«Un hogar para Afrik3 y su hijo» es el título del *crowdfunding* que un grupo de amigos del exilio se ingenió para ayudar a Yenisleydis Borroto.

En la foto en blanco y negro de la campaña de recaudación aparece mirando con una sonrisa amplia a su hijo Nayad, que carga en sus brazos, y Nayad a su vez mira a cámara con otra sonrisa. En la iniciativa se lee: «Integrante del Movimiento San Isidro, artista de *spoken word* y madre soltera, se ha visto forzada a mudarse al menos siete veces en los últimos dos años debido al acoso de la Seguridad del Estado, brazo represor de la dictadura. A su hijo de tres años no puede proveerle hoy seguridad ni estabilidad, solamente por alzar su voz en contra de la opresión que se vive en la isla».

Un mes después de haber lanzado el *crowdfunding*, los amigos de Afrik3 recibieron la donación de 118 personas que se han solidarizado con la causa. La suma asciende a 4279 dólares y el objetivo es llegar a los 6000. Eso le garantizará a Afrik3 comprarse alguna pequeña casita de una habitación en alguna parte de la periferia de La Habana y así, por primera vez en mucho tiempo, de noche podrá colocar su cabeza en la almohada y quedarse dormida al lado de su hijo sin la preocupación de que al amanecer tendrá que recoger todas sus cosas y salir a buscar otro techo donde pasar el día siguiente.

«… el paredón de los prejuicios / el compromiso en las palabras / volar siempre al sol…» es una estrofa de una de las obras de Afrik3 Reina que resume lo que ha sido su vida en los últimos años. Levantarse en el barrio Cojímar y desempacar más tarde en Centro Habana. De Centro Habana a Marianao. De Marianao al Vedado. Del Vedado de vuelta a Mayabeque, la

provincia donde nació. De Mayabeque al Cerro. Y, ahora, del Cerro para donde encuentre. Ese ha sido el intempestivo itinerario que ha tenido que cursar Afrik3. Una travesía forzosa producto de una de las estrategias que la Seguridad del Estado emplea para doblegar a los activistas de la sociedad civil, los periodistas independientes y los opositores que radican en La Habana y no tienen domicilio propio en la ciudad: agentes de la Seguridad del Estado vestidos de civil citan a los arrendatarios de alquileres o a los amigos que acogen a estos ciudadanos y los amenazan con tomar represalias con ellos si no expulsan a sus huéspedes de sus viviendas. Los agentes alegan que estos ciudadanos son mercenarios pagados por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CIA) o por gobiernos extranjeros y que intentan «derrocar a la Revolución». Por lo tanto, si ellos no contribuyen sacándolos de sus casas, estarían siendo cómplices de esas supuestas operaciones encubiertas y podrían ser llevados a los tribunales por ello. Por supuesto que en la mayoría de los casos, a no ser que la amistad sea a prueba de bala, los arrendatarios o los amigos deciden acatar la advertencia de los agentes. Así la gente como Afrik3 que hace arte contestatario o que abiertamente manifiesta su oposición al castrismo no solo tiene que vivir sabiendo que en cualquier instante puede ir a la cárcel, sino que su cotidianeidad se desarrolla en una especie de desamparo, una zozobra que implica ni siquiera poder contar con la tranquilidad de arrendar un espacio minúsculo por un tiempo, donde de puertas para dentro los tentáculos del totalitarismo no alcancen a llegar.

Por eso, en 2019, cansada de la inestabilidad que genera este asedio y de no poder ofrecerle un poco de sosiego a su hijo, que tenía un año en ese entonces, no le quedó más remedio que tomar la justicia por sus manos: decidió okupar una casa.

Había escuchado que, en el barrio de Miramar, la zona más acomodada de La Habana, varias familias se habían adueñado de residencias abandonadas y las autoridades estaban siendo permisivas con los okupas para evitar que el suceso, que envolvía a decenas de familias, saltara a la prensa independiente e incomodara la placentera tranquilidad que transcurre en el barrio donde están enclavadas la mayoría de las embajadas en el país.

Durante cuatro días Afrik3 Reina se dispuso a patrullar de arriba abajo Miramar, pero no divisó ninguna propiedad vacía donde pudiera introducirse. En ese momento, estaba rentada en un pequeño apartamento

en el Vedado, cuya dueña, de manera sorpresiva, le había notificado que tenía que marcharse porque lo iba a vender. Detrás de aquella noticia estaba la mano oscura de la Seguridad del Estado. Fue la primera vez que se quedó en la calle junto a Nayad. No encontrar un potencial sitio donde vivir en Miramar la hizo moverse en su exploración hacia el reparto Kohly, un barrio colindante al anterior. Caminando por allí, identificó una casona enorme de 1950 con ventanas de madera. Con un cuchillo forzó la puerta y entró. Dentro se topó a una señora entrada en años que llevaba ya varios meses viviendo en la residencia. La señora había llegado también como okupa y le dijo que el lugar, aunque estuviese abandonado, pertenecía a la Universidad de La Habana y que a ella las autoridades le habían permitido la estancia. De hecho, esos mismos funcionarios del Gobierno, para evitar la dichosa repercusión mediática del asunto, le habían levantado una pared dentro de la enorme vivienda para que la señora se ciñera a un espacio en concreto. Algo así como «te vamos a dejar estar aquí en este pedazo, pero no te puedes pasar de la raya».

Afrik3 llevaba a Nayad en un coche de bebé y debajo, en el compartimento para colocar los pañales desechables y los biberones, cargaba un colchón de esponja, una escoba y una bolsa con otras cosas imprescindibles. Un amigo, que se quedó a dormir la primera noche, la acompañaba. Después de acomodarse en una de las habitaciones de la casa abandonada, Afrik3 dejó a su hijo con su amigo para salir a la calle a buscar algo de comida y agua. Salió y entró con sumo sigilo para no llamar la atención y en ese trayecto perdió su teléfono móvil. Quedó aislada, pues solo ese amigo sabía dónde estaba y, en caso de que la descubrieran e intentaran desalojarla, no iba a poder presionar en redes sociales con una denuncia o no iba a poder llamar al resto de los integrantes del Movimiento San Isidro. Una semana estuvo en ese lugar. Piensa que el llanto de Nayad tuvo que haberla delatado con los vecinos y estos a su vez debieron haber llamado a la policía, que fueron los primeros en llegar.

Dos policías bajaron de una patrulla y tocaron a la puerta la tarde que la descubrieron. Desde la ventana Afrik3 les respondió: «Soy una de las tantas madres de este país que no tiene donde vivir con su niño». «¿Y dónde está el padre de tu hijo?», respondió uno de los dos agentes uniformados. «El padre de mi niño no existe», dijo Afrik3. El diálogo lo interrumpió un hombre que, por detrás de los policías, se presentó como el administrador

de la Universidad de La Habana. El señor iba acompañado de una camada de agentes de la Seguridad del Estado. Primero, los agentes le pidieron a Afrik3 que abriera la puerta, a lo que se negó. Luego, le dijeron que tenía solo dos opciones: «O sales por las buenas o te sacamos a la fuerza». Además, una señora que se identificó como jefa de enfrentamiento político ideológico de La Habana agregó: «Y si te sacamos por la fuerza, tu niño va para una institución del Estado que correrá con su custodia». Afrik3 abrió la puerta y se entregó.

Con Nayad en brazos, la montaron en una patrulla policial y la devolvieron al departamento que rentaba en el Vedado del que ya había sido expulsada por su dueña. Los agentes no tenían otro lugar a donde llevarla. En esa escalera, Afrik3 y su hijo estuvieron veinticuatro horas como homeless. Hasta que una vecina del edificio los vio y se compadeció. «A esa mujer le agradezco la vida», dice Afrik3 sobre la señora que le brindó dos semanas la sala de su casa. En realidad, durante ese tiempo lo único que hizo en esa casa fue dormir y bañarse, porque no quería molestar a la señora y a su marido, y por eso se pasó esos días sentada o en las paradas de ómnibus o en los parques de la ciudad. Y ya cuando estaba cayendo la tarde, llegaba para bañar a Nayad y acostarlo directamente. Además, el día se le iba en la calle buscando un nuevo lugar donde alquilarse. Uno de esos días en los que iba tocando puerta por puerta en Centro Habana para ver si daba con alguna renta, un auto le frenó en seco delante. Afrik3 se desplazaba con el coche de bebé donde estaba Nayad dormido. Miró con ganas de matar al chofer del auto y descubrió que era uno de los agentes de la Seguridad del Estado que la había desalojado de la casa abandonada en Kohly. El hombre la estaba siguiendo y quiso hacérselo saber.

*

Cuando Afrik3 Reina conoció al artista visual Luis Manuel Otero Alcántara, su vida cambió. «Luis hizo que el bichito del activismo político me picara», dice Afrik3, que conoció en casa de un amigo en común a él y a Yanelys Núñez, una historiadora de arte que era pareja del artista a la altura de 2016. Desde que los tres amigos intimaron, surgió una química increíble que los volvió inseparables.

Meses después de conocerse, Luis Manuel y Yanelys le comunicaron a Afrik3 que iban a fundar el Museo de la Disidencia en Cuba con la idea de perpetuar la memoria de quienes se han opuesto al poder en la isla, una información que la ayudó a ir conformando una conciencia política mucho más crítica y activa que la que tenía.

En ese momento, Cuba, acostumbrada a la inmovilidad a la que se había visto sometida en décadas a causa de la estrangulación de la ciudadanía por parte del castrismo, comenzaba a cambiar en algo. El restablecimiento de las relaciones bilaterales con Estados Unidos y un paquete de reformas socioeconómicas, que incluían la apertura de la propiedad privada y el acceso a internet, fueron el cimiento para que naciera una nueva sociedad civil y luego se empoderara. Sobre todo internet fue la génesis de ese cambio de fisionomía de la sociedad cubana que permitió, por ejemplo, el surgimiento de una nueva generación de medios de prensa independientes, y que en las redes sociales los ciudadanos comenzaran a contar, junto a esos medios, las zonas de la isla que se había mantenido a oscuras hasta ese momento. De alguna manera, el Gobierno se propinó un disparo en el pie al otorgarles acceso a internet a los cubanos, pues la decisión significó que ya no contaran con el absoluto monopolio de la información con que habían vivido durante las últimas seis décadas. A partir de entonces, la verdadera realidad de la nación comenzó a aflorar y, a su vez, eso provocó también que emergiera una nueva generación de jóvenes disidentes, como Luis Manuel y Yanelys.

Esos primeros aires de cambio que se respiraban en Cuba, sobre todo en La Habana, Afrik3 se los perdió, pues tuvo que regresar a su provincia natal, Mayabaque. Quedó embarazada y el padre de su bebé no quiso asumir la responsabilidad. Los médicos le habían comunicado que esta era su única posibilidad de tener un hijo y decidió no perdérsela. Asumir la barriga sola «fue un *black out*», dice Afrik3, que se vio obligada a pedirle ayuda a su familia y para ello tuvo que regresar con ella.

«Me demoré en regresar a La Habana porque no había superado el tema emocional que fue el embarazo. Quería centrarme en mí y en mi niño, no quería estar reciclando emociones», dice.

Durante ese tiempo que estuvo alejada de la capital, su amigo Luis Manuel Otero desarrolló la «Bienal 00», un evento de artes visuales alternativo e independiente del Estado como respuesta a la suspensión de la bienal de

arte en Cuba. El suceso logró reunir a cien artistas cubanos y extranjeros en galerías y espacios artísticos independientes y fue quizás el punto de partida sin retorno de la represión y el acoso por parte de la Seguridad del Estado hacia Otero, que demostró ser un líder aglutinador dentro de la nueva isla.

Después que Nayad cumplió su primer año de vida, Afrik3 decidió regresar. Luis Manuel y Yanelys Núñez fueron a darle la bienvenida con unos pañales desechables como regalos. Sus amigos le contaron que habían comprado una casa en el barrio de San Isidro en La Habana Vieja y que querían convertirla en la sede de un movimiento artístico que sirviera de plataforma para «cambiar las cosas en el país». «No te tengo que decir que estás asumida en el Movimiento», le dijo Otero a Afrik3.

Así nació el Movimiento San Isidro. Su primera batalla fue contra el decreto 349, una disposición que intentaba regular las actividades artísticas y culturales en el país instaurando de manera legal la censura. Los miembros del Movimiento se movilizaron: presentaron demandas en el Ministerio de Cultura, en la Fiscalía, organizaron eventos teóricos para rechazar el decreto y se citaron con dirigentes del Gobierno para expresar el descontento. Además, promovieron en espacios independientes propuestas artísticas que dinamitaban la idea de crear bajo la lógica del régimen cubano.

La bulla fue tal que, de manera inusual, al Gobierno no le quedó otra que frenar la aprobación del decreto, lo que se asumió como una nueva victoria de esa sociedad civil naciente. El castrismo, acostumbrado a siempre salir victorioso, no se quedó de brazos cruzados ante la derrota y respondió al éxtasis social con represión. Desde 2018 y hasta la fecha, el acoso y la persecución a artistas y activistas civiles se volvieron la única estrategia del Gobierno para evitar que el país se le escurra entre las manos. Obviamente, dentro de la ciudadanía disidente, el Movimiento San Isidro pasó a ser uno de los focos de atención del régimen. Sus integrantes pasaron a vivir bajo un constante asedio que tuvo su punto de clímax en noviembre de 2020, cuando un agente policial violó el domicilio del rapero Denis Solís para entregarle una citación a interrogatorio. El miembro del Movimiento transmitió la escena en vivo en Facebook, lo que provocó que la arbitrariedad saliera a la luz mientras transcurría. Durante la transmisión, Solís ofendió al policía que estaba dentro de su casa sin permiso. Unas horas más tarde, el rapero fue brutalmente golpeado en plena calle,

esposado y encarcelado. Denis Solís fue sancionado a ocho meses de prisión dos días después en un juicio exprés.

El resto del Movimiento se citó en la estación policial donde supuestamente tenían detenido a Denis Solís para reclamar su liberación. Pero ni siquiera eso permitió la Seguridad del Estado, que decidió llevar al calabozo a toda persona que llegara a esos predios a preguntar por el rapero. Los artistas lo hicieron durante tres días seguidos y terminaron detenidos durante largas horas esos tres días. Los artistas abortaron la idea de ir a reclamar a la estación policial y se dispusieron a leer poesía en la vía pública, de donde también fueron sacados a la fuerza. No tuvieron otra opción que apertrecharse en la sede del Movimiento San Isidro, aquella casa que Luis Manuel Otero le había dicho a Afrik3 que había comprado, para desde allí presionar al Gobierno con una huelga de hambre y sed.

Una semana duró el plantón. La noche que el régimen decidió acabar con la protesta pacífica, cortó el internet en todo el país para que no salieran a la luz las imágenes de la detención y, con agentes policiales disfrazados de médicos, penetró en la casa de Luis Manuel para sacar a las catorce personas que allí estaban bajo la justificación de una posible propagación de un caso de coronavirus. Un día después del desalojo, cientos de jóvenes —la mayoría artistas— se presentaron en las inmediaciones del Ministerio de Cultura para exigirle al Gobierno el cese de la represión contra el Movimiento San Isidro y los artistas contestatarios, libertad artística y el inicio de un diálogo con la sociedad civil que sirviera de vehículo para cambiar el *statu quo* de la nación. Un diálogo que nunca llegó a concretarse, aunque luego los manifestantes de esa protesta fundaron el Movimiento 27N, cuyas acciones están dirigidas esencialmente a «tener derecho a los derechos en Cuba».

Lo que sí se concretó fue una colaboración entre músicos urbanos del exilio y miembros del Movimiento San Isidro que crearon «Patria y vida» un tema que aboga por el fin de la dictadura cubana y que tiene la intención de subvertir la histórica frase «Patria o muerte» de Fidel Castro. La canción rápidamente se convirtió en el himno del cambio para el nuevo país por el que los jóvenes luchan y su impronta fue tan notoria que el régimen cubano decidió censurarla de los medios de comunicación. En Twitter, varios funcionarios del Gobierno profirieron ofensas a los músicos. Mientras, en las calles, las fuerzas policiales emprendieron una cacería ciudadana: quien

pusiera el tema en su casa, en un auto, en un bicitaxi o donde fuese, era detenido.

Además de Maykel Osorbo y el Funky, raperos del Movimiento San Isidro que intervienen en «Patria y vida», Luis Manuel Otero también aparece en el videoclip oficial de la canción que en tan solo tres días alcanzó un millón de reproducciones en YouTube. La repercusión internacional de «Patria y vida» fue el último golpe que el régimen cubano decidió aceptar de parte del Movimiento San Isidro. Meses después, la mayoría de sus integrantes o están presos en sus domicilios bajo medidas cautelares, o están encarcelados en prisiones de máxima seguridad bajo cargos judiciales construidos o han escapado al exilio. Afrik3 Reina es una de las pocas integrantes del Movimiento San Isidro que sigue en Cuba y camina libre por las calles de la isla. Si es que a su condición se le puede llamar libertad.

*

Afrik3 Reina nació en Madruga, el último pueblo de la provincia de Mayabeque, un municipio que se caracteriza por su fuerte tradición en las religiones yoruba y palo monte. A sus siete años perdió lo que ella considera su primera fe en la vida: su abuela.

La abuela de Afrik3 era una espiritista hija de la deidad Obatalá. La señora llevaba a su nieta a todas las ceremonias a las que asistía. Aunque Afrik3 era una niña y no tenía conciencia de a dónde acudían, inevitablemente todos aquellos cantos, rezos y bailes que allí se producían se le grabaron para siempre.

La abuela de Afrik3 falleció de un cáncer de estómago y a la niña y a su hermanito, de cuatro meses, los llevaron a pasar esa noche en casa de unos vecinos, porque su familia tiene la tradición de velar a los muertos en casa. Pero Afrik3 quiso despedirse de su abuela con un besito en la mejilla y cuando la dejaron asomarse en el ataúd, la vio como si fuera una reina: «Estaba vestida con un traje hermoso blanco y con una corona». Afrik3 no sabía que a los religiosos africanos los entierran con los trajes de sus santos.

«A partir de ahí me empiezan a pasar cosas de madrugada. Lo primero fue que mi hermano comenzó a gritar cuando dormía. Eran gritos que daban miedo. Mi hermano era la última obsesión de mi abuela. Entonces, empecé

a caminar con los ojos cerrados porque no me gustaba lo que veía», dice.

Lo que veía Afrik3 era un toro negro de ojos rojos, con grilletes y cadenas en las patas. Un toro que hacía un ruido tremendo porque intentaba zafarse de aquel herraje que lo ataba. Y, por eso, desde que la tarde en Madruga comenzaba a esconderse, la niña Afrik3 no quería estar en su casa. Ella y sus padres vivían en una casa colonial, alargada, donde los bombillos de luz eran amarillos. En todo el barrio solo había un hogar que tenía bombillos de luz fría y ese era el lugar donde Afrik3 prefería estar por temor a la penumbra. Cuando estaba en su cuarto para dormir, saltaba de la cama para caer cerca de la puerta porque sentía que debajo de su colchón había algo que quería atraparla. Toda la madrugaba se la pasaba aguantando las ganas de ir al baño. Nada más asomaba el primer rayito de sol, corría a hacer sus necesidades.

«Estuve dos años así, hasta que hicieron una misa en la casa cuando tenía nueve años. En la misa vino el espíritu de mi abuela y me dijo que no tuviera miedo, porque cuando sintiera alguna sensación cerca de mí o en el pelo, era ella la que estaba ahí. Además, me explicó que el toro que veía era un fundamento de más de cien años que estaba desatendido en mi casa. Un fundamento o ganga es un caldero de la religión palo monte donde hay vibraciones materiales y espirituales. Tiene desde palos del monte hasta huesos de personas o animales, todo eso hace una vibración de energías relacionadas con el agua, el hierro o el fuego», cuenta.

La primera vez que Afrik3 se acercó al arte fue estando en la secundaria básica. En ese momento, se integró a un grupo de muchachos que consumían rap norteamericano y que se hacían llamar «moñeros». El grupo logró que en una galería de arte de la comunidad le abrieran un espacio dos veces al mes para que allí escucharan ese género musical y además mostraran las coreografías que veían en las películas norteamericanas y que luego estudiaban y montaban. En ese grupo escuchó por primera vez rap cubano.

«Mi abuela quería que yo fuera artista y yo quería ser cantante. Mi padre era percusionista de un grupo aficionado y andaba con él en sus conciertos, me subía al escenario. Mis profesores y mi papá querían que hiciera las pruebas para ingresar en la escuela vocacional, pero yo quería irme a una escuela de arte. El día que tenía que examinar Historia era el mismo día que eran las pruebas para la escuela de instructores de arte, a donde fui. Fue la

primera vez que enfrenté la ley y cuando regresé y le conté a mi padre, la gritería fue tremenda», cuenta Afrik3.

«No vas a ir a la vocacional, pero tampoco vas a estudiar arte», dijo el padre de manera descompuesta y envió a su hija a un preuniversitario convencional. En esa escuela Afrik3 estuvo un mes y entró en una depresión profunda: llegaba a su dormitorio y regalaba toda la comida que traía de casa para la semana; no comía absolutamente nada, lo que le provocaba vómitos continuos. Adelgazó de una manera antinatural y la menstruación se le dislocó. Al ver el estado de su hija, el padre decidió llevarla a matricular a la escuela de instructores de arte.

Las escuelas de instructores de arte formaron parte de la «Batalla de ideas», un proyecto ideado por Fidel Castro a inicios de este siglo que contemplaba más de 200 programas educativos y patrióticos. La intención de Castro era venderle la imagen al mundo de las capacidades de los cubanos pese a sufrir «las amenazas del Gobierno de los Estados Unidos». Muchos de esos programas apuntaban a construir números y no a un efecto real en la población. Números para vender, números para maquillar la realidad de la isla, números para engordar la Cuba ficticia. Por ejemplo, en el caso de los instructores de arte, Fidel Castro mencionaba con autosuficiencia todo el tiempo en sus discursos la cantidad y calidad de graduados anuales de esas escuelas, que salían de las aulas directos a las comunidades a enseñar arte. Pero Castro olvidaba aclarar lo que verdaderamente motivaba a esos jóvenes volverse «instructores de arte».

«Mucha gente entraba sin vocación y lo hacía porque estar allí les garantizaban a los hombres que le acortaran el servicio militar obligatorio. Además, no se daban las ciencias como asignaturas. Y lo más importante era que por graduarte te ofrecían la carrera universitaria de Humanidades que quisieras sin ni siquiera hacer pruebas de ingreso», cuenta Afrik3, quien sí accedió a la escuela por vocación y no por beneficiarse. De allí salió especializada en canto coral y en enseñanza especial. Luego la ubicaron a trabajar en una escuela en El límite, un pueblo intrincado que se ubica entre las provincias de Mayabeque y Matanzas.

Era una escuela de enseñanza especial donde había unos cuarenta alumnos que podían tener desde cinco años hasta veinte. «Fue una experiencia difícil porque las escuelas especiales en Cuba son mixtas y la enseñanza no está parcializada. Se aplican herramientas generales, lo mismo para síndromes

de Down, autistas, que niños con retardo grave y moderado. Los agrupaban por edad y no por sus características. En las clases de canto tenía que improvisar con palos, cajas, porque no había instrumentos para ellos. Cuando nos graduábamos de la escuela, lo que nos daban para trabajar era una grabadora y una memoria flash», dice.

Tras pasar dos años en esa escuela como profesora, a Afrik3 la seleccionaron presidenta de todas las brigadas de instructores de arte en su provincia, un ascenso que la llevaría a enfrentarse con quienes determinaban el objeto social de esas brigadas en el territorio: los dirigentes de la Unión de Jóvenes Comunista (UJC). Afrik3 defendía la idea de que los instructores estaban para enseñar arte y no para hacer política, y la UJC quería que los instructores de arte fueran quienes montaran la parte artística de los actos políticos del Gobierno de Mayabeque. Esa posición de enfrentamiento hizo que a Afrik3 la expulsaran de su puesto laboral. Decidió entonces irse a dar clases de Historia del Arte en la Universidad de San José de las Lajas y a una primaria.

*

Su expulsión de las brigadas de instructores de arte le confirmó a Afrik3 Reina que la única manera de sobrevivir en Cuba es acatando las órdenes del poder. Aquel percance le dio fuerzas para lanzarse a la aventura que siempre había soñado: vivir en La Habana. Encontró un trabajo como profesora de canto en una compañía lírica y se mudó a casa de una prima, que la acogió por un tiempo.

Comenzó a salir para conocer la ciudad. Pronto descubrió que en la noche la avenida de los Presidentes del barrio del Vedado se repletaba de jóvenes que iban allí a sentarse en el césped a cantar, a beber, a drogarse. Esa era una Habana que nunca imaginó encontrar. Se introdujo en ella. Poco a poco fue haciendo amigos y terminó siendo uno de los personajes más pintoresco de esa Habana oculta.

«Yo era la negra sensual con *dreadlocks* que fumaba tabaco y recitaba poesía de noche en esa calle donde iba toda la juventud. En esos intentos de rap que hacía, como no tenía música detrás que me acompañara, me ponía a jugar con la cadencia. Y eso se parece al *spoken word*. Pero yo no sabía lo

que estaba haciendo», dice.

Alguien de toda esa multitud que rodeaba a Afrik3 mientras rapeaba en las noches le dijo a Queen Nzinga Maxwell que había visto a la mujer que ella buscaba. Nzinga es una artista visual y de *spoken word* de Costa Rica que estaba en ese momento organizando en la isla «Vientre evolución», un festival artístico que incluía a Chucho Valdés y otras reconocidas personalidades de la cultura cubana. Sin embargo, para la parte poética, Nzinga no había encontrado a alguien que le gustara realmente, de ahí que fuese a conocer a Afrik3.

«Vientre evolución» era una idea para celebrar el Día de la Mujer Afrodescendiente. Nzinga tenía previsto una peregrinación en Cuba de familias negras con conciencia afrodiaspórica, una exposición de instrumentos musicales africanos y grabar un disco de *spoken word* en tiempo real.

Después de verla en acción, Nzinga tuvo claro que Afrik3 era quien ella buscaba para el disco de *spoken word*. «Queen me dijo que yo no sabía qué era el *spoken*, pero que podía hacerlo porque es justo lo que yo hacía. Antes que llegara el festival, empezamos a tener unos talleres donde ella me pasaba información y donde yo ensayaba. Al final tuvimos que parar porque el Gobierno generó toda una paranoia alrededor de Queen y suspendió el festival. Era porque ella era una presa política costarricense que en su momento había formado parte de un movimiento similar al de las Panteras Negras», dice.

Aunque no pudieron materializar sus planes, la amistad entre las dos artistas quedó. E incluso fue Nzinga quien bautizó el nombre artístico de Afrik3: «A mí me llamaban África en la calle por cómo me vestía: llevaba *dreads* y ropa ancha de colores. Queen me explicó que, en el continente africano, muchas mujeres les ponen el nombre África a sus hijas para darles fuerza y espiritualidad. Entonces era una buena idea agregarle al mío la palabra *reina*. Lo hicimos poniéndolo al revés: para que el reinado sea del continente, no de mi persona. El 3 que le añadimos es porque para los antiguos egipcios eso significa esencia espiritual».

Como mismo Nzinga incursiona en el arte menstrual, desde que la conoció Afrik3 Reina también comenzó a hacerlo. Sobre esa faceta dice: «Forma parte de la reconciliación con el yo femenino, con mi afrodescendencia. Porque las mujeres de la África ancestral se juntaban en sus chozas durante

sus períodos de menstruación para celebrar la menarquia de las niñas. Generaban todo un acontecimiento festivo y divino sobre la menstruación. Sangraban sobre la tierra y hacían obras de augurios para la buena reproducción de las mujeres. Era como un instrumento divino que con la intervención colonialista se demonizó».

El descubrimiento de esos nuevos horizontes en los que se fue adentrando en La Habana y en el arte la hicieron reparar en algo en lo que en Madruga, su pueblo natal con tradición africana, no existía: el racismo. A Afrik3 le empezó a pasar con frecuencia que estaba reunida con amigos y la gente pensaba que ella, por cómo vestía, no era cubana. Entonces si venía la policía, a sus amigos negros les pedían sus documentos de identificación en la vía pública en señal de que podían ser potenciales delincuentes. A ella la exoneraban del trámite. En bares, discotecas o fiestas, la gente se le acercaba con la intención de «jinetearle», el término que se utiliza en Cuba en la calle para la prostitución y el proxenetismo.

Esas escenas incómodas le despertaron la necesidad de volverse una activista racial. Condenar esas prácticas desagradables, más allá de escribirlas en un poema o rapearlas en una canción, pasó a ser su prioridad. Se fue entonces a Cayo hueso, un barrio pobre de Centro Habana, y fundó «Puentes de Sol», un proyecto para enseñarles a niños de primaria a incursionar en el *spoken word* a través de un taller teórico que trabajaba la expresión corporal y la creación literaria. El espacio se basaba en una sola idea: sean libres con su cuerpo y jueguen con la poesía. Casi todos los niños eran negros. Niños que tenían como costumbre merodear el callejón de Hamel, un sitio afroturístico, para pedirles dinero o lo que fuese a los extranjeros. Amén de intentar darles herramientas artísticas a esos niños para que salieran de sus vidas calamitosas, lo que Afrik3 verdaderamente pretendía era inyectarles con el *spoken word* una dosis de emancipación.

«El miedo que tiene la gente a expresarse, a luchar por una causa, la gente negra lo tiene triple en Cuba. Porque tienen miedo a perder, porque históricamente nos han puesto a perder y les han metido en la cabeza que deben su existencia a la Revolución y, por tanto, deben asumir una posición de agradecimiento y de silencio como si no fueran parte de la cultura, del país. Todo el tiempo hay un pensamiento colonizador en el comportamiento del Gobierno», dice Afrik3 Reina.

*

Luis Manuel Otero quiso celebrarle en abril de 2021 el cumpleaños a un niño pobre del barrio de San Isidro. Ese niño es como su hijo adoptivo, porque no tiene padre y su madre tiene tres hijos más a los que logra mantener con un esfuerzo encomiable. Al artista se le ocurrió que, tomando ya como motivo el cumpleaños del niño, el Movimiento San Isidro podía aprovechar la ocasión para hacer un cumpleaños colectivo en el barrio y regalarle golosinas, libros de cuentos, crayolas y juguetes al resto de los niños del vecindario, que en su mayoría no tienen cómo acceder a esas cosas.

Tres días antes del cumpleaños, los medios de comunicación oficiales cubanos comenzaron una campaña mediática, a partir de que la Seguridad del Estado interviniera de manera ilegal las comunicaciones de los integrantes del Movimiento San Isidro para sembrar la matriz de opinión en la población de que «los artistas mercenarios» pretendían apoderarse del 4 de abril, fecha que en la isla se celebra el Día de los Pioneros. Además, aseveraron que todos los juguetes y dulces que regalarían a los niños del barrio habían sido comprados con dinero de organizaciones norteamericanas que buscan «derrocar a la Revolución».

Antes que llegara la fecha, el régimen decidió organizar una feria popular en San Isidro para «demostrar su preocupación por los que ahí viven». Luis Manuel Otero salió a transmitir en vivo en Facebook el performance del Gobierno cubano. Solo se detuvo delante de un estante de libros y varios agentes lo atacaron por la espalda y se lo llevaron esposado. Su casa quedó abierta y fueron unos vecinos quienes tuvieron que cerrarla. Minutos después de la detención arbitraria, Afrik3 Reina llegó al barrio y retomó la trasmisión de Otero. En las imágenes se ve a todos los niños del barrio en las puertas de sus casas acompañados de sus padres, mirando a niños desconocidos que jugaban y comían en la calle. Los niños desconocidos eran los hijos de los agentes de la Seguridad del Estado, que los habían llevado como parte del circo. Luis Manuel estuvo casi un día entero detenido en un calabozo.

Cuando llegó el día del cumpleaños colectivo, las inmediaciones de la

sede del Movimiento San Isidro estaban militarizadas. Agentes vestidos de civil impedían que los niños del barrio llegaran a casa de Luis Manuel. Sabiendo que el régimen no iba a permitir que llevaran a cabo el cumpleaños, el artista y un payaso salieron de su casa con jabas de caramelos y libros para al menos tirárselos desde lejos y por encima del cerco policial a los niños. Los agentes cargaron por los aires a Otero y al payaso y se los llevaron detenidos.

El resto de los integrantes del Movimiento decidió de manera clandestina hacer llegar todo lo que tenían preparado a los niños del barrio, pero la Seguridad del Estado fue casa por casa y decomisó todas las «mercenarias» golosinas, libros y juguetes.

A partir de ese día, la Seguridad del Estado dejó militarizado el barrio de San Isidro, pues se avecinaba el octavo congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC) —único partido admitido por ley en el país—, donde Miguel Díaz-Canel relevó a Raúl Castro como el número uno del régimen. Una sucesión teórica, pues el propio Díaz-Canel, en su primer discurso como primer secretario del PCC, reconoció que le iba a consultar a Castro todas las principales estrategias del país.

Veintidós días consecutivos estuvo sitiada la sede del Movimiento San Isidro. Todo ese tiempo, la única compañía que tuvo Luis Manuel Otero en su casa fue Afrik3 Reina. «Iba todos los días a verlo. Él tenía un desgaste significativo. Anímicamente estaba quebrado, él necesita de la interacción, estar en la calle. Al principio lo canalizó en el arte y pudo crear algunas obras, pero ya luego no pudo seguir. Entonces me dijo que era el momento del garrote vil, una obra que tenía en mente desde hace mucho tiempo», cuenta Afrik3.

La obra consistía en estar sentado en un garrote vil ocho horas diarias durante cinco días para exhortar al régimen cubano que llegara al lugar a terminar de ajusticiar definitivamente al artista. Durante esos días las puertas y ventanas de la casa se iban a mantener abiertas en una señal de invitación. La obra transcurriría justo en los días en los que se celebraba el congreso del PCC.

«Era el primer día del congreso y el primer día de la obra. Después que terminamos el performance, pusimos música para relajar. Los agentes que nos tenían rodeados pusieron un bafle con música política altísima desde la esquina. Luis salió a la calle y empezó a bailar con la música de ellos.

Cuando entró, dos oficiales fueron a la casa en plan conciliador para saber si ya habíamos terminado o íbamos a seguir con la obra ese día. Se fueron y yo me puse a cocinar. Luis siguió en la puerta vigilándolos porque olía que iba a pasar algo. De pronto, vi a Luis correr hacia adentro a buscar su teléfono y supe que venían por nosotros», cuenta Afrik3.

Solo para inmovilizar a Luis Manuel Otero entraron siete agentes que lo golpearon hasta tenerlo en el piso con las manos detrás y esposadas. Encima de Afrik3 Reina fueron dos mujeres y un hombre que la vio tratando de filmar la escena y le arrancó su teléfono de sus manos, jorobándole la muñeca y uno de sus dedos. A ambos artistas los sacaron esposados, sin mascarillas y descalzos. Afuera los montaron en patrullas policiales separadas mientras una multitud de agentes vestidos de civil gritaba a toda garganta las consignas de siempre: «¡Viva la Revolución! ¡Viva Fidel! ¡Patria o muerte!». El fogón de la casa se quedó prendido con la cazuela de pollo con vegetales que estaba cocinando Afrik3.

A Afrik3 la trasladaron a la unidad policial del municipio Cerro. Descalza y sin mascarilla —la pandemia estaba en su peor momento—, la colocaron en un salón apagado. Al rato, un policía prendió la luz, la saludó y se sentó a unos metros de ella a leer una libreta. Descubrió que la pared estaba adornada con cuadros que portaban los rostros de los hermanos Castro y el resto de la cúpula militar del país. Al salón continuaron entrando policías que la seguían saludando como si la conocieran y que la miraban con cara de que era una irresponsable por no llevar mascarilla. Hasta que entró el jefe de la unidad y la sacó de aquella reunión policial que estaba por comenzar donde ella no pintaba nada.

«Me sentaron varias horas sola en un pasillo. Las tres veces que he estado en esa estación, lo mínimo que he estado son ocho horas y nunca me han preguntado si quiero ir al baño. Después me llevaron a interrogatorio. Había dos cámaras y un micrófono. Me trajeron mi teléfono para que les diera la contraseña y me negué. Empezaron, como siempre, a amenazarme con mi hijo. De allí me llevaron hasta mi casa en condición de prisión domiciliaria. Como si yo fuera Bin Laden, me trasladaron en una patrulla que a su vez custodiaban tres motos. Se quedaron debajo del balcón ocho días vigilándome», dice.

Al otro día, Luis Manuel Otero, a quien también habían liberado, le contó por teléfono que se habían llevado de la sede del Movimiento San Isidro

todas las obras que había creado durante los días de encierro. Además, la cocina estaba carbonizada porque la cazuela con el pollo cogió fuego y de milagro la casa entera no se incendió. Y, por ello, comenzaría a salir a la calle para reclamar la devolución de sus obras.

Pero cada vez que Luis Manuel intentó poner un pie fuera de su vivienda, los agentes que custodiaban sus inmediaciones lo apresaron. La situación se volvió un *loop* por casi una semana: el artista salía de su hogar, era detenido y luego liberado casi un día después. Hasta que el líder del Movimiento San Isidro decidió emprender una nueva huelga de hambre y sed que llegó hasta los siete días.

Al igual que ocurrió la vez anterior, la Seguridad del Estado irrumpió en su domicilio y se llevó al artista por la fuerza hacia un hospital donde lo mantuvieron incomunicado y apresado un mes.

*

«Lloro cada vez que tengo que irme de un lugar a otro. Cuando el niño me ve así, me pasa la mano por la cara y me sonríe. Con alegría, él siempre les dice adiós a cada casa que dejamos, a los vecinos, como queriéndome decir: "La casa verdadera somos nosotros dos, no esa". Tiene tres años y no habla. Eso tiene que ver con todo lo que hemos vivido», confiesa Afrik3, a la espera del *crowdfunding* que sus amigos gestaron para ayudarla desde el exilio.

Ahora su pelea se centra en intentar sacar a sus amigos y miembros del Movimiento San Isidro de prisión. Meses después que le dieran el «alta médica» a Luis Manuel Otero del hospital en que estuvo encerrado, en Cuba estallaron las mayores protestas antigobierno de las últimas seis décadas. Miles de ciudadanos en sesenta y dos lugares del país salieron a las calles a pedir el fin de la dictadura. El régimen respondió con violencia y dejó un saldo de más de 1400 personas encarceladas. Entre ellas se encuentra el artista. Antes del estallido social, el rapero Maykel Osorbo había sido apresado mientras almorzaba en su casa. Ambos están en prisiones de máxima seguridad.

La última de las obras de Afrik3 Reina son unos videoartes en los que le canta a sus deidades yorubas pidiéndoles piedad por Cuba. Los cantos son

un rezo por los presos políticos, un llamado a la compasión, a la paz entre los cubanos. La serie se titula *Manos de bruja* y sobre uno de ellos dice Afrik3: «La magia no es posible frenarla, la luz no se tapa, la palabra no se ata y el universo es cómplice fiel de lo próspero y justo siempre».

LA PELEA IMPOSIBLE DE NAMIBIA FLORES

Los miedos son tigres de papel.
Amelia Earhart

Su vida ha sido un combate contra su sombra, a la que no ha podido derrotar. A sus cuarenta y cinco años, en la sala de la casa que renta en el barrio Miramar en La Habana, le lanza golpes rectos a su imagen en el espejo. Sus brazos parecen impulsados por un resorte. Quien ve la sinergia del movimiento, la belleza efímera del acto, tiene claro que caería tumbado al suelo si llegara a recibir un impacto de esa índole. Golpes mortales, pero sin oponentes.

El espejo está ubicado a la salida de la cocina, en el comedor. Es un espacio amplio donde no hay ni un solo mueble. Un espacio que Namibia, en su imaginación, ve como un cuadrilátero de boxeo con cuerdas azules y rojas, un lugar al que entra para soltar estrés, remordimientos, angustia.

Namibia Flores sube la guardia ante su imagen, la mira con cara de rival, mueve sus pies con ritmo sincopado para intentar engañar al cuerpo de enfrente con un amague, con un ademán. Suelta una combinación de izquierda, derecha, izquierda, derecha, buscando ahuyentar el reflejo de su rostro, pero, por más que se esfuerza en que la ejecución de sus golpes sea explosiva para vencer a su némesis, su imagen sigue intacta.

El cuerpo de Namibia Flores parece tallado en mármol. De su piel negra resalta cada músculo, cada curvatura que le da molde a sus más de treinta tatuajes. Es una especie de escultura romana que se burla del paso del tiempo. Aunque ya no entrene a diario, porque se vio obligada a bajar del ring sin haber subido nunca de manera oficial, su figura, una mole compacta, es la definición de portento físico pese a su metro con sesenta centímetros de estatura.

A Namibia Flores no la derrotaron por puntos o por *knockout*. No tuvo una lesión grave que la sacara del deporte. Su entrenador no tiró la toalla desde la esquina en medio de una pelea. Namibia Flores nunca subió a un cuadrilátero de boxeo en combate oficial porque en Cuba, un país que ha

ganado cuarenta y una medallas de oro en los Juegos Olímpicos y otras ochenta en campeonatos mundiales en este deporte, solo los hombres pueden boxear.

En sus años como atleta entrenó día y noche añorando el derribo de ese muro de injusticia. Ser mujer fue la única razón por la que no alcanzó su sueño, un sueño que es un derecho en casi el mundo entero. La suya fue también una batalla contra el tiempo, que a la larga terminó perdiendo, porque la Asociación Internacional de Boxeo (AIBA), por la que se rige la Federación Cubana de Boxeo (FCB), solo permite el boxeo amateur hasta los cuarenta años.

*

En Cuba muchas mujeres boxean en los gimnasios, en las plazas públicas donde se hace ejercicio al aire libre, en sus casas, pero la inmensa mayoría lo hacen con el fin de ejercitarse, no de competir. El boxeo como método, no como realización. El boxeo para sudar, para bajar o mantener el peso, para drenar el estrés del día a día. Porque el boxeo es el único deporte en la isla que las mujeres tienen prohibido como práctica deportiva oficial.

La única mujer cubana viva que ha logrado boxear en la isla de manera oficial tiene 102 años. Su nombre es Felicia Mesa y vive en Sagua la Grande, un pueblo de Villa Clara. Felicia, en la década del cincuenta del pasado siglo, llegó a combatir unas quince veces en el boxeo profesional de la Cuba anterior al castrismo. Pero una vez que Fidel Castro llegó al poder e instauró su régimen dictatorial en 1959, desterró al deporte profesional del país. ¿El motivo? Castro veía como un peligro para su «Revolución» todo lo que oliera a mercado, a dinero, a negocio. De esa manera, Felicia Mesa y el resto de las boxeadoras cubanas de la época, así como el resto de los deportistas profesionales, no pudieron seguir con sus carreras en la isla. Muchos atletas se largaron de Cuba tras su sueño; otros se quedaron, pero pasaron al amateurismo. Felicia, en cambio, se dedicó a la agricultura.

El amateurismo se convirtió así en un particular régimen dictatorial dentro del castrismo. Desde ese entonces y hasta hoy, los atletas de la isla no tienen libertad para afiliarse a organizaciones deportivas foráneas, pues por ley solo pueden formar parte de las federaciones del país y se subordinan a

todas sus decisiones. Es decir, su talento y sus carreras pertenecen al Gobierno. Es por eso que si un deportista cubano, por su cuenta, firma un contrato en el extranjero, de manera inmediata deja de ser parte de la selección nacional y de los campeonatos de Cuba. Como si al mexicano Héctor Herrera jugar en el Atlético de Madrid de España le impidiera por *default* ser parte del equipo de México y volver a jugar en la liga mexicana.

Otro punto que define al deporte cubano es el salario de los atletas, pues se inscribe dentro de la lógica del sistema político, donde no existe la publicidad ni la propaganda. Por tanto, está estipulado que los deportistas de más alto rango, los campeones olímpicos, ganan al mes alrededor de 5590 pesos cubanos —80 dólares—. Partiendo de esa cifra, quienes no estén jubilados y hayan ganado más de una medalla cobran un poco más por cada presea. La de oro equivale a 2500 pesos —35 dólares—, la de plata a 1650 —23 dólares— y la de bronce a 1250 —17 dólares—. En resumen, lo que gana un campeón olímpico cubano al mes alcanza para poco más que mal comer y mal asearse. Si el boxeo femenino estuviera permitido, por pertenecer a la preselección nacional, Namibia Flores ganaría mucho menos que eso: unos 3725 pesos —53 dólares— por treinta días de esfuerzo ininterrumpido.

La Federación de Mujeres Cubanas (FMC), una organización que creó en 1960 el castrismo para velar por los derechos de las féminas, estuvo dirigida durante varias décadas por la fallecida Vilma Espín, esposa de Raúl Castro. Es a ella, contradictoriamente, a quien todas las fuentes apuntan como la artífice de la prohibición que impide que las mujeres boxeen en Cuba, aunque hay que aclarar que no existe ninguna declaración pública de su parte al respecto.

De quienes sí hay declaraciones son de los principales entrenadores y federativos del boxeo en Cuba. Por ejemplo, Alberto Puig, presidente de la FCB, dijo en 2013: «Es un poco difícil ver a una mujer con los guantes de boxeo puestos. No las ubicamos hoy en día. Quizá cambiemos de opinión, lo estamos chequeando desde el punto de vista médico, psicológico». Unos años antes, José Barrientos, quien fuera en su momento presidente de la FCB, aseveró: «No tenemos intención en estos momentos de participar en ningún torneo internacional, porque consideramos esta modalidad no apropiada para las mujeres». Y en 2009, el prestigioso entrenador Pedro Roque afirmó: «Las mujeres cubanas son para mostrar la belleza de su

rostro, no para recibir golpes». Tres años después de su frase, Roque fue el entrenador principal del equipo femenino de Estados Unidos en los Juegos Olímpicos de Londres. Parece que salir de Cuba lo hizo cambiar de opinión. Abandonar su concepción machista y discriminatoria lo llevó a alcanzar, a través de su pupila Claressa Shields, el oro de los 75 kilogramos en la primera Olimpiada en que se permitió a las mujeres boxear. La medalla de Shields en 2012 hizo a Pedro Roque pasar a la historia del boxeo femenino.

Los argumentos por los cuales las cubanas no pueden boxear aún hoy de manera oficial son los mismos prejuicios que las mujeres de otras partes del mundo han tenido que derribar para poder subir a un cuadrilátero: que las mujeres son más débiles que los hombres y por tanto no están hechas para practicar un deporte tan agresivo, que a las mujeres hay que protegerlas porque sus órganos reproductores pueden dañarse y de esa manera queda comprometido el futuro de la humanidad, que las mujeres deben lucir todo el tiempo su belleza porque ese es su don y eso no es posible al vestir ancho, tener un corte de pelo corto, cicatrices en el rostro y los nudillos, pómulos, nariz y boca hinchados.

Desde el siglo XVIII las boxeadoras luchan contra esos estereotipos —y un montón más—machistas y sexistas. La historia del boxeo femenino recoge a la inglesa Elizabeth Wilkinson como una de sus pioneras. En la década de 1720, cuando se combatía a puño limpio y las reglas del boxeo eran bastante difusas, Wilkinson fue de las primeras en pasarle por encima a esas lógicas discriminatorias. En las Américas no fue hasta 1876 que dos mujeres, Nell Saunders y Rose Harland, cruzaron golpes. La pelea ocurrió en Estados Unidos, en la misma nación que ochenta años después transmitió por televisión el primer combate de boxeo entre mujeres.

Aquella pelea televisada motivó a muchas estadounidenses a boxear. Y entre 1975 y 1978 hubo una ola de solicitudes de licencia ante diferentes estados en su país, que por ley negaban la práctica del boxeo a las mujeres. Todas las solicitudes fueron denegadas, excepto las de Cathy Davis, Jackie Tonawanda y Marian Trimiar, que llevaron a juicio —del que salieron victoriosas— al estado de New York. A pesar de llamar la atención de la opinión pública, el juicio ganado por estas boxeadoras no significó que el resto de sus colegas pudieran boxear. Ante la persistencia de la prohibición, Marian Trimiar mantuvo una huelga de hambre de un mes en 1987 con el objetivo de reclamar iguales derechos que los hombres.

En 1992, tras ocho años de juicio contra el estado de Massachusetts, Gail Grandchamp también logró su derecho a boxear, aunque no pudo hacerlo, pues cuando llegó el veredicto ya tenía más de treinta y seis años, edad límite en esa época para los boxeadores amateurs. En 1993 ocurrió otro juicio favorable a las boxeadoras que hizo tambalear el *establishment*: Dallas Malloy, dieciséis años, consiguió que la Asociación de Boxeo Amateur de los Estados Unidos aceptara en todo el país a las mujeres boxeadoras.

Todos estos juicios sentaron las bases para que en 1996 se produjera lo que se conoce como el primer combate del boxeo femenino moderno: la pelea entre la estadounidense Christy Martin y la irlandesa Deidre Gogarty, celebrada en Estados Unidos. Ese mismo año, tras 116 años de prohibición, el Reino Unido derogó la ley que impedía a las mujeres boxear. Luego, poco a poco, el resto de los países fueron autorizando la práctica del boxeo femenino y surgió la Asociación Internacional de Boxeadoras (IFBA, por sus siglas en inglés), de la que Cuba aún no forma parte.

*

Namibia Flores dice que nació en los días en que el país con el que comparte nombre se erigió como una nación soberana. Se equivoca. Ella vino al mundo el 15 de febrero de 1976 y Namibia no se convirtió en un estado independiente hasta 1990, cuando logró expulsar definitivamente de sus tierras al *apartheid*. Su confusión viene de que un año antes de nacer, tropas militares cubanas viajaron a África a darles una mano a los países de ese continente que luchaban contra el *apartheid*. Fue por eso que los médicos que realizaron su parto en la provincia de Matanzas les sugirieron a sus padres el nombre de Namibia, que mencionaban todos los días y a toda hora en la radio y la televisión de Cuba y que les parecía bonito. Hasta ese momento, los padres no sabían cómo ponerle a la niña.

Namibia, un país de apenas dos millones de habitantes y 800.000 kilómetros cuadrados de superficie, es un territorio de extrema aridez. Sin embargo, sobre esa inmensa tierra desértica, la zona más seca de toda el África subsahariana, existe una increíble variedad de vida silvestre que reúne todas las especies de la fauna africana. Ahí la vida se sobrepone a la

aspereza del polvo, a la falta de agua, a la desolación que suponen los desiertos: justo como ha tenido que imponerse Namibia Flores ante las arremetidas de su convulsa vida.

Desde pequeña todo lo tuvo torcido. Sus padres mantenían una relación a distancia pese a tener incluso una hija anterior. La razón: el padre era un hombre blanco y un delincuente y la familia materna de Namibia Flores no lo aceptaba por ambas cosas. En 1980, el hombre fue uno de los más de 125.000 cubanos que se marcharon de Cuba vía marítima por el puerto El Mariel para llegar a Estados Unidos, en uno de los sucesos migratorios más emblemáticos del castrismo, un momento excepcional en el que los cubanos fueron libres de tirarse al mar para marcharse de la isla por el puerto. La decisión de Castro fue la respuesta a una crisis política que comenzó cuando varios cubanos secuestraron un ómnibus público y entraron por la fuerza a la Embajada de Perú en La Habana para pedir asilo político. Luego, miles de ciudadanos los imitaron y la sede diplomática decidió aceptarlos. Castro decidió dejar marchar «a todas las lacras sociales» y el padre de Namibia Flores no volvió a ver a sus hijas hasta 1999, cuando regresó a la isla en una visita relámpago de veintiún días.

«Mi niñez fue alocada, traumática», dice Namibia, que pasó por once escuelas primarias entre La Habana y Matanzas porque su madre «era muy promiscua» y a cada rato entablaba una relación con algún hombre y se iba a vivir con él. Las dos niñas viajaban con ella en esas frecuentes mudanzas junto con un tercer hijo que tuvo después en el solar de Las Margaritas de la barriada de Santos Suárez, donde vivió la célebre Celia Cruz y donde la familia pasó cerca de cinco años. En el cuartico pequeño y ruinoso en el que vivían, el padre del hermano menor de Namibia falleció al beber por equivocación una botella de alcohol puro pensando que era ron.

Namibia recuerda que vivir en aquel cuartucho era como no tener un techo encima, pues le entraba el agua cuando llovía; que eran pobres y pocas veces comieron chocolates, que mordían las velas de cera para simular que mascaban chicles. «Éramos como esos niños que uno ve detrás de las vidrieras de las tiendas», apunta. Recuerda también que cuando su madre no tenía pareja, dejaba a los tres hermanos encerrados en el cuartucho del solar para irse de fiesta. Y mientras la madre bailaba y bebía alcohol en cantidades industriales, los niños se enredaban a golpes para hacerse con la comida que ella les dejaba: una jarra de aluminio con agua con azúcar.

«Tengo una cicatriz en la cara porque mi hermano me golpeó con la jarra», dice Namibia y explica que, cuando su madre salía, su hermana mayor, que tenía en ese entonces unos siete años, Mabel, era quien se hacía cargo de Gilberto y de ella, que tenía tres años —uno más que su hermano—. «Mi madre tiene una especie de retraso, no llegó ni a primer grado en la escuela. No sabe leer ni escribir y quizás eso la hacía tomar esas decisiones», dice.

En uno de esos arranques furibundos, la madre de Namibia vendió el cuartucho del solar de Las Margaritas para irse con un hombre a Cárdenas, Matanzas. Esta vez solo se llevó consigo a la hija mayor, y Gilberto y Namibia se quedaron con su abuela, que vivía en el barrio de Luyanó. Aquella decisión haría que los niños, que ya vivían una vida descompuesta, entraran en un remolino aún más turbulento.

«En casa de mi abuela también vivían mis tíos, los cinco hermanos de mi mamá. Uno era enfermero, otro delincuente y siempre estaba preso, otro mecánico, otro militar y otro no hacía nada. Había dos cuartos. En uno dormía mi abuela sola. En el otro mi hermano y yo en una camita, un tío en otra cama y en el piso otro tío. Y en el comedor y en la sala dormían los otros dos sobre colchonetas», recuerda Namibia.

Cuando amanecía y los cinco tíos y la abuela se levantaban de sus colchones, la casa quedaba patas arriba: sábanas en el suelo y almohadas sobre los pocos muebles desordenados. Los dos niños eran obligados a poner en orden aquel reguero. Además, tenían que limpiar la casa, botar la basura del día anterior y fregar lo que hubiese sucio en la cocina. «Mi abuela nos decía que, si queríamos ver en la tarde los muñequitos en el televisor, teníamos que hacer todas las tareas de la casa», comparte.

La madre de Namibia y Gilberto no regresó hasta un año y medio después. Los niños ya habían empezado la escuela primaria y a Namibia, además de todas sus labores, le habían sumado la de lavar el uniforme escolar de su hermano y el suyo una vez llegaba de la escuela. Tenía seis años, y la abuela, cuando la niña estaba lavando a puños sus cosas, le traía también su ropa interior o el pulóver sudado de algún tío.

Cuando la madre regresó, los niños le contaron el infierno que estaban viviendo y ella decidió llevárselos a Cárdenas, pero a los tres meses retornaron porque su relación con aquel hombre se rompió. En total fueron once las veces que la mujer y los tres hijos se largaron y regresaron de Luyanó, el período entre segundo y quinto grado de primaria de Namibia

Flores.

La última de esas mudanzas fue la más traumática de todas. La mujer había iniciado un amorío con un hombre que vivía en el Oriente de la isla. Hasta allá el viaje con los hijos le salía muy costoso, por lo que decidió dejar temporalmente a los tres niños en casa de Maritza, una prima lejana de la familia que vivía en Cárdenas, mientras ella se iba sola a la aventura. Años atrás, Maritza había estado en prisión por pertenecer a la banda Los 46, que se dedicaba a asaltar personas en la provincia de Matanzas y que llegó a golpear hasta la muerte a varias de sus víctimas.

Cuando Namibia y sus dos hermanos llegaron de la mano de su madre a la que sería su nueva casa por un tiempo, la puerta estaba entreabierta. Desde afuera se escuchaban gritos, como si alguien estuviese peleando dentro. Nadie contestó al timbre, así que su madre empujó la puerta. El hijo de Maritza, con cara de pánico, corría dando gritos por toda la casa huyendo de su madre, que lo perseguía como una bestia lanzándole lo que encontraba por el camino.

Aquel pasaje pasó a ser el día a día de los niños durante el par de meses que duraron en aquel suplicio. Maritza los golpeaba por cualquier motivo: por ir a comprar pan y demorarse unos minutos de más, por hablar alto, por jugar dentro de la casa, por lo que fuese. Además, se regodeaba castigándolos y se esmeraba en hacerlos sufrir. «Nos hacía hincarnos en el piso con chapitas de botellas o granos de arroz debajo de cada rodilla, además de un ladrillo en cada mano que teníamos que mantener en el aire con los brazos estirados. Nos dejaba horas en el patio bajo un sol que derretía las piedras», cuenta Namibia.

Un día los sentó a los cuatro a la mesa y sirvió la comida. Les explicó que en el centro estaba la carne de cerdo para todos y que a cada uno le correspondían solo tres pedazos. Al rato Maritza regresó y notó que alguien había comido de más. Los levantó uno por uno de la mesa y los fue llevando a la cocina, donde les dio de tomar agua con sal hasta hacerlos vomitar para averiguar quién había desobedecido su orden.

Poco después de ese pasaje, Mabel, la hermana mayor, se enfermó de gastroenteritis y la ingresaron unos días en un hospital. Cuando le dieron el alta médica, Maritza fue a buscarla, pero la niña les dijo a los médicos que ella no tenía familia y que no sabía quién era esa mujer que decía ser su prima. Maritza se descompuso e, insultada, salió del hospital a buscar a

Namibia hasta su casa para demostrarles a los médicos que ella estaba a cargo de Mabel y sus hermanos. Ese lapso de tiempo le bastó a Mabel para decidirse a escapar.

Namibia llegó al hospital con Maritza. Caminaron hasta la sala donde estaba su hermana, pero esta las vio venir a lo lejos, las saludó con la mano y saltó por la ventana. Desde ese día, un hogar para menores sin amparo filial de Matanzas se hizo cargo de la niña hasta que tuvo dieciocho años.

Al enterarse del suceso, la abuela de los niños fue a visitarlos a Cárdenas. Ellos aprovecharon para implorarle que los regresara a La Habana. «Nos iban a matar a golpes. Era mejor estar lavando en La Habana que recibiendo golpes», dice Namibia.

De vuelta a Luyanó, Namibia Flores tuvo su primer contacto con el deporte. En la escuela en la que se matriculó había un equipo de baloncesto. El profesor de Educación Física se percató en las clases de que era rápida y explosiva y la captó. Esas horas que Namibia pasaba dribleando el balón en la cancha y lanzando al cesto eran sus horas predilectas. Un tiempo en el que lograba escapar de su propia vida y en el que sentía, por fin, que existían momentos alegres. «La escuela y el baloncesto eran mi refugio, respiraba paz porque estaba alejada de los problemas de la casa», dice.

En la casa de la abuela todo seguía igual: los niños al regresar de casa de Maritza tuvieron que encargarse de nuevo y de manera obligatoria de limpiar, fregar y lavar todo en el hogar mientras los cinco tíos seguían en lo suyo. En realidad, sí hubo algo que cambió. Ahora en las tardes, la abuela vendía panes y refrescos en la casa y les exigía a los dos hermanos que se fueran al cuarto y se mantuvieran encerrados para que no le perturbaran la venta. Pero uno de los tíos, el que no hacía nada, entraba al cuarto cada día con un pan y un refresco y hacía que los hermanos pelearan por la merienda. El hombre se entretenía viendo un combate infantil en el que no había un ganador hasta que el derrotado quedara desmayado o no pudiera levantarse del piso.

El tío militar se enteró de que Gilberto golpeaba a Namibia cada tarde, así que tomó la decisión de entrenar a su sobrina para que pudiera no solo defenderse, sino, sobre todas las cosas, merendar. «Fue él quien me enseñó artes marciales, pero lo hizo como mismo me obligaban a limpiar, a fregar, a lavar», dice Namibia.

El tío decía señalando su mano: «Lánzame una bandae[3] aquí». Y cuando

Namibia levantaba el pie por el costado para pegarle en la palma de la mano, su tío le barría el pie de apoyo y ella caía al suelo como un saco de papa sintiendo que su anatomía se hacía añicos. Luego el tío gritaba: «Dale, arriba, repite». Y ella se levantaba, pero pronto volvía a sentirse desvanecer. Con el tiempo fue poniendo cada vez más duro el pie de apoyo para no caer, porque cuando decía que no quería entrenar más, que no le gustaba aquello, el tío le insistía: «Tú sí quieres, sí te gusta».

Fue así que Namibia llegó a los deportes de combate, que años más tarde serían su pasión. Pero en ese instante era una niña a la que solo le interesaba jugar, distraerse, escapar del ambiente tóxico de su casa, aunque casi nunca lo lograba. «Mi hermano y yo nos poníamos a jugar pelota en el pasillo, pero había un vecino al que le molestábamos. Entonces le daba las quejas a mi tío el militar y este nos daba golpes con su zambrán. Atrás de mi tío venía mi abuela y nos daba otra tanda de golpes», dice.

Como la hermana mayor nunca más regresó, los dos hermanos intuían que estaba mejor que ellos y que la única manera de escapar de sus vidas era imitándola. Decidieron intentar llegar al hogar para menores sin amparo filial de Matanzas donde estaba Mabel. En varias ocasiones salieron de la casa y caminaron hacia el fondo del pasillo donde jugaban pelota, saltaron el muro y se subieron a varios ómnibus públicos hasta llegar al puerto de La Habana. Atravesaron la bahía de la ciudad en la lancha que enlaza La Habana Vieja con el poblado de Casablanca y se subieron al tren de Hershey que viaja hasta Matanzas, siempre entrando por las puertas traseras porque no tenían dinero.

Intentaron unas diez veces la travesía, pero llegaron a concretarla solamente dos. «Porque la policía nos cogía en el camino y nos preguntaba qué hacíamos dos niños solos y sin identificación viajando tan lejos. Después nos preguntaba dónde vivíamos y nos devolvían a la casa. Cuando mi abuela nos veía nos mandaba directamente a limpiar. Y si dejábamos sucio un rincón, nos partía en el hombro el palo de escoba y nos echaba agua en el piso para que empezáramos de nuevo», dice.

Las dos veces que lograron llegar al hogar de niños sin amparo filial, los directivos de la institución les dijeron que no podían quedarse allí porque ellos sí tenían familia; a Mabel, en su momento, le creyeron que no. En esas dos ocasiones los tres hermanos pudieron hablar un rato, pero luego Namibia y Gilberto tuvieron que volver.

*

La madre de Namibia Flores regresó cuando la niña ya estaba en séptimo grado. Bajó de un viejo carro americano sin un solo diente en la boca y con la cabeza atestada de rolos. «Vengo a buscarlos», les dijo. Al día siguiente viajaron por carretera hacia Manzanillo, donde la madre había pasado todo ese tiempo. En el camino se detuvieron en el hogar para niños sin amparo filial de Matanzas y recogieron a Mabel.

Los tres hermanos quedaron eclipsados al llegar al Oriente del país. Muy pocas veces habían ido a las playas de La Habana y ahora tenían una a pocas cuadras de la casa. Durante todo el primer mes faltaron a la escuela: amagaban con ir a estudiar, pero se iban a bañar. Gilberto, que era el promotor de las escapadas, fue enviado de regreso a la capital para ver si sus dos hermanas se componían sin su mala influencia. Pero unas semanas después, Namibia comenzó a extrañar demasiado a su hermano y decidió regresar con él. No le dijo a su madre que volvería a La Habana y tuvo que recorrer 753 kilómetros por carretera sin un solo centavo. Se trepó en decenas de camiones que la fueron transportando de provincia en provincia.

Al llegar a Luyanó le dieron la noticia de que a su hermano lo habían ingresado a una «escuela de conducta», un centro para niños con trastornos de comportamiento. Namibia combatió el dolor de estar lejos de Gilberto regresando al deporte. «Logré que me escogieran para el equipo de baloncesto del municipio. Pero solo podía ir a entrenar a escondidas de mi abuela, que seguía diciéndome: "El deporte tuyo es hacer las cosas de la casa". Por eso nunca fui a una competencia, porque era en un horario en el que estaba limpiando, fregando, lavando», dice Namibia.

Aunque perderse los partidos de baloncesto fue bien duro para ella, nada se compara con lo que sufrió cuando cumplió los quince años: «Lloré porque mi abuela quiso celebrarme una fiesta y me obligaron a ponerme un vestido de esos, me pintoretearon, me pusieron unos zapatos de tacones altos. Fue traumático porque nunca me gustó pintarme ni vestirme con vestidos porque siempre fui media machorra. Todo era una justificación para que mi familia tuviera una fiesta y así poder beber a sus anchas. La fiesta la hicieron en casa de una amiga de mi abuela y solo invitaron a tres

amigas mías. La mayoría de las personas eran mayores de edad que habían puesto dinero para la fiesta. Dinero que mis tíos y mi abuela utilizaron para emborracharse».

Mabel, la única de los tres hermanos que se quedó en Manzanillo, tuvo un hijo. Namibia y Gilberto decidieron viajar de nuevo a Oriente para conocer al bebé. Días después de llegar, los hermanos se pusieron a jugar dominó en el barrio con otros niños bajo la siguiente regla: quien perdía, tenía que tomarse un vaso de agua como castigo. Agua a la que Gilberto, escondiéndose de todos, le había echado picante.

«Esos guajiros nos querían matar. Mi hermano tuvo que esconderse en la casa una semana. Cuando salió, uno de los muchachos le dijo que tenía que fajarse. Me metí en el medio y le dije que él era el más pequeño, que se fajara conmigo», cuenta.

Namibia Flores terminó la pelea con el ojo hinchado de un piñazo. Un vecino que vio la escena, luego de separar a los adolescentes, le dijo que, si iba a ser así de valiente e impulsiva, tenía que aprender a defenderse. El hombre le aconsejó que fuera a un área deportiva cerca de su casa donde impartían clases de taekwondo. Asomarse al lugar le recordó a su tío el militar. Tres meses después era la mejor taekwondoca de Manzanillo en la división de los 51 kilogramos y la captaron para la Escuela Superior de Perfeccionamiento Atlético (ESPA) de la provincia Granma.

Pasaba toda la semana en la escuela en entrenamientos de alto rendimiento y su casa en Manzanillo solo la visitaba los fines de semana. Cuando salía de la escuela, sentía que la vida se le derrumbaba. El deporte era lo que la mantenía en pie, sin él, se desplomaba.

«Muchas veces en casa había poca comida y mi madre y mi padrastro me botaban para la calle porque yo les molestaba. Me iba a donde estaba mi hermana, que ya tenía un segundo hijo. La casa era de la familia de su marido y allí podía dormir en un sótano lleno de escombros. El marido de mi hermana una vez bajó al sótano e intentó abusar de mí, pero me hice la dormida. Cerré los ojos y no me resistí. Quizás por eso no me hizo nada al final y ni siquiera sé si se llegó a masturbar», dice Namibia.

Entonces, decidió quedarse en la escuela también los fines de semana hasta terminar la ESPA, pero descubrió que los custodios se metían en los albergues de los atletas para robar las pertenencias que encontraban a la mano y el lunes Namibia cargaba con una culpa que no le correspondía. No

quiso seguir viviendo en la escuela, mucho menos ser tratada como una ladrona. La única opción que tenía era regresar a La Habana, aunque implicara poner en riesgo su carrera como taekwondoca. Salir del circuito nacional de las ESPA significaba que no podría aspirar a uno de los cupos de la preselección nacional de taekwondo.

«Regresé a La Habana y estuve dos años vendiendo dulces para ganarme la vida», cuenta Namibia Flores, quien a sus veinte años ya era una deportista jubilada. Luego se propuso retornar al deporte como entrenadora. Comenzó a impartir clases a niños en un centro deportivo del barrio Santos Suárez. Sus buenos resultados hicieron que los directivos deportivos de la provincia la promovieran como entrenadora principal de taekwondo infantil de la Polivalente de San Isidro, en La Habana Vieja. Además, le dieron la oportunidad de estudiar la carrera de Cultura Física en la universidad como parte de un curso para trabajadores.

Al lado de la Polivalente está el gimnasio de boxeo Rafael Trejo, una instalación deportiva atrapada entre varias edificaciones ruinosas de La Habana Vieja, pero que ha logrado formar a decenas de campeones cubanos. Todos los días, cuando Namibia Flores llegaba para dar clases de taekwondo a sus alumnos, no podía evitar quedarse un rato en el gimnasio de al lado observando cómo niños, adolescentes, jóvenes y mayores movían sus pies como si estuvieran bailando al tiempo que soltaban sus brazos enguantados como látigos. Un día le preguntó a uno de los profesores si podía pegarle un rato al saco de boxeo. El profesor la miró con escepticismo y respondió: «Pero solo puedes usar los puños, no los pies». Era Naldo Mestre, su futuro entrenador.

A partir de ese instante, Namibia Flores quedó enamorada del boxeo, de ser arma y escudo a la vez, un estado que ella conocía muy bien por todo lo vivido. Saber que no existía otra mujer en Cuba que practicara el boxeo de manera oficial, lejos de disuadirla, se convirtió en una razón más para encauzar su rumbo. «Voy a entrenar hasta que me dejen ponerme los guantes y representar a Cuba», se dijo a sí misma.

Antes de las cinco de la tarde de todos los días, la hora en que llegaban sus alumnos de taekwondo, Namibia Flores le dedicó muchas horas a aprender las posturas y las técnicas básicas del boxeo en el Rafael Trejo. Cuando terminaba de entrenar, se ponía encima de su short y camiseta el dobok blanco y regresaba a la Polivalente con los niños, cosa que no le gustó a la

directora del lugar. La mujer decía que, si sus alumnos la veían en el boxeo, la iban a querer imitar y que, además, el boxeo no era cosa de mujeres. Le prohibió boxear si quería seguir como profesora de taekwondo. Namibia eligió los guantes y dejó para siempre el dobok.

Era 2006, tenía treinta años y ya llevaba tres meses entrenando boxeo, pero nunca había peleado. Al Rafael Trejo llegó una boxeadora holandesa que pasaría un tiempo en Cuba haciendo una base de entrenamiento. Naldo Mestre se estaba encargando de guiar a la holandesa, una rubia enorme con diez años de experiencia en los cuadriláteros de Europa. Mestre le preguntó a Namibia: «¿Te atreverías a combatir?». «Por supuesto», respondió.

Los primeros rounds Namibia atacó a la holandesa como una fiera herida. Estaba excitada. Descubrió que el esfuerzo no había sido en vano y que lo podía poner en práctica sin problemas frente a una boxeadora de nivel. Atacaba y atacaba sin detenerse. Era un tren hacia delante. Pero cuando pasaron esos primeros *impasses* y el combate empezó a estirarse, la holandesa pegó a Namibia contra las cuerdas con combinaciones de *jab*, *uppercut* y ganchos. Era como si la primera parte de la pelea le hubiese servido para calentar motores. La respuesta de la holandesa fue tan imponente que Naldo Mestre decidió parar la pelea de entrenamiento.

«*Amazing*», dijo la holandesa al terminar. Pero ni el entrenador ni Namibia hablaban inglés y no supieron qué quería decir aquella palabra. «Espero que no haya sido una ofensa», se dijo Namibia, que tiempo después supo el significado. Naldo Mestre quedó impresionado con su pupila. No es normal que un aprendiz de boxeo en su primer combate y contra alguien con experiencia se muestre de esa forma: sin miedo, hacia al frente.

Dos años después, Wu Ching-Kuo, presidente de la AIBA, visitó Cuba. Uno de los puntos que el federativo trató con sus homólogos cubanos fue la aprobación del boxeo femenino en la isla. Naldo Mestre imaginó que las presiones de Wu iban a abrirles las puertas a las mujeres y llamó por teléfono a Namibia para decirle que desde ese instante sería su entrenador personal.

El día siguiente ya estaban entrenando. Aún tenían mucho por mejorar si querían competir a nivel internacional: no cerrar los ojos, levantar siempre la guardia, erradicar los movimientos del pie delantero producto de tantos años en el taekwondo. Con ese plan en mente Namibia Flores tendría que comenzar a medirse ante hombres. No había mujeres en el país para

foguearse.

«Los *sparrings* con los hombres los sufría mucho. Cuando terminaba siempre pensaba que me habían roto una costilla», recuerda. En uno de esos combates tuvo que pelear ante las gradas del Rafael Trejo llenas de turistas chinos que estaban fotografiando el gimnasio: «Como era la única mujer entre tantos hombres, los turistas estaban enfocados en mí. Eso hizo que el muchacho con el que estaba combatiendo quisiera robarse las cámaras y me encerró en una esquina dándome fuerte. Sin darme cuenta, como aún tenía el taekwondo en la cabeza, hice un giro y le di una patada en la cara para defenderme». Los turistas chinos se rompieron las manos aplaudiendo la escena.

Llegaron los Juegos Olímpicos de Londres 2012 y por primera vez en la historia el Comité Olímpico Internacional (COI) permitió que las mujeres boxearan en una Olimpiada —los hombres lo hacían desde los juegos de San Luis Misuri en 1904—, pero las cubanas no asistieron a la cita. En la isla, pese a las presiones de la AIBA, las mujeres siguieron vetadas de su derecho a boxear. «No pierdas la fe», le dijo Naldo Mestre a Namibia Flores para que encarara el ciclo olímpico siguiente hacia Río de Janeiro 2016, pese a que no había ninguna certeza de que el Gobierno cubano levantara la prohibición.

«No dejan que las mujeres lo practiquen aquí, pero el Gobierno sí deja que atletas extranjeras vengan a hacer entrenamientos», dice Namibia, que vio desfilar por el Rafael Trejo a varias escuadras femeninas que venían, con anuencia del Gobierno, a beber de la prestigiosa escuela cubana de pugilismo. Para ingresar dinero a sus arcas, el castrismo se olvida hasta de sus prejuicios más fuertes.

Uno de esos equipos nacionales femeninos que vino a Cuba a entrenarse fue el de Indonesia. Eran cinco chicas y Naldo Mestre aprovechó la oportunidad para que Namibia pudiera medirse con mujeres. «El primer día que las vi, me puso a combatir con las cinco. Una detrás de la otra sin parar. Algunas eran de divisiones mayores a la mía. Estuve peleando como diez asaltos seguidos. Me machucaron», cuenta Namibia.

Al ver la calidad de Namibia Flores, el entrenador de las indonesias la invitó a unirse a sus entrenamientos y una de las chicas le dijo que se subiera al ómnibus con ellas y que las acompañara al hotel. Para ese entonces Namibia sabía comunicarse en inglés. En el camino, le entregó su

manilla de huésped para que pudiera entrar.

«Estuve un mes y medio allí con ellas. Solo iba a mi casa a buscar ropa. Nos levantaban a las 5:00 a. m. para salir a correr ocho kilómetros por la costa. Luego entrenábamos bien duro. Mi nivel subió, aunque los primeros quince días me los pasé con el ojo negro de tantos golpes. No podía bajar al comedor, para que los cubanos del hotel no me descubrieran, y las indonesias me subían la comida a la habitación. El día antes de irse me dijeron que siguiera así, que ellas habían visto a pocas boxeadoras como yo», recuerda.

Cuando Namibia Flores regresó a entrenar al gimnasio Rafael Trejo ya había otra mujer entre los hombres. No era cubana, sino estadounidense. Su nombre era Meg Smaker y había viajado a Cuba para aprender a boxear como los locales. Meg, una estudiante de Cine de la Universidad de Stanford, llevaba años practicando el boxeo en su país y quería perfeccionar su técnica. Inevitablemente, se hicieron amigas.

Antes de marcharse, tras pasar unos meses en la isla, Smaker le propuso algo a su nueva amiga: protagonizar el documental que le serviría como ejercicio final de su curso de Cine. Ella era la única mujer en Cuba que quería ser boxeadora aun cuando el Gobierno no se lo permitiera y esa era una buena historia para contar. Namibia Flores asintió.

Smaker hizo un corto documental de quince minutos y cuarenta segundos. Meses después, Namibia recibió un mail del festival de cine South by Southwest de Austin, Texas, en el que la invitaban a asistir al ser protagonista de una de las películas concursantes de la categoría de cortometraje documental.

«Fue la primera vez que salí de Cuba. En Austin nos quedamos en casa de unos amigos de Meg. Ella durmió en una cama y yo en el piso en un colchón inflable. Me dijo que durante el festival no podía hablar con ningún periodista ni con nadie que no fuera ella o su asistente. Después cambiamos de casa y me dejaron en un lugar apartado de la ciudad. A Meg solo la veía en las noches, cuando regresaba borracha del festival. Mientras, por el día, me dejaba en esa casa sola, donde no había teléfono y yo no tenía celular. Había televisor y una cafetera, pero yo no sabía cómo andar en ellas. De comer lo único que había era unos plátanos supergrandes que estaban encima de la mesa y que yo pensé que eran adornos, porque en Cuba en muchas casas los hay así, pero de plástico. No tenía ni cómo lavarme la

boca porque dejé mi cepillo en Cuba y no podía decírselo a Meg, porque apenas llegaba a la casa, se acostaba a dormir», dice Namibia.

Pasó cuatro días así, hasta que los padres de Meg Smaker fueron a visitar a su hija y se horrorizaron al verla en ese abandono y sin comer. «Me llevaron a un mercado para que comprara algo de comida, un teléfono, un cepillo de dientes, un abrigo», dice.

Una mañana salió a correr por las afueras de Austin. «Estaba tan estresada que corrí y corrí y corrí y, cuando viré, estaba perdida. Por suerte, logré reconocer unas casitas y una toalla que había en el piso, y, como Hansel y Gretel, pude encontrar el camino», dice.

Cuando logró regresar a casa, la estaban esperando Meg Smaker y sus padres porque faltaba media hora para la entrega de los premios, pero nadie le había avisado. Los Smaker le gritaban desesperados que se apurara, que se pusiera cualquier cosa encima. Namibia no pudo ni siquiera bañarse para quitarse el sudor y una hora después *Boxeadora*, la película sobre su vida, se alzó con el premio a mejor cortometraje documental del festival.

Salió del cine, se sentó sola en una escalera y recostó su cabeza en una baranda. Su rostro estaba en varios pósteres a la entrada de aquel cine. A unos metros, Meg Smaker hablaba con un grupo de personas. Entre ellos estaba el entrenador del equipo femenino de boxeo de los Estados Unidos, quien se acercó a hablarle y le propuso competir por su país en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro. Una propuesta que Namibia Flores rechazó: «En ese momento solo quería pelear por la bandera de Cuba».

La mañana siguiente, una amiga cubana residente en Miami le escribió para alertarla de que su nombre estaba saliendo en las noticias porque «una boxeadora cubana iba a competir por Estados Unidos».

«Empecé a tirarlo todo en la casa porque mi amiga me dijo que Meg estaba hablando mal del Gobierno de Cuba y eso podía hacer que no me dejaran entrar más a mi país. Pensé que no iba a volver a ver a mi familia. Estaba muy rabiosa y le dije a Meg que tenía que comprarme un boleto de vuelta en ese mismo momento», recuerda.

Pocas horas después, Namibia Flores estaba de vuelta en el gimnasio Rafael Trejo.

*

Faltaba un año para las Olimpiadas de Río de Janeiro 2016, la última oportunidad que tendría Namibia para subir a un ring olímpico. Justo ese año cumpliría cuarenta y la AIBA solo permite que los boxeadores amateurs peleen hasta esa edad. Su sueño de boxear y representar a Cuba seguía siendo una quimera. Increíblemente, las mujeres aún no eran consideradas aptas para practicar este deporte en la isla y el tiempo se le agotaba.

Cada segundo, cada día, cada semana que se esfumaba era un golpe irreparable para ella. Habían pasado diez años desde que comenzó esta travesía a contracorriente, diez años en un dique seco. Y diez años es demasiado tiempo para un deportista, el promedio de lo que duran los atletas de élite compitiendo. Un larguísimo período que Namibia pasó en posición de arranque, a la espera del disparo que le diera la señal para iniciar su carrera. Se sentía caminando por la cornisa de un barranco y le resultaba imposible no hacerse preguntas: ¿fue todo en vano?, ¿es tiempo de darse por vencida? Pero la respuesta a esas preguntas fue siempre la misma: «Este es mi sueño y quiero cumplirlo».

«¿Qué es la vida sin una obsesión?», dice Namibia Flores. Que lo haya apostado todo a algo sobre lo que no había ninguna certeza, basándose solo en su convicción, la define como persona. No se arrepiente de la década que pasó comiendo col por arroz para mantener sus sesenta kilogramos de peso, ni de salir a correr día tras día antes que saliera el sol, ni de vender dulces cada tarde después de los entrenamientos en el Rafael Trejo para tener con qué vivir. «Mientras haya tiempo, aunque sea un solo segundo, hay que pelear por los sueños. Eso me lo enseñó el boxeo. Las peleas no acaban hasta el último segundo del último asalto», repite Namibia como un mantra.

Cuando regresó de Estados Unidos, su entrenador Naldo Mestre le decía que ahora sí iban a aprobar que las mujeres pudieran boxear en Cuba, porque los directivos del boxeo en el país habían permitido que un grupo de muchachas entrenara en el Centro Deportivo de Alto Rendimiento (CEAR). El levantamiento de la prohibición aún no era oficial, pero parecía inminente.

El rumor de la conformación de un equipo nacional femenino corría como pólvora entre las deportistas. La noticia no solo provocó alegría en las boxeadoras, que por fin tendrían la oportunidad de probarse y competir,

sino que hizo que muchas atletas abandonaran otras disciplinas y se mudaran al boxeo. Hasta cierto punto no sorprendió que karatecas, judocas, taekwondocas y luchadoras saltaran al boxeo, pues venían de deportes de combate, pero sí llamó la atención que muchachas de atletismo, esgrima y hasta de voleibol quisieran boxear.

Yoana Rodríguez, treinta y un años, dejó el lanzamiento de disco para ponerse guantes de boxeo. Llegó a imponer el récord nacional y a tener la mejor marca del orbe en la categoría juvenil. Sobre su permuta dice: «Escuché que iban a dejar boxear y fui de inmediato. Ese siempre había sido mi sueño. Mi padre era boxeador y en casa nos enseñó a cuadrarnos desde pequeños a mis hermanos y a mí. Crecí en un ámbito donde todo era boxeo y boxeo y más boxeo».

Sin embargo, no todo era color de rosa para aquellas mujeres que por primera vez boxearían con la venia de los federativos cubanos. «Algunos entrenadores no querían entrenarnos, solo querían hombres. Estaban adaptados, por ejemplo, a entrar a los cambiadores a cualquier hora y ahí estábamos nosotras en ropa interior. Cuando entrenábamos la gente pasaba, volteaba hacia adentro y decía: “Mira esa mujer que parece un hombre”. Algunas paraban por pena. Recuerdo que había una jovencita de la secundaria cuyos padres no sabían que practicaba boxeo. Ella iba vestida de uniforme y allí se cambiaba. Un hombre le dijo: “Tan bonita y tan chiquita que estás para que te partan el tabique”. Más nunca volvió», cuenta Yoana.

«Yo era de salto largo y salto triple», dice Legnis Cala, treinta años, quien escuchó el rumor cuando estaba regresando al atletismo después de una licencia de maternidad. «Quería experimentar algo nuevo. Entrenamos un tiempo, pero al final nos detuvieron porque decidieron que no iban a autorizar todavía el boxeo femenino», apunta Legnis, que no tiene claro si seguirá entrenando por su cuenta, ya que tiene miedo «a perder mi tiempo y mi vida en algo que no vaya a suceder».

Idamelys Moreno, veintinueve años, una exvelocista de 100 y 200 metros que también intentó probar fortuna en el boxeo, dice: «Esto mismo que le está sucediendo al boxeo femenino le pasó en su momento a la lucha, a las pesas. Son deportes que para el Gobierno son solo de hombres. Al final lo van a aprobar, el tema es cuándo».

La ilusión del grupo de muchachas que quería representar a Cuba en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro se rompió. Al final se supo que aquel

grupo que logró entrenar en el CEAR no había sido autorizado oficialmente por la FCB, sino por algunos miembros de la institución que sí estaban a favor de la inclusión de las mujeres. Ya que el rumor había salido a luz, la FCB declaró que, bajo indicación del Gobierno, doctores y psicólogos estaban realizando investigaciones al respecto. Y el resultado de las mismas indicaría la decisión final. «Resultados» de los que todavía no se tiene noticias.

Hoy algunas ya se han olvidado de los guantes y otras tienen dudas con seguir esperando. Yoana Rodríguez mantiene un poco de fe: «Mi hija tiene siete años y quiere ser lo que su madre no pudo: boxeadora. Ojalá que cuando crezca pueda cumplir su sueño».

Mientras, por su edad, a Namibia se le derrumbó definitivamente la última esperanza de boxear de manera oficial en Cuba. Las otras mujeres al menos tenían la oportunidad de decidir entre seguir o detenerse, pero para ella 2016 significó la muerte de un sueño, un esfuerzo hecho trizas. Por otro lado, rendirse era limpiarle el camino a la transgresión atroz del Gobierno. De cualquier forma, Namibia Flores era ya un capítulo triste en la incipiente historia del boxeo femenil cubano.

*

A la pregunta de por qué el Gobierno cubano impide que las mujeres boxeen profesionalmente, Ailynn Torres, investigadora de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO Ecuador) con un posdoctorado en la Fundación Rosa-Luxemburg-Stiftung, responde: «Habría que buscar la explicación en las formas institucionales de la reproducción del patriarcado».

Al decir que la sociedad cubana es machista, «no solo nos estamos refiriendo a que es culturalmente machista o patriarcal, es machista porque existen desigualdades y esas desigualdades ordenan las cosas: los mundos de la economía, el acceso a las esferas públicas y a los cargos de dirección ordenan las formas de producción cultural».

Ailynn Torres es militante feminista y cubana. Piensa que hoy en Cuba la lucha de las mujeres por sus derechos «está en un momento de bastante más visibilidad». Y añade: «El hecho de que el presidente haya nombrado en

distintas ocasiones el asunto de las desigualdades de género muestra que hay un mayor nivel de comprensión al respecto, aunque en ocasiones señala temas muy específicos que son entendidos de forma muy acotada y no de manera amplia e interrelacionada».

A sus ochenta y cinco años, Alcides Sagarra está jubilado. Es uno de los iconos del boxeo cubano. Fue el entrenador de los dos más grandes púgiles que nacieron en Cuba en el último medio siglo: Teófilo Stevenson y Félix Savón, ambos tricampeones olímpicos. Pero la historia de Sagarra no se circunscribe a Stevenson y a Savón, pues todos los boxeadores que pasaron por su cátedra suman treinta y dos oros olímpicos, sesenta y tres oros mundiales y sesenta y cuatro oros en mundiales juveniles.

Sobre el boxeo femenino, Sagarra opinó: «Se practica en el mundo entero, no sé por qué en Cuba aún no se oficializa. Ya es hora de acabar de aprobarlo. La mujer va a la guerra, hace guardia, maneja; de igual forma, tiene derecho a boxear. Hemos perdido tiempo, medallas y la satisfacción de enseñarlas a pelear. Espero llegar a verlas sobre el ring».

Rolando Acebal es el entrenador principal del equipo nacional de boxeo cubano y, junto a Alcides Sagarra, es de los pocos que han pedido la aceptación de las mujeres en este deporte. Dijo: «La aprobación está en un proceso de análisis por la dirección del país y tenemos que esperar, pero es necesario, porque a nivel internacional las categorías de mujeres aumentan y disminuyen las de hombres. Yo apoyo la entrada de las chicas, es un derecho, como mismo se suben en un tractor o en un avión, como mismo cogen un fusil, pienso que también tienen derecho al boxeo. No debemos negarles esto a las mujeres que tienen deseo y han solicitado la oportunidad de entrenar y competir. Incluso hay madres abogando por la oportunidad de sus hijas. Se nos ha dicho que están analizando, haciendo estudios médicos, pero ya llevamos algunos años y nos estamos atrasando en ese sentido».

*

Cualquiera se hubiera aferrado a la decepción, al desencanto, a la frustración que supone asumir una ilusión deshecha. Pero acostumbrada desde pequeña a estar contra las cuerdas recibiendo los golpes de la vida, Namibia Flores no claudicó.

«Soy terca, porfiada. Y si no sale por aquí, sigo por allá. Mi abuela no quería que jugara baloncesto, entonces me iba a jugar pelota, aunque me arriesgaba a que me dieran golpes o me castigaran. Lo mío es el deporte, es lo que me mueve, lo que me da vida. Y el boxeo es la teta de la que yo me alimento. Lo intento y lo intento y lo intento y lo sigo intentando hasta que lo logro. Y si no pasa, es porque no tenía que pasar», dice Namibia Flores, que siguió entrenando luego de cumplir cuarenta años.

Con esa edad, la única alternativa restante era salir de Cuba. Unos amigos chilenos de su etapa en la universidad la pusieron en contacto con dos hombres, chilenos también, que se dedicaban en Estados Unidos a hacer un *reality show* con boxeadoras.

Namibia viajó a Miami sin saber que la intención de los chilenos no era el *reality* verdaderamente, sino intentar buscarle peleas como representantes, hacer dinero. Los chilenos daban por sentado que Namibia Flores había peleado alguna vez y se quedaron absortos cuando se enteraron de que no tenía ni un solo combate.

Para poder subir a un cuadrilátero de boxeo profesional en los Estados Unidos hay que estar avalado al menos con algo de experiencia, con peleas previas. Nadie pacta combates contra adversarios desconocidos porque, en caso de derrota, el ranking del boxeador queda comprometido.

Los chilenos llevaron a Namibia Flores a entrenar al gimnasio de un cubano mientras decidían qué hacer con ella. La idea que tenían era llevarla a República Dominicana para que tuviera algunos combates allí y así su nombre empezara a conocerse. Sacaron cuentas pero no les dieron: Namibia Flores les salía en unos 40.000 dólares en República Dominicana. Decidieron entonces darle un boleto de regreso a La Habana.

Antes de volver, ella intentó encontrar a su padre. Sabía por su familia paterna que vivía en Miami y que algunas veces jugaba dominó en la calle 8. La última vez que ella lo vio fue en 1999, diecinueve años después de largarse en un bote por el puerto El Mariel.

«Cuando fue a Cuba, pasamos veintiún días juntos. Dormí con él y lo abracé mucho. Después no supe más, desapareció. Como estaba en su misma ciudad, me puse a buscarlo, pero buscar a alguien en Estados Unidos es buscar una aguja en un pajar. Dos veces caminé la calle 8 entera. Lo hice porque siempre pensé que iba a encontrar en mi papá el cariño que nunca tuve», dice.

Maceo Frost, director de cine sueco, contactó a Namibia Flores una vez regresó a La Habana. El cineasta comenzó a filmar su vida y el resultado fue *Too Beautiful: Our Right to Fight*. El final del documental es un viaje de la boxeadora a Europa, que aprovechó, ya que en Estados Unidos no pudo, para intentar abrirse camino en el boxeo profesional de ese continente. La historia fue idéntica: «Nadie quiso pelear conmigo porque no tenía ranking».

Pese a su perseverancia, todo parecía conspirar contra Namibia, que entró en esa edad en la que las personas comienzan a asumir el destino y dejan de aspirar a modificarlo. Pero en ese instante apareció una nueva oportunidad para subirse a un ring, aunque no de boxeo. Un entrenador de artes marciales de la Florida que conocía su historia le escribió a través de Facebook con una propuesta: «A tu edad nada más te queda la UFC, yo te puedo ayudar».

Las siglas UFC significan «Ultimate Fighting Championship», la mayor empresa de artes marciales mixtas en el mundo. Aquel entrenador hizo que Namibia volviera a Miami con la ilusión de encontrar por fin un rival contra quien medirse. Salir del boxeo para adentrarse en ese otro mundo no le dio miedo. Tenía a su favor todo su conocimiento de taekwondo.

Una vez en Miami, sus esperanzas de combatir volvieron a esfumarse. Namibia Flores pesaba 134 libras y el entrenador quería que peleara en la división de 114 libras. «Era demasiado el bajón y eso es peligroso en un deporte tan agresivo como la UFC. No quise arriesgarme de esa manera», dice.

Sin más opciones, decidió darse un sabático para asimilar el enésimo trago amargo. Se sentía como una corredora de obstáculos que, pese a pasar su cuerpo por encima de cada valla, nunca llegaba a la meta. Quiso entonces quedarse un tiempo en Estados Unidos.

Se fue a Texas y encontró trabajo como cuidadora infantil, ayudando a una madre soltera que trabajaba todas las noches. Allí estuvo un mes, luego se fue a Las Vegas porque comenzó un romance virtual con una muchacha que la invitó a vivir con ella. Resultó que la mujer era muy celosa y no dejaba que Namibia saliera de la casa o se comunicara con su familia o amigos. Si iba al gimnasio, se le aparecía sin avisar para ver qué estaba haciendo. Un día tuvieron una fuerte discusión y la mujer azotó su cabeza contra la pared para llamar a la policía y decir que Namibia Flores estaba abusando de ella.

«Estuve treinta y seis horas presa en una estación de policía y tuve que pagar un abogado para que me sacara de allí. Después el abogado tuvo que presentarse ante una corte que determinó que mi sanción era asistir a veintiocho clases de violencia doméstica, cuarenta y cinco horas de trabajo voluntario en la comunidad, pagar una multa de 300 dólares y una restricción de cercanía a ella por un año», dice Namibia.

Decidió vivir sola y comenzó a trabajar en un casino de Las Vegas, donde la mayoría de los empleados que hacían la madrugada tras bambalinas eran cubanos sin documentos en el país. Al casino entraba a las 2:00 a. m. y salía a las 8:30 a. m. Pasó tres meses en ese lugar donde su trabajo era limpiar el piso, después los cristales, luego la cocina y por último sacar latas de la basura. Lograba mantenerse en pie a base de drogas. «Las consumía en el desayuno, en el almuerzo, en el trabajo, todo el tiempo», dice. Hasta que una de esas madrugadas, según cuenta, le cayó agua sucia en la boca y se intoxicó. Haciendo reposo en la casa se miró al espejo y se dijo: «Esta no es la Namibia que tú conoces».

*

«Regresé a Cuba y me encerré en casa de mi familia en Matanzas, en el campo. Mi sobrina me preguntaba: "¿Te sientes bien?". Porque me veía ida del mundo mirando la nada. Estaba desintoxicándome de todas las drogas que consumí», dice Namibia Flores.

Uno mira su historia y encuentra un viaje de una intensidad meteórica que de pronto había llegado a un alto en seco.

Volver a Matanzas, el lugar donde nació, fue como asistir al velorio de su consagración deportiva. Allí la sorprendió la pandemia de covid-19 y encerrada en una habitación recibió la noticia de que su padre había muerto en Miami a causa del virus. No sabe muy bien lo que su muerte le provocó, dice que tristeza no, pero sí una sensación rara que no sabe explicar. ¿Cómo tasar algo que nunca tuviste?

Si se sentía abatida era por no haber combatido nunca, por no haber podido probar su valía. Se sentía vencida a pesar de haber puesto todo el esfuerzo que alguien puede depositar en alcanzar una meta. Decidió entonces viajar a La Habana para intentar reencontrarse consigo misma.

Lo primero que hizo fue visitar a su abuela de ochenta y cuatro años, que sigue viviendo en la misma casa donde transcurrió su infancia en la barriada de Luyanó. De los cinco tíos solo queda el enfermero; sin embargo, la vida ahí sigue igual de descompuesta. Namibia intentó pasar unas semanas en la casa para ayudar a su abuela en el día a día, pero resultó imposible: comprobó que hay situaciones que nunca cambian y no quiso dejar que los recuerdos la volvieran a oprimir.

Guarecerse en lo que amaba, aunque la hubiese hecho sufrir tanto, era la mejor manera de hacer las paces con ella misma.

Damián Ramos, un excompañero del gimnasio Rafael Trejo, estaba en su barrio de La Habana Vieja entrenando jóvenes y le pidió sumarse a algunos entrenamientos. Ramos, treinta y cuatro años, fue un púgil peso completo que tuvo que jubilarse tempranamente porque intentó escapar de la isla por mar para hacerse profesional, pero fue atrapado por la policía junto a otros boxeadores. Tras la fracasada travesía, la FCB lo deshabilitó como atleta.

Frente a la casa de Damián Ramos en la calle Cárdenas hay un solar derruido. El muro de la entrada tiene un grafiti añejo de la bandera cubana con el rostro del Che Guevara y la frase: «¡Hasta la victoria siempre!». Dentro hay un patio con un saco para golpear.

«En el boxeo, cuando pierdes, ganas. Porque ya sabes cómo tienes que hacer las cosas la próxima vez. Los errores me han hecho más fuerte», dice Namibia, algo agitada, después de intercambiar golpes durante unos minutos con un hombre de veintisiete años.

En el solar de la calle Cárdenas, Damián Ramos entrena dos veces a la semana. Pero a unos dos kilómetros de allí, Maykel Masó, cuarenta años, otro boxeador retirado que coincidió con Namibia en el Rafael Trejo, también entrena por su cuenta en una azotea al aire libre, una oportunidad que ella aprovechó para llenar su semana y expulsar el óxido de su cuerpo. Ahora Masó es entrenador de la academia infantil de La Habana, pero, como la pandemia cerró los gimnasios, entrena a algunos de sus pupilos en esa azotea de la calle Sol.

Maykel Masó dice que Namibia Flores siempre fue muy explosiva. Eso fue lo que llamó su atención la primera vez que la vio entrenar. Ahora ya no está igual de rápida, aunque sigue teniendo una increíble potencia en sus dos brazos. Después de calentar y hacer algunos ejercicios grupales, Masó les pide a sus alumnos que hagan dúos para que crucen golpes.

Faltan tres horas para que la tarde caiga por completo en La Habana. El sol ya no quema, pero incomoda la vista de los boxeadores, que en ocasiones solo logran ver contornos. Namibia se empareja con Bárbaro, un espigado joven zurdo de quince años que pesa cincuenta y siete kilogramos y que es una de las promesas del boxeo juvenil habanero. El chico tiene treinta años menos que Namibia Flores y está en pleno desarrollo boxístico. Sus brazos parecen tentáculos que no dejan a Namibia entrar a la pelea. En su afán de ir siempre hacia adelante, de acercarse a Bárbaro, y frustrada por no lograr descifrarlo, se descompone y deja libre su guardia. Él aprovecha y la castiga con combinaciones de *jab*. Namibia se molesta, no por los golpes limpios, sino por la impotencia de saber que el tiempo ha pasado. Sencillamente ya no es la misma.

Maykel interviene y les pide que «bajen el ritmo», que «el *sparring* es solo para entrar en calor». Namibia, contrariada, le dice a Bárbaro: «Si me das por la cara, me encojono».

Maykel Masó les da dos minutos de descanso para recuperarse. «La vida es como el boxeo: no pierdes si te caes, pierdes si no te levantas», dice Namibia quitándose los guantes. Sus manos están entizadas con dos vendas amarillas, solo se ven las puntas de sus dedos, de los que caen intermitentemente gotas de sudor. Camina hacia la esquina de la azotea con los guantes bajo el brazo derecho. El sol le pega en el rostro y le encoge la vista, se encorva hacia adelante y mira hacia abajo: gente sentada en las puertas de sus casas, un verdulero que pregona, una patrulla de policía que merodea, dos adolescentes que se comen a besos. «No siento tanto remordimiento como vacío. Me queda la duda de lo que hubiese pasado, pero no hay otra que aceptarme», dice Namibia Flores mientras vuelve a empuñarse los guantes.

[3] Patada del taekwondo.

EPÍLOGO: VIAJE AL OTRO MUNDO

No estaba preparado para mi último arresto domiciliario en Cuba. No lo estaba porque de alguna manera, en mi cabeza, ya yo me había ido de Cuba en el momento en el que varios agentes vestidos de civil y varios policías cercaron mi casa para que no saliera a cubrir las protestas previstas para el 15 de noviembre de 2021.

Ese pasaje me trajo de vuelta a la realidad. Un viaje de regreso inesperado que me provocó una crisis aguda de angustia y ansiedad los días siguientes, un malestar que nunca antes mi cuerpo había sentido. Comencé a sentir que tenía una daga clavada en el pecho que no podía sacarme, comencé a sentir que mi cuerpo no me respondía. Perdí el control de mí por completo: mi cabeza dejó de funcionar y mi accionar lo asumió una rabia incontenible. Luego supe por mi terapeuta que la rabia es la otra cara de la tristeza. Y, en efecto, estaba triste, muy triste. Una enorme tristeza me estaba carcomiendo.

Desde junio de 2016 sobre mí pesaba una regulación migratoria del régimen cubano que me impedía viajar al extranjero. «Regulación migratoria» es el término que se inventó el castrismo para castigar por razones políticas a los individuos que desea y mediante esta disposición impide el, quizás, mayor anhelo —sin tomar en cuenta el fin de la dictadura — de los cubanos: salir de la isla. No es que los cubanos deseen y sueñen con viajar más que el resto de los habitantes de este planeta, es que es la única forma que tienen de progresar —emigrando— o de respirar — tomando oxígeno fuera para luego volver con el tanque cargado a sumergirse en el pozo oscuro del totalitarismo—.

Durante más de cinco años, para que dejara de hacer periodismo en la isla, esa fue la represalia del Gobierno hacia mí que más me lastimó. Incluso por encima de los frecuentes arrestos domiciliarios, de los interrogatorios arbitrarios, de los secuestros exprés, del acoso a mi familia y amigos, de las

amenazas de cárcel, de los descréditos en los medios oficialistas y de la intervención de mi comunicación privada. Esa especie de prisión política dentro de la isla, donde los periodistas independientes son una suerte de terroristas, más allá de violar el derecho que tenemos todos los ciudadanos a la libre movilidad, hizo que viviera todo este tiempo con la frustración de no conocer otra realidad que no fuese la cubana.

Antes de entrar en 2016 a esa «maldita lista», que según el Instituto Patmos tiene 247 personas, no había puesto un pie fuera de Cuba porque no fue hasta 2013 que los cubanos pudieron viajar libremente. Hasta ese momento, para salir de Cuba había que pedir un «permiso» de viaje al Gobierno y era este el que decidía quién lo hacía y quién no. Y cuando ya se pudo viajar, el pasaporte costaba unos cien dólares. Una cifra inalcanzable para mí en ese instante, en el cual ganaba, en la revista *OnCuba*, unos tres dólares por nota. Es por eso que antes de estar «regulado» tampoco pude salir de Cuba.

Como hay cubanos que, pese al régimen impuesto en el país, salen y regresan, el arma represiva favorita del castrismo contra la sociedad civil durante las dos últimas décadas fue la regulación migratoria. Pero tanto la utilizaron que ellos mismos terminaron flagelándose al dejar a tanta gente indignada —con el arma de internet en sus manos— dentro del país. Y la isla se les volvió una olla de presión. Una olla que al final estalló y de ahí nacieron las mayores protestas populares antigobierno en los sesenta y tres años de castrismo.

Al ver al país en las calles, al ver en sus propias narices y no poder maquillar el descontento de toda la nación, al régimen no le quedó otra que cambiar su estrategia represiva: decidieron vaciar la isla de inconformidad, en vez de acumularla. Libertad a cambio de exilio. De este modo, casi toda la sociedad civil que nació a partir de internet —2015— en Cuba ha tenido que salir del país de manera forzosa, y los que no lo han hecho se encuentran o en cárceles o maniatados por los tentáculos de totalitarismo.

Después de ver como espectador el desfile de artistas, disidentes, activistas y colegas de profesión que se iban largando en masa en los últimos meses, mi turno llegó. En algún momento pensé que nunca el régimen iba a dar su brazo a torcer para liberarme. No lo pensaba por algo en particular que me insinuara ello, sino porque casi siempre uno piensa que las peores desgracias le tocan a uno mismo.

*

Semanas atrás una llamada sin identificación entró en mi teléfono. Cuando la abrí, comencé a escuchar a un hombre gritar. No entendía nada de lo que decía y el hombre ni siquiera se presentó. Iba a colgar cuando escuché la palabra «pasaporte». En ese instante, recordé que las veces que la Seguridad del Estado —órgano represor del castrismo— me ha llamado por teléfono para amenazarme o para citarme a interrogatorios en unidades policiales, siempre las llamadas no han tenido identificación. Entonces, le pregunté al hombre que quién era, a lo que respondió con un montón de más gritos de los que solo pude descifrar la frase: «Tú no entiendes, que ya puedes tener pasaporte, que ya puedes ir a buscarlo». Después de escuchar eso no supe qué decir y a mi silencio el hombre respondió con una pregunta: «¿No me vas a dar las gracias?». «No le tengo que dar las gracias a nadie por un derecho que me han robado», dije. Y colgué.

Me senté en la sala de la casa. No estaba ni contento ni sorprendido. Sencillamente, estaba procesando aquel pasaje que, aunque lo había esperado tanto, ahora tocaba digerir. Quizás, si aquel hombre no me hubiera hecho la pregunta, todo hubiera encajado mejor en mí. Pero ese «¿no me vas a dar las gracias?» me hizo sentirme como un miserable, como un esclavo, como una persona aplastada, como, en definitiva, ellos —el régimen— clasifican a los «contrarrevolucionarios»: un gusano. Así se vive tristemente en Cuba: subyugado a un Gobierno opresor que controla hasta lo más mínimo.

La vida en Cuba es un absurdo y a uno no le queda más que, en un punto, asumir o adaptarse a esa demencia. Es por eso que los cubanos tenemos naturalizado el horror. Porque el horror es el método mediante el cual el castrismo ha logrado perpetuarse. Para que lo comprueben, vuelvan hasta la primera oración de este texto y léanla de nuevo. Es esta: no estaba preparado para mi último arresto domiciliario en Cuba. Quien escribe algo así ya tiene asumido por *default* que es normal que cualquier día te pueden dejar en prisión domiciliaria de manera arbitraria. Quien escribe algo así lo hace desde el total desamparo legal. Quien escribe algo así lo escribe para desahogarse y para denunciar semejante atropello, porque escribir es lo

único que le queda para defenderse, si acaso eso es una defensa o funciona como tal. Quien escribe algo así es un individuo que tiene que estar preparado siempre para que algo le suceda porque vive en un país donde ser un ente político significa que te pasen las peores cosas y, por tanto, es mejor estar predispuesto.

Días después de la llamada decidí ir a una de las oficinas del Ministerio del Interior donde se tramitan los pasaportes. Quería comprobar si era cierto que ya no estaba «regulado». En ese momento, Cuba tenía aún impuesto un toque de queda por la pandemia de covid-19 que duraba de 9 p. m. a 5 a. m. Salí de casa antes de las 5 a. m. con un poco de café en un vaso desechable. A esa hora ya había mucha gente amontonándose afuera de las tiendas y mercados para ser los primeros en comprar lo poco que hay en oferta. Gente que, durante todo este tiempo de pandemia, no ha podido quedarse en casa porque en sus neveras y estantes no hay nada para comer y han tenido que salir a pasar todas esas horas de toque de queda trepados en las ramas de los árboles, escondidos en alcantarillas, en pasillos, en balcones, para no ser detectados por las patrullas policiales que custodian las calles y así, una vez, ya se pueda transitar de nuevo al día siguiente, ser de los primeros en las infinitas filas que se forman.

Llegué a la oficina a las 5:10 a. m. y fui el sexto en llegar. Poco a poco las inmediaciones del lugar se fueron abarrotando de personas que, como yo, querían sacar su pasaporte o prorrogarlo para escapar del estado —medieval — del país. Pasadas las 8 a. m. llegó mi turno de entrar. Estaba escéptico cuando una señora soñolienta me pidió mi carnet de identidad e introdujo mis datos en una computadora. Otras veces había pasado por aquí y siempre me habían dicho que estaba «regulado» y que no podía hacerme mi pasaporte. Esta vez, después de bostezar, la señora, sin levantar la vista, estiró mi carnet de identidad y me dijo: «Pasa a la otra sala para que te tomen las huellas dactilares». Eso significaba que estaba adentro ya, en el proceso, que era cierto lo que dijo el hombre de los gritos. Terminé con algo de alegría todos los trámites. Y me dijeron que en quince días regresara a buscar mi pasaporte.

En quince días regresé. Me levanté poco antes de las 5 a. m. de nuevo y salí de casa con café. Esta vez estuve más atrás en la fila. Cuando mencionaron mi nombre y me acerqué a la casilla y un hombre me entregó aquel librito azul que dice por fuera «República de Cuba», no lo podía

creer. Increíble que esas hojas encuadernadas me significaran tanto.

Unos pocos días después recibí una invitación de los Países Bajos para dar una serie de conferencias y talleres en Ámsterdam sobre periodismo y libertad de expresión. Como esta, a lo largo de todos los años anteriores había recibido montones de invitaciones a las que nunca pude asistir. En alguna medida, la depresión que padezco empezó por ahí: al ver que no podía acudir a cursos y talleres que me podían ayudar a mi desarrollo profesional, al ver a la gente con libertad disfrutando en festivales y foros, al ver a la gente respirar fuera de Cuba y al verme a mí atado.

Llegué a la Embajada neerlandesa y me hicieron pasar. Habíamos unos pocos esperando para aplicar al visado. Cuando estaban atendiendo a la mujer que iba delante de mí, un funcionario me dijo que pasara al baño a lavarme las manos antes de ir a la casilla a entregar mis documentos. Era parte del protocolo sanitario que la Embajada estaba implementado por la pandemia. Entré al baño y me sentí por primera vez que no estaba en Cuba. Nunca antes había estado en un baño tan grande, tan lindo. Era un espacio amplísimo con un inodoro en una esquina y un lavamanos en otra. El piso brillaba al punto que reflejaba de manera nítida mi imagen y no necesitaba mirarme al espejo que estaba colgado en una de las paredes. El lugar olía a cualquier cosa menos a un baño. Me lavé las manos y, para mi sorpresa, no vi con que secármelas. Descubrí de pronto un artefacto plástico que estaba en uno de los costados del lavamanos e intuí que eso podría ser el objeto que sale en las películas y que echa aire para secar las manos. No hubo manera alguna que supiera cómo hacerlo accionar, le di hasta unos golpes por encima no sé ni por qué, supongo que recordé mi infancia cuando los televisores en blanco y negro perdían la señal y uno se levantaba del asiento a pegarle en la carcasa para que se compusiera la imagen. Estuve tanto rato intentando secarme las manos que el funcionario tocó a la puerta y dijo desde afuera: «Señor, ya puede pasar». Escuchar esas palabras me pusieron nervioso y la solución apresurada que encontré fue tomar el rollo de papel sanitario para secarme las manos. Obvio que cada uno de mis dedos se me quedó entizado de papel, mis manos parecían las de una momia acabada de desenterrar. Con las manos aún mojadas y con papel, salí del baño y me presenté en la casilla de trámites.

Me atendió una muchacha superamable que debió haber visto mi rostro nervioso porque sus primeras palabras fueron: «¿Es tu primera vez?».

Después de responderle algunas preguntas y entregarle los documentos que me requirió, me pidió que colocara mis dedos en un escáner de huellas dactilares para tomármelas. Cuando lo hice, el aparato se apagó. Era imposible que no ocurriera: mis dedos estaban húmedos y llenos de pedazos de papeles. La muchacha amable no entendía qué pasaba y yo le decía que yo tampoco, escondiendo mis manos detrás de mi cuerpo. Aproveché que ella se levantó y comenzó a andar en el aparato para limpiarme las manos en la parte de atrás de mi pantalón. Al rato, el escáner volvió a encender. Mis manos estaban en mejores condiciones, aunque aún le quedaban rastros de papel mojado. Por suerte, la segunda vez funcionó.

Salí de la Embajada con la extraña sensación de estar viviendo mis últimos días en Cuba. No es una decisión aún que me vaya definitivo, pero sí es una decisión que me voy por un tiempo largo. Necesito, sobre todas las cosas, cuidar mi salud mental ahora y sanar todas las heridas que el castrismo le ha causado a mi cuerpo. El último tiempo ha sido muy duro. Ni siquiera por la represión del régimen hacia mis allegados y hacia mí que, ya dije, tristemente, hasta a eso uno se acostumbra y lo naturaliza —aunque te deje secuelas—. Lo más duro ha sido la soledad: ver marcharse a todos mis amigos, los del barrio, los de la universidad, los colegas y ver alejarse, por no verse implicados en mis represalias, a los pocos que se quedaron.

La soledad llegó al punto de solo hablar durante meses con mi familia cercana, con más nadie, porque no tenía con quien hacerlo. Lo único que hacía además de estar en casa con mi familia era salir a correr y a caminar. Andar por las calles de un país de fantasmas que solo hace recordarte la cantidad de gente que ya no está. Hace poco fue mi cumpleaños y por primera vez ningún amigo estuvo en casa. Era costumbre ese día reunirnos todos. Este año ni uno, solo mi familia cercana estuvo. Me puse a revisar con nostalgia las fotos de mis cumpleaños de los últimos años y me percaté de cómo cada año va faltando alguien, hasta que ahora ya solo quedaba yo.

Cuando más solo me sentí fue después de las setenta y dos horas que duró el último arresto domiciliario. Los ataques de ansiedad me estaban acorralando y necesitaba tomar aire, conversar con alguien que no fuera mi familia —porque los ataques de ansiedad, cuando son graves, no solo te afectan a ti, sino a todos los que te rodean—. Salí a caminar sin rumbo y de pronto descubrí que estaba delante del estadio José Martí. Es una instalación deportiva que se encuentra frente al Malecón de La Habana y

que está en ruinas. Allí era donde cada semana los amigos de la universidad jugábamos fútbol. Le pedí permiso al custodio de turno para pasar, porque está prohibido el acceso por su estado calamitoso. Con cuidado, me subí a las gradas y me senté un rato allí a contemplar el terreno abandonado y el graderío hecho añicos. Hice un par de fotos para el recuerdo y me fui. Saliendo por la puerta, el custodio me dijo: «Esto es un cementerio, hermano».

Unas horas luego, el viaje a Ámsterdam fue pospuesto por varios contratiempos. El golpe fue un mazazo que aguzó mi mal estado mental. Desde hace unas semanas atrás, como no tenía de quién despedirme en La Habana, había comenzado a despedirme de la propia ciudad. Salía todas las mañanas y todas las tardes a esos lugares clichés a los que solo van turistas —aprovechando que no había por la pandemia— para verlos por última vez, y al regreso siempre me sentaba un rato en el Malecón, mi lugar preferido de Cuba. Ya estaba en la rampa de salida y ahora me volvían a detener. Sentía como si algo sobrehumano no quisiese que saliera de la isla y me quedara varado allí para siempre. El golpe fue tan demoledor que por primera vez en mi vida tuve que tomar antidepresivos y ansiolíticos. Estaba destrozado.

Lo peor eran las noches: me las pasaba soñando, imágenes tras imágenes, pasajes tras pasajes, todos aislados y todos relacionados con estar encerrado, con no poder escapar, con mi familia, una locura total. Me levantaba en medio de la madrugada sudando, agitado, y ya luego no podía volver a dormir por miedo a volver a soñar esas escenas desagradables.

Con la visa estampada en mi pasaporte y con la amenaza del avance en el mundo de la variante ómicron de la covid-19, decidí entonces irme a España a esperar allí que llegara el evento en Países Bajos. Tenía miedo de que las fronteras volvieran a cerrarse y quedarme atrapado en Cuba. Mi cuerpo no soportaba ni siquiera un día más en esa isla, cada segundo que pasaba era un suplicio, un segundo contra el que tenía que luchar con los dientes apretados.

Llegué al aeropuerto y en la puerta me topé a varios agentes de la Seguridad del Estado haciéndose pasar por civiles. Los reconocí porque me seguían a pocos metros de distancia desde que me bajé del taxi y porque uno de ellos fue el agente que me había indicado que estaba en arresto domiciliario la última vez. Los tipos, además de seguirme, no dejaban de

hablar por teléfono. Eso me puso nervioso y pensé por un momento que no me dejarían salir. Un valor añadido que le sumé a mi inexperiencia en aeropuertos.

En la aduana, hice que toda la fila se amontonara detrás de mí porque no sabía que tenía que sacarme de encima todos los artefactos tecnológicos y metálicos y coloqué mis cosas en varias cajitas plásticas en vez de en una. Después salí corriendo detrás de ellas a pescarlas porque pensaba que una vez que pasaran el tunelcillo por donde entran caerían al suelo, lo que hizo que mucha gente se riera de mí. En ese tránsito, no sabía que tenía que pasar por debajo de una barra de rayos X y, al irme por un costado, los aduaneros me tomaron de la mano para indicarme por donde debía pasar. Por suerte, ya en el salón de espera logré relajarme un poco. Cuando llegó la hora de abordar el avión, al que caminé por un pasillo frío y corto, y de pronto me vi ya dentro, supe que definitivamente me dejarían salir de Cuba.

No es lo mismo salir de Cuba que salir de cualquier otro país por primera vez. Salir de Cuba es caer en el mundo, comprobar que Cuba es una isla secuestrada por un sistema político que ha provocado que el país se encuentre aún en el siglo XX. La mayoría de los ciudadanos del planeta que salen de sus países no asisten a un trastoque tan drástico de sus vidas, porque las vidas de los ciudadanos del mundo, unas más y unas menos, se encuentran dentro de la lógica de lo que el mundo es. Ser cubano es una condición ardua. Eso fue lo primero que sentí nada más hice poner un pie en el aeropuerto de Madrid: abrir la puerta de otro mundo.

En Madrid hice una escala para viajar a Barcelona, donde estoy ahora. Desde que llegué siento que soy un cuerpo etéreo. Estoy como eclipsado, abrumado por tantas sensaciones extrañas que me están comiendo la cabeza. Tengo náuseas todo el tiempo, la sien me quiere estallar. Hay momentos en los que me siento demasiado volátil, en los que soy un zombi. Todo lo que veo me parece lejano y surreal, como si estuviera dentro de una película.

Después de unas semanas entendí por qué tengo tanto dolor de cabeza: mis ojos no descansan, lo miran todo, cada detalle. Voy por la calle y miro cada bar, cada cafetería, cada restaurante, los letreros enormes y a colores, cada tienda, cada negocio, cada edificio, cada persona, cada persona y su ropa distinta, cada persona y el idioma que habla. Estar tan pendiente de tanta información me tiene embelesado. Es como si estuviera sobrecargando

demasiado mis ojos. Mis ojos que vienen de observar una realidad gris y monolítica como lo es Cuba, una realidad donde no hay colores, no hay variedad, donde todo es igual.

Entendí el aturdimiento que estoy sintiendo cuando entré por primera vez a una librería en el barrio del Raval. Los estantes atestados de títulos del piso al techo, los salones repletos de esos estantes me dieron miedo. Intentaba leer los títulos y no podía. Las letras me brincaban, la vista se me diluía entre tantos libros. De pronto, tuve la sensación de que uno de esos estantes podría venirse abajo y aplastarme y salí corriendo. Hui de ese lugar con el corazón sobresaltado. Me senté afuera en un banco y, mirando unas palomas, me di cuenta de que lo que me había pasado dentro de la librería, ese pasaje puntual, era lo que me estaba pasando con todo este nuevo mundo.

Es la primera vez que soy un extranjero. Y me siento tan extranjero, tan distante de la realidad que estoy pisando, que siento que nunca llegaré a formar parte de este mundo. Me he descubierto que me quedo mirando a la gente en plena calle como si la gente fueran animales exóticos. No sé muy bien qué es lo que me llama la atención, aunque creo que es cómo visten. Porque es muy contrastante a cómo la gente viste en Cuba. Obvio: si la gente no tiene ni para comer en Cuba, qué va a tener para vestir. También me impresionan mucho los perros. Perros de unas razas que solo había visto en películas. Le dije esto a un amigo de la universidad que hacía más de siete años que no veía y que está acá en Barcelona y me dijo: «La diferencia no es tanto las razas de los perros, sino que los perros de aquí son nobles y los de Cuba están siempre cargaos —agresivos en jerga de barrio cubano —».

Estoy tan agobiado que he perdido el apetito —y creo que peso también—. No como, no tengo ganas de ingerir alimentos. Siempre pensé que cuando me enfrentara a estos mercados gigantes, a estas tiendas, me lanzaría de clavado en la comida. Porque si algo padecemos los cubanos es la comida. En Cuba o no se come o se come muy mal. Pero es tan impresionante la variedad y la cantidad de cosas que hay aquí que mi cuerpo ha optado por lo contrario: por no querer nada. Las dos o tres veces que he entrado a un mercado de comida he terminado mirando el piso y apurando el paso para escapar. Me aturde esa cantidad de comida amontonada. Vengo de un lugar donde uno come lo que aparece y entonces aún estoy procesando cómo

elegir entre tantos yogures, entre tantos jugos, entre tanto todo.

Lo mismo me ha sucedido con las tiendas. Llegué en invierno y no tenía ropa de este tipo porque el invierno del Caribe es de 25 grados. Unos amigos tuvieron que prestarme ropa hasta que pueda tomar valor para entrar en una tienda a elegir alguna que otra prenda. Digo *valor* porque le temo a las tiendas aún. He pasado por fuera de muchas, caminando, y solo me atrevo a mirarlas de reojo: me intimida tanto producto, tanto maniquí.

La conmoción ha llegado al punto de que casi me han atropellado en la calle. Me ha faltado poco para ser víctima de una bicicleta o de un patinete —en Cuba sería una carriola eléctrica—. El tema es que no sabía que existía un carril dentro de algunas aceras que son exclusivos para ciclos y he caminado por dentro de ellos. En cambio, menos me costó descubrir que en cada calle hay un semáforo peatonal, incluso en las callecitas pequeñas. Aunque cruzar las avenidas grandes aún me cuesta porque, cuando sale la luz verde y de cada lado de la avenida sale disparado el montón de gente que espera para cruzar, termino chocando con las personas porque no estoy adaptado a ver venir a alguien de frente y no moverme. Me cuesta mantener mi paso en línea recta si viene alguien hacia mí; entonces, en medio de la avenida comienzo a esquivar personas y me descubro enredado en una marejada de cuerpos que me miran con cara de «y este hombre qué hace, por qué choca con todos nosotros».

*

Un amigo me invitó a su casa a tomar unos tragos en la noche. Aproveché la ocasión para atreverme a montarme solo en el metro sin que nadie me ayudara: una especie de *challenge*. Bajé las escaleras, me cercioré hacia dónde iba y me dispuse a entrar. De pronto, la tarjeta de transporte no me funcionaba. No sabía por qué. Miré al lado y me percaté de que no lo estaba introduciendo en el lugar correcto: la gente pasaba como bólidos por mi costado e introducía la tarjeta por debajo de la máquina y yo lo estaba haciendo por encima. Cuando logré hacerlo bien, la máquina me retiró mi tarjeta a una velocidad que me asustó. Sentí como si un perro me tirara una mordida, brinqué. Luego, me demoré tanto que la puerta se cerró y ya la máquina había marcado la entrada. Intenté entrar por alguna de las otras

entradillas, pero cuando eso pasa hay que esperar quince minutos —cosa que supe después—. Fui a la cabina de atención —espero que se llame así — y le expliqué a una señora lo que me había pasado. La señora entendió y con una tarjeta suya me abrió la entrada. Bajé las escaleras y enseguida llegó el metro. Pero me surgió la duda de si era realmente ese el que tenía que coger para ir a casa de mi amigo. Le pregunté a un hombre y me dijo que no era ese. Crucé hacia la dirección contraria de la estación por unas escaleras. Del otro lado, fui al mapa y no encontré el destino al que iba. Me puse demasiado nervioso en ese momento para seguir bajo tierra y decidí salir a tomar un taxi.

En casa de mi amigo tomé varias cervezas y llegó la medianoche. No quise que fuera tan tarde para regresar porque quería hacerlo por mis propios pies. Puse el Google Maps y salí. A medio camino, me di cuenta de que me estaba alejando del recorrido que me estaba marcando el mapa en el teléfono. Por alguna razón extraña, caminaba y mi avatar en Google Maps lo hacía contrario hacia donde tenía que ir. Estuve cerca de quince minutos caminando un mismo tramo: un paso peatonal que crucé de ida y vuelta un montón de veces. Pero aquel avatar seguía sin enrumbar correctamente el camino. Yo caminaba hacia la izquierda y el avatar lo hacía hacia la derecha. Lo hacía a la derecha y el muñeco se movía a la izquierda. No había manera de emparejar el mapa a mi rumbo. Desesperado y molesto, grité al aire una obscenidad muy cubana. Un hombre y una mujer que pasaban por mi lado en ese momento se detuvieron. «¿Cubano?», me preguntaron. «Sí, estoy perdido», les respondí apenado. Tomaron mi teléfono en sus manos y me indicaron cómo corregir el camino. Eran cubanos también. Me acompañaron unas cuadras en las que me contaron que hacía más de diez años que no iban a la isla y que estaban pensando ir pronto.

Nos despedimos y sentí frío. Miré el teléfono para buscar la temperatura: 3 grados. Cuando volví a caminar, las luces de un cartel lumínico me encandilaron la vista. Decía: «Vida nova». Era la publicidad de un vino.

Días después, por fin tomé valor y entré a varias tiendas para comprarme ropa de invierno. Supe así que estaba mejor. En realidad, la mejoría en el cuerpo y en la mente la noté cuando un amigo catalán me invitó a jugar fútbol de noche. No es un dato menor lo de la noche: fue la primera vez en mi vida que jugué fútbol de noche. En Cuba, como los terrenos y las áreas

donde uno puede hacer deportes no tienen luces eléctricas, siempre se juega hasta que anochezca. Aunque de adolescente muchas veces nos quedábamos jugando ya sin ver nada para saciar el vicio del fútbol. Ahora me pasó todo lo contrario: había tanta iluminación que a veces, cuando la jugada iba por la banda contraria a la mía o cuando el balón se elevaba al aire, tenía que hacerme una visera con una de mis manos, como si estuviera en una playa, porque se me encandilaban los ojos y no veía nada. Par de veces el balón viajó hacia mí despejado por el portero y tuve que hacerme el que no llegaba al pase, pero en realidad lo que me sucedía era que tenía miedo a no medir bien el balón y no recepcionarlo correctamente —si hay un gesto en el fútbol que delata la calidad de cada quien, ese es recepcionar bien o mal una pelota que cae de una altura pronunciada y no quería quedar en evidencia— o, en el peor de los casos, que me cayera en plena cabeza.

Antes de ir a jugar, mi amigo me advirtió que lo mejor era que fuera con botines multitacos para que no resbalara en el césped sintético, donde tampoco había jugado nunca. Nunca había escuchado lo de «multitacos», imaginaba que eran unas botas a las que se le quitaban y se le ponían los taquitos de abajo para poder jugar en cualquier tipo de cancha: o césped o cemento o madera. Pero no. En la tienda de deportes que fui me dijeron que «multitacos» significaba otra cosa y no lo que creía: eran botines repletos de taquitos pequeños en la suela que se usan sobre todo en césped sintético. Cuando llegué a la cancha, lo primero que hice fue cerciorarme de pisar bien y de saber correr con aquellas botas de fútbol. Calenté un buen rato como quien está aprendiendo a montar patines por primera vez.

Haciendo carreritas de un lado para otro y estirando las piernas, le pregunté a uno de los compañeros del que iba a ser mi equipo si es normal, más allá de los mensajes publicitarios de las marcas, que las tiendas te inviten, sin tapujos, al consumo compulsivo. Le dije eso porque aún tenía rondándome la cabeza uno de los carteles de la entrada de la tienda donde me compré las botas, que decía: «Bienvenido, aquí se satisface el síndrome de la compulsión». Leer aquello me pareció demasiado. Fue como asistir al *statement* del mundo que estoy descubriendo. Obvio que sabía que acá, en el mundo nuevo, todo está montado sobre la base del consumo, pero de verdad que no imaginaba que fuera tan literal. Hasta ese momento, mi inocencia me hacía pensar que al menos se escondían un poco este tipo de intenciones.

Desde que me topé con ese cartel no he dejado de pensar en la dinámica que se esconde detrás de la lógica del capital que convierte a las personas —y por supuesto que no estoy descubriendo el agua fría con esto— en depredadores compulsivos. Esa ruleta para hacerte comprar y comprar y comprar más la vi con nitidez extrema el día que decidí entrar a una tienda a comprarme la ropa de invierno. Era una tienda enorme de no sé ni de cuántos pisos y donde todo está diseñado para que no encuentres las salidas. Pasé más tiempo buscando subir o bajar de piso que probándome ropa. De hecho, cuando decidí qué era lo que quería, lo hice para evitar seguir viendo ofertas. Y cuando me dispuse a abandonar aquel laberinto, lo único que hacía era encontrarme en mi camino con productos más bellos que los que había seleccionado que me invitaban a seguir en aquel lugar.

Desde entonces me he obsesionado un poco con el tema. Y me pregunto hasta qué punto se sostiene esta maquinaria. Por ejemplo, cada vez que paso por una panadería o una dulcería, me intriga saber qué tiempo duran en exposición —entiéndase *venta*— esa cantidad de panes y de dulces que humanamente es incapaz de consumirse. He preguntado a los dueños de algunas y me han dicho que por ley solo los pueden tener a la venta veinticuatro horas después de salir del proceso de cocción. Por lo que, pasado ese tiempo, los tiran a la basura, aunque algunos me han dicho que en Barcelona, desde hace par de años, están intentando que todo ese producto que se desecha vaya a centros de ayuda social.

Justo afuera de una de las panaderías más cercana al apartamento donde me estoy quedando, siempre encuentro una señora arrinconada en la acera. Creo que es árabe y tiene un cartón escrito con un plumón verde que dice: «Dios no me quiere porque no me ayuda, ayúdame tú con algo de comida». Hace unos días en la tarde noche llegaba al apartamento donde me estoy quedando y pasé por el costado de la señora. Estaba dormida encima de un manojo de trapos con los que se tapaba del frío también. A unos metros de ella, vi cómo un señor, con un delantal y un gorro blanco, echaba a la basura dos bandejas repletas de croissants.

La gente que la está pasando mal, como esta señora, me atrae. Al oído suena fea la oración anterior, pero así es. No es pornomiseria, ni hipocresía, ni impostura, es sencillamente que quiero saber cómo han llegado a dormir en las calles, a taparse con tres trapos, a pedir limosnas, cómo han llegado desde tan lejanos hasta acá. Porque la mayoría son africanos, árabes, latinos

—aunque menos—. Lo que me atrae es su vida anterior, antes de la debacle que su presente es. Por eso, siempre me les quedo mirando, aunque no me atreva a preguntarles. Porque pienso que hacerlo sería remover demasiado los cimientos de una vida hecha trizas.

La única vez que me atreví a hablarle a una de estas personas que la está pasando mal —prefiero llamarles así y no mendigo y no *homeless*, no me pregunten por qué, porque no sé— fue unos días antes de viajar a Ámsterdam. Había quedado para tomarme unas cervezas con un amigo músico. Cuando llegué a nuestro punto de encuentro, estaba hablando con una mujer de Camerún que le había pedido dinero. Él le respondió que dinero no, pero que le compraba lo que quisiese. La mujer dijo una soda. Mi amigo entró a un mercadillo a comprar y yo me quedé con ella afuera. Aproveché para preguntarle por su nacionalidad, cuántos años llevaba en la ciudad, cómo se sentía. La respuesta a mis preguntas fue otra pregunta: «¿Y tú de dónde eres? Porque eres negro igual que yo». Para ella, que ambos fuéramos negros nos emparentaba y, a la vez, me quitaba la posibilidad de preocuparme por ella. Algo así como «deberías preocuparte por ti también». Es algo que me pasa mucho cuando hablo con migrantes desconocidos en taxis, en el metro o en la calle: entienden mis preguntas como llamados de auxilios y no, sencillamente, como indagaciones; entonces, terminan aconsejándome trabajar como chofer, como guardia de seguridad o en Amazon como repartidor de productos.

La noche que conocí a la camerunesa viví uno de los peores pasajes de mi vida —no exagero—. Después de despedirme de mi amigo músico e internarme en la noche fría, me percaté de que me había ido del lugar donde estábamos sin orinar. Desde que llegué a Europa tengo un problema con esto porque me gusta demasiado la cerveza y en el frío es un pecado. Mucha gente en el invierno toma vino para calentarse, pero a mí el vino me da igual. Por tanto, siempre tengo ganas de ir al baño. Siempre siempre. Es una situación insoportable esto de estar orinándose constantemente. No es solo por la cerveza, aclaro, pues hay días —muchos, de hecho— en los que no bebo cerveza y las ganas de ir al baño siguen presente.

Esa noche llegué al metro y lo primero que hice fue buscar un baño que no encontré. Miré las paradas que tenía que recorrer en el mapa: unas ocho. Y me dije que las podía aguantar. Era casi medianoche y el metro estaba bastante vacío. En mi vagón solo había cuatro personas. Cuando faltaba la

mitad del camino, sentí un latigazo eléctrico en la pelvis. Tuve que pararme para poder aguantar las ganas de orinar. Comencé a caminar de un lado hacia otro en el vagón. Comencé a sentir que las personas que me acompañaban me miraban con rareza. Una parada antes de llegar a mi destino, no pude aguantar más y sentí que un chorro de orine salía de mi cuerpo. Me volteé para buscar la mirada de los acompañantes de vagón y una de ellas me miraba. Sostenerle la vista me puso más nervioso aún y decidí bajarme en esa estación porque sentía que mis pies y mi pantalón se empapaban de orine. Cuando bajé, parece que el cuerpo se relajó y sin darle la orden comenzó a orinar como si estuviera en el baño de casa. Subí unas escaleras eléctricas mientras un grupo de personas me clavaba la mirada en la nuca, seguramente preguntándose por qué iba orinándome encima y caminando a la vez con tanto sosiego. Salí de la estación. El frío era seco, bestial. Mis pies estaban húmedos y comenzaban a entumirse. En ese instante, me acordé de que no tenía carga en el teléfono y que no sabía dónde carajo estaba.

Levanté la vista al cielo y no había ni una sola estrella. Quise llorar. Nunca antes me había sentido tan desamparado, tan perdido, tan indefenso y solo. Estaba orinado, me estaba congelando y para colmo no sabía dónde estaba. Comencé a sentir el inicio de un ataque de ansiedad en mi pecho. En la calle no había ni una sola persona. A los que salieron detrás de mí en la estación no les pregunté cómo llegar a mi destino porque me dio vergüenza. Luego tardé en encontrarme a alguien. Era una mujer y no quiso responderme, debe haber sentido, entiendo, temor al ver que un hombre se le acercaba para hablarle en medio de la noche. Caminé cerca de diez cuadras sin rumbo extrañando mi indomable avatar de Google Maps hasta que encontré un taxi. Llegué al departamento y, sin quitarme la ropa, me acosté en el piso a mirar el techo. Me sentía el hombre más desdichado del mundo.

*

Llegué a Ámsterdam para impartir un par de charlas sobre periodismo y libertad de expresión en Cuba. Me sentía un poco nervioso porque no sabía qué público me iba a encontrar y, además, porque era mi primera charla

presencial. Antes había participado en muchas de ellas, pero desde detrás de mi computadora. Ahora que ya estaba fuera de la isla, esta era mi primera vez de pararme delante de un estrado. Amén de que era la primera vez, el nerviosismo también venía porque no se me da bien esto de hablar en público. Lo mío es charlar y escuchar, pero sin ojos encima de mí.

En la segunda de las charlas, vi entrar al público a un hombre sigiloso. Vestía como visten los agentes de la Seguridad del Estado en Cuba: ropa ni ajustada ni ancha, ropa fea, espejuelos, libreta en mano, la intriga en la frente. En medio de mi presentación comenzó a pedir la palabra insistentemente. La moderadora le dijo que tenía que esperar a la ronda de preguntas. Llegado ese momento, no me preguntó nada, comenzó a ofenderme. Dijo que yo mentía, que en Cuba sí hay derechos y se puede hacer periodismo de manera normal, que no hay personas presas por manifestarse, que no expulsan a nadie del país, que la isla es un paraíso. Como no me hizo ninguna pregunta, no le respondí. Lo que lo hizo irritarse. Cuando acabó la charla, fui al baño —para variar, me estaba orinando—. A mi regreso me estaba esperando y, a menos de un metro de mí, siguió ofendiéndome. Me quedé escuchándolo, intenté dialogar. Fue imposible y decidí irme al bar a tomar unas cervezas con varios cubanos y con algunos holandeses conocidos que habían acudido. Camino al bar, el hombre me siguió. Seguía gritándome sandeces a mi espalda, hasta que los organizadores del evento me lo tuvieron que sacar de encima. Luego, un amigo diplomático me enseñó una fotografía del sujeto en la Embajada cubana en Países bajos. Lo habían mandado a armar esa escena circense.

Estuve solo cuatro días y tres noches en Ámsterdam. La ciudad me pareció un encanto, pese al clima horrible —siempre gris y con lluvia—. Es una ciudad distinta, muy diferente a lo poco que he visto. No solo por la cultura ciclística y la belleza de una urbe montada sobre agua, sino porque uno siente el pálpito de una verdadera sociedad emancipada y libre.

Mi primera noche allí le pedí a una amiga cineasta que me llevara al Barrio Rojo. Lo caminamos y quedé absorto. Mi cabeza se reseteó. Mientras daba pasitos cortos no podía creer lo que veía: mujeres detrás de vidrieras exhibiendo sus cuerpos casi desnudos, metiéndose dedos en sus bocas, posando para los que caminaban por allí como yo. Mujeres que invitaban a que se adentraran en sus cuerpos y que pagaran por ello o que se adentraran en los cuartuchos de luces rojas o en penumbras para verlas

masturbarse. Mi amiga holandesa me explicó que, si bien estaba permitida la prostitución, y que incluso esas chicas pagaban impuestos por ello, no estaba bien visto el negocio, que de alguna manera el Estado lo había permitido para intentar regular la trata de personas y la propia prostitución, pero que, a la larga, no lo habían conseguido y que ahora no sabían cómo salir de ese embrollo. Esa noche recuerdo no poder conciliar el sueño de tanto darle vuelta a la idea de la libertad y sus límites.

Regresé a Barcelona con las pilas cargadas. La experiencia del Barrio Rojo de Ámsterdam me hizo poner en un segundo plano todo lo que hasta ese momento me perturbaba: no saber andar en el metro, en el Google Maps, las montañas interminables de comida y productos de las tiendas y mercados, el ajetreo de la gente en la calle.

A los pocos días, un gran amigo me escribió que ya tenía en sus manos lo que me había prometido años atrás. Cuando estaba en Cuba encerrado y sin poder salir por la sanción del régimen, ese amigo me prometió que, una vez que saliera por primera vez, me llevaría a un partido de fútbol al Santiago Bernabéu de Madrid. Ahora cumplía su promesa.

Aproveché ese viaje a Madrid para ver cosas de trabajo que tenía pendiente y a gente querida. Una de ellas, mi terapeuta. La señora que me salvó cuando estaba hundido y no veía salida a mi situación por ningún lugar. Quería conocerla en persona y luego agradecerle su ayuda profesional. No la conocía frente a frente porque nuestras consultas habían sido siempre virtuales. Ella apareció gracias al Comité para la Protección de Periodistas de las Américas (CPJ), a quienes contacté para que me ayudaran a encontrar un terapeuta. En ese momento estaba pasando por una gran depresión y mi psicólogo en la isla decidió no consultarme más al ver que el régimen me había sacado en televisión nacional como «un agente pagado al servicio de la CIA y de gobiernos extranjeros». Después de ese abandono intenté encontrar algún otro profesional, pero todos se negaron por temor a verse envueltos en represalias por atenderme. A ese punto llegó mi situación en Cuba: necesitaba ayuda psicológica y nadie quería atenderme. Es por ello que acudí al CPJ y ellos me pusieron en contacto con mi actual terapeuta.

Cuando nos encontramos para un café, nos dimos un gran abrazo. Hablamos cerca de una hora. En un momento de la conversación, un rayito de sol me pegó en la cara y me hizo recordar las consultas en La Habana:

tenía que subirme a la azotea de casa para tener una mejor conexión a internet para que así la imagen y el sonido de la doctora no se congelaran.

En el viaje me reencontré con dos amigos y colegas cubanos que hacía tiempo no veía. Quedamos en encontrarnos en la plaza Puerta del Sol. Camino allí una muchacha de unos veinte años me detuvo. Me pidió por favor que la escuchara, que nadie se detenía para escucharla. La calle en ese momento, en el centro de Madrid, era un avispero, una masa compacta que se movía hacia todos lados. La muchacha quería tomarme mis datos para inscribirme en alguna marca comercial. Le dije que no tenía documentos, que acababa de aterrizar en España. «De dónde eres», preguntó. «De Cuba», dije. «Pues yo también, mi mamá me trajo con dos años, pero más nunca hemos vuelto», dijo. Vaya casualidad, pensé mientras la escuché agradecerme por dedicarle esos pocos segundos. Después chocó su codo con el mío como saludo y me deseó suerte en mi estancia.

Luego caminé unos metros y me volteé. Ahí seguía la muchacha intentando detener a alguien dentro del torrente de personas que avanzaban sin hacerle caso. Sentí pena por ella. Poco después estaba en Sol. La cantidad de personas reunidas era impresionante. Me sentí en mi niñez en Cuba cuando nos llevaban al Malecón de La Habana a marchar y a gritar consignas patrióticas encartonadas por la conmemoración de alguna efeméride o por algún delirio de Fidel Castro. Mis amigos estaban justo en el centro de la plaza. Tuve que abrirme paso hasta allí y en el recorrido me topé con un Mickey Mouse y un Buzz Lightyear de mi tamaño. Nos abrazamos y me llevaron a pasear un rato.

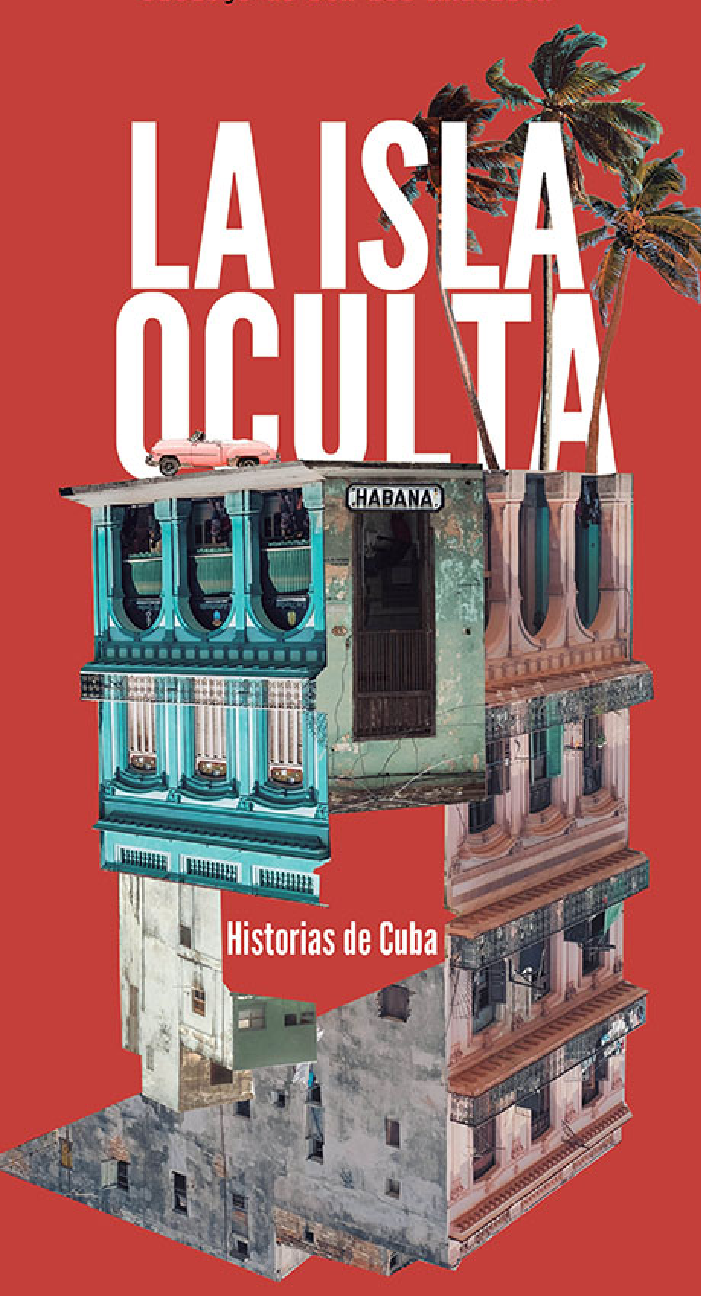
El día que retornaba, decidí ir a buscar el tren a pie, para así caminar una zona que no había visto. Bajando por el paseo de la Castellana comencé a escuchar una algarabía. De pronto tuve frente a mí una manifestación. Eran partidarios de la izquierda madrileña que protestaban contra la corrupción del Partido Popular. Llevaba mi maleta de rueditas y la detuve para sentarme sobre ella y presenciar la manifestación como si estuviese dentro de un teatro. Aquello era una obra para mí, un pasaje nunca visto: los policías no reprimían, sino que custodiaban a los manifestantes; los manifestantes levantaban carteles y decían lo que quisiesen; había hasta una banda musical; había ancianos; había niños. Se me hizo imposible no pensar en las más de 1400 personas que hoy se encuentran procesadas judicialmente en Cuba por hacer esto mismo en julio de 2021.

La manifestación pasó de largo y me levanté para seguir rumbo a la estación de tren. Me detuve en un quiosco para comprar algún souvenir de la ciudad, pero los que había no me parecieron bonitos. Cuando volví a caminar, me entró un mensaje de mi madre contándome que habían ingresado de urgencia a mi abuela en La Habana. Días después murió. Tenía ochenta y tres años y nunca salió de Cuba.

Abraham Jiménez Enoa

Prólogo de Jon Lee Anderson

LA ISLA OCULTA





Document Outline